

Cardenal Joseph Ratzinger

LA SAL DE LA TIERRA

Cristianismo e Iglesia Católica ante el nuevo milenio
Una conversación con Peter Seewald

Nota del editor

Prólogo

Capítulo I: la fe católica: signos y palabras

Capítulo II: los problemas de la Iglesia Católica

Capítulo III: en los umbrales de una nueva época

Nota del editor

El Cardenal Ratzinger, desde hace más de dieciséis años Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, es, para muchos, el pensador más influyente en la Iglesia católica después del Papa. Un periodista alemán, Peter Seewald, ha conseguido unas declaraciones impresionantes, por su extensión y profundidad, sobre multitud de cuestiones que importan a todo el mundo.

Desde la perspectiva pesimista de quien abandonó la Iglesia -y vive en el limitado, pero influyente, ambiente germano en el que grupos de católicos rechazan las enseñanzas del Magisterio- Seewald formula, sin demasiados miramientos, graves preguntas y acusaciones. Por su parte, el Cardenal rompe esquemas y entra al fondo de todas las cuestiones que le plantea, sin dejarse impresionar por las apariencias favorables o desfavorables del momento o del lugar. Ratzinger responde con libertad, desde la fe cristiana y desde su experiencia, a los retos y desafíos que se le presentan al cristianismo; y lo hace sin fáciles entusiasmos pero con esperanza.

La sal de la tierra contiene historias de su infancia y de su familia, su vocación sacerdotal y actividad teológica en diversas universidades alemanas, sus intervenciones clave en el Concilio Vaticano II, su valiente actitud ante los abusos del 68, su tarea como arzobispo de Munich cuando fue designado por Pablo VI, y, luego, su trabajo al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuando le nombra Juan Pablo II (teología de la liberación, ordenación sacerdotal de mujeres, celibato, preservativos, bioética, inculturación, sectas..., y nombres propios como Drewermann, Boff, Küng, Gutiérrez). Se da un repaso a cómo está la Iglesia en los diversos países, y se examinan las perspectivas ecuménicas. Pero, sobre todo, críticas y más críticas, porque el antiguo redactor de "Der Spiegel" y "Stern" se hace portavoz de quienes opinan que la Iglesia está anticuada, es un poder autoritario, no conecta con las modas del mundo.

A lo largo de estas páginas, el lector aprenderá más cosas sobre el Papa Juan Pablo II, sobre el modo de trabajar en la Curia romana, sobre qué es vivir y comportarse como cristiano en el tiempo presente y en el que está por llegar. En fin, La sal de la tierra no sólo ofrece una información extraordinaria, sino que, sobre todo, invita a quien lo lee a plantearse cuestiones decisivas que debe y puede pensar mejor, porque, verdaderamente, se trata de un libro provocador y apasionante.

JUAN José ESPINOSA

Director de Libros-Palabra

Prólogo

Roma en invierno. En la plaza de San Pedro la gente llevaba abrigo y sujetaba el paraguas

con fuerza. En los cafés tomaban té, y cuando fui al camposanto a visitar una tumba, incluso los gatos protestaban.

El Cardenal, como de costumbre, todavía tenía que trabajar el sábado en su oficina y, cuando él terminara, pensábamos acercarnos a Frascati, a Villa Cavalletti, un antiguo colegio de Jesuitas. El chofer esperaba junto a un Mercedes que la Congregación para la Doctrina de la Fe había comprado de segunda mano hace años en Alemania. Yo estaba allí con una enorme cartera, como si fuera a hacer un viaje alrededor del mundo. Por fin se abrió la puerta y por allí salió un hombre de pelo muy canoso dando pasitos cortos, con aspecto resuelto al tiempo que fácilmente vulnerable. Iba vestido de traje negro con alzacuellos y en la mano tenía una pequeña y modesta cartera negra.

Yo había dejado de pertenecer a la Iglesia hacía tiempo; tuve motivos sobrados para hacerlo. Antes, nada más entrar en la casa de Dios, uno se sentaba allí y enseguida se sentía torpedeado por minúsculas partículas cargadas de una fe de siglos. Pero ahora, en cambio, todo se ha hecho cuestionable y la Tradición durante tanto tiempo vigente, queda cada vez más lejana. Hay quienes opinan que la religión tendría que adaptarse a las necesidades del hombre, pero también hay otros que piensan que el cristianismo está pasado de moda; el cristianismo no va ya con nuestro tiempo; su legitimidad ha caducado. Desertar de la Iglesia no es cosa fácil, pero volver a ella mucho menos todavía. Porque, ¿existe Dios realmente? Y en caso afirmativo, ¿necesitamos también la Iglesia? ¿Cómo tendría que ser en realidad la Iglesia y cómo podríamos volver a confiar en ella?

El Cardenal no me preguntó nada sobre mi pasado, ni tampoco mi situación actual. No le interesó saber por anticipado las preguntas, ni tampoco pidió que se suprimiera o se introdujera alguna cosa. Nuestro encuentro se celebró en un clima intenso y serio, si bien es verdad que el "príncipe" de la Iglesia, allí sentado, y con un pie apoyado en el travesaño del respaldo de la silla, parecía tan despreocupado que se podría pensar que estaba hablando con un estudiante. En una ocasión interrumpió la conversación para recogerse en meditación o, tal vez, para pedir al Espíritu Santo la respuesta más indicada. No lo sé.

El Cardenal Joseph Ratzinger está considerado, sobre todo en su propio país, un hombre de Iglesia muy combativo y también discutido. Muchos de sus anteriores análisis y valoraciones se ven actualmente confirmados, algunos incluso hasta en el menor detalle. Y nadie conoce las defecciones y el drama de la Iglesia de nuestro tiempo con mayor dolor que este hombre discreto, de origen sencillo y procedente de la rústica Baviera.

En una ocasión le pregunté cuántos caminos puede haber para llegar a Dios. Yo ignoraba cuál podría ser su respuesta. Podía contestar que pocos o muchos. El Cardenal no necesitó mucho tiempo para responderme: "tantos como hombres".

PETER SEEWALD

Munich, 15 de agosto de 1996

Capítulo I: la fe Católica: signos y palabras

- 1. Su persona**
- 2. Familia y vocación**
- 3. El joven profesor**
- 4. Obispo y cardenal**
- 5. El prefecto y su papa**
- 6. Resumen**

Señor Cardenal, dicen que el Papa le tiene miedo, que suele exclamar.- "¡Válgame Dios! Qué dirá el Cardenal Ratzinger de esto."

Tal vez haya dicho eso, pero en broma, porque el Papa no me teme en absoluto.

Cuando va a ver al Papa, ¿hay alguna especie de ceremonial?

No.

¿Empiezan rezando?

No. Lamento tener que decir que no rezamos; nos sentamos ante una mesa.

O sea, que entra y se dan la mano.

Sí. Pero primero yo le estoy esperando, llega el Papa, nos damos la mano, nos sentamos ante una mesa, y a continuación, casi siempre, sigue un rato de "charla" personal de cosas que nada tienen que ver con la teología. Luego, generalmente yo le presento los asuntos a

tratar, el Papa hace las preguntas que quiere hacer y, después, sigue otro poco de conversación.

¿El Papa le hace indicaciones concretas en sus conversaciones?

Según los temas. En muchos casos suele esperar hasta conocer qué decimos nosotros en lo esencial. Por ejemplo, en la cuestión acerca de la recepción en la iglesia católica de los anglicanos conversos para los que hay que buscar alguna fórmula jurídica, el Papa casi no interviene y se limita a decir: "sed generosos". Pero cómo se haga exactamente, no le interesa demasiado. Hay otros temas, en cambio, que le preocupan especialmente, todos los que afectan a la moral, sea bioética o ética social y, todo el ámbito de la filosofía, o los temas relacionados con el Catecismo y con la doctrina de la fe. Todo eso le interesa mucho personalmente y da lugar a que se originen conversaciones de gran densidad.

¿Cómo viste el Cardenal para esas ocasiones?

Con traje talar. Para estar con el Papa es tradicional ir de sotana.

¿Y el Papa?

El Papa, de sotana blanca.

¿Y en qué idioma hablan?

Hablamos alemán entre nosotros.

¿En latín, no?

No.

En una ocasión, un piadoso visitante de la comunidad evangélica de Hutter, se dirigió a usted diciéndole: "Hermano Joseph,>. ¿Le pareció poco indicado o tal vez irrespetuoso? Según el protocolo eclesiástico, el tratamiento que se da a los cardenales es el de Eminencia.

No. "Hermano Joseph" me pareció muy bien. No es nuestra forma usual de tratarnos, pero ya que hablamos tanto de la fraternidad de los cristianos -yo escribí un pequeño libro, en 1960, sobre la fraternidad de los cristianos-, ahí la tenemos, precisamente ahí, en esa esfera que desde hace tiempo tengo muy presente.

¿Los cardenales también tienen que cumplir órdenes superiores? Por "superiores" quiero decir algo así como las que un obispo pueda imponer a sus sacerdotes.

Un cardenal antes que nada es un cristiano, sacerdote y obispo. Es alguien que tiene la responsabilidad de que en la Iglesia se proclame el Evangelio y se impartan los sacramentos. Yo no utilizaría tan fácilmente esas palabras, "órdenes superiores", simplemente diría que hay algunas exigencias específicas de un cardenal. También un párroco, un párroco rural, está muy comprometido con sus feligreses en el sentido de que tiene que conocerles bien y estar junto a ellos en la enfermedad, en tristezas y alegrías, en bodas y entierros, en sus momentos de crisis y en los de gozo. Tiene que creer con ellos y al mismo tiempo pilotar la nave de la Iglesia.

¿No resulta sumamente agotador el trato diario con Dios? ¿No acaba uno cansado, harto? Tener trato con Dios para mí es una necesidad. Tan necesario como respirar todos los días, como ver la luz o comer a diario, o tener amistades, todas esas cosas son necesarias, es parte esencial de nuestra vida. Pues es lo mismo. Si Dios dejara de existir, yo no podría respirar espiritualmente. En el trato con Dios no hay hastío posible. Tal vez pueda haber hastío en algún ejercicio de piedad, en alguna lectura piadosa, pero nunca en una relación con Dios como tal.

No obstante, es cierto que por el hecho de estar ocupado en los asuntos de Dios y de la Iglesia, las cosas no son automáticamente mejores, ni más fáciles de hacer o de creer. Desgraciadamente eso es así. La lectura teológica, en sí, no mejora al hombre desde luego, pero contribuye a ello cuando se lee, no como pura teoría sino tratando de poner en práctica lo leído e intentando conocer mejor a Dios. Tratando también de conocerse mejor a sí mismo y a todos los hombres -al conjunto del universo- y luego se pone esfuerzo por vivir la vida de una nueva forma. La teología sólo es una ocupación intelectual, especialmente si está enfocada con precisión y rigor científico; puede influir mucho en la conducta del hombre, pero en sí misma, no hace mejor al hombre.

Y, ¿hay alguna exigencia de Jesucristo que se haga difícil también para un cardenal?

Por supuesto, porque, en principio, un cardenal es un hombre tan frágil como los demás y al que la diversidad de sus responsabilidades puede ponerle a veces en situaciones difíciles. Puede que no llegue a cumplir debidamente los Diez Mandamientos resumidos en uno, el nuevo mandamiento del amor. Amar, amar a Dios y a los hombres resulta a veces- difícil,

sobre todo si tratamos de hacerlo conforme a la Palabra de Dios. Es indudable -y es de todos bien conocido- que a lo largo de la historia ha habido algunos cardenales muy débiles en ese sentido.

O sea, que amar a los hombres a veces también le resulta difícil a un cardenal. Verá, no se puede amar genéricamente. Alguna vez, se puede dar cierta antipatía que haga las cosas un poco más difíciles, eso sí. Y también, a veces, se puede llegar a dudar de que un hombre sea bueno y preguntarse si no será que se le ha escapado un poco de las manos al Creador y, por eso, ahora hay que tener más cuidado con esa criatura, que parece menos digna de ser amada. Pero he de decir que yo no conozco a ningún ser humano de esas características y, por tanto, no puedo darle mi opinión a ese respecto. Pero, además, siempre hay que aceptar que los demás sean como son. En mi caso, todos los seres humanos que conozco son buenos y a mí me parece una evidencia de que el Creador sabe lo que hace.

¿Usted también se confiesa? ¿Tiene confesor particular?

Sí. Eso me parece muy necesario para todo el mundo.

Es decir, que un cardenal también comete agravios.

Por lo que se ve.

¿Y también se siente a veces como los demás hombres, un poco desvalido, sobrecargado, o se encuentra solo?

Sí. Concretamente en mi actual trabajo, mis fuerzas suelen estar muy por debajo de mis necesidades. A medida que nos vamos haciendo mayores nos damos más cuenta de que flaquean nuestras fuerzas, que ya no son suficientes para todo lo que quisiéramos hacer. Y nos sentimos débiles, sin recursos ante alguna situación concreta. Es el momento de dirigirse a Dios para decirle "ahora ayúdame Tú, porque yo ya no puedo más". Eso también es soledad. Pero el Señor ha puesto tantas personas buenas en mi camino, que, gracias a Él, nunca me he sentido solo.

Desde el año 1981 es el Prefecto de la Congregación romana para la Doctrina de la Fe. Esa Congregación no sólo es la más antigua del Vaticano sino que, además, ha sido durante siglos la más temida, el entonces llamado "Santo oficio". Su tarea consiste en conservar la fe católica en toda su pureza, defender a la Iglesia contra las herejías y, en caso necesario sancionar las infracciones contra la fe. Ahora bien, ¿todo lo que opina el Prefecto de la Congregación se convierte automáticamente en doctrina?

No, eso no. Yo nunca me atrevería a imponer mis ideas teológicas a la cristiandad por medio de resoluciones de la Congregación. En realidad, suelo intentar reservarme mi opinión y hacer únicamente de moderador de un gran equipo de trabajo.

Nosotros trabajamos, por explicarlo de alguna forma, en grandes círculos. Mantenemos correspondencia con teólogos de todo el mundo que nos asesoran. Tenemos contactos con los obispos de distintos organismos, y también contamos con nuestros propios teólogos en Roma, además de la Comisión teológico, la Comisión bíblica y también la llamada Consulta, que es la autoridad competente en las deliberaciones. Además, están los cardenales como última instancia. Sólo pueden tomarse decisiones de esta manera, trabajando en grandes círculos.

Nosotros, en la Asamblea cardenalicia no podemos decidir nada si antes no están de acuerdo en lo esencial los Consultores, porque si hubiera diferencia de opiniones doctrinales entre los buenos teólogos, nosotros después no somos una -digamos- voz superior; nosotros sólo nos regimos por unanimidad. De modo que solamente decidimos cuando hay un gran acuerdo en el conjunto de asesores; sólo podemos tomar decisiones si llegamos a una Convergencia importante.

Pero también habrá algunas cosas que usted pueda exponer como simple opinión personal. Es obvio que sí. He sido profesor durante muchos años y me gusta seguir la discusión teológico lo mejor que puedo. Procuro estar al día, y también tengo mi propia opinión sobre la forma de hacer teología que a veces expongo en alguna publicación.

¿Y se ha dado alguna vez el caso, de que el Cardenal Ratzinger haya tenido que contradecirse? Quiero decir, que haya expuesto alguna opinión personal que no pudiera luego apoyar como Prefecto.

Puede suceder que con el paso del tiempo tenga que hacer alguna rectificación. Podría ser, por ejemplo, que me diese cuenta de que en una simple conversación no había juzgado certeramente tal o cual asunto. Lo que nunca podré hacer es lo contrario, es decir, no

reconocer una certeza obtenida actualmente con los medios de que dispongo. Eso no. En cambio, sí puede ser que una exposición Con nuevos datos haga necesaria la rectificación de algo anterior.

Es evidente que muchos de sus llamamientos y advertencias, no han surtido efecto en la actualidad. En todo caso, en nuestro tiempo, no se ha conseguido una movilización contracorriente, ni tampoco ha habido un cambio fundamental en la línea de pensamiento. No obstante, usted siempre confía en que Dios conducirá a la Iglesia por sendas misteriosas. Pero que el debate gire siempre alrededor de lo mismo y que el nivel de la polémica haya descendido tanto, ¿no resulta algo deprimente? Y, por otra parte, el contenido de la fe resulta cada vez más oscuro y la indiferencia ante estas cuestiones cada vez mayor

Yo nunca me he imaginado dando un golpe de timón a la historia. Los caminos de Dios nunca conducen a resultados rápidamente mensurables, y eso puede comprobarse viendo cómo . Jesucristo acabó en la Cruz. Esto, a mi me parece muy importante, porque hasta sus discípulos le hacían preguntas parecidas "¿qué pasa?", "¿por qué no nos siguen?", y entonces el Señor les respondía con las parábolas del grano de mostaza o de la levadura, para que comprendieran que la medida que utiliza Dios no es la de las estadísticas precisas. Sin embargo, lo que aconteció con el grano de mostaza y un poco de levadura fue algo enormemente importante y decisivo, aunque ellos entonces no lo podían ver.

Para conocer los resultados en estas cuestiones, yo creo que hay que olvidarse totalmente de proporciones cuantitativas. No somos un negocio que se contabilice haciendo cálculos del tipo "estamos vendiendo mucho", "tenemos una buena política de ventas". Nosotros prestamos un servicio que después ponemos en manos del Señor. Y eso no quiere decir que lo que hagamos sea inútil. Actualmente, por ejemplo, la fe está resurgiendo con mucha fuerza entre los jóvenes de todos los continentes.

Quizá haya llegado el momento de despedirnos de una Iglesia clerical. Posiblemente estemos ante una nueva época de la historia de la Iglesia muy diferente, en la que volvamos a ver una cristiandad semejante a aquel grano de mostaza, que ya está surgiendo en grupos pequeños, aparentemente poco significativos, pero que gastan su vida en luchar intensamente contra el Mal, y en tratar de devolver el Bien al mundo; están dando entrada a Dios en el mundo. He comprobado que, en Alemania también existen nuevos movimientos religiosos de este género, pero no quisiera citar nombres concretos. Probablemente no habrá conversiones en masa al cristianismo, no se darán cambios que pudieran ser considerados ejemplares para la historia, pero existe una presencia nueva y muy fuerte de la fe, que da aliento a los hombres. Ahora hay más dinamismo, más alegría. Hay una presencia nueva de la fe llena de significado para el mundo.

Pues, a pesar de eso, cada vez son más los que se preguntan si la nave de la Iglesia seguirá navegando en el futuro. ¿Merece la pena embarcarse?

Sí. Yo creo firmemente que sí. Es una nave antigua, pero bien conservada y siempre joven. El actual diagnóstico del momento nos ayuda, precisamente, a ver su necesidad cada vez más patente. No tenemos nada más que pensar qué pasaría si esta nave se separara del paralelogramo de fuerzas del momento presente, para darnos cuenta de cuál sería el desmoronamiento, el hundimiento, de la fuerza espiritual.

Hemos de pensar también, que buena parte de culpa de esta decadencia de la Iglesia y del cristianismo, se debe a la actual quiebra espiritual, a la falta de orientación y a los innumerables descuidos habidos en los últimos treinta o cuarenta años, y que ahora estamos padeciendo. Es más, yo diría que si no existiera esta nave, habría que inventarla. Responde tanto a las actuales necesidades del hombre, está tan anclada en el ser del hombre -en lo que el hombre es, quiere y debe ser-, que yo creo que la mejor garantía de que la Iglesia nunca perderá su fuerza esencial, y la mejor garantía de que esta nave no puede hundirse con facilidad es, precisamente, el hombre.

Pero es difícil imaginar que la fe católica, dentro de poco, se pueda vivir como si se tratara de algo moderno; aunque, si se considera detenidamente, tal vez, pueda ser una alternativa, una forma de vida, mucho más consciente y radical de lo que hoy en día podamos pensar.

De la Iglesia se piensa, por ejemplo, que está anticuada, que sus métodos se han anquilosado, que se ha ido enfriando y endureciendo y, así, nos presentan su imagen no si se tratase de un Pan Zer, un viejo tanque que nos aplasta la vida. Son muchos los que

tienen esta extraña impresión, y pocos los que son capaces de reconocer que, ya sopla un aire fresco de novedad, de coraje, de magnanimidad, que nos brinda la posibilidad de cambiar esta vida nuestra atiborrada de viejos hábitos manidos. En la iglesia han permanecido fieles frente al fenómeno de lo moderno sólo los que son capaces de verlo así. Es evidente que se ha perdido el concepto de lo que es, realmente, la Iglesia y de lo que debería ser. El verdadero significado de los signos y de las palabras de la fe parece haber quedado oculto por una cortina de humo. Sobre todo si lo comparamos con el Budismo zen, por ejemplo que a nadie se le ocurriría pensar que lo puede aprender con facilidad y sin ningún esfuerzo.

Los cristianos nos damos cuenta de que ya no reconocemos la importancia que, de hecho, tiene el cristianismo. En la iglesia, por ejemplo, las imágenes ya no nos dicen nada, han dejado de suponer algo para nosotros- Ignoramos su significado. Incluso conceptos que algunos todavía desconocen -como sagrario, por ejemplo- la generación actual los ignora, y además predomina un sentimiento que "ya conocemos el cristianismo, ahora vamos a buscar otra cosa". por decirlo de algún modo, una cierta curiosidad Por tanto, me parece Muy importante promover, por el cristianismo, fomentar el deseo de descubrir qué es exactamente. Pero para esto hay que empezar por sacar a la luz del día lo más importante. Es decir, lo ya conocido desde hace mucho tiempo, y -a partir de ahí- fomentar el interés por esa inmensa riqueza que el cristianismo contiene, contemplar su enorme variedad, no Como un pesado lastre de métodos y de sistemas, sino COMO lo que realmente es: un tesoro para nuestra vida que bien merece la pena conocer a fondo.

Ahora deseo hacerle unas cuantas preguntas de cierto relieve a las que después volveremos: ¿Qué quiere decir exactamente, "católico"? ¿Es un determinado sistema? ¿Es una forma concreta de ordenar el mundo todas las cosas? Y En alguno de sus escritos encontré la siguiente frase: "Todos los hombres son criaturas de un solo Dios y, por tanto, del mismo rango, todos relacionados fraternalmente, todos responsables unos de otros y, por tanto, llamados a amar al prójimo sea quien sea." ¿Esta afirmación suya es originariamente católica?

Eso espero. La fe en Dios Creador es el núcleo del catolicismo. A partir de ahí se deduce la fe en la unidad del ser del hombre en todos los hombres, y en la identidad de la dignidad humana.

Pero dudo mucho que el catolicismo pueda ser visto como un sistema de vida. Se pueden intentar explicar sus elementos fundamentales, pero es obvio que requiere algo más que un conocimiento superficial como si quisiéramos -por poner un ejemplo- enterarnos del programa de un partido político. Es la adaptación de la propia vida a una nueva estructura que abarca todo un proyecto de vida. Me parece imposible explicarlo en pocas palabras. Es una forma concreta de vida que, al habituarse a ella, al comunicarse con ella, proporciona un gran enriquecimiento en la nueva manera de pensar y de ver las cosas.

Evidentemente, podemos exponer los puntos esenciales más importantes como son que lo primero de todo es creer en Dios -en un solo Dios, para ser más exactos- que ama a los hombres y se relaciona con ellos, que llega hasta nosotros y se nos ha hecho accesible a través de Jesucristo que forma parte de la historia. Esto es así y es, además, algo tan concreto que el propio Jesucristo fundó para nosotros una comunidad.

Pero yo diría, que el catolicismo sólo puede entenderse debidamente, poniéndose en camino. Pensarlo y vivirlo tiene que ser una misma cosa; no hay otro modo de entender el catolicismo, creo yo.

Está claro que no existen fórmulas para resumir el catolicismo, pero, ¿podría al menos decir qué es lo más propio de su fe?

La fe de los cristianos significa ver en Cristo vivo, hecho carne por nosotros, al Hijo de Dios hecho hombre, y creer en Dios, en la Trinidad de un solo Dios, Creador del ciclo y de la tierra; y creer que este Dios que se humilló y -por así decir- se hizo pequeño, vela por nosotros los hombres y forma parte de nuestra historia, y creer también que el espacio donde todo esto se manifiesta es la Iglesia, lugar privilegiado de su expresión. Por eso, la Iglesia no es una simple organización humana -aunque haya tanto de humano en ella-, es mucho más, pues la fe nos exige estar con y en la Iglesia; en la iglesia se interpretan y se viven las Sagradas Escrituras.

"El que se haga tan pequeño COMO uno de estos niños", dice el Nuevo Testamento, según Mateo, "ése será el mayor en el reino de los cielos."

La teología de lo pequeño es fundamental en el cristianismo. Nuestra fe nos lleva a descubrir que la extraordinaria grandeza de Dios se manifiesta en la debilidad, y nos lleva a afirmar que la fuerza de la historia se encuentra siempre en el hombre que ama, es decir, en una fuerza que no se puede medir como se miden las categorías del poder. Dios quiso darse así a conocer, en la impotencia de Nazaret y del Gólgota. Por lo tanto, no es mayor el que posea mayor capacidad de destrucción -aunque el potencial destructivo siga siendo una legitimación para el poder en el mundo-, sino por el contrario, una pequeña partícula de amor, pareciendo tan débil, es muy superior a la máxima capacidad de destrucción. En una ocasión dijo que la fe cristiana no es una teoría, sino realidad.

Y además creo que eso es muy importante, porque lo esencial incluso del mismo Jesucristo no es que haya divulgado unas ideas -cosa que por cierto, hizo-, lo realmente importante es que "yo soy cristiano porque creo que eso ha acontecido". Dios vino al mundo para actuar en él; es un hecho, una realidad, no es una imagen.

Personalmente, qué le parece lo más atractivo del catolicismo.

La grandeza de vivir esta historia de la que formo parte, me parece algo fascinante; es algo que -en mi opinión incluso sólo humanamente tiene mucho de extraordinario. Y también me llena de admiración que una institución con tantas debilidades y errores, a nivel humano, siga manteniéndose firme y que yo -mientras forme parte de ella- esté en comunión con todos los fieles vivos y difuntos de esa gran comunidad. Y que aquí, en esta comunidad, es donde también tengo la certeza de algo fundamental en mi vida: que Dios se ha fijado en mí. Es una certeza en la que he basado mi vida y en la que quiero vivir y morir.

Jesucristo, y con él también la imagen de la Iglesia, ¿no es un misterio que se pueda aceptar o rechazar? Como una especie de "take or leave it", como dicen los americanos, un "lo tomas o lo dejas".

Hay que tomar una decisión, por supuesto. Pero no como si decido tomar un café, que puedo tomarlo o dejarlo. Es una decisión mucho más seria, que repercute en la estructura de toda mi vida y me afecta a mí mismo en lo más profundo de mi ser. Si decido vivir sin Dios, o contra Dios -cosa que por supuesto tengo libertad para poder hacer- todos mis actos serán, lógicamente, distintos a si pretendo vivir cara a Dios. Es una decisión que abarca plenamente todo mi ser: mi concepto del mundo, cómo quiero ser y cómo soy. No es una decisión cualquiera, como una de tantas que pueda tomar en el mercado de posibilidades que se me ofrece. Ahí se decide todo el proyecto de mi vida.

Hay gente que opina que la religión es una especie de coraza espiritual, como un recurso o APOYO que el hombre -que no quiere reconocer sus debilidades- se ha fabricado, para estar a bien consigo mismo y con el mundo. Algo parecido a esto dijo el psicoanalista C.G.Jung: "Las religiones son sistemas psicoterapéuticos en el sentido estricto de la palabra. La Iglesia tiene cuadros clínicos terribles que manifiestan todo el alcance del problema espiritual." ¿Es esto la fe?

En eso que ha dicho Jung -y que luego Drewermann también ha hecho suyo- hay algo de cierto. La religión, efectivamente, tiene dotes curativas y puede dar respuesta a muchas necesidades y miedos atávicos, ayudando a superarlos. Pero eso no significa que podamos reducirla y considerarla como medio psicoterapéutico. No basta con remitirse a una de esas imágenes de la religión para obtener la curación deseada, porque no es así. Acabaríamos pensando que eran imágenes falsas o que habían perdido su facultad curativa.

Eso es un sobreañadido a la religión y, desde luego, no es una característica suya. Es evidente que la religión es algo más que eso, porque en todas las épocas de la humanidad ha existido (también sin fines terapéuticos) una tendencia a lo eterno, la humanidad tiende a la eternidad y continuamente trata de establecer una relación con el más allá.

Lo esencial de la religión es la relación del hombre que trasciende a algo que no conoce y que la fe llama Dios, y la facultad del hombre de trascender a su relación original por encima de lo tangible y de lo mensurable. El hombre tiene muchas relaciones en su vida, y según cómo sean las que la constituyen fundamentalmente y que lleva grabadas en el fondo de su ser -con el padre, la madre, el hermano, la hermana etc- así será su vida.

Pero si la primera de todas esas relaciones, es decir, si la relación con Dios no es buena, entonces ninguna de las otras podrá ser buena. Yo diría que esto es, en definitiva, el verdadero contenido de la religión.

Las grandes culturas que conocemos tienen bastantes coincidencias en sus respectivas religiones. Parece haber bastante consonancia de doctrinas: la misma invitación a la

medida, las mismas advertencias sobre el egocentrismo y la autonomía. ¿Por qué entonces no son iguales todas las religiones? ¿Por qué es mejor el Dios de los cristianos que el de los indios? ¿Y por qué sólo es salvífica una religión?

Esta sugerencia es muy antigua, viene repitiéndose desde que comenzó la investigación acerca de la historia de las religiones, en tiempos de la Ilustración, e incluso antes. Pero, al estudiar cada religión por separado, fue perdiendo vigor hasta casi desaparecer. Las religiones no son todas iguales. Hay religiones de niveles muy diferentes e, incluso, hay algunas que están visiblemente enfermas y son perjudiciales para el hombre.

En la crítica de la religión que hace el marxismo, hay algo de cierto cuando afirma que existen religiones y prácticas religiosas que alienan al hombre. Pensemos, Por ejemplo, en África. La creencia en los espíritus ha sido y es, un serio impedimento para la estructuración de una nueva economía más moderna y más adecuada al actual y creciente desarrollo de ese continente. Y, además, no se puede vivir marcados por un miedo irracional a los espíritus, porque eso impide que en la intimidad de esas vidas pueda haber lo que llamamos religión. O consideremos si no, el cosmos religioso indio ("hinduismo" es una definición equívoca que sirve para muchas religiones). En ese . cosmos encontraremos una enorme variedad de religiones, desde las más puras y elevadas -acuñadas en el amor-, a otras que son, incluso, inhumanas y con ritos homicidas.

En buena parte de la historia de la religión han quedado huellas, como sabemos, de sacrificios humanos. Y también sabemos que cuando se hace política de la religión, ésta se convierte en instrumento de destrucción y de opresión; en la propia religión cristiana se han dado algunos casos patológicos- La quema de brujas fue un retroceso a lo germano, que después de su conversión -en las postrimerías de la Edad Media-, fue superado con mucho esfuerzo, pero la pérdida de la fe, a finales del Medioevo, ocasionó que volviera a resurgir.

En una palabra, tampoco los dioses son todos iguales. Incluso, hay divinidades negativas, como algunos dioses griegos o del cosmos religioso indio . Por lo tanto, cuando se estudia detenidamente la historia de las religiones enseguida se olvida esa idea de igualdad.

Pero, al menos se podría aceptar que alguien que profesa una confesión diferente a la católica, también puede salvarse.

Eso es algo muy diferente. Es perfectamente posible que alguien que reciba con aprovechamiento -con rectitud- los medios auxiliares propios de su religión, sea un hombre cabal, y es, por tanto, posible que ese hombre sea agradable a Dios y le otorgue la salvación. Eso no está excluido, más bien todo lo contrario, seguramente es así en muchos casos, pero deducir de ahí que todas las religiones son iguales, que todas juntas forman un gran concierto, una gran sinfonía, nos llevaría únicamente a un grave error.

Algunas religiones pueden hacer difícil que el hombre sea bueno. Y esto también acontece en el cristianismo cuando los cristianos lo viven de una forma que no es correcta, o en sectas, etc. Por eso en la historia de las religiones -de todas las religiones- siempre es necesario velar por su pureza para evitar que, por el motivo que fuere, pudiera convertirse en impedimento para la relación con Dios, en vez de guiar al hombre por el buen camino.

Yo añadiría algo más, y es que el cristianismo ha quedado establecido como única religión verdadera en la historia de las religiones a partir de la figura de Cristo. Y eso quiere decir que en la figura de Cristo -más exactamente en la Palabra de Dios- es donde se encuentra esa fuerza necesaria para la purificación de la religión. Los cristianos no necesariamente viven bien el cristianismo. Pero en Cristo encuentran las pautas y los medios que conducen a esa purificación indispensable para que la religión no sea un sistema opresivo ni de alienación del hombre, sino un camino de encuentro con Dios y consigo mismo.

Pero actualmente hay mucha gente que piensa que la religión cristiano-católica tiene una visión del mundo bastante pesimista.

La idea de que el cristianismo -que cree en el fin del mundo, el Juicio, etc.- sea de naturaleza pesimista tiene su origen en la Revolución francesa. Más adelante, en el transcurso de la historia, la Edad Moderna que hizo del progreso ley, opinaba de otra forma y decía que la fe cristiana era, fundamentalmente, optimista. Y nosotros, entre tanto, hemos podido comprobar cómo, paulatinamente, iban desapareciendo esas dos contraposiciones, y cómo iba decayendo también esa confianza que la Edad Moderna tenía en sí misma.

Porque cada vez es más evidente que con los avances también hay más posibilidades de destrucción, mientras que la razón ética del hombre quizá no ha crecido tanto, y entonces sucede que el hombre convierte su poder en poder de destrucción. El cristianismo afirma

que, aunque la historia progrese y gracias a ello avance la humanidad, no por eso ésta mejora en lo esencial.

En la lectura del Apocalipsis observamos que la humanidad se mueve cíclicamente.

Siempre hay horrores que se solucionan pero dan paso a otros nuevos, y no se ve que se augure un estado saludable para el hombre a lo largo de la historia. En el cristianismo no hay motivos para que las cosas humanas tengan que ir necesariamente a mejor; en cambio, es propio de la fe cristiana tener la certeza de que Dios nunca abandonará al hombre y, por tanto, la humanidad nunca acabará en un total fracaso, aunque a muchos les parezca que hubiera sido mejor que la humanidad nunca hubiera aparecido sobre el planeta.

Por otra parte, ese esquema de optimismo y pesimismo, está fuera de lugar. El cristiano sabe, como cualquier hombre dotado de razón, que en la historia suele haber grandes crisis; tal vez ahora nos encontremos ante una de ellas, y sabe, también, que esas crisis no se pueden solucionar automáticamente; no disponemos de un interruptor para girarlo a: "positivo". Por lo tanto, seguimos continuamente amenazados por las contrariedades. Pero el cristiano tiene, sobre todo, un último recurso y es que Dios sostiene al mundo en sus manos, cuidando de él de tal forma que, incluso, después de un horror como el de Auschwitz, que a todos nos conmueve las entrañas, el mundo puede rehacerse de nuevo. Porque Dios, es más fuerte que el mal.

¿La Cruz es un símbolo de horror?

La Cruz en sí tiene ciertamente algo de horror que nunca deberíamos olvidar. Esa es la forma más cruel de ejecución que se conocía en la Antigüedad. Era, de hecho, una muerte ignominiosa que no podía aplicarse a un ciudadano romano, Pues quedaría también mancillado el honor de Roma. Contemplar al más Puro de todos los seres humanos, al que era más que hombre, ejecutado de forma tan cruel, nos produce, por lo menos, un enorme espanto. Pero ese mismo espanto nos lo debería producir el ver cómo somos realmente y nuestra propia indolencia. Lutero dijo algo semejante, y me parece acertado, cuando afirmó que el hombre debía escandalizarse de sí mismo para regresar al buen camino.

Sin embargo la Cruz no se queda sólo en eso, en horror, porque desde ese madero no nos está contemplando un fracasado, un desventurado, víctima del más horrible suplicio de la humanidad. El Crucificado, que nos contempla desde la Cruz, nos está diciendo algo muy diferente de las arengas de Espartaco a sus fracasadas huestes. Desde la Cruz nos contempla un Bien infinito que hace que de ese horror, nazca una vida nueva. Nos contempla el Bien supremo del propio Dios que se ofrece por nosotros Y se nos entrega para -Con nosotros- cargar con el peso de todos los horrores de la historia. Ese signo de la Cruz considerado en profundidad, nos muestra, por un lado, cómo Puede ser de Peligroso el ser humano y hasta dónde pueden llegar las atrocidades de las que es capaz, pero, por otro, también nos invita a contemplar el inmenso e infinito Poder de Dios y que somos amados por Él. Por eso, la Cruz es un signo de perdón y de esperanza que alcanza hasta los últimos confines del mundo.

En nuestro tiempo, hay muchos que se preguntan como se puede seguir hablando de Dios y hacer teología, después de Auschwitz. Y yo a eso respondería, que en la Cruz está concentrado todo el horror de Auschwitz por anticipado. Dios ha sido crucificado y, desde la Cruz, está proclamando que ese Dios, tan débil en apariencia, es un Dios que perdona y es, en su aparente ocultamiento, Dios Todopoderoso.

La verdad sobre Dios y el hombre, vista desde fuera, casi siempre parece triste y difícil de comprender. ¿La fe es, tal vez, sólo para naturalezas fuertes? Porque, además, también parece ser muy exigente en todo.

Yo afirmaré todo lo contrario. La fe es una fuente de alegría. Cuando Dios falta, el mundo queda en tinieblas, todo parece aburrido y no satisface nada. En la actualidad se comprueba fácilmente que cuanto más se vacía el mundo de Dios, más necesidad hay de consumismo y más se vacía el mundo de alegría. El máximo gozo es siempre producto del amor y en eso consiste exactamente la esencial manifestación de la fe. Nosotros somos amados por Dios de modo absoluto. Por eso es tan bien aceptada la difusión del cristianismo entre los débiles y los que sufren.

Claro está que eso también se puede interpretar según el pensamiento marxista diciendo "son sólo buenas palabras", "eso no es la revolución". Pero no veo justificado que nos preocupen ahora afirmaciones como esas. El cristianismo ha logrado unir a señores y a esclavos de una forma totalmente nueva; aunar tal como Pablo advierte al dueño de un

esclavo: "no castigues a tu esclavo, ahora es tu hermano,>.

Así que podemos decir que la alegría es un elemento constitutivo del Cristianismo. Alegría, Pero no en el sentido de la que es causada por el OCIO y la diversión, que siempre puede ocultar cierto fondo de desesperanza. Todos sabemos que el alboroto, a veces, es una máscara para disimular la desesperanza. El cristianismo da una alegría propiamente dicha. Y es una alegría que, además de ser compatible con las dificultades de nuestra existencia, contribuye a hacerla más fácil. En el Evangelio, la historia de Jesucristo empieza con las palabras que el ángel dirigió a María, en forma de saludo, "¡Alégrate!". Y en la noche de su nacimiento, los ángeles también repetían: "os anunciamos una gran alegría". El propio Jesucristo manifiesta que viene a traernos una buena nueva, es decir, que el meollo nuclear del mensaje es siempre este: "vengo a anunciaros una gran alegría, Dios está aquí, os ama y así será para siempre".

Sin embargo, parece bastante más fácil no creer que creer Es un Poco paradójico, porque la fe existe por todas partes -el hombre es un ser religioso- pero al mismo tiempo siempre requiere mucha lucha.

Que no creer sea más fácil que creer es muy relativo. Parece más fácil, tal vez, en el sentido de poder liberarse de las ataduras de la fe y decir "yo no me molesto más en esto, es una pesadez", "voy a dejarlo del todo". Ese es el Primer acto de lo que podríamos llamar, la facilidad de no creer Pero vivir sin fe no es fácil. Vivir sin fe significa, para empezar, sentirse en un estado de nihilismo que enseguida requiere tener algún punto de referencia. La vida sin fe es muy complicada generalmente. No tenemos más que recordar la filosofía totalmente carente de fe de Sartre, Camus y de otros muchos, para poder comprobarlo enseguida,

Un acto de fe quizá sea complicado en su punto de partida y en su aceptación, pero en el mismo instante de advertir que hemos sido tocados por la fe -"alégrate"-, se siente un gran gozo interior. Por eso al hablar del acto de fe, no se debe resaltar sólo su dificultad unilateralmente. Esa facilidad de no creer y la dificultad de creer se mueven en planos diferentes. A mí me parece que la carga que conlleva la falta de fe es aún más pesada. La fe da alas al espíritu del hombre Esto se observa sobre todo en los Padres de la Iglesia y muy en particular en la teología monástica, "ser hombres de fe significa ser como ángeles", dicen, "podremos volar, porque no sentiremos nuestro propio peso". "Ser creyente significa aligerarse del propio peso -de ese peso que siempre tira de nosotros hacia abajo- y librarse de él para quedar sostenidos por la fe".

¿En qué se distingue un buen católico de los demás hombres?

Los católicos somos como todos los mortales, y entre ellos pueden darse todas las categorías posibles de buenos y malos, como sucede en otras religiones, donde puede haber hombres de gran calidad interior que, gracias a sus mitos, se acercan al gran misterio y allí encuentran su forma de perfección. Nosotros no podemos apoyarnos en las estadísticas para saber dónde están los buenos y dónde los mejores. Nosotros -los católicos- afirmamos que el que viva la fe fielmente, y se deje formar por ella, se purificará de sus propios errores y flaquezas, y será un hombre bueno.

Entonces, ¿el católico es más feliz que los demás?

Ser feliz es una categoría enormemente polifacético, qué duda cabe. Pensemos, para empezar, en el Sermón de la Montaña que comienza con las llamadas Bienaventuranzas.

Con las Bienaventuranzas el Señor nos dio a conocer la forma de alcanzar la felicidad.

Manifestó a la humanidad, que el cristianismo es también escuela de felicidad: "Yo os enseñaré el camino",. Pero luego comprobarnos que lo que ahí se nos explica no parece coincidir mucho con lo que los hombres, en general, entendernos por felicidad.

Nosotros diríamos que es feliz alguien que dispone de muchos medios, los suficientes para procurarse una buena vida. Diríamos que es feliz alguien a quien vemos siempre contento y a quien las cosas parecen irle bien. Pero el Señor nos dijo: "Bienaventurados los que lloran". Es decir, que al parecer, la doctrina de Cristo sobre la felicidad resulta Paradójica, al menos. comparada con la idea, que nosotros tenemos del concepto de felicidad, Y es que no se trata de una felicidad en el sentido de bienestar, Para entenderlo, tenemos primero que convertirnos; tenemos que olvidarnos de la escala de valores que generalmente utilizamos: "felicidad es igual a riqueza, posesiones, poder...", porque por el mero hecho de medir estos bienes como grandes valores ya vamos Por mal camino, La promesa de felicidad que recibe el católico no es de una felicidad "extrínseca", sino de un estado de

felicidad en unión con el Señor. Se le Promete que el Señor será un faro de felicidad en su vida, cosa que, en efecto, es así.

Pero, ¿dónde está Dios, dónde se le encuentra? ¿Se oculta en alguna parte? Al parecer, Dios, se manifiesta muy Pocas veces, y los hombres se desesperan porque creen que Ya no les hace caso, no les deja ver ninguna señal clara y no se pueden comunicar con Él. No se manifiesta de un modo demasiado visible. No se manifiesta, necesariamente, en forma de catástrofes naturales -aunque éstas puedan, por supuesto, ser una locución Suya- pero, generalmente, Dios no habla demasiado alto, Pero sí nos habla una y otra vez. Oírle depende, como es natural, de que el receptor -digamos- y el emisor estén en sintonía.

Ahora en nuestro tiempo, con nuestro actual estilo de vida y de forma de pensar, hay demasiadas interferencias entre los dos y sintonizar resulta particularmente difícil. Y, por otra parte, estamos tan distanciados de Dios que, aunque oyéramos su voz, tampoco la reconoceríamos como suya, así sin más. No obstante, yo diría que a cualquiera de nosotros que esté atento, esté donde esté, puede acontecerle que perciba al Señor, "Dios me habla". Y esa es la gran oportunidad que tengo para conocerle. Y si yo estoy vigilante y alguien me ayuda a descifrarlo, también en las desgracias puede, de pronto, irrumpir en mi vida. Es obvio que Dios no habla demasiado alto; pero a lo largo de toda la vida sí nos habla por signos o sirviéndose de encuentros con otras personas. Basta simplemente con estar un poco atentos y no consentir que las cosas de fuera nos absorban completamente.

Y qué pasa, por ejemplo, con los católicos que tienen dudas. ¿Son considerados como unos hipócritas o herejes? Lo más llamativo de los cristianos es que distinguen una verdad de fe de una verdad científica. Estudian a Darwin, y también van a la Iglesia. ¿Se puede hacer esa distinción? Porque verdad sólo puede haber una; o el mundo fue creado en seis días o fue evolucionando en millones de años.

En un mundo tan confuso como el nuestro es casi inevitable que se presenten dudas. Pero no hay que confundir una duda con una pérdida de fe. Se puede aceptar honradamente una cuestión que preocupa, y conservar la fe en lo esencial. Por un lado tratando de hallar la solución a esas aparentes contradicciones y, por otro, sabiendo también que no todo se puede comprender, y que eso, que yo no he podido solucionar, tiene solución- En la historia de la teología, a veces, quedan puntos oscuros sin resolver de momento, y que todavía no se han podido interpretar satisfactoriamente.

Las Cuestiones de fe requieren tiempo y paciencia. Ese asunto que mencionaba antes -Darwin, la Creación, el evolucionismo- está en un diálogo interminable que, a pesar de las facilidades que ahora tenemos a nuestro alcance, sigue aún sin concluir. El problema del origen del mundo en seis días no es un tema apremiante ni para la ciencia moderna ni tampoco para la fe. En la Biblia queda bien claro que su narración no es un esquema teológico, ni se pretende narrar un relato exhaustivo de la historia de la Creación. En el Antiguo Testamento, son varias las descripciones de la Creación; en el Libro de Job y en el Libro de la Sabiduría hay otros dos relatos, donde queda suficientemente claro que los creyentes de la época no intentaban hacer una narración, digamos, casi fotográfica de los orígenes, de todo lo creado. Aquello estaba pensado como una visión general de lo más fundamental, con el único fin de explicar que el mundo procede sólo del poder de Dios y que es criatura suya. Pero cómo se llevó a cabo ese proceso, es una cuestión que la propia Biblia ha dejado completamente abierta. No así la teoría del evolucionismo que, por el contrario, me parece que -por ahora no ha dado solución a muchas de sus hipótesis y que incluso, a veces, las mezcla con filosofías casi míticas. Todavía quedan por organizar unas cuantas sesiones críticas sobre todo ese asunto.

Cardenal, hay muchos católicos que no consiguen dar el paso de la fe de niño a la fe de adulto. ¿Cómo se puede, después de haber leído la Biblia con ojos críticos, recuperar una fe sin complicaciones?

Lo primero que hay que saber es que los complicados textos bíblicos sobre la historia de nuestros orígenes no afectan, ni siquiera tangencialmente, a la fe en cuanto tal.

Lo que conocemos de su lectura es algo muy singular y muy importante. En esa historia ciertamente complicada, que -dicho sea de paso- sigue siendo hipotética, se comprueba hasta qué punto se grabaron en la conciencia del hombre unas manifestaciones y realidades, que no eran simple hallazgo del ser humano. Yo creo que si reflexionamos, precisamente, sobre los elementos humanos de la historia bíblica, es como mejor comprobaremos que allí había algo más. El relato de esa historia es el resultado de un tipo

de ayuda que, evidentemente, no fue solamente humana. Por lo tanto, dejemos ese aspecto técnico de la historia en manos de la ciencia y que ella nos aporte más luces sobre ese tema, y nosotros volvamos de nuevo al simple acto de fe. Le diré algo más: es evidente que esa historia es extraordinaria, no sólo por la participación del hombre, sino porque lo acontecido fue algo extraordinario y singular.

¿Cuántos caminos hay para llegar a Dios?

Tantos como hombres. Porque, incluso dentro de una misma fe, cada uno tiene su propio camino personal. Tenemos las palabras de Jesucristo: "Yo soy el camino,.. Así que, en definitiva, hay un sólo camino y todo el que se dirija a Dios ya está de algún modo en ese camino que es Jesucristo. Pero eso no significa que conscientemente, Voluntariamente, todos los caminos sean idénticos, significa que ese único camino es tan ancho que puede convertirse en el camino personal de cada hombre.

La siguiente paradoja es de Tertuliano: "Creo porque es absurdo", mientras que Agustín decía que él creía,- "para conocer" - ¿Por qué cree el Cardenal Ratzinger?

Yo soy decididamente agustiniano. Así como la Creación es asequible a la razón y es razonable, de la fe se podría decir que es consecuencia de la Creación y, por consiguiente, da acceso al conocimiento; yo estoy convencido de esto. La fe significa introducirse en el conocimiento x. agese aforismo de Tertuliano -a Tertuliano le gustaba orar hasta el extremo sus formulaciones- responde, como es natural, al conjunto de todo su pensamiento. Lo que ahí quería decir era que Dios se muestra precisamente de forma paradójica a lo que el mundo entiende, para así manifestar mejor su divinidad. Pero Tertuliano, en aquella época, ya estaba algo enemistado con la filosofía y yo no comparto esa posición, sino la de San Agustín.

¿Y usted también ha adoptado alguna frase significativa sobre la fe?

Yo no necesito ningún lema. A mí me parece que esa frase de San Agustín -que más tarde también adoptaría Santo Tomás- describe con exactitud en qué dirección hay que ir. ¡Creo! Y ese mismo acto de fe incluye que procede de la razón. Porque mientras yo estoy sometiendo a la fe sé que estoy abriendo la puerta a la recta comprensión de lo que no entiendo.

Cardenal, la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo, no pueden creer lo que saben y no saben lo que tienen que creer Pero en su persona se dan la unidad de fe y de pensamiento, y también una integridad que nosotros, hombres modernos, escépticos y corruptos ya no conocemos. ¿Qué clase de sentimiento es ese?

Yo no me atrevería a juzgar al hombre moderno en general; no sé si realmente existe esa falta de unidad en los hombres, o si tal vez pueden encontrar la unidad, de diversos modos. El hombre, en su fuero interno, siempre se siente atraído por polos diferentes; eso es algo muy corriente que le sucede a cualquiera, también a mí, sacerdote y obispo. Porque todos tenemos algunas aptitudes o dificultades, aficiones e intereses por diversas cosas, y la fe de la Iglesia no lleva consigo que todo eso desaparezca, no hace que esos intereses se vayan apagando, uno tras otro. Todo el mundo, y yo también, tiene tensiones en su interior, pero yo no diría que eso suponga desunión. Porque, al fin y al cabo, se puede creer con la Iglesia y adquirir conocimientos, con la confianza de que, precisamente por la fe, mis conocimientos recibirán una luz que -por otra parte- me permitirá también profundizar más en la fe; estos dos aspectos se ayudan mutuamente, se complementan recíprocamente. Es decir, que lo que subyace en el acto de fe en Cristo es una unificación de todas las tensiones, y, por consiguiente, el intento de mantener una unidad de vida, de forma que esas tensiones nunca produzcan frustración o ruptura.

Con respecto a una nueva evangelización, antes me ha hablado de algunos encuentros e incluso de la necesidad de una especie de revolución cristiana. Pero aunque se hiciera algún nuevo estudio sobre la necesidad de la evangelización no serviría de mucho, ya que eso sólo acabaría en "nuevos y más animados aspectos culturales del cristianismo". En cambio, sería mucho más eficaz dar más a conocer a Jesucristo a los hombres. A mí me parece que a muchos hombres de nuestro tiempo les gustaría poder creer en algo. Pero ahora creer no parece tan fácil como antes.

Eso salta a la vista. Hemos avanzado tanto en nuestros conocimientos, y hemos sistematizado y ampliado tanto nuestras experiencias que el acceso a la fe ya no es fácil. Pienso que, efectivamente, necesitaríamos una especie de revolución de la fe en muchos sentidos. Por lo pronto, necesitamos más coraje para oponernos a bastantes de las

convicciones generales de la actualidad. Hay mucha gente con una ideología que, ordinariamente, aspira a conseguir un alto nivel de vida -que le permita realizar todo lo que quiera, todo lo que desee- y en todo eso, Dios resulta una dimensión desconocida, que no cuenta para nada. Y eso lleva consigo que la moralidad se produzca como fruto de la simple casualidad o por un golpe de suerte.

Como ya hemos dicho, esa ideología en la que ahora vivimos y que, día a día, se nos va imponiendo, nos induce a certezas que, en el fondo, apartan al hombre de lo esencial. El hombre actual, por una parte, ya no es capaz de reflexionar sobre lo esencial, pero, por otra, nota que está falto de algo. Las grandes calamidades colectivas, que tanto abundan en el momento actual, se deben a que, en la vida del hombre falta algo, se advierte la carencia de algo. Deberíamos tener el coraje suficiente para romper con mucho de lo que el hombre de finales del siglo xx considera "normal", para volver a descubrir la fe en toda su sencillez. Y ese descubrimiento sería muy fácil mediante un encuentro personal con Cristo, que no sería un encuentro con un personaje histórico, sino con el mismo Dios hecho hombre. Y, después, cuando la fe ya ha penetrado en el alma, la vida se orienta de forma muy distinta. Entonces sí podría surgir una cultura de la fe, estoy seguro de ello. Pero, para eso es muy importante que un pronunciamiento de esa índole no se haga sólo a título personal, sino compartido con muchos más, hasta formar una comunidad. Y, en la medida en que se fuera viviendo así, se iría creando un nuevo estilo de vida que también daría paso a la nueva cultura.

El futuro se espera con cierta impaciencia. Se ha ido fraguando poco a poco, una especie de histeria general, que ha creado muchas expectativas sobre el futuro. Nunca ha habido tantos finales, ni tantos comienzos, como ahora. A veces parece que las cosas evolucionan positivamente, pero en otras ocasiones parece que el mundo actual es demencial. La sociedad, tan ávida de lujo y placer, tiene muy cerca una gran pobreza debida a las guerras o a las catástrofes naturales -cada vez más frecuentes- sin darse cuenta de los evidentes signos de decadencia de la cultura, ni de la tremenda falta de orientación; la sociedad desconoce lo que tiene que hacer. Antes no había tanta inestabilidad como ahora, tanta drogadicción, ni tantas relaciones rotas, niños abandonados, chabolismo, etc. ni, paradójicamente, tanta despreocupación.

En una ocasión, Cardenal, usted dijo que lo que le falta a nuestro tiempo no es capacidad para afligirse sino para alegrarse. Pero con ese panorama que tenemos ¿no le parece que alegrarse resulta cada vez más difícil?

Si nos fijamos un poco observaremos que, ahora, la alegría espontánea y desenfadada escasea cada vez más. Parece como si la alegría actual estuviera hipotecada por cargas morales e ideológicas. Cuando nos alegramos de algo sentimos temor; es como si temiéramos faltar a la solidaridad con los que sufren, e, incluso, pensamos "no debo alegrarme tanto, con tantas necesidades y tanta injusticia como hay en el mundo".

Yo entiendo que se piense eso, porque ahí actúan e influyen mucho los sentimientos. Sin embargo, esa conclusión es un error porque con la pérdida de la alegría no mejora el mundo. Al revés, no alegrarse en aras del sufrimiento no ayuda nada a los que padecen. Exactamente pasa lo contrario; este mundo nuestro necesita muchos hombres y mujeres que descubran la alegría de hacer el bien y, así, todos recibirán el ánimo y el empuje suficientes para seguir haciéndolo. La alegría nunca rompe la solidaridad. Cuando la alegría es sana, cuando no es egoísta y procede de la percepción de un bien, es difusiva y se extiende con facilidad. Siempre me sorprende que en los barrios de mayor miseria, por ejemplo en Sudamérica, haya tanta gente alegre y risueña. Es evidente que, pese a todas sus penurias, siguen ejerciendo el bien y se aferran a él para levantar su moral y sacar nuevas fuerzas.

Hemos de repetir, una vez más, que necesitamos una fuente de confianza que sólo la fe puede proporcionarnos. Hemos de confiar en que el mundo es bueno, Dios está en el mundo y por eso es bueno. Y hemos de confiar también en que vivir es bueno y ser hombre es bueno. Y en consecuencia, tendremos fuerza suficiente para alegrarnos nosotros y para hacer a otros también partícipes de ese mensaje de alegría.

En cuanto a esa doble faceta que describía del momento presente, yo creo que ahora hay una nueva conciencia de la solidaridad, un deseo de responsabilizarse de la humanidad e incluso de la Creación. Actualmente proliferan las asociaciones tratando de contribuir a resolver solidariamente los posibles focos de crisis. Tratan de ayudar con su propio

esfuerzo y su alegría, trabajando en favor de la paz y procurando atender las diversas necesidades, según sus posibilidades. Todo el mundo puede ver esto y debería estar agradecido por ello. Y también nos sirve a todos para reflexionar en que nunca debemos olvidar todo lo que hay de bueno en el hombre.

Pero también me hablaba antes de un mundo demencial y despreocupado. Así es. La explicación que yo daría a ese panorama es que la masificación de la sociedad en el mundo actual, por un lado, y los nuevos avances tecnológicos, por otro, han dado paso a nuevas categorías del mal. No deberíamos pasar esto por alto.

Luchar contra esa masificación que, además, reduce al hombre al aislamiento y a una soledad radical, y tratar de crear otras posibilidades más saludables para la sociedad, es todo un reto. Un reto que requiere que todos nosotros nos pongamos manos a la obra. Sólo la técnica, no basta.

Yo diría que de todo lo que hemos considerado se pueden concluir dos cosas: una, que el hombre es un ser moral, responsable de sí mismo y de toda la humanidad, y Otra, que es un ser que, para poder seguir adelante, necesita recibir ayuda de Dios.

2. Familia y vocación

Cardenal, qué opina de la siguiente afirmación: "Venimos al mundo, sabemos lo que queremos saber y estamos donde queremos estar".

No sé muy bien de qué se trata exactamente. Ignoro su procedencia. Pero el hombre, ciertamente, viene al mundo interrogando. Aristóteles añadía aún algo más -y Santo Tomás también-, decían que el hombre venía cual tabula rasa. Es decir, los dos postularon que las facultades cognoscitivas eran innatas en el hombre y que la mente, desde el principio, estaba en una disposición receptiva. Yo lo matizaría un poco más. No obstante, es cierto que el hombre es un ser inquisitivo, y que en su fuero interno -por decirlo de alguna forma- siempre espera respuestas.

Yo soy un poco platónico. Con eso quiero decir que creo que hay una especie de memoria, como un recuerdo de Dios grabado en el hombre, y que hay que despertarlo en él. El hombre no sabe originariamente qué debe saber, ni tampoco está originariamente donde debe estar; es un hombre, un ser humano en camino.

En la religión bíblica, en el Antiguo y el Nuevo Testamento, se recogen muchas imágenes de un pueblo de Dios nómada, y se hace siempre hincapié en que Israel era un pueblo en el exilio. Y esa imagen significa -exactamente- lo que es la existencia humana. Nos indica que el hombre es un ser que está puesto en un camino que no es ficticio, y que acontecerá algo en su vida que él tiene que buscar y descubrir qué es, y que también se puede equivocar. Usted utiliza con bastante frecuencia la palabra "providencia". ¿Qué significa eso exactamente para usted?

Yo estoy firmemente convencido de que Dios nos ve y nos da plena libertad, pero al mismo tiempo nos dirige. Lo he podido comprobar con cierta frecuencia cuando, a veces, se amontonan muchas cosas por hacer que -en un primer momento- se nos antojan enojosas, molestas, complicadas hasta que, de pronto, uno se da cuenta que todo estaba bien como estaba, que aquello era exactamente lo que había que hacer. En la práctica, eso significa para mí, que mi vida no consiste en meras casualidades, sino que hay alguien que me precede y ha previsto todo por mí, que piensa y dispone mi vida. Yo puedo rehusarlo -por supuesto-, pero también puedo aceptarlo, y entonces es cuando soy consciente de que, en efecto, hay una luz "providente" que me dirige.

Pero eso no quiere decir que el hombre esté predestinado, sino simplemente que tiene un destino, un fin que reclama el uso de su libertad. Eso es exactamente lo que se nos dice en la parábola de los talentos. Allí se entregan cinco talentos, y el hombre que los recibe, recibe al mismo tiempo un determinado encargo que puede cumplir o no cumplir. En cualquier caso, cada hombre recibe una misión -la suya-, cada uno recibe su talento particular y ninguno es superfluo, ninguno es en vano. Por eso, el hombre debe saber para qué ha sido llamado a la vida y, luego, ver cuál es su respuesta a esa llamada, a esa vocación concreta que le ha sido otorgada porque -sin duda es lo mejor para él.

Cardenal Ratzinger, usted nació en Marktl am Inn -Alta Baviera- un 16 de abril de 1927, en un Sábado Santo. ¿Eso se ajusta a su modo de ser?

Sí. A mí me alegra mucho haber nacido en ese día, víspera del Domingo de Gloria, justo al

empezar la Pascua pero sin que todavía haya dado comienzo. Además, me parece muy significativo, porque indica lo que es mi propia historia en la realidad, lo que es mi situación actual: estar a las puertas de la Gloria, sin entrar todavía en ella.

Sus padres se llamaban José y María. Cuatro horas después de nacer, exactamente a las 8.30 de la mañana, sus padres le llevaron a bautizar. Debió ser un día muy agitado.

Yo no recuerdo nada, claro está. Mis hermanos me contaron que fue un día de una gran nevada, de mucho frío, a pesar de ser un 16 de abril. Pero eso no tiene nada de particular en Baviera.

De todas formas, no deja de ser raro que le bauticen sólo cuatro horas después de nacer.

¿A qué tanta prisa?

Es cierto. Fue así de rápido -cosa que a mí me alegra sobremanera- porque coincidió con que era Sábado Santo. En aquella época todavía no se festejaba la noche pascual, se celebraba la Resurrección a primera hora de la mañana, con la bendición del agua que después serviría para los bautizos durante todo el año. Y como en la iglesia iba a tener lugar la Liturgia del Bautismo, mis padres se dijeron "bueno, ¡pues el chico ya está aquí!", "si le llevamos a la iglesia, le bautizarán con las primeras aguas bautismales." Y así fue. A mí aún me emociona esa coincidencia de nacer a la misma hora en que la Iglesia preparaba el agua para los bautismos y el hecho de haber sido el primer bautizado con aquellas aguas bautismales recién bendecidas. Me sobrecoge esa coincidencia que me vincula con el tiempo pascual, y esa estrecha unión entre mi nacimiento y mi bautismo.

Creció en pleno campo y era el menor de tres hermanos. Su padre era gendarme, es decir, que era de familia modesta, no acomodada. En cierta ocasión comentó que su madre hacía el jabón en casa.

Bueno, mis padres se casaron algo mayores y, en Baviera, la profesión de mi padre -que tenía el grado de Comisario- estaba bien remunerada. No éramos una familia pobre en el sentido literal de la palabra. El ingreso mensual de mi padre estaba garantizado, pero es bien cierto que vivíamos una vida sencilla, de austeridad, que yo agradezco. Porque, precisamente, viviendo ese régimen de vida, se experimentan alegrías que no se obtienen en una vida de abundancia. Recuerdo con mucho agrado lo felices que éramos entonces por cosas muy pequeñas, y ,cómo nos ayudábamos en todo, unos a otros. La situación en que nos encontrábamos -una vida modesta, con cierta preocupación por las finanzas- originó en nosotros una solidaridad interior, que nos unió aún más, si cabe.

Mis padres se vieron obligados a hacer muchas renunciaciones para que los tres hermanos pudiéramos estudiar. Y nosotros nos dábamos cuenta y procurábamos corresponderles de alguna manera. Así, en ese clima, aprendimos a vivir con sencillez, siendo felices con poca cosa y queriéndonos mucho entre nosotros. De algún modo éramos conscientes de que, a pesar de aquella sobriedad, recibíamos mucho, que nuestros padres hacían mucho por nosotros.

Pero esa historia del jabón es un tema diferente que nada tiene que ver con que fuéramos una familia modesta, sino con la época del país que nos tocó vivir. Estábamos viviendo los difíciles tiempos de la guerra, y debido a la escasez de muchos productos de primera necesidad -como el jabón-, era frecuente que todo se solucionara con elaboración casera. Mi madre había sido cocinera de profesión y era una auténtica "sabelotodo". Tenía recetas para todo -que se sabía de memoria- y, gracias a su fantasía y a su buena mano para guisar, con los medios más sencillos y económicos disponibles en aquella época de guerra preparaba unos guisos deliciosos.

Mi madre era muy bondadosa, pero con mucha fortaleza interior. Mi padre era más cerebral y más voluntarioso. Era un hombre de convicciones religiosas inquebrantables y advertía y emitía juicios muy acertados sobre aquella situación que estábamos viviendo. Cuando Hitler llegó al poder, mi padre sentenció: "¡es la guerra, necesitaremos un refugio!".

Hay un tal Georg Ratzinger que jugó un papel importante en la historia de Baviera. ¿Quién era exactamente?

Mi tío-abuelo, un tío de mi padre. Era sacerdote, doctor en teología, y también diputado del Parlamento del Reich y del Land, y, además, un auténtico precursor de la defensa de los derechos de los labradores. Yo he leído un acta, un discurso suyo en el Parlamento, donde se declara contrario al trabajo de los niños en el campo, algo que por aquel entonces resultaba inaudito, una gran osadía. Por lo visto era un hombre rudo, pero con mucho prestigio en cuanto a sus ideas políticas, así que todo el mundo le admiraba y estaba

orgullosos de él.

Y, ¿cómo era su hogar? ¿Cómo vivían, qué hacían?

Al principio tuvimos que mudarnos de casa varias veces, debido a la profesión de mi padre. No recuerdo nada de Marktl, el lugar donde nací; nos fuimos de allí cuando yo sólo tenía dos años. Entonces nos trasladamos a Tittmoning. La Gendarmería se encontraba en la plaza del pueblo, en un caserón que antes había sido un Priorato.

Era una casa muy bonita, pero algo destartada e incómoda, todo hay que decirlo. Nuestro dormitorio había sido la sala capitular, pero, en cambio, el resto de las habitaciones eran muy pequeñas. Teníamos mucho espacio, pero se notaba que era una casa antigua, medio en ruinas. Para mi madre aquello tuvo que ser tremendo porque le daba demasiado trabajo. Yo la recuerdo subiendo muchas escaleras, con el carbón y la madera para hacer fuego.

Después de eso fuimos a vivir a una preciosa casa, en Aschau. Era una casa de campo que había construido un campesino y que más tarde alquiló a la Gendarmería. Pero comparada con las comodidades que disfrutamos ahora, desde luego, seguía siendo una casa muy sencilla. Por ejemplo, no disponía de cuarto de baño. Pero sí tenía agua corriente.

Después, mi padre, pensando en su futura jubilación se compró una antigua casita de campo en Hufschlag, en Traustein. En aquella casa no salía agua del grifo, había que ir a sacarla del pozo, algo que yo siempre he encontrado deliciosamente romántico. A un lado de la casa había un encinar mezclado con muchas hayas, y al otro lado estaban las montañas. Eso era lo primero que veíamos todas las mañanas, nada más abrir los ojos.

Además teníamos manzanos, ciruelos y flores, muchas flores que mi madre cultivaba en un pequeño jardín. Pero el terreno era bastante grande y estaba en un lugar paradisíaco, todo era propicio para los juegos y los sueños de los niños.

Aquel era un mundo inexplorado, y difícil de explorar por su gran riqueza de posibilidades. Por lo visto, los antiguos dueños de la casa eran tejedores, y en ella había un antiguo telar.

Las habitaciones eran muy sencillas, y la casa -creo que su construcción databa del año 1726- estaba muy necesitada de restauración; cuando llovía, había goteras por todas partes. Pero era una casa muy bonita y, como dije antes, también muy propicia para los sueños infantiles. Y viviendo así, sin apenas comodidades, éramos enteramente felices.

Seguramente, aquello no sería tan divertido para mis padres; Mi padre tenía que pagar las constantes reparaciones de la casa, y Mi madre tenía que sacar el agua del pozo, pero mis hermanos y yo nos encontrábamos allí como en la gloria. Tardábamos cerca de media hora en llegar al pueblo más próximo, pero eso también nos parecía muy bonito y, por una cosa o por otra, siempre estábamos caminando. Nunca llegamos a sentir la falta de comodidades, no echábamos de menos la vida moderna, más bien, al contrario, vivíamos una continua aventura gozando de plena libertad, disfrutando de la belleza natural y de un hogar, que era una casa muy antigua, pero llena de calor humano en su interior.

¿Sus padres fueron muy exigentes?

En cierto sentido, sí. Mi padre era un hombre muy recto y, quizá, por eso mismo, también muy estricto. Pero nosotros sabíamos que se debía a que era un hombre muy justo Y soportábamos sus exigencias con la mayor naturalidad. Y nuestra madre, por su parte, suplía lo que a mi padre le pudiera faltar de suavidad a la hora de exigir. Mis padres tenían dos temperamentos muy distintos, pero precisamente gracias a sus diferencias, se complementaban perfectamente. En mi casa había mucha exigencia, sí, debo confesarlo, Pero también había mucha alegría, mucho cariño. Los hermanos jugábamos mucho juntos y nuestros padres, siempre que podían, sacaban tiempo también para compartirlo con nosotros. Y, como a todos nos gustaba la música, también Procurábamos disfrutarla juntos; aquello nos servía para reponer fuerzas.

Sí, creo que es un gran apasionado de Mozart.

¡Sí! A pesar de que tuvimos que mudarnos tantas veces de casa durante mi niñez, siempre fue en una zona situada entre Inn y Salzach. La mayor parte de mi vida -la más importante y la más bonita- transcurrió en Trautstein, notablemente marcada por Salzburgo. Allí fue donde Mozart penetró hasta el hondón de mi alma. Su música, tan brillante y, al mismo tiempo, tan Intensa, todavía me sigue haciendo vibrar de emoción. No es un simple divertimento, la música de Mozart encierra toda la tragedia de ser hombre.

El arte es elemental para el hombre. La respuesta del hombre a la realidad no puede ser sólo la razón -como asegura la ciencia-, ni tampoco puede expresar todo lo que el hombre quiere y debe expresar. Yo creo que el arte es algo que Dios ha puesto en el hombre. El

arte, con la ciencia, es el mayor don que Dios le ha podido dar.

Sus padres enviaron a sus tres hijos a un internado. ¿Por qué lo hicieron exactamente? En aquellos tiempos era la única forma de recibir una "buena educación". En el Land había pocos Institutos y sólo algunas escuelas; lo mejor para estudiar bien era un internado. Mi hermana, por ejemplo, sólo fue a una escuela secundaria de las franciscanas. Iba a diario en bicicleta -haciendo un recorrido de cinco kilómetros-, y no estuvo interna, vivía en casa. A ella le hubiera gustado más ir a un internado, pero no pudo ser. Mi hermano también fue a la escuela y después pasó al internado. Y yo empecé yendo a la escuela, pero dos años después mis padres pensaron que como era el más pequeño de sus hijos y el último en edad de estudiar, tal vez valiera la pena hacer algún sacrificio más, y darme la oportunidad de que también pudiera ir a un internado. Y así fue. Bueno, supongo que también iría por razones educativas -cosa que entiendo muy bien- porque, lo cierto es que tenía que corregirme de un montón de cosas. En un internado se aprenden muchas cosas mejor que en casa, como, por ejemplo, a ser sociable o a integrarse con los demás. Pero aquello sólo duró dos años, porque entonces todos los internados de Traunstein pasaron a ser lazaretos, y tuve que volver a casa.

Hablando de su familia, ¿se podría decir que su familia era exageradamente religiosa? Puede ser. Mi padre era muy buen creyente. Todos los domingos iba a Misa a las seis de la mañana, y luego volvía a las nueve al Oficio divino (son Horas canónicas), y por la tarde iba otra vez. Y, en cambio, la religiosidad de mi madre era, sobre todo, más sentida, acogedora, Aunque cada uno a su estilo, en ese punto mis padres también coincidían en lo principal: en casa, la religión era lo más importante de todo.

Pero, en su casa, ¿cómo recibían la educación religiosa? Porque ahora este tema resulta muy problemático para muchos padres.

En mi casa la religión era parte integrante de nuestra vida. Rezábamos en familia. Se bendecía la mesa en todas las comidas. íbamos a Misa diaria cuando el horario de la escuela lo permitía, y los domingos asistíamos todos, en familia. Después de jubilarse mi padre también rezábamos el rosario en familia con bastante frecuencia, y asistíamos al Catecismo de la escuela, aparte de lo que hiciéramos en casa. A nuestro padre le gustaba comprarnos las lecturas que le parecían adecuadas a nuestra edad, por ejemplo recuerdo algunas revistas infantiles de cuando hicimos la Primera Comuni3n. Pero esto que le estoy contando era todo, quiero decir, que no tuvimos una educaci3n exageradamente religiosa: íbamos a la Iglesia juntos y rezábamos en familia, eso era todo.

Y de joven, ¿qué fue lo que le atrajo de la fe?

Siempre sentí un interés especial por las cosas de la Liturgia, y creo que a mis hermanos también les interesaba. Cuando estaba en la segunda clase, mis padres me regalaron mi primer misal. Eso fue para mí como una gran aventura: adentrarme en aquel misterioso mundo del latín y averiguar qué estaba pasando, qué estaban diciendo, qué significado tenía todo aquello. Y así fue cómo, a partir de un misalito infantil, llegué al misal más completo. Pero fue paso a paso, como un emocionante viaje de exploraci3n.

Un misal. ¿Qué es eso exactamente?

Es el libro que el sacerdote coloca sobre el altar para celebrar la Misa. Ese mismo libro existe también en ediciones más manejables, asequibles a todos los cristianos y que -por cierto- también está traducido al alemán.

Por otra parte, como es natural también nos entusiasmaban todas las fiestas litúrgicas que entonces había: su música, sus ornamentos, las imágenes, etc. Eso por una parte. Pero además, desde un principio, todo lo relacionado con la religión me interesaba también racionalmente. Creo poder decir que yo iba profundizando, paso a paso, por mi cuenta. En aquel tiempo del nacionalsocialismo había muchas polémicas, y era particularmente necesario tener bien preparadas las respuestas que había que dar, porque por entonces, te señalaban públicamente: "ese es católico, va mucho a la iglesia", o incluso, "ese quiere hacerse cura". Las broncas callejeras eran muy frecuentes; había que estar bien pertrechado contra los posibles ataques.

Buscando argumentos y estudiando a fondo para poder defenderlos, descubrí que todo aquello era una apasionante aventura de la razón, que, progresivamente, me iba abriendo horizontes nuevos. Las alegrías litúrgicas unidas a las de la razón me parecieron una posibilidad enormemente atractiva para alguien que quisiera dedicar su vida a conocer bien el mundo, y ése era mi caso.

Su origen bávaro y el marcado catolicismo de su país parecen haber marcado también su propia vida. Usted siempre ha dicho que preferiría salir en defensa de la fe sencilla de la gentes modestas que de la fe arrogante de los teólogos, o de la fe débil de los creyentes aburguesados o de vida desahogada.

En Baviera nos gustaría ser creyentes y buenos católicos, y pasar inadvertidos. Pero la fe adquiere un particular colorido en nuestro país, sobre todo en esa pequeña ciudad de Traunstein, donde, en el transcurso de la historia, el catolicismo ha estado siempre implicado en la vida cultural del Land- Yo diría que nos han contagiado esas costumbres religiosas para que no olvidáramos nuestra propia historia.

Desde tiempos remotos, en mi familia todos han sido bávaros, buenos patriotas. Mi padre era originario de la Baja Baviera y como se sabe, en la política bávara del siglo XIX había dos corrientes muy diferentes. Una estaba orientada hacia un imperio alemán, es decir, a una única nación alemana, mientras que la otra era la corriente bávaro-austriaca, de orientación franco-católica. Mi familia pertenecía claramente a esta segunda y ahí todos tenían fama de ser muy buenos patriotas bávaros; todos estaban muy orgullosos de su historia. Mi madre era del Tirol, en el sur de Alemania, donde también predomina un catolicismo muy arraigado y con mucha vida, aunque su forma de practicarlo sea muy diferente. De modo que nosotros, aunque conscientes de que no debíamos manifestarlo, nos identificábamos plenamente con nuestra propia historia. Pero esta historia no tiene nada que ver con la otra, con la del nacionalsocialismo que, de 1933 a 1945, nos condujo a la catástrofe. Al contrario, aquel nacionalismo que acabó en guerra y catástrofe, nos reforzó aún más en nuestra concepto de la historia.

¿En su familia ha habido conflictos en la relación padre-hijo?

Alguno tuvo que haber, casi seguro; no obstante siempre tuve mucho trato con mi padre. Tal vez se deba a que, en su último año de servicio, estuvo de baja por enfermedad durante mucho tiempo. Hizo todo lo que pudo por retirarse del servicio a tiempo, porque era totalmente contrario al Tercer Reich. Durante esos meses caminábamos mucho juntos, y eso nos aproximó mucho uno al otro.

Hubo un tiempo -estando los tres hijos estudiando y mi padre ya jubilado- en el que, como la cuestión económica era algo problemática, mi madre tuvo que volver a ejercer su profesión temporalmente en Reit im Winkl. Yo, entonces, pasaba mucho tiempo en casa, con mi padre. Me contaba muchas cosas, era muy buen comunicador. Es decir, que caminando y charlando nos unimos mucho. Y algo que también contribuyó mucho a nuestro buen entendimiento fue el tema de la religión y su decidida aversión al régimen nazi. Para mí, su mayor fuerza de convicción era simplemente su honradez. Su conducta fue siempre un ejemplo para nosotros.

¿Cómo se expresaba concretamente su padre en contra del régimen de aquella época?

Estuvo de servicio hasta el año 1937. Durante el tiempo llamado "de acción", a finales de la República de Weimar, vivíamos en Tittmoning. Yo era muy pequeño todavía, pero recuerdo muy bien cuánto sufría mi padre entonces. Tenía alguna relación con el periódico "Dergerade Weg", contrario al nazismo; por ejemplo, todavía me acuerdo de las caricaturas de Hitler en ese periódico. Mi padre también era muy tajante en sus afirmaciones. El inminente poder nazi que él veía fue el principal motivo para que saliéramos de allí y nos fuéramos a vivir a un pueblecito. En el pueblo los ánimos estaban más calmados y la situación era más distendida, claro, a pesar de que entre aquellos campesinos ya hubiera -por desgracia- un gran número de nazis. Mi padre no ejerció ninguna clase de oposición en público, cosa que -por otra parte- allí hubiera sido imposible. Pero en casa, cuando leía el periódico, sufría un ataque de ira. Ante los demás sabía contener su indignación, no así cuando estaba con personas de su entera confianza, a las que les manifestaba su opinión con toda claridad. Pero, a pesar de ser funcionario, mi padre nunca estuvo afiliado a ninguna organización.

Dígame, Cardenal, ¿usted ha sido miembro de las Juventudes hitlerianas?

Nosotros no pertenecemos a las Juventudes hitlerianas, pero en el año 1941, mi hermano sí tuvo que formar parte. Yo era demasiado pequeño todavía, pero después -estando ya en el Seminario- también tuve que participar en las J.H. Luego lo dejé cuando nos ocuparon el Seminario, y eso me creó bastantes dificultades, porque yo sólo podía obtener el dinero para matricularme mostrando el carnet de las J.H. Menos mal que había un profesor de matemáticas que era nazi, pero, gracias a Dios, muy comprensivo -era un hombre honrado-

que me advirtió: "ve al menos una vez, para que te den el carnet", y al ver que yo me negaba, me dijo: "no te preocupes, te comprendo", "yo lo haré por ti". Y me libró de aquella obligación.

De pequeño, qué le hubiera gustado ser. ¿Tenía a alguien a quien quisiera imitar?

No sabría decir si hubo alguien a quien a mí me hubiera gustado imitar. Supongo que es muy propio de los niños cambiar de parecer de un extremo a otro. Recuerdo que, en cierta ocasión, vi a un hombre pintando una pared y pensé, "cuando yo sea mayor, quiero ser como él". Pero tiempo después vi al Cardenal Faulhaber -en visita pastoral a nuestra diócesis- vestido de color púrpura, y me pareció tan fascinante que, enseguida, cambié de opinión y decidí que prefería ser algo así.

Pero, un pintor de brocha gorda y un cardenal ... no se parecen en nada.

Claro que no. Ahí podemos comprobar que un niño todavía no sabe distinguir, su decisión está motivada por un simple efecto óptico de su agrado. Pero, estando todavía en la escuela pública ya empecé a sentir vocación de enseñar, y en eso sí tuve a quién imitar.

Ese deseo siempre ha sido, a Dios gracias, compatible con mi vocación sacerdotal. Pero, de todos modos, me atrevería a asegurar que el deseo de enseñar a otros -transmitir lo conocido a otros- me interesó desde una edad muy temprana, y también la afición a escribir. Empecé a escribir mis primeras poesías, y otras cosas, en la escuela.

Pero, ¿qué clase de poesía?

Hacía poesía de todo lo que veía, de todo lo cotidiano, poesías dedicadas a la Navidad, a la Naturaleza. Simplemente era una señal de que me gustaba exteriorizar mis sentimientos, sobre todo de que me gustaba dar algo de mí mismo a los demás. En cuanto aprendía algo nuevo me sentía en la obligación de enseñárselo a los demás.

¿Y nunca pensó en formar una familia? ¿Nunca tuvo relaciones con alguna chica? Del Papa Juan Pablo II sabemos que de joven estuvo enamorado.

Yo lo explicaría así: nunca he sentido la necesidad de crear una familia, eso no entraba en mis planes. Pero, como es natural, he tenido muchas amistades. Eso sí.

¿Y cómo conoció su vocación? ¿Cómo supo que estaba destinado para esto? En una ocasión dijo: "Yo estaba convencido, aunque no sabría decir por qué, de que Dios quería de mí algo que sólo podría llevarlo a cabo ordenándome sacerdote".

No lo vi gracias a un rayo de luz que, de pronto, me iluminara y me hiciera entender que debía ordenarme sacerdote, no. Fue más bien un lento proceso que iba tomando forma paulatinamente; tenía una vaga idea, siempre la misma, hasta que, por fin, tomó forma concreta. No sabría decir la fecha exacta de mi decisión. Lo que sí puedo asegurar es que, esa idea de que Dios quiere algo de cada uno de nosotros -de mí también-, empecé a sentirla desde muy joven. Sabía que tenía a Dios conmigo y que quería algo de mí; ese sentimiento empezó muy pronto. Luego, con el tiempo, comprendí que se relacionaba con mi ordenación de sacerdote.

Y después, pasado el tiempo, ¿recibió alguna nueva luz se sintió de alguna manera iluminado por Dios?

Iluminado en el sentido clásico de la palabra que nosotros conocemos por los místicos, eso no, nunca; soy un cristiano normal y corriente. Pero en un sentido un poco más amplio, la fe aporta una nueva luz, qué duda cabe. Con la fe unida a la razón -como decía Heidegger- se puede entrever un espacio de claridad entre distintos caminos equivocados.

En cierta ocasión ha escrito: "Todo lo que es, es un pensamiento ya cuajado. El espíritu creador es origen y causa principal de todas las cosas. Todo lo que es, es razonable por su origen, porque procede de la razón creadora".

Con esas palabras yo sólo intentaba expresar filosóficamente lo que contiene y ha elaborado la doctrina cristiana sobre la Creación. Y exactamente dice que nada es porque sí, sino que es a causa de una energía creadora que -a su vez- tampoco es una energía unánime, sino que es razón y amor, y, por eso, todo es razonable en cuanto que creado. Esa es la filosofía cristiana sobre la Creación. Y así creída y razonada nos infunde una nueva luz, pero no tendría sentido hablar aquí de "iluminación" en la acepción popular de la palabra.

Y, una vez decidido a ordenarse sacerdote, ¿nunca tuvo dudas, tentaciones, nostalgias?

Si. Claro que tuve. Concretamente en el sexto año de estudios de teología uno se encuentra frente a cuestiones y problemas muy humanos. ¿Será bueno el celibato para mí? ¿Ser párroco será lo mejor para mí? Estas preguntas no siempre tienen respuesta fácil. En

mi caso concreto, nunca dudé de lo fundamental, pero tampoco me faltaron las pequeñas crisis.

Pero, qué clase de crisis. ¿Le importaría citarme algún ejemplo?

Durante mis años de estudiante de teología en Munich yo me planteaba dos posibilidades muy distintas. La teología científica me fascinaba. La idea de profundizar en el universo de la historia de la fe, era algo que me interesaba mucho; aquello me abriría extensos horizontes del pensamiento y de la fe, que me llevarían a conocer el origen del hombre y el de mi propia vida. Pero, al mismo tiempo, cada vez veía más claro que el trabajo en una parroquia -donde atendería todo tipo de necesidades- era mucho más propio de la vocación sacerdotal, que el placer de estudiar teología. Eso suponía que ya no podría seguir estudiando para ser profesor de teología que era mi más íntimo deseo. Porque, si me decidía al sacerdocio, significaba una entrega plena a mis obligaciones, incluso en los trabajos muy sencillos y poco gratificantes. Por otra parte yo era tímido y nada práctico -estaba más bien dotado para el deporte que para la organización o el trabajo administrativo-, y también tenía la preocupación de si sabría llegar a las personas, si sabría comunicarme con ellas. Me preocupaba la idea de llegar a ser un buen capellán y dirigir a la juventud católica, o dar clases de religión a los pequeños, atender convenientemente a enfermos y ancianos, etc. Me preguntaba seriamente si estaba preparado para vivir toda la vida así, si aquella era realmente mi vocación.

A todo ello iba siempre unida la otra cuestión de si yo podría hacer frente al celibato, a la soltería, de por vida. La Universidad estaba, por aquel entonces, medio en ruinas y no teníamos local para la Facultad de teología. Estuvimos dos años en los edificios del Palacio de Fürstenried, en los alrededores de la ciudad. Aquello hacía que la convivencia -no sólo entre alumnos y profesores, sino también entre alumnos y alumnas-, fuera muy estrecha, así que la tentación de dejarlo todo y seguir los dictados del corazón era casi diaria. Solía pensar en estas cosas paseando por aquellos espléndidos parques de Fürstenried. Pero, como es natural, también haciendo largas horas de oración en la Capilla. Hasta que, por fin, en el otoño de 1950 fui ordenado diácono; mi respuesta al sacerdocio fue un rotundo sí, categórico y definitivo.

Y, antes de que acabara la guerra. ¿tuvo que ir también al Ejército?

Sí. En 1943, todos los seminaristas de Traunstein, formando un grupo, fuimos destinados a Munich, a la artillería antiaérea. Yo sólo tenía 16 años, y de agosto del 1943 a septiembre del 1944, estuve de servicio militar como todos los demás. Nos incorporamos al Max-Gymnasium y muy cerca de allí se seguían impartiendo clases. Tuvieron que reducirnos algunas asignaturas, pero pudimos recibir las clases sobre las materias más fundamentales. Aquello no resultaba demasiado agradable para nadie -como es lógico-, pero el compañerismo entre nosotros era tan fuerte que logramos tener un ambiente muy estimulante.

¿Qué hacía en la artillería antiaérea, en aquel tiempo?

La batería estaba dividida en dos elementos principales, por una parte el cañón y por otra el departamento de mediciones. Yo estaba destinado en este último. Por entonces ya disponíamos de los primeros aparatos electrónicos y ópticos para detectar la aproximación de aviones y transmitir los datos necesarios a los artilleros. Aparte de los servicios regulares, siempre que había un toque de alarma, teníamos que estar todos en nuestros puestos. Esto no hubiera sido tan tremendo si no fuera porque el toque de alarma casi siempre sonaba de noche, y nos echaba a perder muchas horas de sueño, casi todas las noches.

¿Participó en el bombardeo de Munich?

Sí. Entonces estaba de servicio en un tercer departamento, el de comunicaciones, que dirigía todas las operaciones de telecomunicación. Nos encontrábamos en Gilching, cerca del lago Ammer, una posición muy destacada porque los americanos que regresaban del Mediterráneo tenían irremisiblemente que sobrevolar Munich. Muy cerca de allí estaba la fábrica de aviones de Oberpfaffenhofen, donde se fabricaron los primeros caza-reactores. Nosotros fuimos los primeros en ver despegar y volar aquellos nuevos reactores alemanes. Hubo muchos bombardeos, algunos eran continuos; vivimos la guerra muy de cerca.

En el otoño de 1944 nos enviaron a todos al servicio en cuartel. Estuve estacionado dos meses en la frontera austro-húngara, justamente cuando Hungría capituló ante los rusos.

Todo aquello estaba en ruinas, había barricadas antitanques, refugios. Después me trasladaron a Infantería y tuve la suerte de ser destinado a Traunstein. El reparto de destinos estaba a cargo de un oficial muy amable, manifiestamente anti-nazi, que siempre que podía procuraba ayudar a todo el mundo. Y él me envió a casa, a Traunstein, para que mi servicio en la Infantería fuera lo menos enojoso posible. Pero allí caí prisionero y me trasladaron a un campo de prisioneros americano en Ulm, con otros 40.000 o 50.000 soldados. Por fin, el 19 de junio de 1945, fui puesto en libertad.

¿Conserva algún recuerdo del final de la guerra?

Nos hallábamos en el campo de aviación de Aibling, Durante las seis semanas que permanecí en aquel campo de prisioneros dormíamos todos al aire libre y en el suelo, cosa nada divertida. Los americanos no pudieron instalar suficientes barracones ni ningún tipo de alojamiento para tantos prisioneros. Como no teníamos calendario ni nada semejante se nos ocurrían muchas cosas para contabilizar los días y tener noción del tiempo que iba pasando. Tampoco recibíamos noticias. De pronto, un día -era el 8 de mayo- nos dimos cuenta de que los americanos, que solían utilizar artillería ligera, habían cambiado a la munición pesada, y estaban disparando frenéticamente. Nos llegaron rumores de que la guerra estaba llegando a su fin. Alemania se había rendido. Todos suspiramos aliviados con la esperanza de que pronto nos pondrían en libertad y ya no nos podría pasar nada más. Pero, enseguida supimos -por nuevos rumores- que no debíamos alegrarnos tan rápidamente, porque los americanos pensaban seguir haciendo la guerra a Rusia y, muy probablemente, nos enviarían a combatir contra los rusos; iban a armarnos de nuevo para salir hacia el frente. Yo no me podía creer que aquel respiro acabara tan pronto, no podía ni pensar en ello. Me alegraba tanto de que la guerra hubiera terminado que sólo pensaba "ojalá que ahora esto no dure tanto".

3. El joven profesor

"Al iniciar mis estudios de teología", comentaba en alguna ocasión, "empecé a interesarme también por otros temas de índole intelectual que me explicaran la situación de mi propia vida, pero, sobre todo, que me desvelaran el misterio de la Verdad." ¿Qué quería decir exactamente con estas palabras?

Yo creo que esas palabras mías son un poco "afectadas". Sólo quería explicar que cuando uno se decide a estudiar teología no es porque quiera aprender un oficio, sino para poder llegar a entender la fe, y eso -en palabras de San Agustín- presupone que la fe es verdad. La fe también abre el acceso a un recto conocimiento de la propia vida, del mundo y de los hombres. Con el estudio de la teología, uno se introduce automáticamente en la gran polémica espiritual de la historia de Occidente. La fe cristiana estuvo desde un principio anatematizada por la tradición judía, por el mundo grecolatino y también -naturalmente- por la propia historia en la Edad Moderna. Porque el estudio de la teología siempre ha ido unido a cuestiones como "¿qué es exactamente teología?", "¿qué podemos saber estudiando teología."

El ambiente en el Seminario de Freising, por aquella época, era magnífico. Acabábamos de salir de una terrible guerra. Después de haber vivido seis años de contienda, la gente sentía hambre -tanto física como espiritual- por saber de muchas cuestiones que se habían planteado, justamente, en la época que acabábamos de vivir. Nosotros entonces ya habíamos leído a Gertrud von Le Fort, a Ernst Wiechert y a Dostojewski, a Elisabeth Langgäser, y toda la literatura que en aquel tiempo se podía encontrar. Todos los estudiantes de Munich conocíamos al profesor Steinbüchel -teólogo moralista- que era el más conocido entonces, y a Heidegger y Jaspers. Había un dinamismo espiritual realmente entusiasta.

¿Qué corriente espiritual le interesó más en particular?

Me interesaron mucho Heidegger y Jaspers, y el personalismo en su conjunto. Steinbüchel ha escrito un libro, "Die Wende des Denkens", (El cambio del pensamiento), donde expone, de forma impresionante, el cambio radical del predominio del neokantismo a la fase personalista. Esta fue una lectura clave para mí. Y como contrapeso a todo esto, me interesaron mucho, también desde el principio, Tomás de Aquino y San Agustín.

Estas palabras son de Steinbüchel: "Corregir al agitador, animar al pusilánime, refutar al antagonista". Era como explicaba su función.

Fue un gran obispo. También escribió libros colosales que hacen pensar en cómo pudo lograrlo con tantas otras ocupaciones como tenía. Pero su principal dedicación, por encima de todo, fue la de obispo continuamente ocupado con toda clase de pleitos y necesidades de la gente humilde de su ciudad; fue preocupación suya mantener siempre esa imagen. Eran tiempos difíciles, la emigración estaba comenzando. Desde luego, no se puede decir de él que fuera un hombre que estaba en las nubes.

En esa época, por un decreto del Reich, el obispo era al mismo tiempo una especie de juez de paz y, por tanto, gozaba en su jurisdicción de cierto rango que exigía su intervención y sus sentencias en muchos litigios civiles. Estando ocupado casi a diario en esos menesteres hacía todo cuanto podía por llevar la paz de Cristo a todos los corazones, sobre todo predicando el Evangelio. También en eso fue un modelo para mí. A pesar de sus vehementes deseos de llevar una vida de meditación, y a pesar de sus enormes ganas de trabajar intelectualmente, supo estar -ante todo- disponible para los demás y entregarse a ellos hasta en las cosas más pequeñas de cada día.

Lo que más me impresionó entonces no fue exactamente su labor pastoral, que yo apenas conocía, sino la frescura y la vitalidad de su pensamiento. La escolástica tiene su importancia, pero todo es muy impersonal; requiere algún tiempo para llegar a profundizar en sus tensiones. En San Agustín pasa todo lo contrario: las pasiones, el sufrimiento, el dolor, todas las cuestiones del hombre están presentes de una forma tan directa que uno se siente enseguida identificado con él.

Después se interesó por la teología de la historia en San Buenaventura. ¿Eso, por qué fue? Fue una simple casualidad. El Profesor Söhngen, director de mi tesis doctoral, al leer mi disertación sobre la Iglesia primitiva determinó que tratara de la Edad Media o Moderna en mi habilitación para la cátedra. Sea como fuera, yo debía dedicarme a investigar el concepto de Revelación en San Buenaventura. El profesor sabía que me inclinaba más por la corriente agustiniana que por la tomista, y me aconsejó San Buenaventura, que él también veneraba y conocía muy bien.

La teología fundamental tiene mucho que ver con la "Revelación" y se pregunta ¿qué es ésta exactamente?, ¿realmente ha existido? y otras cuestiones semejantes. Al embarcarme en ese tema y estudiarlo a fondo quedé en evidencia que, para San Buenaventura, la Revelación estaba muy relacionada con la aventura franciscana y que esa aventura, a su vez, también estaba relacionada con Joaquín de Fiore, que había vaticinado una tercera edad, la tercera edad del Espíritu Santo, como nueva fase de la Revelación. Joaquín de Fiore había calculado en qué tiempo, cuándo iba a comenzar esa edad. Y, por una extraña casualidad, ese tiempo coincide en su cálculo con las mismas fechas de la vida de San Francisco, quien, efectivamente, dio inicio a una nueva fase en la historia de la Iglesia. Hasta el punto de que los franciscanos tuvieron la sensación -que pronto se convertiría en una nueva y relevante corriente- de que ellos constituían lo que Joaquín de Fiore había vaticinado: "ésta es la nueva tercera edad del Espíritu Santo", "es este pueblo de Dios, pobre y humilde que no necesita una estructura temporal".

Con esto, el concepto de Revelación ya no quedaba sencillamente fijado en un principio muy lejano, sino que estaba unido a la historia, como un proceso precedente que ahora entraba en una nueva fase histórica. La Revelación había dejado de ser un tema abstracto para San Buenaventura, ahora estaba unido a la exégesis de su propia historia franciscana. ¿Qué se desveló con esto?

Son dos grandes interrogantes muy diferentes. Uno de ellos se podría expresar de la forma siguiente: Si la fe cristiana está sujeta a una Revelación hace tiempo ya acabada ¿no está entonces condenada a someter al hombre y hacerle retroceder al pasado? Y con tantos avances en la historia ¿podrá la fe ir al mismo paso que la historia o tendrá todavía algo que añadir? ¿No se irá quedando progresivamente anticuada hasta acabar siendo irreal? San Buenaventura respondía a esto destacando la relación de Cristo y el Espíritu Santo según el Evangelio de San Juan: La palabra de la Revelación histórica es definitiva, pero también inagotable, y permite seguir profundizando en ella. El Espíritu Santo habla en todo tiempo como intérprete de Cristo, manifestando así que su palabra siempre tiene algo nuevo que decir. El Espíritu Santo no puede extrapolarse a un período futuro como dice el joaquinismo, sino que siempre es edad del Espíritu. La edad de Cristo es la edad del Espíritu Santo.

El segundo interrogante es el de la escatología y la utopía. Al hombre le resulta difícil esperar sólo en el más allá o en un nuevo mundo después de que acabe éste. Prefiere una promesa en la historia. Joaquín de Fiore, que formuló una promesa tangible, realizó así el cambio de agujas que aprovecharía Hegel -tal como explicara el Padre H. De Lubac-; y, a su vez, Hegel preparó el esquema mental de Marx. San Buenaventura se mostró contrario a esa utopía que engaña al hombre. Hizo también prevalecer un concepto más sereno y realista del movimiento franciscano frente a otro exaltado y anárquico-religioso, que causó y causa mucho mal. Pero, precisamente en aquella realidad no utópica vivida por los franciscanos en la apasionada fe vivida por las comunidades, encontró la respuesta a la cuestión sobre la utopía: los franciscanos no trabajan para un mundo de pasado mañana, trabajan para dar al mundo actual un poco de la luz del Paraíso. Aquí viven "utópicamente" como pueden, renunciando a poseer, a disponer de sí mismos, a satisfacer su eros. Y así entra un poco de aire fresco en este mundo, rompiendo sus presiones, y Dios se acercará de nuevo a nosotros en medio de este mundo.

Al terminar sus estudios estuvo algo más de un año dedicado a la cura de almas. Me han contado que, sobre todo, tuvo que celebrar muchos entierros.

No. Eso no es cierto. Fui coadjutor en una parroquia y daba dieciséis horas semanales de Religión, a seis clases diferentes, de la 2ª a la 8ª clase. Eso suponía un montón de trabajo, más aún si se tiene en cuenta que yo me estrenaba en aquel encargo. Era lo que más tiempo me llevaba de todas mis obligaciones pastorales; disfrutaba mucho con aquellas clases porque enseguida comprobé que tenía facilidad para relacionarme con los niños. Fue una experiencia muy interesante para mí, dejar el ámbito intelectual para, de pronto, dirigirme a los niños. Me pareció muy bonito transformar el abstracto universo de los conceptos de modo que un niño también pudiera entenderlo. Además, los domingos tenía que pronunciar tres sermones; uno iba dirigido a los niños y los otros dos a personas mayores. Para mi sorpresa, la Misa para los niños era siempre la más frecuentada por las personas mayores, que también empezaron a asistir. Yo era el único coadjutor y por tanto también tenía que trabajar con la juventud -yo, solo- por las noches. Aparte de esto, todas las semanas había muchos bautizos y entierros, es verdad, y me veía obligado a atravesar todo Munich, de punta a punta, pedaleando en mi bicicleta.

¿Estaba solo para todo eso?

Sí. Solo, pero tenía un párroco muy bueno, el prelado Blumschein. Era el mejor modelo de buen pastor de almas; no era muy intelectual, pero era muy buena persona y un hombre totalmente dedicado a sus obligaciones.

Creo que también ha sido uno de los profesores más jóvenes de Alemania y muy admirado por los estudiantes. Uno de sus alumnos me ha contado que explicaba las lecciones de forma que todo les parecía distinto, les sonaba diferente.

Yo supongo que eso tendría bastante que ver con el hecho de mi propia juventud. Porque yo -a diferencia de algunos de mis colegas que exigían a sus alumnos la lectura de los libros- prefería hacer como San Agustín y procuraba facilitarles material suficiente sobre los problemas del momento de nuestro propio ámbito. Supongo que ese estudiante se referiría a algo de esto.

En un panegírico del teólogo Joseph Ratzinger, el profesor Wolfgang Beinert decía que su teología era "soberana y magistral" e inseparable de su persona. "Posee un vigilante intelecto analítico a la par que una gran capacidad de síntesis". Y también añadía que podía desvelar y abrirse paso con facilidad en los puntos flacos de la teología, gracias a la "clásica brillantez que irradia". ¿Se reconoce en esta descripción de su persona?

Me parece algo exagerada, pero eso suele ser normal en todos los panegíricos. Yo, naturalmente, siempre me he esforzado por hacer un análisis valiente y, precisamente por ese mismo motivo, también he procurado -en mi círculo de doctorandos- ayudar a que los demás detectaran los puntos débiles de una argumentación. Ha sido una magnífica experiencia a nivel humano. En vez de trabajar en solitario con cada doctorando, nos reuníamos todos un par de horas a la semana para que cada uno pudiera presentar a debate las dificultades que encontraba en su trabajo. Era un sistema de trabajo que les gustaba mucho.

Luego se fue ampliando aquel círculo y visitamos a otros profesores, gente importante. Fuimos a Estrasburgo a ver a Congar, y a Basilea a hablar con Karl Barth; en cambio invitamos a Karl Rahner, a que viniera él. Todos los alumnos tenían muchas inquietudes. Y

no nos ahorrábamos nada. Quiero decir que sabíamos que en las críticas no nos movía una intención adversa, estábamos intentando ayudarnos, debatiendo los temas analíticamente. Y procurábamos también no quedarnos atrapados en aquellos análisis, había que llegar a la síntesis.

Si tuviera que destacar algo de su teología, o de su forma de hacer teología, ¿qué elegiría como lo más específico?

Tal vez, que desde un principio me fijé en el tema de la iglesia, que he seguido a lo largo de toda mi vida. Para mí siempre ha sido importante -y ahora más aún- que la Iglesia no fuera un fin en sí misma, sino que la razón de su existir es que nosotros podamos conocer y llegar a Dios. Así que, yo diría, que me gusta tratar el tema de la Iglesia desde la perspectiva de Dios, y -en ese sentido- es el tema central de todos mis esfuerzos.

Por un lado, yo nunca he buscado tener un sistema propio o crear nuevas teorías. Quizá lo específico de mi trabajo, si queremos decirlo así, podría consistir en que me gusta pensar con la fe de la Iglesia y eso supone, para empezar, pensar con los grandes filósofos de la fe. Significa que yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento dentro de una misma fe. Por eso para mí ha tenido siempre especial interés la exégesis. Yo no podría hacer teología puramente filosófica. Para mí, lo primero de todo, el punto de partida, es el Verbo. Creer en la Palabra de Dios y poner empeño en conocerla a fondo, ahondar en ella y entenderla, para después reflexionar junto a los grandes maestros de la fe. Por eso mi teología tiene cierto carácter bíblico e incluso patrístico, sobre todo, agustiniano. Pero procuro, como es natural, no quedarme en la Iglesia primitiva; lo que intento es subrayar los aspectos más relevantes de su pensamiento y entablar al mismo tiempo un diálogo con el pensamiento contemporáneo.

El concepto de "verdad" es el más utilizado en todos sus trabajos. S lema episcopal también reza: "Cooperador de la verdad". Pero, ¿por qué no "cooperador de la realidad o de la sabiduría"?

Las dos cosas van unidas, verdad y realidad son una misma cosa. Una verdad sin realidad sólo sería algo abstracto. Y una verdad que no hubiera sido asimilada por la "sabiduría humana", tampoco sería una verdad humanamente interpretada, sería una caricatura de verdad.

Este tema, al principio, no me parecía de particular interés. Pero a lo largo de mi trayectoria intelectual me fui dando cuenta de lo siguiente: viendo todas nuestras limitaciones, ¿no será una arrogancia por nuestra parte decir que conocemos la verdad? Y, lógicamente, después me planteaba si no sería conveniente suprimir esa categoría. Y tratando de resolver esta cuestión, llegué a comprender y a percibir con claridad que renunciar a la verdad no sólo no solucionaba nada, sino que además se corría el peligro de acabar en una dictadura de la voluntad. Porque lo que queda después de suprimir la verdad sólo es simple decisión nuestra y, por tanto, arbitrario. Si el hombre no reconoce la verdad, se degrada; si las cosas sólo son resultado de una decisión, particular o colectiva, el hombre se envilece.

De este modo comprendí la importancia que tenía que el concepto de verdad -con las obligaciones y exigencias que, indudablemente, conlleva- no desapareciera y fuera para nosotros una de las categorías más importantes. La verdad tiene que ser como un requisito que no nos otorga derechos, sino que -por el contrario- requiere humildad y obediencia, y, además, nos conduce a un camino colectivo. Poco a poco, la importancia de la verdad ampliaba su círculo imponiéndose como de interés primordial en la situación actual, pero, como dije antes, la verdad no se puede concebir en abstracto, ha de estar enmarcada por la sabiduría.

Su hermano le describió en cierta ocasión con las siguientes palabras: "Se violenta mucho cuando debe luchar para que las cosas se hagan según su conciencia". ¿Usted es un hombre de conciencia?

Intento serlo, aunque no me atrevo a afirmar que lo sea. Pero, desde luego, me parece fundamental no permitir que se acepte, o sea bien visto, lo que es contrario a la verdad. Y esa tentación se presenta con frecuencia. Como es natural, puede darse un espíritu de contradicción, que presente todo como opinable y justificable. Sin embargo cuando el hombre escucha la voz de su conciencia, distingue el bien por encima de cualquier actitud permisivo o tolerante. Por eso es para mí un ideal y una gran tarea ayudar al hombre a reconocerla. Las grandes figuras, como Tomás Moro, el Cardenal Newman y otros, que

supieron dar testimonio de la verdad -como muchos de los perseguidos por el régimen nazi, como Dietrich Bonhoeffer-, son mis mejores modelos.

De todas formas, alguna vez ha dicho que el hombre debe destacar "la primacía de la verdad sobre la bondad",. Sin términos medios, me ha parecido entender. ¿No le parece dar con eso la imagen del Gran Inquisidor que describía Dostoiewski?

Eso habría que leerlo en su contexto, naturalmente, porque ahí la bondad está mal entendida, en el sentido de falsa bondad, cuando a lo que realmente se aspira es a "no quiero causar un disgusto a nadie". Actualmente, esa actitud se da con mucha frecuencia incluso en ámbitos políticos, "no me voy a meter en eso, porque sería mi perdición". Y antes que disgustar a alguien o disgustarse uno mismo, se pacta con el error, con la impureza, con la falta de verdad, con el mal. El bienestar o éxito personal y la propia imagen se pagan muy caros -con el visto bueno del grupo de opinión más en boga-, a costa de la Verdad. Yo no estoy en desacuerdo con la bondad en general; porque la verdad triunfa y sale adelante sólo con la bondad. Yo me refería concretamente a esa caricatura de bondad que, lamentablemente, tanto se ha extendido. So capa de bondad, la conciencia se desvirtúa y se antepone la tolerancia, se rehuye todo lo que pueda causar enojo y se elige el camino más cómodo; es decir, se elige ser bondadoso para dar buena imagen.

Le han calificado de "perseverante, como buen bávaro", y también dicen que es de piedad "sencilla y sincera". Ambas cosas apuntan a una dimensión profunda, que podríamos llamar algo barroca. Pero estudiando los abismos de la existencia humana también se interesó mucho por "el sentido de la apacible belleza de una Creación redimida". ¿Eso no es una contradicción?

Digámoslo de otra manera; en la vida no hay contradicciones, hay paradojas. Una serenidad que sólo se basara en no querer enterarse de los grandes males de la historia, no sería tal serenidad, sería engaño o ficción, sería un replegarse en sí mismo. Y, por otra parte, no querer ver al Creador manifestándose, incluso en un mundo de maldad, sería también cinismo. Ambas cosas están muy relacionadas; por un lado, no hay que apartar la mirada de los grandes males de la historia y de la existencia humana y, por otro, hay que dirigir la mirada -con esa luz que nos da la fe- y ver que el Bien también está ahí, aunque a nosotros no resulte difícil compaginar ambas cosas. Precisamente cuando se quiere resistir al Mal, conviene no caer en moralismos sombríos y taciturnos que nos impidan alegrarnos; por el contrario, es muy importante ver la belleza que hay ahí contenida, porque así Podremos ofrecer una fuerte resistencia a lo que destruye la alegría.

¿Se puede ejercer también la teología como un juego, según ha escrito Hermann Hesse en su "Juego de abalorios"?

Esto sería muy poco. Juzgo que se da asimismo un elemento lúdico, pero, al fin, como se piensa en "Juego de abalorios", no se trata de un mundo construido, de una especie matemática del pensamiento sino de una confrontación con la realidad. Y, esto, en efecto, en todas sus dimensiones y en todas sus pretensiones. En eso radica el elemento del juego, pues es también algo genuino de nuestra existencia, parte integrante suya; sin embargo, esto, no bastaría para caracterizar una teología correcta.

Otra obra de Herman Hesse, "El lobo estepario", se cuenta entre sus lecturas preferidas. Este libro es considerado como uno de los documentos más significativos de una cultura pesimista y del inicio del existencialismo. Si se lee detenidamente, nos encontramos con la descripción de un hombre neurótico, hipersensible, que también pretende hacer un diagnóstico de la enfermedad de nuestro tiempo con su atormentado autoanálisis. Cardenal, ¿tienen algo que ver estas características con su personalidad?

No. En absoluto. Ese libro fue un descubrimiento para mí por la fuerza de su diagnóstico y de su pronóstico. En esa obra se anunciaban casi todos los problemas que hemos vivido después, en los años sesenta y setenta. En la novela se trata en realidad del análisis de una única persona, pero analizada de tal forma que, a la postre, nos lleva hasta el autoanálisis. En ese libro, descubrir el "Yo" significa, al mismo tiempo, su destrucción. No es sólo que haya dos almas en un solo cuerpo, es, sobre todo, que el hombre se desintegra. No hice su lectura identificándome con el personaje, sino para saber cómo un visionario entiende, en los tiempos modernos, la problemática de la soledad y la del hombre solitario. La idea de una personalidad multiopcional, la concepción de que el hombre moderno no tiene ninguna identidad definida sino que él es hoy una cosa y mañana otra: esta visión ha llegado justamente en nuestro tiempo a su florecimiento. Todo es posible. El individuo ya no

está sujeto a un esquema determinado, la vida es, conforme a esto, un juego sin fin con todas las variaciones inimaginables.

Y que carece totalmente de voluntad. Pero la vida es algo demasiado serio para considerarla un simple juego; la vida nos enfrenta al dolor y a la muerte. Y el hombre puede perder su identidad, pero nunca podrá sacudirse de encima la responsabilidad que tiene de explicar su pasado.

Siendo profesor en Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona, sus posiciones eran más bien reformistas. El Cardenal Frings, de Colonia, le nombró asesor suyo cuando tuvo que asistir al Concilio Vaticano II. Y entonces aconteció algo sorprendente. El Concilio ya estaba preparado desde hacía bastante tiempo y se había pensado hasta en sus últimos detalles hasta que usted redactó un sensacional discurso para Frings. Y, de pronto, todos los planes se echaron abajo y cambiaron todos los documentos previamente seleccionados. ¿Qué pasó exactamente?

Como bien dice Karl Rahner nunca se debe sobreestimar el papel de un solo individuo. El Concilio era un gran cuerpo que debía su existencia -sin duda alguna- al impulso y esfuerzo de muchos; si podía celebrarse era por el hecho de que era, precisamente, el vivo deseo de muchos individuos. Tal vez todos no pudieran formularlo expresamente, pero aquella disposición existía en el ambiente, todos buscaban y estaban a la espera de algo.

Los padres conciliares asistieron al Concilio no sólo con los textos listos para su aprobación y abiertos -por decirlo de alguna manera- a retocarlos en caso de necesidad, sino que iban dispuestos a luchar y a quitarse la palabra para decir lo que querían decir en poco tiempo. Primero hubo una presentación y luego cada uno recogió su respectivo trabajo, no pensando en cambiarlo todo de arriba a abajo, sino con intención de trabajar con la máxima rectitud en servicio de la fe. La introducción de Frings (flanqueado por los Cardenales Liénart y Lille) iba orientada precisamente en ese sentido, es decir, sólo hubo que poner por escrito algo que los padres conciliares ya sabían y eran plenamente conscientes de ello.

¿Qué decía exactamente en aquel discurso?

Lo primero de todo es que no fue escrito por mí, porque no era un discurso, en realidad. Lo ocurrido fue que en Roma, la Curia ya había elaborado varias propuestas para la composición de las diferentes Comisiones conciliares, y era de esperar que después de presentadas las listas, se pudiera proceder a la inmediata votación. Pero no todos pensaban lo mismo. Entonces, los Cardenales Liénart y Frings se pusieron en pie y dijeron, "así no podemos votar, es más prudente que nos conozcamos un poco unos a otros para saber quién es el más indicado para cada Comisión", y hubo que retrasar un poco la votación. Aquella fue la primera campanada, nada más comenzar el Concilio. Pero, pensándolo bien, no fue para tanto. Querer saber personalmente quiénes eran los mejores candidatos, es absolutamente normal. Fue un impulso muy espontáneo de ambos cardenales que, por otra parte, también respondía al deseo de casi toda la Asamblea.

La segunda campanada -son pequeños sucesos que se suman a la historia que le estoy contando- fue, en concreto, que cuando se iba a someter a debate el texto sobre la Revelación, el Cardenal Frings aclaró que tal como estaba redactado -yo había colaborado en él- no tenía un punto de partida apropiado. Hubo que redactarlo de nuevo, a mitad de Concilio. Eso sí que fue una campanada. Y eso dio pie a que se dijera que, en términos generales, nosotros rehacíamos los textos por nuestra cuenta.

Y el tercer discurso, que se hizo famoso, versaba sobre la necesaria reforma de los métodos empleados por el Santo Oficio, y se pedía que se diera forma a un nuevo procedimiento de mayor transparencia. Estos fueron los discursos que tanta impresión causaron a la opinión pública cuando se conocieron.

Y esa campanada, ¿fue recibida con normalidad? ¿No fue una sorpresa para usted?

Sorprendió a muchos, pero también respondía a algunas esperanzas. El Cardenal Frings había tenido contactos previos y sacó la conclusión de que habla que esperar un poco más. Anunciarlo, respondía al sentido común de toda la Asamblea.

Cardenal Ratzinger, usted tenía fama de ser un teólogo progresista, y era, además, un profesor "estrella"; sus clases siempre estaban repletas hasta los topes. Con frecuencia hablaba a sus alumnos de sinceridad, de tolerancia, y al mismo tiempo tronaba contra la rigidez neoescolástica de Roma. Reprochaba al Vaticano ser el responsable del enfriamiento de la Iglesia. Siendo todavía un joven teólogo, se quejaba de que la Iglesia tuviera "las riendas demasiado cortas; hay demasiadas leyes, muchas de las cuales han

contribuido a la falta de fe de este siglo, en vez de contribuir a su salvación." Después de esto, con razón podría decirse que las reformas del Vaticano II hubieran sido imposibles sin su entrada en acción.

Me parece un poco exagerado. Una persona sola, un individuo, un teólogo -y totalmente desconocido en el mundo para más señas- hubiera sido incapaz de hacer algo significativo sin otros compañeros de viaje en la misma dirección; ni siquiera siendo un cardenal conocido y famoso hubiera podido hacer nada, .

Cuando el Papa Juan convocó el Concilio y dió a conocer su lema -dar un gran salto hacia adelante para poner la fe al día-, el aggiornamento, como a él le gustaba repetir, los padres conciliares reaccionaron con una clara voluntad de cambio: había grandes deseos de renovación y de superar aquellos vetustos y envarados modelos escolásticos, para arriesgarse a una nueva libertad. Así fue en casi todo el mundo. No sabría decir, por ejemplo, si tal vez en África había otros deseos. Pero así se pensaba en todos los episcopados a lo largo y ancho del mundo.

Yo no recuerdo exactamente esas frases que me atribuía antes, pero es cierto que yo opinaba que la teología escolástica, tal como estaba, había dejado de ser un buen instrumento para un posible diálogo entre la fe y nuestro tiempo. En aquella situación, la fe tenía que abandonar el viejo Panzer y hablar un lenguaje más adecuado a nuestros días, tenía que mantener una actitud diferente. En la iglesia hacía falta más libertad. Pero, lógicamente, los sentimientos propios de la juventud jugaban un papel importante en todas esas reflexiones. No obstante, aquel sentimiento también se hacía presente en todo el conjunto de la Iglesia, relacionado tal vez con la existencia de un nuevo resurgimiento de la postguerra; existía la esperanza de que, "por fin ha sonado una hora nueva para el cristianismo".

Usted mismo repetía muchas veces que quería ser muy fiel al Vaticano II, sin "nostalgias de un ayer ya pasado e irre recuperable,,,. Pero, pocos años después de acabar el Concilio, también comenzó a hablar de un "Konzilsungeist", un no-espíritu del Concilio, con un balance bastante negativo. Ya se había dado aquel esperado paso adelante, pero los resultados que se recogían poco después eran un claro "proceso de decadencia". ¿Qué fue lo que salió mal?

Esto es lo que nos preguntamos todos. Se ha demostrado empíricamente que no se han cumplido las expectativas, esto se puede comprobar estadísticamente. Y actualmente hay además mucha gente llamada progresista que habla de un "invierno de la Iglesia". Desde luego, es indiscutible que aún no ha sonado esa hora del cristianismo, al contrario, ha habido muchas defecciones, pero siempre junto a nuevos resurgimientos, que también los hay, por supuesto.

Pero esto, ¿por qué es así? yo lo explicaría de dos maneras. Para empezar, teníamos demasiadas esperanzas, qué duda cabe. Pero no podemos hacer la Iglesia a nuestro antojo. Nosotros cumplimos un ministerio, pero el bien y el mal no dependen sólo de nuestra actividad. En la historia ha seguido habiendo tendencias que no valoramos suficientemente. Eso por una parte. Habíamos alimentado demasiadas expectativas, probablemente, en un sentido no totalmente correcto. Porque esperábamos mucho en el sentido de querer ver crecer el cristianismo, sin darnos cuenta de que esa "sonada hora" de la Iglesia, podía también presentarse bajo otro aspecto distinto.

Lo segundo sería que hay una notable diferencia entre lo que los padres conciliares querían comunicar y lo que los mass media comunicaron y, lo que en general, ha quedado impreso en la conciencia del mundo. Los padres del Concilio querían aggiornare la fe, pero de forma que, al mismo tiempo, fuera presentada con nuevo vigor. Y, en vez de eso, se fue forjando la idea de que la reforma consistía en un ir soltando lastre; se fue generalizando la idea de que había que simplificar la fe. Pero con eso, sólo se consigue la decadencia de la fe.

Ahora constatamos que, en la realidad, esas facilidades, acomodaciones y concesiones, no han logrado un reforzamiento de la fe, ni la simplificación, ni la intensificación deseadas. En el fondo, hay dos conceptos de reforma. Uno es el de huir del mero poder externo, reducir factores externos en aras de una fe mejor vivida. Y el otro consiste en hacer que la historia nos resulte más cómoda, por decirlo de forma un poco grotesca. Naturalmente, eso es lo que sale mal.

Es evidente que en nuestros días continúa esa falsa interpretación. Actualmente hay muy pocos que se remiten al Concilio, ni entre los considerados reformistas, ni tampoco entre los

conservadores. En el año 1975, usted indicaba que los resultados del Concilio, "todavía no son visibles. Aún no les ha llegado su hora, pero llegará, Estoy seguro de eso".

Así es. El Concilio ha tenido dos interpretaciones. Aun así, los textos conciliares siguen siendo la continuidad de la fe. De ahí que, actualmente, haya muchos que piensan que los textos del Concilio fueron solamente un primer impulso para el despegue y ahora hay que comprometerse en alguna dirección, pero alejándose de los textos. Con esa premisa no se puede hablar del Concilio. Como es lógico, no es necesario seguirlo al pie de la letra, pero el gran legado que nos ha dejado el Vaticano II es precisamente el valor directivo de sus declaraciones propiamente dichas. Sólo podremos aceptarlo, explicarlo, entenderlo, a partir de ahí. Y también a partir de ahí emanan impulsos colosales -a escala mundial- como la libertad religiosa, por ejemplo, y otros aspectos semejantes.

Pero, antes que nada, deberíamos empezar por sacar provecho de la grandeza de la fe, aprovechar los estímulos que su conocimiento nos proporciona. Yo quisiera insistir -una vez más- en que el auténtico tesoro que nos ha dejado el Concilio se encuentra concretamente en sus textos. Si los leemos cuidadosa e íntegramente, estaremos seguros de no caer en ninguno de los dos extremos, y ante nosotros se abrirá un nuevo camino con mucho futuro. El inicio de la revolución estudiantil en Europa coincidió con sus críticas a la mala utilización del Concilio. ¿Había alguna relación entre las dos cosas? Al parecer, por entonces tuvo lugar también la ruptura con Tubinga. Aquel célebre y joven profesor de teología, anteriormente progresista, adoptó -de pronto- una actitud hostil. Cuentan que, en una ocasión, los estudiantes le arrancaron el micrófono. supongo que el proceso que fueron siguiendo los acontecimientos debió ser terrible para usted. Posteriormente afirmó: "En aquellos años aprendí cuándo debía darse por terminada una discusión, porque si no, aquello podía acabar siendo una patraña y habría que emplearse a fondo en resistir para mantenerse libre de ella".

No. A mí nunca me arrancaron el micrófono. Tampoco tuve dificultades con los estudiantes, sino más bien con los activistas que procedían de un fenómeno social extraño. En Tubinga las clases estuvieron siempre muy concurridas y fueron bien acogidas por los estudiantes, y el contacto con ellos era irreprochable. Pero fue entonces cuando, en efecto, percibí cómo se iba infiltrando una tendencia nueva que -fanáticamente- se servía del cristianismo como instrumento para su ideología. Y aquello sí que me pareció una auténtica patraña. Fue entonces cuando realmente vi con claridad e incluso experimenté que el concepto inicial de reforma se corrompía. Comprobé que se estaba haciendo mal uso de la Iglesia y de la fe ya que se utilizaban como instrumentos de poder con otros fines y para otras formas de pensar e ideologías distintas. La unánime voluntad de servir a la fe se había destruido. Había sido reemplazada por una instrumentalización en servicio de una ideología tiránica, de orientaciones, además, realmente brutales, crueles. Entonces comprendí perfectamente, que si se quería perseverar en la voluntad del Concilio, había que oponer resistencia a todos aquellos abusos. Como le dije, nunca tuve dificultades con los estudiantes, pero fui testigo de la tiranía que allí se ejercía, incluso brutalmente.

Para poder concretar un poco más en los procedimientos utilizados en aquella época me gustaría citarle unas palabras que mi colega protestante, el pastor Beyerhaus, con quien yo trabajaba, recordaba recientemente en una publicación suya. Son citas que no proceden de un opúsculo bolchevique de propaganda atea. Se publicaron en octavillas en el verano de 1969, para repartirlas entre estudiantes de Teología evangélica de Tubinga. Su encabezamiento rezaba "el señor Jesús, partisano", y seguía diciendo: "¿qué otra cosa puede ser la Cruz de Cristo sino expresión sadomasoquista de ensalzamiento del dolor?". O esta otra: "el Nuevo Testamento es un documento cruel, ¡una gran superchería de masas!". Con el espíritu de la crítica marxista a la religión, se recriminaba a la Iglesia ser cómplice de la explotación capitalista de los pobres y, se atribuía a la teología convencional una función sistemática de estabilización social. En eso también tomó parte el llamado "Nuevo Testamento de Tubinga" ... Tengo grabado en la memoria, como un trauma, nuestra impotencia cuando mi colega Ulrich Wickert y yo nos presentamos en una asamblea plenaria de estudiantes. Sugerimos que la "Teología evangélica" se distanciara de aquellas octavillas blasfemas y no se responsabilizara de ellas. "No". Fue la respuesta que recibimos: "ahí se exponen resultados sociopolíticos muy serios, primero tenemos que escucharles y ponernos de acuerdo sobre la verdad". El fervoroso grito del profesor Wickert: "Ese, ¡Maldito sea Jesús! debe desaparecer de nuestro medio quedó sin respuesta." (P.

Beyerhaus, Der Kirchlichtheologische Dienst des Albrecht-BengelHauses, en: "Die Krisis", 17.III.1969, pg. 9 y ss.). En la "Teología católica" no se llegó tan lejos pero la corriente que también estaba prendiendo era exactamente la misma. Entonces comprendí que el que allí quisiera seguir siendo progresista tenía que cambiar de modo de pensar.

Supongo que su libro "Introducción al cristianismo" no empieza por casualidad con historia de Hans.

Efectivamente. A mí me sucedió exactamente lo mismo que en esa historia, cuando en aquellos años contemplaba el nuevo movimiento teológico. El cristianismo era considerado entonces como una pesada carga, era como la famosa pepita de oro del cuento de Hans. En cambio para mí estaba perfectamente claro que cada vez que se reiteraba aquel continuo sucederse de reinterpretaciones, era sólo para cambiar a peor. La metáfora del famoso cuento describe exactamente la situación que en aquel momento estábamos viviendo. Yo escribí esa historia en 1967, cuando estaba empezando todo esto.

Algunos especulan si Hans podría ser...

No. No tiene nada que ver con Hans Küng, se lo aseguro categóricamente. Nunca he tenido un enfrentamiento con él, ni por asomo.

Posiblemente, usted también hubiera podido ser un gran crítico, como ya es tradición en los rebeldes eclesiásticos alemanes. ¿Qué se lo impidió? Hans Küng sospecha que Pablo VI estimuló que se hicieran ciertas críticas para saber a quién entregar algunos cargos de gobierno.

Yo no sé nada de eso. De todos modos, Pablo VI nunca me habló en esos términos; la primera vez que le vi, personalmente fue en junio de 1977, después de mi consagración episcopal. Ser nombrado arzobispo de Munich en 1977 fue una sorpresa para mí, sí, me impresionó mucho. Y, desde luego, no fue una contrapartida a concesiones oportunistas. No. Mi nombramiento llegó porque se fueron conociendo las diversas situaciones por las que había pasado -además, naturalmente, de los cambios de actitud propios de la edad-, y aquello hizo que llamara la atención mi forma de pensar. Exactamente en el Concilio, mi principal objetivo había sido poner al descubierto el centro nuclear de la fe -que existía debajo de tanto cuerpo extraño- para darle impulso y dinamismo. Ese impulso es una constante en mi vida. Además, es imposible que yo pudiera replegarme a una oposición anticlerical. A ese nombramiento no se accede por el mero hecho de ser profesor. Pero lo más importante para mí es y ha sido siempre no apartarme de la dirección que quedó grabada en mi vida desde la niñez, y permanecer en ella siendo fiel.

De todas formas, en el desempeño de su tarea, siempre ha demostrado querer ocultar su propia personalidad, y nunca lo contrario. Es evidente que responde a lo que entiende por obligación, obedecer, servir, etc. unos cuantos conceptos que, precisamente, con las diversas revoluciones culturales, han caído en descrédito.

Pero estoy seguro de que volverán a ser bien vistos. Porque si no estamos dispuestos a someternos a un colectivo y a ponernos a su servicio, no habrá una libertad común para todos; la libertad del hombre es siempre una libertad compartida. Es una libertad vivida entre todos y eso exige servir. También es verdad que podemos hacer mal uso de esas virtudes, -por decir así-, sometiéndolas a un mal sistema. No son puras en sí, sólo formalmente, son puras en relación con el para qué al que estén sometidas. Y en mi caso, ese para qué es la fe, es Dios, es Cristo, por eso tengo la seguridad de que su sometimiento es bueno.

Usted se enfrentó a partir de un determinado momento, a algunos teólogos e incluso reaccionó con bastante vehemencia frente a ciertas críticas al núcleo central de la teología. Su frase preferida era: "es la Iglesia de Dios, y no un campo experimental para los teólogos".

Yo desearía no tener que enfrentarme a ningún teólogo, porque es como luchar contra mí mismo. La teología es un oficio noble e importante, y el trabajo realizado por un teólogo siempre es relevante. Hacer crítica y ser críticos es también propio de la teología. Me opuse claramente, es cierto, a una teología que parecía haber perdido el norte y que, por tanto, había dejado de hacer un servicio. Porque nosotros somos, sólo, servidores de la Iglesia, y no los que decidimos lo que es la Iglesia. Eso es un punto determinante para mí. En efecto, exactamente esas palabras: "ésta es su Iglesia, no la nuestra", significan para mí estar ante un cruce de caminos que hay que saber distinguir. Que nosotros no decidimos qué es la Iglesia, y que creemos firmemente que Dios quiere su Iglesia y nosotros tenemos que saber

qué quiere de ella para ponemos a su servicio.

4. Obispo y cardenal

Pablo VI le nombró arzobispo de Munich y Freising en 1977, calificándole entonces de "destacado maestro de teólogos". Un poco más tarde, le nombró Cardenal. Su encargo consistía en "trabajar en el campo de Dios". ¿Qué sintió al ser nombrado arzobispo de Munich?

Al principio tuve grandes dudas sobre si podía y debía aceptar ese nombramiento. Para empezar, tenía muy poca experiencia como pastor de almas, siempre me había sentido más inclinado por la labor docente. Pero, además, me hallaba en un momento -tenía entonces 50 años- en el que creía haber encontrado una opinión personal, mi propia opinión teológica, y quería dedicarme a mi trabajo con el fin de aportar algo -aunque fuera poco- al conjunto de la teología. Por otra parte, mi salud era algo precaria y la nueva misión requeriría también esfuerzo físico.

Así que pedí consejo. Me dejé asesorar, porque en situaciones tan extraordinarias como ésta había que ensayar un poco antes de aceptar algo que, en principio, no estaba en mi proyecto de vida. Pero la problemática actual de la Iglesia está estrechamente relacionada con la teología. Ahora es bueno que haya teólogos dispuestos a ser obispos. Así que acepté, con el fin que reza mi lema episcopal de ser un "cooperador de la verdad". Pero yo quería decir cooperando lo más posible. Haciendo valer mi propio carisma -si se quiere- en comunión con otros cooperadores, aportando mi experiencia y mi competencia teológicas para que la Iglesia de nuestro tiempo esté bien dirigida, y para que el legado del Concilio se adopte debidamente.

Entre otras cosas, llamó mucho la atención su dedicación como obispo a la moralidad de entonces. Le preocupaba la desaparición de la tradición y de la autenticidad. Hizo cuanto pudo por unificar fuerzas dispersas y que todo volviera a centrarse nuevamente. Ninguna crítica de aquella época fue tan radical y dramática como la suya. Advirtió las posibles degeneraciones en los corazones de los ricos y los vividores, y también habló de la mefistofélica sonrisa que, después de muchos intentos, finalmente salía a la luz. ¿Qué le empujaba a todo esto? ¿Imaginaba ya su futuro? ¿Por qué criticaba a la sociedad con tanta vehemencia?

Ahora se habla mucho de la misión profético de la Iglesia. Pero esa palabra a veces está mal empleada. La Iglesia no puede pactar con el Zeitgeist, con el espíritu de los tiempos. Tiene que cargar con todo el peso y responder a los peligros de cada época. La Iglesia tiene que hablar a las conciencias de los poderosos y a las de los intelectuales, pero también a las de los desaprensivos -que pasan frívolamente por la vida sin querer enterarse de la miseria de su entorno-, y a muchas otras conciencias. Yo me vi obligado a acometer esa tarea, como obispo. Era evidente el déficit espiritual que había; un agotamiento de la fe, el descenso de vocaciones, el bajo nivel moral -incluso entre hombres de Iglesia-, la alarmante tendencia a la violencia, y muchas cosas más. A mí, como a los Padres de la Iglesia, me sonaban continuamente al oído aquellas palabras de la Biblia condenando a los pastores de grandes rebaños que, para evitar conflictos, son como perros mudos que permiten que el peligro se extienda. Una vida tranquila nunca ha sido la primera característica de un ciudadano, y la imagen de un obispo pendiente sólo de ahorrarse disgustos y de disimular conflictos para tener tranquilidad, siempre me ha parecido, además de grotesca, impensable para mí.

En su época de obispo de Munich no le ahorraron conflictos,- respetuosamente decían que era un "tradicionalista" que demostraba tener "un fundado conocimiento de la tradición del Magisterio". El periódico "Süddeutsche Zeitung" escribía sobre usted, "entre todos los conservadores de la Iglesia, es el que tiene mayor capacidad de diálogo". Pues bien, aquella fama cambió repentinamente en el año 1981, cuando le nombraron Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Sus palabras de despedida fueron exactamente: "Las noticias procedentes de Roma no siempre serán agradables".

Todavía hoy en día me consuela pensar que nunca rehuí ninguno de los conflictos de aquel período de Munich, pues -como ya dije antes- no hacer frente a los problemas me ha parecido siempre la peor forma de desempeñar un cargo; me parece inconcebible. Desde el

principio supe que, en mi nuevo puesto en Roma, tendría que llevar a cabo tareas a veces nada fáciles de realizar, pero creo estar en condiciones de poder decir con toda sinceridad que siempre he buscado -ante todo- el diálogo con todos y cada uno, y eso ha dado sus frutos. Actualmente mantenemos un constante diálogo con las Conferencias episcopales y los superiores de las órdenes religiosas más relevantes, y así hemos conseguido solucionar bastantes problemas que, de entrada, parecían losas pesadas y muy difíciles de remover. Y, sobre todo, hemos logrado que nuestras relaciones con muchos obispos del mundo entero fueran personales, cosa que -creo yo- es muy de agradecer por ambas partes. Entonces, ¿se ha llegado a sentir la persona indicada, o quizá predestinada, para esa tarea?

Eso sería decir demasiado. Dos o tres años antes, yo no hubiera podido imaginarme nada semejante. Me sentía muy lejos del mundo de la Curia romana, no tenía ninguna relación con ella. Empecé a verlo como una posibilidad durante el Concilio y aun entonces, como casi imposible. Desde luego, nunca como una predestinación.

¿Supo previamente que el Papa venido de Polonia, a quien ya conocía desde hacía tiempo, le llamaría a Roma?

No. Le vi por primera vez en el Sínodo del año 1977, y después nos conocimos un poco más en el Cónclave de 1978; es decir, no hace tanto tiempo que nos conocemos. Me entendí muy bien con él, de forma espontánea; desde el primer momento, pero no se me ocurrió en absoluto que el Papa pudiera pensar en mí para nada.

¿Y esa decisión, fue únicamente de Juan Pablo II?

Supongo que sí, pero nunca se lo he preguntado. También podría ser que hubiera pedido el parecer de otras personas. Pero creo que fue decisión suya, personal.

¿Cree que el hecho de ser alemán fue una ventaja o una desventaja?

Por ahí se suele pensar en el alemán según una imagen muy difundida. Quiero decir con esto, que, cuando mis decisiones no gustan, se atribuyen de inmediato a la conocida tozudez de los alemanes, que son gente algo intolerante, inflexibles; casi todo se atribuye al hecho de que soy alemán. Cuando me inventaron el epíteto Panzerkardinal, era también por alusión a mi nacionalidad. Pero, bueno, nadie utiliza tal alusión con tono hostil, ni tampoco lo destaca. Ahora todo el mundo sabe que no hago mi política particular en privado, y que, sobre todo, me gusta actuar colegialmente; por eso estoy tan convencido de que todo cuanto hago no es sólo expresión personal de mi carácter alemán, sino que más bien procede de un ensamblaje de diversas estructuras de los servicios y oficios propios de la Curia romana.

¿Qué le une más en particular al Papa? ¿Cree tener alguna semejanza de idiosincrasia con él?

Ante todo, su trato humano, tan directo y descomplicado, esa cordial apertura para todo el mundo, que emana de él. También su sentido del humor y, por supuesto, esa piedad suya que vemos todos, sin alardes, porque es fruto de su vida interior. Se nota enseguida que es un hombre de Dios. Es un hombre que no trata de aparentar nada, que es realmente un hombre de Dios, y también, por añadidura, muy original. Tiene en su haber una larga historia, muy digna de reflexión. Todo eso se capta casi de inmediato. El Papa es un hombre que conoce el sufrimiento de cerca. También decidió su vocación después de haberlo meditado mucho. En Polonia tuvo que sufrir primero la invasión alemana y luego la rusa, y después tuvo que vivir bajo un régimen comunista. Él mismo se forjó su propio camino intelectual. Le interesó mucho la filosofía alemana y también se metió de lleno en la historia del pensamiento europeo. Y además, llegó a puntos particularmente fundamentales de la historia de la teología por caminos muy apartados de la vía ordinaria. Su riqueza intelectual y su facilidad para conversar e intercambiar ideas fueron también otros aspectos que, lógicamente, me resultaron especialmente atractivo desde el primer momento.

Ambos eran hombres muy cultos y prudentes, eran jóvenes y muy polémicos. Según un observador, en el fondo los dos eran "dos inteligentes reformadores de personalidad conciliadora, pero cuyo pesimismo les hizo ver el mundo de hoy al borde de una catástrofe universal". ¿Hubo algún entendimiento previo entre los dos, en los fines y objetivos con respecto a la dirección de la Iglesia?

No. En absoluto. El Papa me dijo en una ocasión que tenía intención de llamarme a Roma, y yo le expuse mis inconvenientes; "entonces", me dijo, "lo pensaremos un poco más". Pero después de su atentado, volvimos a vernos y entonces me hizo saber que seguía pensando

lo mismo. Y yo volví a ponerle trabas, porque me sentía más atraído por la teología y creía tener cierto derecho a dedicarme a mis propias publicaciones; quería dedicar tiempo a mi propia obra, y no pensaba que eso fuera compatible con ninguna otra obligación. Pero, al parecer, ya había otros que ya lo estaban haciendo compatible antes que yo, así que el Papa me contestó, "no, eso no es un obstáculo, podemos arreglarlo". Eso fue todo, nunca hubo una conversación programática ni nada parecido.

La Congregación para la Doctrina de la Fe no es precisamente una de las instituciones más apreciadas. Nadie puede olvidar que antiguamente era la Santa Inquisición. ¿Qué aspecto nuevo ha deseado impulsar en esta responsabilidad suya?

Yo, antes que nada, quería que las decisiones se tomaran colegialmente en vez de ser individuales, y dar mayor relieve a cada uno de sus órganos separadamente. Además, quería establecer también un diálogo con la teología Y con los teólogos, y, por supuesto, con todos los obispos que -no olvidemos- son nuestros inmediatos interlocutores. Pero no sabría decir hasta qué punto se ha conseguido ya todo esto. De todas formas, a estas alturas ya se ha hecho mucho por reforzar contactos con los obispos. Hemos viajado por los cinco continentes, para hablar directamente con las respectivas Comisiones episcopales para la Doctrina de la Fe y los obispos que las componen, y ahora comenzaremos otro nuevo ciclo de viajes. También se han intensificado las visitas ad limina y hemos ampliado el equipo asesor de teólogos cuanto hemos podido, sobre todo en la Comisión teológica internacional y en la Pontificia comisión bíblica. Estos eran los puntos más destacados que yo quería llevar a cabo y son los que sigo fomentando.

Y saber que podría utilizar su influencia personal, ¿no le ha servido de estímulo para realizar su trabajo?

Esa idea, al principio, más bien me asustaba, porque si lo personal sale fácilmente a la luz, lógicamente tiene que interferir también en el cumplimiento de los encargos. Pero, por otra parte, colaborar y ayudar todo lo posible a la Iglesia en la actual situación, ponerme a su disposición, es algo que siempre me motiva mucho.

¿Ha tenido o tiene sensación poder?

Sí, pero es un poder de modesto alcance. El poder que nosotros tenemos es realmente muy pequeño, porque todo lo que hacemos es únicamente un llamamiento a los obispos, y estos a su vez hacen una advertencia a los teólogos o a los superiores de las órdenes religiosas. Nos ocupamos, sobre todo, de entablar conversaciones. Como es lógico, existen muchas normas disciplinarias que nosotros también debemos respetar humildemente, porque nuestro poder no es ejecutivo. Pero siempre está en el ánimo de todos la voluntad unánime de servir a la Iglesia.

Yo me refería concretamente a tener conciencia de poder, pero aplicada a su persona.

Tal vez sea objetivo reconocer que ejerzo una especie de poder sobre muchas cosas, pero personalmente no tengo sensación de ser poderoso. Al fin y al cabo, yo no dispongo de más armas que los argumentos y apelar a la fe, eso es todo. Nuestra tarea sólo es importante cuando somos conscientes de que lo primero de todo es la Iglesia, y cuando los demás aprueban lo que nosotros hacemos. A mí nunca me ha dominado la ambición de poder.

En su última exhortación de despedida, antes de marcharse a Roma, nos habló de los sentimientos de un escéptico, de un hombre que pensaba haberlo echado todo a perder y que se preguntaba, "¿Es realmente necesario este nombramiento?" Y, un poco más adelante, usted nos decía: "Y con enorme sensación de soledad, aquel hombre se seguía preguntando si no será mejor otra Iglesia distinta y otro nombramiento diferente. Se preguntaba si su celibato, no querido por él y aceptado por voluntad de otros, tendría algún sentido. Se había hecho la oscuridad en su interior y lo único que deseaba era ser un hombre como los demás, y no ser él mismo". Después de oír todo esto, era fácil relacionar a ese escéptico con el Cardenal que nos narraba su historia.

Yo no recuerdo exactamente ese sermón, pero que un creyente se plantee ese tipo de cuestiones me parece bastante normal. En mi Introducción al cristianismo, yo explicaba que las dudas de fe no cierran ninguna puerta, pero que conviene despejarlas cuanto antes para no quedar encerrado en ellas. Las preguntas que se hacía ese hombre, desde luego, no eran pura novela, son auténticas, yo también me las planteé, pero abandonándome después con absoluta confianza -por así decir-, en la fe; y eso no significa darlas de lado, significa que esas cuestiones quedan muy mitigadas ante esa gran seguridad.

5. El prefecto y su papa

Según el Código de Derecho Canónico, el cometido de su Congregación viene a ser la tutela de la buena doctrina con los mil millones de cristianos. ¿De dónde saca toda su vigilar corregir errores y reconducirlos a un camino recto. Yo imagino que eso de tener que estar detrás de todo, tener que amonestar y gobernar con cierta rigidez, no debe ser tarea fácil. Lo digo -sobre todo- porque siempre se piensa que su Congregación es bastante intransigente y que, además, menosprecia a los hombres

Pero no es así. Todo el que tenga que tratar con nosotros sabe que no somos inhumanos; siempre intentamos buscar la solución más conveniente para todos. Lo que ocurre es que, en la Iglesia, como en toda sociedad, hay que hallar un equilibrio entre los derechos del individuo y el bien común de toda la sociedad. Aquí se trata de que la Iglesia está y se mantiene unida por la fuerza de un bien que es la fe. Una de sus obligaciones es proteger a los que no tienen capacidad para oponer resistencia intelectual -por explicarlo de alguna manera- frente a muchos errores intelectuales a los que está expuesta su vida. Pero nuestro trabajo también consiste en vigilar que se respeten los derechos de los afectados. Nuestro actual ordenamiento jurídico, que aún hemos de mejorar, consiste precisamente en alcanzar el equilibrio entre estas dos cosas.

Por regla general, hacemos lo posible por resolver todos los asuntos sin tener que aplicar sanciones. Primero buscamos una solución por la vía del diálogo y dando una oportunidad para que el autor pueda explicarse mejor. Esto significa, exactamente, que primero nos ponemos nosotros en contacto con su obispo o su superior, para que éste mantenga -a su vez- una conversación con él. Con esa conversación suele ser suficiente para evitar que se cometa un error y para animar al implicado a dar muestras de haber cambiado el modo de exponer sus ideas.

Su equipo de trabajo sólo consta de, aproximadamente, cuarenta colaboradores, que no es mucho en comparación con los mil millones de cristianos. ¿De dónde saca toda su información? ¿Cómo puede enterarse de todo lo que pasa por el mundo?

Nuestra mejor fuente de información son, sin duda, las propias Conferencias episcopales y nuestras reuniones con los obispos. Pero hay también muchas publicaciones -libros y revistas de teología- que nosotros procuramos conocer y dar a conocer a las distintas Conferencias episcopales. Además, cada uno de mis colaboradores tiene adjudicada una sección, que también recibe su propia información. Y también estamos informados por los mismos teólogos, por un gran círculo de personas que colaboran con nosotros, por las Conferencias episcopales y los obispos de todo el orbe.

¿Y usted tiene que verlo todo, lo hace todo personalmente? ¿El Catecismo, por ejemplo, ha salido de su pluma?

No. No podría con todo, sería imposible. Lo que hago es coordinar el trabajo de modo que sea colegiado, y dirigirlo para que al final salga algo de ahí. Para la redacción del Catecismo pudimos contar con múltiples instrumentos. Como órgano de trabajo, propiamente dicho, había una Comisión compuesta por quince obispos de varios continentes. Ese órgano creó a su vez un grupo de otros ocho obispos, que fueron los auténticos redactores del Catecismo. Uno de ellos era el encargado de coordinar ese trabajo específico. Por eso creo que podríamos decir que los autores fuimos todos conjuntamente. Y además, pudimos disponer todo el tiempo de un amplísimo "input", como se dice ahora. Escribimos personalmente a todos los obispos y a todas las Conferencias episcopales, y aquí se recibió respuesta de más de mil obispos.

¿Y hubo también un "input" procedente del mismo pueblo de la Iglesia?

Nosotros impusimos la condición de que las opiniones enviadas por los obispos recogieran la fe -y la forma de vivirla- en las iglesias locales, y que no enviaran sus opiniones privadas. No podíamos pedir la opinión a mil millones de cristianos. Pero, como precisamente el obispo representa a todo un conjunto de fieles, pudimos conocer la opinión de todos los creyentes por medio de sus más de mil obispos.

¿Hay alguna afirmación o formulación en el Catecismo que no haya sido de su total agrado?

Sí. No todo ha sido demasiado afortunado, eso es cierto.

¿Podría citarme algún ejemplo?

Creo que no; soy incapaz de decirle alguno; para eso tendría que utilizar el texto y remitirme a él. Pero el Catecismo, en su conjunto, es una obra espléndida y fundamental, de fácil lectura según los ecos que hemos recibido. Mucha gente corriente, sencilla, que no sabe teología, nos han comunicado que pueden leer y entender el Catecismo con facilidad. En algunos países europeos, -por muchas razones, tanto antes como después- su acogida ha sido algo más moderada. Pero en un país como Norteamérica, donde hay mucho juicio crítico, ya se han vendido dos millones de ejemplares. En Asia se está empezando a vender ahora; pero en toda Sudamérica, en España, en Francia, ha tenido muy buena acogida, incluso en Gran Bretaña. Y eso se debe a que en el Catecismo hay un valioso tesoro, contiene gran profusión de citas de los Padres de la Iglesia. Es un libro hecho por los hombres, sin duda, y por tanto es mejorable, pero es un magnífico libro.

¿Qué fue lo que más le gustó?, ¿qué le parece lo mejor del libro?

En la Introducción, el tema de la fe está muy bien tratado. Lo mismo sucede con buena parte de la sección de la Iglesia y de los sacramentos, y también con la teología de la liturgia -ahí han intervenido muy buenos liturgistas-; todo eso está muy bien explicado. Y la parte dedicada a la oración es muy bonita, con un estilo muy propio. Me parece muy afortunada.

¿Cuánto tiempo se necesitó para que el libro quedara tal como lo hemos recibido nosotros? Aproximadamente, casi cinco años. El Sínodo celebrado en 1985 expresó ese deseo, y el Papa intervino en 1986 y nombró la Comisión. Se empezó a trabajar en el otoño del 86, aproximadamente. Y se publicó seis años después, en 1992.

Con respecto a su trabajo de Prefecto, ¿en qué se basa para saber que lo que decide su Congregación es correcto?

La primera garantía que tenemos de que nosotros no inventamos nada, es que nos remitimos y acudimos a los grandes pronunciamientos de la fe. La segunda es que, antes de decidir algo, nos asesoramos ampliamente. No se trata de una opinión particular, es la opinión de un círculo de asesores que han mostrado su acuerdo en una definición concreta. Lo realmente importante es que no nos alejemos de lo que la fe ha puesto ya a nuestra disposición -aunque, lógicamente, tengamos que actualizarlo-, y que corresponda a un acuerdo de la mayoría.

¿Preparó aquel trabajo con la ayuda de la meditación? Dicen que meditaba mucho, que pensaba mucho las cosas en solitario. Y usted mismo también ha contestado en alguna ocasión que tiene que pensar un poco más tal o cual cosa. ¿Qué quiere decir con eso exactamente?

Lo primero es informarse bien, por supuesto. Ese es el primer paso, conocer bien el estado de la cuestión. Después hay que buscar consejo en uno mismo, en el propio interior para encontrar la lógica de todo -en su conjunto y en relación con el resto- y comprenderlo y trabajarlo. Por eso hay que llevarlo también a la oración personal. El proceso de mi trabajo creo que fue el siguiente: primero la información y la preparación acompañada del diálogo, y después una nueva preparación interior. Esos fueron los pasos que fui dando.

¿Se sintió de alguna manera inspirado para realizar ese trabajo? ¿En qué se nota que se trata de una inspiración?

Las inspiraciones vienen de fuera, no se pueden provocar. Y, además, hay que tener mucho cuidado ante una inspiración. Lo prudente es comprobar que lo que se nos ocurre se conforma con la lógica del conjunto. Y, por lo demás, en el caso de tener una "inspiración", primero hay que esperar a que no sea en un momento de gran agitación; hay que tener la cabeza muy despejada para poder pensar y, a veces, eso requiere tomarse un poco de tiempo.

Nada más comenzar su nueva tarea, tuvo que enfrentarse a la teología de la liberación, y reprender a algunos teólogos que dudaban de la infalibilidad del Papa y criticaban también otros dogmas. Su anterior fama, al menos en Alemania, le daba una imagen de un hombre muy tenaz. Mirando al pasado, ¿no le parece haber reaccionado alguna vez con demasiada dureza? Aunque su respuesta fuera correcta.

Yo ahí distinguiría las reacciones personales de las reacciones por razón de mi cargo. Estoy dispuesto a admitir, sin duda, que en alguna polémica personal haya podido reaccionar con dureza. Pero en lo que respecta a lo que hacemos desde la Congregación, nuestra actitud

es siempre moderada. Tuvimos que intervenir en el tema de la teología de la liberación, pero también con el fin de acudir en ayuda de los obispos. A fin de cuentas, existía la amenaza de una politización de la fe, que la reducía a una parcialidad política irresponsable e injustificable y que hubiera echado a perder la religión. No hay duda de que el llamativo éxodo a diversas sectas se debe en gran parte a esa politización. Actualmente ya se reconoce en todo el mundo que aquellas indicaciones nuestras eran muy necesarias y que fueron acertadas. Un destacado ejemplo de que aquellas instrucciones daban alientos positivos es el caso de Gustavo Gutiérrez, conocido en todo el mundo como el creador de la teología de la liberación. Nos pusimos en contacto con él -alguna vez, yo mismo, personalmente- y llegamos a un entendimiento cada vez mayor. Esto nos ayudó a nosotros a comprenderle mejor, y él, por su parte, revisó su obra y reelaboró una nueva "teología de la liberación" dirigida a mejor causa y con posibilidad de futuro.

Quedan aún algunos puntos conflictivos por resolver. Pero, entre tanto, en el escenario mundial, la cuestión de la teología de la liberación ha cambiado completamente.

Ahora bien, cuando volvemos la vista atrás, a esos 15 años, hemos de reconocer que, con el tiempo, se ha demostrado que aquellas indicaciones nuestras eran objetivamente correctas y fueron eficaces, aunque, tal vez en un primer momento, eso no se viera.

Algunos de los episcopados que entonces lo dudaban, ahora lo contemplan ya como algo natural.

Pero no sólo hubo diálogo con ellos, también hubo una imposición de años de silencio, un silencio expiatorio.

Esa expresión, "silencio expiatorio", se inventó en Alemania. Nosotros solamente le dijimos que no hablara de ese tema durante un año, y que dedicara ese tiempo a la reflexión y suspendiera sus viajes por el mundo. Bueno, siempre se puede discutir si eso estuvo bien o no, pero visto con objetividad, invitar a alguien a reflexionar sobre un planteamiento difícil, no estaba mal hecho. Seguro que a cualquiera de nosotros nos vendría muy bien que alguien nos dijera, "bueno, déjalo todo, no sigas hablando de eso, no publiques con tanta agitación y procura reposarlo todo en tu interior". Yo no querría insistir más en este tema, en el bien que puede hacer tomar esa medida. Boff, en todo caso, podía seguir dando clases, pero ese año dejó de hacerlo. Lo único que se le pidió que hiciera fue que durante un año dejara de tratar ese tema en sus conferencias y publicaciones. Algo semejante a lo que Pablo VI hiciera con Küng, a quien invitó a no publicar, sino a meditar sobre la infalibilidad, durante un tiempo.

Evidentemente, Hans Küng no aceptó aquella invitación, y por lo que se ve, el señor Boff tampoco. Eso explica que nosotros nos preguntemos si a la Iglesia le parecen oportunas las medidas utilizadas.

De la forma que se comunicó la noticia por todo el mundo, efectivamente, parece que no ha servido de nada. pero, tanto por lo que se ve en la evolución de la historia, como por el camino seguido por el señor Boff, -del que, dicho sea de paso, no quiero opinar-, todo ello ha dado mucho que pensar a mucha gente.

¿Y qué opina sobre Hans Küng, que esperaba ser rehabilitado?

Ahí habría que empezar por desmontar un mito. A Hans Küng se le retiró en el año 1979 la facultad para dar doctrina en nombre y por encargo de la Iglesia. Eso no debió gustarle nada, pues por ese medio se iba abriendo su propio camino. A partir de entonces quedaba libre de las clases y de sus respectivos exámenes, en el marco del cuerpo docente de teología; de modo que así podía dedicarse totalmente a su tema. En una conversación que mantuvo conmigo en el año 1982, él mismo me confesó que no quería volver a su anterior posición y que se había adaptado muy bien y estaba mucho mejor en su actual situación. Poco a poco se había alejado de las cuestiones estrictamente teológicas, de modo que podía dedicarse a la investigación y al desarrollo de sus grandes temas. Entre tanto pasó a ser profesor emérito, o sea, que darle entonces un nuevo encargo de dar doctrina en nombre de la Iglesia tenía aún menos sentido que antes. Pero eso, naturalmente, no era lo que él esperaba. Su teología tenía que ser reconocida como fórmula válida de la teología católica. Pero, en vez de retractarse de sus dudas sobre el papado, radicalizó sus posiciones y se distanció aún más de la fe de la Iglesia sobre la Cristología y sobre Dios trino. Yo respeto el camino que sigue según su conciencia, pero entonces no puede exigir el respaldo de la Iglesia, más bien tendrá que admitir que su pronunciamiento en cuestiones esenciales es absolutamente personal.

Cardenal Ratzinger, usted suele exigir, para ver la realidad tal como es, que se manifieste cierto inconformismo frente al moderno "Zeitgeist" -al espíritu de la época-, Lo ha afirmado muchas veces en sus análisis sobre las causas de crisis en la Iglesia y en el mundo. Eso no beneficia mucho la imagen del Cardenal en la opinión pública, en los medios de información. ¿Dependerá tal vez de la determinación con que defiende sus puntos de vista, de la fuerza de su expresión?

Yo, por supuesto, soy el que menos sabe de eso. No sé cuántos lectores interesados tengo, ni cuántos de ellos con buena memoria. Lo digo porque cuando acontece algo particular, no creo que nadie se acuerde de que eso confirma un diagnóstico que yo ya había hecho.

Creo, más bien, que se trata de que se identifica, se relaciona mi persona con el cargo de Prefecto y con la general aversión hacia su función y hacia el Magisterio de la Iglesia como tal. De modo que, para muchos, lo que yo diga puede ser leído como parte de un mecanismo que quiere tener cogida de la oreja a la humanidad, en vez de como un sincero y verdadero intento intelectual de comprender al mundo y los hombres.

¿Es suficiente con actuar bien? Quiero decir que las decisiones correctas generalmente han de estar sometidas a puntos de vista y modos de exponer que también sean correctos. "Es la melodía lo que hace la música", dice el refrán.

Sí. Así es, y en eso estoy absolutamente abierto a toda crítica. Siempre procuramos hacer las cosas lo mejor que podemos. Sobre todo, insisto, intentamos hallar el mejor modo gracias a nuestras conversaciones con los obispos y con los superiores de las órdenes religiosas. Pero eso no excluye que, para algunos asuntos que son básicos, tengamos que recurrir, en ocasiones, a decisiones, e incluso a medidas, impopulares.

Antes de ser Prefecto ha sido pastor de almas. Según su experiencia, ¿le parece admisible que un sacerdote joven haga o diga algo indebido, siendo director de la Comisión que vela por la fe católica?

Sí. Naturalmente. En todo caso, es bueno que argumente y hable en términos diferentes, porque si no, los jóvenes no entenderían su mensaje. Cada generación tiene un estilo al que hay que adaptarse. La fe es un camino y hay que adaptarse a sus distintas etapas. Lo que nos tiene que mantener a todos siempre unidos no son las opiniones personales ni las colectivas que hoy en día estén en boga, sino que tanto los fieles creyentes como los sacerdotes estemos unidos en la fe de la Iglesia y sigamos transmitiendo su contenido con la máxima fidelidad.

Entonces, ¿quiere eso decir que se puede perdonar a un sacerdote joven, con problemas para predicar la moral sexual de la Iglesia a la juventud, aunque alguna vez diga algo que no es de su agrado?

Sí. Naturalmente, sólo depende de cuál haya sido su intención. Nadie aprende a hacer todo bien en la primera.

¿Puede un cardenal hablar de sexo?

Naturalmente. Un cardenal puede hablar de cualquier cosa que sea humana. Y el sexo no tiene por qué tener colgada la etiqueta de pecado, porque, antes que nada, es un don de la Creación. En mi cargo actual, tengo que hablar, incluso con bastante frecuencia, de ese tema. Tengo mucho interés en que la moral y el cristianismo no queden reducidos al sexto mandamiento, pero las cuestiones que la cristiandad nos plantea y que requieren nuestro constante apoyo, casi siempre se refieren a ese aspecto de la existencia humana.

Sin embargo, en una ocasión describió la sexualidad como una mina flotante, explicando así su poder omnipresente. Eso más bien parece un rechazo de la sexualidad.

No. No es éste el caso, porque eso sería contrario a la fe, que nos dice que el hombre ha sido creado por Dios en su totalidad, y Dios creó al hombre, varón y mujer. La sexualidad no es, por tanto, lo que más tarde originó el pecado; forma parte del plan de Dios. Que Dios creara al hombre varón y mujer significa exactamente que lo creó sexuado, y, por tanto, forma parte realmente del primer concepto de Creación y del primer don del ser del hombre.

Si dije eso, con esas palabras que usted citaba, quería decir exactamente que una fuerza separada de su núcleo humano puede desplegar también un gran poder de destrucción.

Porque la sexualidad informa toda la personalidad del ser humano, varón o mujer, y por eso, -precisamente porque su fuerza es grande y el hombre sin ella no puede madurar ni llegar a ser él mismo-, está grabada en lo más profundo del ser humano, y separada de esa unidad puede destruirle y aniquilarle.

Ahora bien, hay que reconocer que esa imagen de la sexualidad como poder omnipresente

se ha impuesto totalmente en nuestros días.

Es evidente que el actual quebrantamiento -como nunca antes había sucedido- de la integridad de la persona y de la unión del varón con la mujer, se debe a la técnica y a los mass media. Ahora se ha neutralizado el sexo y se pone a la venta como una mercancía cualquiera.

Pero eso está pasando desde hace 2000 años...

De acuerdo, pero que se pueda comprar sexo directamente en la tienda, o que nos inunden con imágenes del hombre visto como objeto y no como persona, eso ha pasado a una categoría distinta, debido a su comercialización. Al convertir la sexualidad en una mercancía que puede difundirse masivamente, se han producido también la alienación, el abuso, de una forma que excede lo hasta ahora acostumbrado.

En la Edad Media hubo burdeles públicos que, en buena parte, eran administrados incluso por algunas Iglesias locales.

El propio San Agustín se preguntaba: "¿qué se debe hacer en una situación como esa?". Y él mismo responde "tal como el hombre está hecho es mejor para un ciudadano ordenado que haya una solución ordenada". También ahora se puede hacer valer esta reflexión de un gran Padre de la iglesia que fue lo suficientemente realista para ver que el hombre ahí es tentado y seducido a desviarse de la práctica religiosa. Pero me parece que un acoso como el que actualmente sufrimos, no se había conocido nunca.

Entonces, el que siga rigurosamente la doctrina sexual católica, ¿queda inmune de esas tentaciones?

No. No se puede decir que sólo por eso, porque el hombre no está totalmente acabado por todas partes, siempre está en camino -como ya vimos antes- y, por eso mismo, siempre corre riesgos. El hombre debe estar continuamente volviendo a ser él mismo. El hombre no está ahí simplemente. Siempre es libre, y la libertad nunca acaba. Pero, quien desee realmente vivir en una comunidad de fieles donde todos nos ayudamos mutuamente, donde nos sustentamos unos a otros creando nuevos estímulos, ahí encontrará un ambiente donde se puede vivir muy bien el matrimonio.

En el cumplimiento de su cargo, ¿ha temido alguna pregunta que quizá no tuviera respuesta fácil?

"Temer" no es la palabra exacta. Pero es cierto que con frecuencia nos exponen problemas que no son de rápida respuesta. Sobre todo cuando se trata de problemas en el ámbito de la ética, muy especialmente en el ámbito de la ética médica, y también en el de la ética social. Desde un hospital norteamericano, por ejemplo, nos expusieron el siguiente problema, "¿hay obligación de suministrar agua y algún alimento hasta el final a un paciente en estado de coma irreversible?". Éste es un tema de enorme importancia para los últimos responsables. En principio, por la propia responsabilidad, pero, sobre todo, porque hay que dar con una orientación a seguir en todos los hospitales. Finalmente, y después de larguísimas horas de estudio, tuvimos que responder que consultarán la solución de su problema a nivel local pues nosotros no estábamos en condiciones de dar una respuesta con total certeza.

En medicina, en el ámbito de la ética médica, es donde continuamente se están dando avances, que -al mismo tiempo- originan situaciones límite hasta ahora desconocidas. Y eso hace que la aplicación de los principios no siempre sea evidente. Nosotros no producimos certezas como por encanto. En muchos casos tenemos que decir que primero busquen consejo y ayudas entre ellos mismos, para que nosotros podamos conocer sus experiencias -por así decir- en su propio contexto, y a diferentes niveles, y, de esa forma, llegaremos a tener una certeza absoluta.

Pero, ¿piensa que debe haber y que hay siempre una respuesta?

No tiene por qué ser siempre una respuesta universal. Nosotros somos conscientes de nuestras propias limitaciones y, si no tenemos información suficiente, preferimos no dar una respuesta. Como le explicaba en el caso antes citado, no siempre tenemos soluciones para todo. por eso es muy importante que la consulta que nos formulen esté bien planteada, porque lo primero que hacemos para hallar una respuesta es un estudio serio de todo el conjunto, y eso nos sirve luego de poste indicador. No respondemos porque nos sintamos obligados a dar solución a todo, al contrario, intentamos hacerlo porque hay otros muchos hombres en situaciones límites similares y la responsabilidad es colectiva.

Yo nunca he sabido qué camino hay que seguir, ni qué instrumentos hay que emplear para

que esas cuestiones, cada vez más complicadas, lleguen hasta donde tienen que llegar. Para empezar, existen unos principios elementales que no debemos olvidar nunca. En el caso que veíamos antes, por ejemplo, lo primero sería que el hombre es hombre desde el principio hasta el fin, y nosotros no podemos disponer de la vida humana; hemos de contemplarla como un don recibido y respetar su dignidad hasta el final. Y después hay otros principios -no muchos- muy simples, pero esenciales. Pero actualmente, dadas las nuevas perspectivas de la medicina y de la técnica, hay ocasiones en las que cabe preguntarse cómo aplicarlos. Para empezar, siempre es muy necesario estar bien informados. Por eso, los médicos tienen que decir con exactitud qué es lo que se puede hacer en esos casos y qué consecuencias o problemas seguirán después.

Si nos fijamos en el ejemplo anterior del agua y de la alimentación, ahí se ha llegado a una situación en la que, al paciente, ya no se le pueden administrar medicamentos. Entonces, unos opinarán, "administrarle alimentación artificial, por vía oral o intravenosa, es añadirle un sufrimiento". Mientras que otros dirán, "no podemos dejarle morir de sed, eso sería inhumano, sería maltratarle". Ahí ya tenemos planteadas, por lo pronto, dos cuestiones. Por eso, lo primero de todo es recabar información. Existe un gran número de médicos cualificados y expertos. Y, a medida que se va recabando información, también se irán despejando las cuestiones: "esto responde a los principios" y "esto puede aplicarse a este caso concreto". Después es posible que, progresivamente, se vayan obteniendo experiencias suficientes como para saber -con certeza- que la información era correcta y los principios estaban bien aplicados. Y es entonces cuando esa experiencia conjunta se convierte en una declaración nuestra que diga: "éste es un principio que puede aplicarse". Y en los actuales problemas, tan modernos, ¿también es posible remitirse a los antiguos textos? Me refiero a los Padres de la Iglesia o a los Santos.

Los utilizamos con mucha frecuencia para lo esencial, porque dan mucha luz sobre esos principios de que hablábamos, o con respecto al hombre, a la dignidad humana, o al significado del dolor, pero lógicamente no los utilizamos para las cuestiones concretas. Yo los considero muy importantes porque en nuestra generación, por ejemplo, se ha perdido el sentido positivo del dolor. En esos textos aprendemos muchas cosas.

Ya que hablamos de textos antiguos, ¿se siente atraído por algún secreto de los sótanos de la Santa Inquisición? ¿Existe alguno que no deba conocerse?

Los "sótanos" de la Santa Inquisición ahora son nuestro archivo, si lo queremos llamar por su nombre; no tenemos ninguna otra clase de sótanos. He de confesar que si no soy "rata de biblioteca" es, simplemente, porque no tengo tiempo. Así que no puedo sentirme atraído por ningún secreto en particular. Pero, además, Napoleón se apoderó en su tiempo de nuestro gran tesoro. Ya nos han de vuelta parte de su inventario, pero sólo en parte de modo que sigue incompleto. Y, por lo demás, tampoco tiene nada de interés como cree la gente. Hace muy poco, un profesor italiano, liberal, estuvo trabajando en unos cuantos procesos durante algún tiempo y él mismo declaró que le había defraudado bastante. En vez de encontrar grandes luchas entre la conciencia y el poder, que era lo que él buscaba, lo que allí había eran ordinarios procesos criminales. Eso se debe a que el tribunal de la inquisición romana era bastante moderado. Los mismos procesados por algún delito civil añadían cualquier factor religioso como brujería, profecía, etc, a su delito, para que les enviaran ante el tribunal de la Inquisición. Allí les esperaba un juicio relativamente suave. Pero esto lo sé de segunda mano, porque personalmente no lo he podido comprobar. El abundante contenido de ese archivo ya puede ser conocido por todo el mundo, pero sabemos que sólo es de interés para especialistas. Hay algunos secretos -que no deben revelarse- especialmente reservados, como los secretos de confesión. Están celosamente guardados en una caja fuerte especial y no se darán a conocer nunca.

Pero, si son secretos de confesión, ¿cómo es que están por escrito y guardados?

No se trata de confesiones en el sentido estricto de la palabra, pero su contenido pertenece al ámbito de la conciencia y, por tanto, deben tener el mismo trato que secreto de confesión. Con eso quiero decir que no es el mismo caso que cuando alguien comete un error teológico o tiene algún problema moral personal que pueda comentarse públicamente. Ya me figuro que no serán confesiones de fulanita y zutanito, son confesiones de los más poderosos de la historia.

Tampoco sé mucho de eso, la verdad. Ahora también tenemos una sección disciplinar que es la que determina los procedimientos a seguir con los sacerdotes, y sólo los conoce un

círculo muy reducido de personas, para evitar que se pueda conocer algún caso particular, si no es necesario. Algo de eso es lo que ocurre con esos secretos.

Pero en esos archivos también se guardan profecías famosas.

Yo sólo conozco la de Fátima, no sé de ninguna otra.

¿Quién puede saberlo?

La de Fátima sólo la pueden conocer el Papa y el Prefecto de la Congregación, los demás sólo previa autorización del Papa.

Y el círculo de personas que conoce esos secretos, ¿es conocido? ¿se sabe cuántos son? Claro que se sabe, tres, no más de cuatro personas.

En cierta ocasión, hablando sobre las profecías de Fátima, dijo que hacían referencia a lo que, el mismo Jesucristo recuerda con frecuencia, que "Si no os convertí, pereceréis". ¿No le asusta esa profecía?

No.

¿Por qué no?

Porque ahí no hay nada relacionado con lo que el mensaje cristiano contiene como tal.

Pero, yo entiendo que ahí se habla del fin del mundo.

Yo no sé nada de eso. Pero, desde luego, puedo asegurarle que nunca he tenido esa clase de miedos que me pregunta.

¿Y de las fechas concretas?

Tampoco. No quisiera entrar en más detalles sobre estos temas.

Para algunos, el Papa Juan Pablo II es inconcebible sin el Cardenal Ratzinger y, para otros, el Cardenal Ratzinger es inconcebible sin el Papa Juan Pablo II. A los dos se les considera dos teólogos geniales con una misma filosofía. No es fácil distinguir qué ha sido voluntad del Papa y qué idea de Ratzinger usted ha conseguido dar una gran impronta a este Pontificado. Sin este particular binomio Wojtyła-Ratzinger, la Iglesia de fin del milenio hubiera sido diferente.

Esa es una cuestión sobre la que yo no puedo opinar, Pero sí quisiera dejar constancia de que se sobreestima mi papel. Es cierto que tengo una tarea que cumplir muy importante, que el Papa confía en mí, que los dos hablamos y discutimos -ahora también- sobre algunas cuestiones doctrinales muy relevantes. Es natural que yo tenga algo que decir, o que aportar, a un pronunciamiento doctrinal del Papa, y seguramente eso ha dejado alguna impronta en el Pontificado. Pero, no obstante, el Papa tiene una línea muy clara propiamente suya.

Antes de mi llegada, el Papa ya había comenzado su tríptico -las tres Encíclicas sobre la Redención de la humanidad, sobre el Espíritu Santo y sobre la Misericordia divina-, y a eso hay que añadir todo el sector de la ética social, es decir, las otras Encíclicas que ya se habían publicado sobre la Doctrina social de la iglesia. Esos temas son los que más le preocupan y están muy arraigados en lo profundo de su alma, en su personalidad -tal vez "arraigado" no sea un adjetivo muy dinámico-, pero es lo que él lleva en su interior. Y, además, tenía otras cuestiones importantes para consultar conmigo, pero no sólo conmigo. En todo esto hay unanimidad de criterios. Algún día, la cristiandad -y la humanidad entera- se darán cuenta del enorme bien que les ha ocasionado.

¿Nunca ha habido diferencias entre el Papa y su principal guardián de la fe? ¿No ha tenido que contradecir en nada al Papa, no ha tenido que desobedecerle en nada?

Diferencias, en el sentido estricto de la palabra, no, nunca. Aunque, lógicamente, cuando tenemos que hacer un intercambio de informaciones puede suceder que tengamos que corregirnos mutuamente, "esto es así" o "no es así", etc, o que incluso haya que frenar algo por no tener suficiente información. Y, a veces, también nos gusta discutir la lógica de los asuntos desde puntos de vista diferentes. Pero nunca ha habido una diferencia propiamente dicha entre los dos. Y yo nunca le he desobedecido.

Esas reuniones de trabajo, ¿cómo se llevan a cabo, con qué frecuencia se suelen ver?

Hay un ritmo de trabajo bastante rutinario. El Prefecto de la Congregación, generalmente, tiene audiencia con el Papa los viernes por la tarde. Entonces le entrega los trabajos realizados por la Congregación cardenalicia. Pero, una vez al mes, también puede hacerlo el Secretario y, en otras ocasiones, también puede ocurrir que el Papa, por alguna razón, suspenda la audiencia. Esa es la frecuencia y la forma normal de dar a conocer nuestro trabajo al Papa. Le entregamos las actas y comentamos con él los resultados obtenidos; entonces, el Papa nos da su dictamen.

Pero, aparte de esto, hay reuniones extraordinarias para casos singulares, siempre que el caso lo requiera.

Pablo VI inició la costumbre de reservar el viernes para estos asuntos, y el actual Papa ha seguido esa norma. Al Santo Padre le gusta mucho reunirse una hora u hora y media antes del almuerzo con algún grupo de personas que luego se quedan a almorzar con él. De esa forma, podemos conversar con el Papa de diversos temas, de 12.00 a 15.00 de la tarde.

Esto sucede con bastante frecuencia, y ya es casi una rutina normal de trabajo. El círculo de personas que rodea al Papa en estos encuentros es algo mayor. En las audiencias del viernes, el Prefecto despacha a solas con el Papa.

Hay también otras reuniones con él de grupos diferentes -incluso de todos los obispos de un país- con los que el Papa desea conversar y conocer sus experiencias, pero, en esos casos, antes se le ha informado de la posición mantenida por cada uno, para que el Santo Padre esté previamente advertido y pueda charlar y discutir con todos. Es decir, el Papa recibe primero información suficiente y conoce los argumentos de las distintas partes -si son de opinión diferente- para comprender mejor sus litigios y poder llegar a la conclusión más conveniente. Ésta sería la segunda posibilidad -en la escala de importancia de hablar con el Santo Padre; es decir, puedo hablar con el Papa en una audiencia o en una conversación con él, los viernes al mediodía.

¿Podría citarme algún tema de los que tratan?

Hablamos de todo lo que nosotros hayamos recibido y requiera una decisión. Puede ser de la teología de la liberación, o de la cuestión sobre la función de los teólogos en la Iglesia, o de cuestiones de bioética, y de otras muchas cosas. De cualquier tema que sea motivo de estudio para nuestra Congregación.

Cuando tratamos de grandes proyectos, entonces intercambiamos los documentos periódicamente. Si se trata, por ejemplo, de una Encíclica, solemos discutir sobre su mejor enfoque. Entonces se hace una primera propuesta y luego se comenta entre todos. No acometemos los grandes temas en su totalidad, se van estudiando por etapas. De ese modo el Papa conoce las opiniones de todos e interviene cuando le parece conveniente.

¿Y después se interesa por saber en qué ha acabado todo aquello?

Si aún no le hemos informado, sí.

El Papa, como Jefe de Estado, es el último Príncipe absolutista de Europa y, como cabeza de la Iglesia y sucesor de los Apóstoles, es también la última instancia de la fe. El Vaticano se ha quedado muy anticuado. Sólo hay un pequeño círculo de ancianos, que se bastan a sí mismos, muy distanciados de los problemas y necesidades de la comunidad exterior.

Serviría para ilustrar esto la referencia popular "con lentitud vaticana" con el que se quiere aludir a una espera que se hace infinita. ¿Qué opina de todo esto, desde su punto de vista de inquilino?

Habría que empezar por decir que el Papa, el Jefe del Estado del Vaticano, teóricamente tiene, en efecto, todos los derechos, pero tácticamente casi nunca ejerce esa función de Jefe de Estado. Es un Estado diminuto, pero que, lógicamente, exige un mínimo de trabajo administrativo; así que hay un gobernador y un gobierno propio del Vaticano. Actualmente están delegadas algunas funciones en determinados colaboradores, para evitar que su forma de gobierno resultara realmente muy pasada de moda.

En cuanto al segundo aspecto de su pregunta, el Papa efectivamente, también es la máxima instancia de los guardianes de la fe, eso es absolutamente cierto. Pero, ni aun así, decide de forma absolutista, al contrario, toma las decisiones después de oír las opiniones de todo el Colegio episcopal. El Vaticano es lento, ciertamente, pero eso se debe a que las instancias se estudian paso a paso, y también, al cuidado y al esmero con que se estudian.

Tampoco habría que olvidar que su lentitud también está originada por la escasez de personal, por una parte, y por otra, por el volumen de trabajo que va llegando al mismo tiempo y que, generalmente, no es de proceso rápido. Pero en el gobierno de la Iglesia, esto no me parece una desventaja, porque precisamente la prisa sería totalmente desaconsejable, mientras que la paciencia parece mucho más indicada. Ha habido ocasiones en que las cuestiones se han resuelto solas, simplemente con un poco de tiempo, sin haber llegado a estudiarlas.

El círculo de cardenales está compuesto por gente mayor, o, al menos, no precisamente jóvenes, pero eso es perfectamente natural. Tiene la ventaja de que no suelen precipitarse en las decisiones y de que, además, tienen mucha más experiencia y eso les hace ser más

indulgentes, No obstante, también tienen que suplir el elemento de la juventud. Ahora se ha establecido la regla de que cuando se incorpore un nuevo colaborador, deberá tener menos de 35 años, y tampoco puede permanecer eternamente. De ese modo, la media de edad de nuestros colaboradores tendrá otra imagen.

Dicen que lo primero que hay que saber en el Vaticano es cómo funciona el juego del poder y aprender a jugarlo.

Este aspecto podría darse, es decir, que alguien crea poder actuar como en una carrera política, "tengo que llegar a tiempo al lugar adecuado y estar del lado más propicio para adelantar puestos, no me vayan a dar de lado". Cosas así podrían darse, porque en el Vaticano todos somos humanos, pero he de decir que conozco muy pocos casos de ese género. Yo, personalmente, entré siendo ya cardenal y no he necesitado luchar por el poder, ni para hacer carrera. Seguramente por eso me interesa tan poco ese tema.

¿Le molesta algo del Vaticano?

Yo diría que se podría reducir su administración; pero no tengo ninguna propuesta concreta para hacer. Sencillamente, algunas oficinas están poco aprovisionadas y, por otra parte, el conjunto de la Iglesia universal no requiere mucha administración. Por eso, me parecería razonable preguntarse si no convendría reducir su burocracia al máximo, a lo estrictamente necesario. Pero esto no significa que yo no esté contento con la forma de vida en nuestra Congregación. Tal vez lo que a mí más me moleste es que haya tanto que hacer.

Realmente es casi imposible que nadie pueda dar tanto como se le exige. Una cuestión que suele plantearse con frecuencia es, qué podría hacer yo para cumplir mi obligación en las otras Congregaciones y seguir siendo un ser humano normal, sin abandonar otras cosas como, por ejemplo, las relaciones personales.

Pero, ¿en cuántas Congregaciones está?

En cinco Congregaciones, dos Consejos y una Comisión (Latinoamérica). Pero sólo la Congregación para los obispos y la de evangelización requieren trabajo continuo. Y algo menos, por regla general, aunque también llevan su tiempo el Consejo para la unidad, la Congregación para la Iglesia ortodoxa y las Congregaciones para la educación y para la cultura. La participación en las demás Congregaciones me da menos trabajo, pero he de decir de todos modos que es un buen paquete.

El arzobispo Marcinkus hablaba en cierta ocasión de un "pueblo de comadres" y además decía del Vaticano que "se reúnen tres o cuatro curas y enseguida empiezan a criticar a los demás".

Desde luego, eso no ocurre en mi presencia. Pero siempre que hay mucha gente que convive y tiene trabajos muy similares que, además, se interfieren, es natural que de vez en cuando haya algún chisme. Lo cual no significa que esté bien visto. En absoluto. Eso a mí me parece una especie de escape de las limitaciones propias del ser humano. No es bueno hacerse una imagen demasiado idealista del sacerdote. Sería mejor no sorprenderse tanto de nuestros defectos, y pensar que no somos mejores que los demás. Las leyes típicas de un colectivo también nos afectan a nosotros, un colectivo de sacerdotes. Lo que cada uno de nosotros debería hacer es trabajar en plena sintonía con los demás, y para eso hay que guardar cierta disciplina. Y es muy importante que todos y cada uno disipemos cualquier tipo de sombra que - pudiera aparecer. Nosotros no somos mejores que otras personas.

6. Resumen

Recibir y aplicar lo que dice no resulta cómodo ni fácil. Desde hace un par de décadas ha mostrado una actitud hostil hacia diversas tendencias. Sin embargo, ¿no se pregunta nunca si eso será conveniente, si estará puntualizando bien las cosas, o, incluso, si en sus declaraciones se estará expresando conforme a las necesidades de nuestro tiempo?

Esas preguntas me las planteo a diario. Gracias a Dios, hay otros que saben expresarse mejor que yo, que saben hacer las cosas mejor que Yo y que suplen lo que yo no haya sido capaz de hacer. Poco a poco, uno se va conociendo mejor y también conoce las limitaciones de sus propias facultades. Incluso se percibe claramente que sólo se es una parte de un todo. Pero también uno se va dando cuenta de que está viviendo junto a otros muchos que también reflexionan, que tienen cargos importantes. Por eso es MUY importante que todos, pero sobre todo algunos que gozan de cierto carisma, contribuyan a

iluminar las vidas de los demás. A mí me gustaría ser así, en la medida de mis posibilidades, y ser muy autocrítico en mis variadísimas relaciones con los demás, Una vez le preguntaron qué dos libros se llevaría a una isla solitaria, y su respuesta fue inmediata: la Biblia y las Confesiones de San Agustín. ¿Qué clase de confesiones cabría esperar del Cardenal Ratzinger?

Yo no puedo hacer grandes confesiones como San Agustín, que, al confesar su vida y su camino de conversión, aportó una gran luz a la existencia cristiana. Yo sólo puedo dejar algún modesto fragmento, que no sé si podrá significar algo para la humanidad o ser útil en algún momento.

¿Existe algo en su vida que le gustaría no haber hecho?

Deshacer algo que haya hecho, creo que no. Pero hacerlo de otra manera, creo que sí. Porque en las distintas edades de la vida, las cosas se ven con diferentes perspectivas. Con frecuencia se piensa que el Cardenal Ratzinger intenta conservar algo a buen recaudo, como un padre que almacena celosamente su herencia. Si no puede ser para los hijos, porque harían mal uso de ella, al menos debería ser para los nietos, para que esa herencia no se pierda. Cuando recapacita sobre su trabajo de Prefecto, ¿cree haber impedido que algo se desarrollara por mal camino y no se conociera públicamente?

Esa idea de almacenar para los nietos, me parece muy bonita, porque eso es, exactamente, lo que a mí me gustaría conseguir. Me gustaría, que junto a todo el bien y a la belleza que se ha ido desarrollando en nuestra historia, también crecieran, y nunca se perdieran, los grandes valores de la fe con su espléndida luminosidad. Me gustaría mucho que perduraran y se manifestaran siempre. Pero con respecto al balance de mi trabajo, yo creo que en los últimos 15 años se han logrado algunas metas en cuestiones como la teología de la liberación, las declaraciones en el ámbito de la bioética o el Catecismo. Pero, sobre todo, han sido útiles los contactos con las Conferencias episcopales que nos han facilitado conversaciones de gran interés para todos y que nos han ayudado a un mejor entendimiento con los obispos sobre sus preocupaciones y sobre su trabajo en relación con nosotros, en Roma. Con eso se han eliminado ciertos riesgos de unilateralidad en las opiniones, y, además, destacando lo más esencial y repartiendo el peso entre todos, también hemos logrado un equilibrio que todos deseábamos.

Uno de los documentos que lleva su firma recuerda mucho a la exhortación del Apóstol Pablo que dice algo así, "Anuncia la Palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta con toda paciencia y doctrina. Pues, vendrán tiempos en los que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos. Pero tú, sé sobrio en todo, sé recio en el sufrimiento, esfuérzate en la propagación del Evangelio, cumple fielmente tu ministerios.

No quisiera parecer presuntuoso, pero en esas palabras queda expresado exactamente lo que yo pienso que, en líneas generales, está ocurriendo en nuestro tiempo.

¿Le queda aún alguna pregunta por hacer? Si pudiera preguntarle a un espíritu universal, ¿qué le preguntaría exactamente?

Le haría la misma pregunta que se hace todo el mundo: ¿Por qué es así el mundo, qué significado tiene el dolor en el mundo, por qué tiene tanto poder el mal en el mundo, siendo Dios Todopoderoso?

Es de suponer que en el principal cargo de la Congregación para la Doctrina de la fe no volverá a haber un hombre con su perfil, su biografía, su universalidad, con su manera de pensar, de hacer y de creer. Con usted acaba, no sólo un siglo, acaba también una generación que aún tiene sus raíces en el siglo XIX. "Lo nuevo está aún por llegar", decía en una ocasión. ¿Cómo ve su posición en la historia? ¿Cree haber conseguido abrir una puerta a lo nuevo que venga? ¿O todavía tendrá que hacerlo el siguiente, su próximo sucesor?

Primero habría que relativizar todo eso y conocer las nuevas formas que ahora esperamos, ver qué aspecto tienen. Serán tiempos muy diferentes a los nuestros, y la figura que yo actualmente represento seguramente tendrá una estructura diferente. Tampoco sabemos si lo actual podrá tener peso propio en la historia. Los que hemos vivido este siglo, hemos experimentado ciertamente tiempos de mucho cambio, pero en realidad también hemos conocido lo que había antes. Realmente, todavía tenemos relaciones con muchas cosas que, progresivamente, van desapareciendo. Y, al mismo tiempo, estamos también

obligados a tomar medidas que hagan posible la continuidad, que se pueda seguir adelante en un mundo nuevo. Eso es lo que yo he intentado hacer. Pero ahora no podemos saber si las cosas seguirán su evolución de forma que este cargo continúe pareciendo un puesto clave o no. Lo único que podemos hacer es comprobar el enorme y permanente cambio de nuestro tiempo, pero, eso mismo, nos impide tener perspectiva de lo que vaya a venir después. En todo caso, lo que a mí me competía, creo yo, era mantener la continuidad y llevarla adelante para introducirla en una historia cada vez más agitada.

En general se sospecha que hay dos Ratzinger, uno antes de Roma, progresista, y otro en Roma, conservador y estricto guardián de la fe. De teólogo "teenager" con ideas progresistas, pasó a ser un resignado conservador con esporádicos arrebatos apocalípticos. Y en cierta ocasión usted mismo dijo que Joseph Ratzinger siempre había sido fiel a sí mismo, suprimiendo a los otros dos.

Me parece que he contado ya lo más esencial, es decir, que la decisión fundamental de mi vida es una constante en mí, porque yo creo en Dios, en Cristo y en su Iglesia, y a eso dedico mi vida. Esta determinación mía se ha ido desarrollando a lo largo del proceso de mi propia vida y a mí me parece muy justo que haya sido así, y que no se haya detenido en ningún momento. Los hombres cambian mucho con la edad, y un hombre de setenta años no debe pretender hacer lo que hace otro de diecisiete ni al contrario. A mí siempre me ha gustado permanecer fiel al conocimiento de lo esencial, pero al mismo tiempo estar abierto a las variaciones que fueran necesarias. Como es natural, todo lo que rodea al hombre también va variando y llega un momento en el que, de pronto, el hombre se encuentra en otras coordenadas. El debate actual de la Iglesia, es totalmente diferente al de hace treinta años. Incluso las propias circunstancias dan ahora un valor diferente a lo que hacemos y decimos. Que en mi vida se hayan dado giros y cambios no lo discuto, pero mantengo firmemente que siempre han estado basados en una identidad subyacente y, por eso, siempre que ha habido un cambio en mi vida ha sido con el único fin de ser más fiel todavía. En esto estoy totalmente de acuerdo con el Cardenal Newman que decía que, "vivir es cambiar, y ha vivido mucho quien haya sido capaz de cambiar mucho".

Normalmente, todos los cargos suelen exigir el pago de un precio. Mucho más si es tan relevante como el de estar al servicio de la verdad.

Estar al servicio de la verdad es algo realmente grandioso y el más "relevante" deseo de mi vocación. Pero y aunque el precio sea muy alto, se paga en moneda pequeña- Se manifiesta en cosas muy pequeñas, en cosas muy simples y de un segundo plano. En el fondo permanece siempre el deseo de la verdad, pero después hay que corresponder a esos deseos con los hechos. Y esto suele manifestarse en tener que leer actas, dirigir conversaciones, cétera, cosas muy normales.

El precio que yo tuve que pagar fue, sencillamente, renunciar a lo que a mí realmente me hubiera gustado hacer: mantener conversaciones elevadas a nivel intelectual, reflexionar sobre temas espirituales y discutirlos, producir una obra propia en estos tiempos nuestros. Pero tuve que dedicarme a otros asuntos muy distintos, conocer conflictos y aconteceres a niveles fácticos de los cuales muchos llegaron realmente a interesarme, pero también tuve que dejarlos pasar para poder estar al servicio de otras cosas más propias de mi cargo y que requerían mi atención. Poco a poco me fui dando cuenta de que tenía que dejar de pensar "tengo que escribir tal o cual cosa", "tengo que leer esto y lo otro", porque había que reconocer que mi principal tarea era exactamente ésta, la de estar donde estoy.

¿Se lleva bien con su propia vida, le gusta, es un hombre feliz?

Sí. Estoy muy conforme con mi vida, porque, además, vivir contrariado con la propia vida o con uno mismo, no conduce a nada, no tiene sentido. Aunque también estoy convencido de que, de la otra manera, como yo me había imaginado, también hubiera llegado a cosas grandes. Así que, por ambos motivos estoy muy agradecido a la vida, y sobre todo a lo que ha sido la voluntad de Dios para mí.

Fe, esperanza, caridad, son las virtudes teologales, pero ¿qué significan exactamente en la vida de Joseph Ratzinger?

Ya hemos hablado suficiente de la fe, que es la raíz de todo en nuestra vida, que nos ayuda a ver y a creer el, Dios, y que es la clave que nos facilita el camino para entender todo lo demás.

Esa fe significa esperanza, pues, tal como ahora es el mundo, el mundo no es bueno, y tampoco debe seguir siendo así. Contemplado sólo empíricamente, podríamos deducir que

el mayor poder en el mundo es el del mal. Esperar con espíritu cristiano significa conocer la existencia del mal, y hacerle frente con confianza. Porque la fe se basa, fundamentalmente, en sabernos amados por Dios, y eso significa, no sólo una respuesta afirmativa a Dios, sino también a la Creación, a las criaturas, sobre todo a los hombres, donde tratamos de ver la imagen de Dios para amarle mejor.

Nada de esto es sencillo. Sin embargo, en ese sí fundamental, con esa convicción de que Dios ha creado a los hombres y está en ellos y de que no son algo negativo, el amor encuentra su apoyo para, a partir de la fe, fundar una esperanza. La esperanza contiene ese elemento de confianza absoluta frente a los continuos riesgos y peligros de la historia, pero eso no tiene nada que ver con la utopía. Un mundo futuro mejor no es asunto de la esperanza, la meta de la esperanza es la vida eterna. Por eso nadie puede responsabilizarse de esa expectativa, porque no se encuentra en nuestro mundo y nosotros continuamos en él y en el momento presente. La libertad de la generación actual condicionará el mundo de las generaciones venideras que nosotros, ahora, sólo podemos predecir muy limitadamente. Pero sí sabemos que la vida eterna es nuestro futuro y también la fuerza que va marcando la historia.

Capítulo II: los problemas de la Iglesia Católica

- 1. Roma en apuros**
- 2. Sobre la situación de la Iglesia**
- 3. La situación en Alemania**
- 4. Las causas de la decadencia**
- 5. Los defectos de la Iglesia**
- 6. El canon de las críticas**
- 7. El dogma de la infalibilidad**
- 8. Un mensaje de alegría y no de amenaza**
- 9. Somos el Pueblo de Dios**
- 10. Santo gobierno y fraternidad**
- 11. El celibato**
- 12. Los anticonceptivos**
- 13. El aborto**
- 14. El matrimonio de los divorciados**
- 15. La ordenación de la mujer**

Siguen siendo cientos de miles las personas que acuden a las misas celebradas por el Papa en sus viajes por todo el mundo, pero esa masa convencional de gente apenas da razón de la situación real de la Iglesia. En el año 1984 usted hablaba de un proceso de decadencia en lo que respecta a la Iglesia. Ahora podríamos compararla a los famosos agujeros negros del universo. Es como la caída de una gran estrella cuyo invisible núcleo central se va reduciendo progresivamente hasta hacerse muy pequeña. Manifiesta su existencia pero sólo por los aturridos movimientos alrededor de su antigua gran masa. Son trozos muy pequeños de un viejo fragmento que no pueden escapar de la fuerza de atracción del seno materno, y vuelan indefensos formando nuevas unidades, tropezando unos con otros o incluso destrozándose entre ellos.

Esa imagen de los agujeros negros y de la desintegración de una estrella me parece interesante. Es una forma empírica de ver las cosas. Pero lo cierto de ese proceso que describe es que, en la actual fase de la historia, no existe un movimiento masivo de vuelta a la fe que pueda producir un nuevo vuelco en la historia, para que esa, digamos, estrella -siguiendo con su imagen- pudiera volver a ser compacta, volver a su anterior tamaño y a tener luz propia. Sería, sin duda alguna, crear falsas expectativas. Pensar que se va a dar un nuevo cambio en la historia y que la fe va a volver a ser un gran fenómeno de masas, un fenómeno que domine en la historia.

Pero yo creo sinceramente que se están produciendo resurgimientos silenciosos de los paganos que convergen, hacia una -digamos- nueva Iglesia, y aquella experiencia que tuvo el Señor con sus discípulos vuelve a repetirse. Cuando les dijo "Nunca he visto fe como ésta en Israel", el Señor confiaba, por así decir, en la fe que brotaba de un mundo

totalmente paganizado. También puede suceder esto con los cristianos de nuestros días que con frecuencia se cansan de su fe, y la ven como un pesado fardo que han de arrastrar y que no llevan con alegría.

Pero la imagen de una estrella desintegrada no nos sirve en el sentido de que el cristianismo es siempre como el grano de mostaza, y, precisamente por eso, vuelve siempre a rejuvenecer. No obstante, nosotros no podemos vaticinar que la fe vuelva a tener en la historia una estructura semejante a la de la Edad Media, cuando todo estaba marcado por el signo de la cruz. Pero estoy totalmente convencido de que la fe seguirá estando presente en la historia. Estará de algún modo rejuvenecida, con una energía nueva y sobreviviendo a la humanidad; estoy seguro de ello.

De todas formas, esa experiencia negativa que ahora tenemos, el saber que cuando no hay fe todo se viene abajo y acaba en inmenso vacío, eso, no nos devuelve la fe. Eso acaba simplemente en una resignación fatal, o en el escepticismo, o en puro cinismo, o, peor aún, conduce al hombre a su propia destrucción.

Desde hace algún tiempo se ha creado una situación bastante paradójica. En este mundo tan cambiante, que se modifica a una velocidad trepidante Y difícil de asimilar para muchos, se ha creado, al mismo tiempo, un clima bastante favorable a la religión. Hay multitud de formas y mezclas de espiritualidades que despiertan mucho interés en la gente. Pero, en cambio, el hasta ahora gran ejército de la religión, es decir las iglesias cristianas, no parece sacar provecho de esta búsqueda de sentido.

Es cierto, ahora parece que hemos irrumpido en una nueva era de la religión. Los hombres buscan la religión por caminos muy variados, pluralistas, pero no la buscan en la fe, ni en la Iglesia. Los hombres van a la búsqueda de novedades donde la religión es casi siempre sólo una forma de transfiguración, como un contrapeso a las cosas de cada día, o deriva hacia la magia o hacia sectas que, luego, manifiestan ser muy perjudiciales para el hombre. La mayoría de los fieles convencionales tal vez se encuentren también algo abrumados por tanta institucionalización, ante tanto poder institucional que hasta ahora ha ido marcando sus vidas. Ya no percibimos la vitalidad ni la sencillez de la fe. Ser cristiano ahora significa pertenecer -del modo que sea- a una gran organización y saber que en ella hay muchos preceptos morales y muchos dogmas difíciles de entender. El cristianismo así parece un lastre pesado de tradiciones e instituciones al que, por otra parte, no se le quiere perder demasiado de vista, porque todos le reconocen su función de ayuda en caso de necesidad. Sobre ese montón de ceniza difícilmente prenderá un fuego con fuerza.

En efecto, ahí sólo parece haber cenizas. La Iglesia católica romana tuvo un momento en el que era fuente principal de opinión, pero después quedó convertida en reliquia de tiempos pasados, y nuestro actual mundo, de finales del segundo milenio después de Cristo, casi la ha olvidado y no Parece tener demasiado en cuenta lo poco que aún perdura de la función de la Iglesia. Decir, por ejemplo, cosas como que hay un Dios que tuvo un Hijo, y que ese Dios envió a su Hijo para redimir a los hombres, a muchos les suena al anuncio de una gran locura. Yo creo que podría decirse que ninguna institución en el mundo -sobre todo en el mundo occidental, tan marcado por la fe cristiana y por la Iglesia- ninguna, ha sido tan humillada como la Iglesia católica.

Sin embargo, también dice mucho a favor de la Iglesia, católica. Se sienten atraídos por su aspecto de provocación un tanto paradójica que es para muchos, como dijera San Pablo, piedra de escándalo. Y eso se debe a que la Iglesia está llena de sentido para los hombres, no se la pueden saltar en ningún "orden del día". Hace tiempo dije que si la gente se escandaliza, habría que empezar por distinguir un primer de un segundo escándalo. El segundo consiste en el escándalo que pueden producir nuestros fallos, debilidades, y tanta institucionalización. Pero el primer escándalo es que nosotros tenemos que enfrentarnos con cualquier desviación, con cualquier banalidad, con el aburguesamiento, con promesas que son. falsas, y no permitir que el hombre pueda crearse fácilmente una ideología propia. Así que yo diría que la Iglesia católica es motivo de escándalo al contradecir una ideología universal que, según parece, actualmente está evolucionando. Y también porque defiende los valores genuinos del hombre que no se pueden incorporar a esas ideologías; y esto, es enormemente positivo.

De todas formas causa extrañeza la pérdida de credibilidad de la Iglesia. Le contaré un ejemplo un poco grotesco: cuando hace unos años el Papa habló de la existencia y el sentido de los ángeles, aquello a muchos les sonó a cuento. Y, de pronto, los ángeles se

pusieron de moda: pero eso sí, eran ángeles "buenos" que habían sido expulsados de la Iglesia.

Es curioso con qué rapidez cambian las modas en los temas espirituales. Lo digo porque antiguamente se quiso llegar a una especie de acuerdo racionalista y se convino en hacer desaparecer de una cristiandad, digamos, depurada, cualquier cosa que pareciera superflua. Ángeles y santos estaban de Más. Pero, más tarde, brotó de pronto una especie de frenesí por todo lo que estuviera rodeado de misterio y procediera de un universo trascendente, de modo que se produjo una nueva "moda de los ángeles" originada fuera de la Iglesia y, por tanto, que era bastante dudosa. Hay un fenómeno que a mí me parece muy significativo: cuando las afirmaciones sobre la fe proceden de la Iglesia, o no se creen o se reciben como si fueran una carga pesada, pero cuando proceden de fuera de la Iglesia, adquieren un valor propio determinado. Esto significa que estamos cansados de la vida interior de la Iglesia, lo cual nos impide ver que el hombre necesita del bien y de la precisión de las razones de la fe. Por eso pienso que esas cosas que proceden de fuera de la Iglesia, pueden servir incluso para despertarnos a nosotros mismos.

Y volviendo a examinar ese proceso que veíamos: el conocimiento de todo lo relacionado con la fe se ha venido abajo. Es como si de pronto hubiera sido absorbido por algún extraño y misterioso poder. En Alemania, por ejemplo, hay un treinta por ciento de adultos que cree que la Navidad es un cuento de los Hermanos Grimm, hay sacerdotes que ya no saben lo que son, los creyentes no saben que tienen que creer, los teólogos se dedican a seguir socavando cualquier pilar de la Tradición y, en fin, el tesoro de la Liturgia casi ha desaparecido.

Me ha citado una larga serie de puntos que convendría aclarar por separado. Supongo que debería empezar saliendo en defensa de la teología, pero ahora no quiero entrar en ese debate.

Tiene razón en eso que ha dicho. Sin embargo, no olvidemos que la información sobre la religión también ha decaído notablemente y lo primero que deberíamos hacer es preguntarnos "¿qué ha sido de nuestra catequesis?", "¿qué pasa ahora en las escuelas que casi todas han suprimido las clases de religión?". Creo que se ha cometido un error muy serio al reducir tanto esta clase de conocimientos. Nuestros profesores han protestado, con razón, diciendo que la clase de religión no es una simple información, es mucho más que eso. Es una forma de enseñar a vivir la vida; en las clases de religión se impartía algo mucho más importante que meras noticias. Se comunicaba a los alumnos, se les transmitía, interés y simpatía hacia un determinado estilo de vida, es decir, se les proporcionaba algo que no pueden adquirir con la simple noticia de los hechos. Creo que habría que lograr un cambio radical en este aspecto, partiendo de la base, que hay que reconocer, de que muchos de los que recibimos clases de religión en la escuela, no fuimos bien preparados para convertir este mundo tan paganizado. Pero los alumnos tienen que tener los medios a su alcance para poder conocer el cristianismo, deben estar enterados de qué se trata y eso, como es natural, se debe enseñar de una forma amable y simpática, para que ellos puedan forjarse una idea clara y tal vez lleguen a pensar: "esto podría ser bueno para mí".

Al parecer, buena parte de la grey que hoy en día sigue asistiendo a Misa y yendo a las procesiones, gente que se manifiesta a favor de la Iglesia, es considerada por los demás como gente exótica. E, incluso, estos pocos van teniendo la impresión de estar viviendo en un mundo que nada tiene que ver con el mundo real. Este proceso de decadencia ¿no está siendo más dramático de lo que se pensaba?

Actualmente, en algunos sitios, hay una significativa pérdida de cristianos, al mismo tiempo que se produce un gran cambio en la estructura de la Iglesia. La sociedad cristiana que existía hasta el presente evidentemente va desapareciendo. Las relaciones Iglesia-sociedad que existían antes, ahora están dando unos bandazos que posiblemente sólo conducirán a formas nuevas de descristianización. Cuando no se trata de una innovación todo lo que se refiere a la fe deja insensible la conciencia de la sociedad.

El ámbito principal de la vida ahora no es otro que el de las innovaciones económicas y técnicas. Esto ocurre en el conjunto de los medios de comunicación y, muy en particular, en el mundo del entretenimiento, que es el lugar más apropiado para crear nuevos lenguajes y nuevas conductas del hombre. Es, por decir así, el medio donde mejor reaccionan y responden todas las tendencias de la existencia humana, a nivel masivo. Pero ni aun así se consigue que la religión desaparezca totalmente, lo que con eso se logra es

desplazarla al ámbito de lo privado. Se tolera la fe como una forma subjetiva de la religión, o, al menos, se permite un espacio para la fe como factor cultural.

Y, por otra parte, ahora el cristianismo, en un modelo nuevo de vida, también se concibe de distinta manera y se presenta de modo diferente a una humanidad sumida en la soledad de una existencia demasiado técnica. Esto está sucediendo ahora, en nuestros días. Quiero decir, que podrán ponerse objeciones a movimientos espirituales como los neocatecumenales o los focolares, etc, pero, desde luego, no puede negarse que son grandes innovaciones. El cristianismo se presenta ahora como un nuevo acontecer, para que las gentes que vienen de muy lejos encuentren una oportunidad de vivir una nueva vida en nuestro mundo. La función pública de la Iglesia a partir de ahora ya no podrá ser la misma de antes, las relaciones Iglesia-sociedad no podían seguir con su antigua estructura, y con la actual han encontrado nuevas formas de manifestarse a los hombres.

Hay conceptos en el panorama de la Iglesia que en su día fueron muy usuales, pero que hoy en día carecen de relevancia. Y, por otra parte, la creatividad de la Iglesia también Parece haberse perdido. Hasta hace muy poco era frecuente que artistas e intelectuales frecuntaran la Iglesia. Durante muchos siglos eso se consideraba como lo normal: Rafael, Miguel Ángel o Juan Sebastian Bach, hombres muy destacados que fueron creativos y generosos en su disponibilidad al servicio de la Iglesia. Ahora en cambio, en el caso de comprometerse, se comprometerían con Greenpeace o con Amnistía Internacional.

Está todo muy relacionado con el curso de la historia que veíamos antes. La cultura popular de nuestros días, tan divulgada por los mass media, es una cultura que carece totalmente de transcendencia, y no refleja la existencia de un cristianismo que pueda influir con garra en el ambiente. Y eso, en parte, hace que las tensiones morales busquen otras vertientes distintas como pueden ser, por ejemplo, esas actividades que ha citado antes. Pero a la Iglesia nunca le faltará creatividad, eso es seguro. Si ahora pensamos en la Antigüedad, San Benito, por ejemplo, no llamó la atención de nadie en su tiempo. Era un hombre de la nobleza romana que se había retirado de la sociedad y no parecía hacer nada singular. Sin embargo, más tarde se reconoció su singularidad señalándole nada menos que como "el arca de supervivencia para Occidente". Yo pienso que hoy en día también hay muchos cristianos, que se retiran, en ese sentido, huyen de ese extraño consenso de la existencia moderna y buscan nuevos modelo de vida; ahora tampoco llaman la atención de nadie, pero con el tiempo, en el futuro se reconocerá lo que en realidad están haciendo.

¿Podría decirme más exactamente qué entiende por "extraño consenso de la existencia humana"?

Precisamente lo que acabo de indicar. En la ética del hombre actual "Dios no existe, y de existir, no tiene nada que ver con nosotros". Esa es, prácticamente, la idea general del mundo moderno: "¿Dios no se ocupa de nosotros? Pues nosotros tampoco nos ocuparemos de Dios" Y consecuentemente para ellos la vida eterna tampoco importa. Las obligaciones que teníamos por nuestra responsabilidad ante Dios y ante el juicio divino, han sido suplantadas por las que tenemos ante la historia y la humanidad. Esto ha originado nuevas pautas morales que conducen a algunas conclusiones que podríamos calificar de ciertamente fanáticas; ahora se justifica la planificación familiar, por ejemplo, por el exceso de población o la conservación del equilibrio biológico. Pero esto significa, al mismo tiempo, que también se permite todo lo que no se oponga a ello. Y al no haber autoridad superior al juicio de la opinión pública (que, dicho sea de paso, es tremendamente cruel), las motivaciones de los ideales de vida de los hombres de nuestra época suelen carecer de significado. El valor de los ideales redundan en provecho de lo que está más bien lejos que cerca; porque, en el ámbito más próximo al individuo, abunda el egoísmo...

2. Sobre la situación de la Iglesia

Una Iglesia secular está casi obligada a llegar a tiempo a cualquier cambio temporal. Las diferencias culturales e históricas de los pueblos suelen producir ciertos desniveles. y la Iglesia católica no sólo está en un Occidente crítico, emancipado y harto de tanta autoridad. También está en la Iglesia de los mártires de Oriente y en la Iglesia socio-política de América del Sur. Ya eso habría también que añadir otras confesiones e ideas religiosas que se contraponen. En el fuero interno de la Iglesia ahora es más fácil conocer sus diferencias que sus coincidencias. ¿Existe en la Iglesia también algún tipo de consenso?

Sí. Yo constato esa imagen que acaba de describir cada vez que nos reunimos con los obispos de cualquier país del mundo. En esos encuentros es natural que tanto el lugar, como los temperamentos o las situaciones de la Iglesia que representan, etcétera, sean muy diversos. Pero siempre se expresa en todos un mismo catolicismo, por ejemplo, en la liturgia, en sus diversas formas de vivir la piedad, en decisiones sobre cuestiones morales y en sus convicciones, que son siempre iguales. A pesar del pluralismo de Iglesias, todas ellas coinciden en un vértice común, una Iglesia única, una profesión de fe única, y, en la práctica, también en su unidad con Roma, que consiste exactamente en tener una idéntica fe. Convergen ahí mundos muy diversos, pero, por encima de sus diferencias siguen unidos por un algo común a todos ellos que puede ser, por ejemplo, la concelebración, es decir, celebrar la misma Misa juntos, o poder hablar entre ellos y entenderse porque los conceptos esenciales son también los mismos. Creo que esto es una magnífica e importante aportación de la Iglesia católica a la humanidad. Esos mundos tan diversos se apoyan mutuamente en un consenso que, al mismo tiempo, sirve de puente entre ellos.

Pero este consenso no deja de ser mínimo.

No, yo no diría eso. En apariencia tal vez no sea tan cristalino y uniforme, como podría ser hace cincuenta o no sé cuántos años exactamente. Va cambiando según las culturas, pero conservando la misma unidad. Todos leen la misma Biblia con el mismo espíritu de Tradición católica, y se saben comprometidos por un mismo Credo y por un mismo Magisterio. La forma que luego empleen para llevar a cabo ese espíritu dependerá de las circunstancias, pero, eso sí, siempre dentro de la misma unidad; eso es algo tangible para mí y no sólo en los encuentros con los obispos, también en los encuentros con grupos de jóvenes de todo el mundo. La identidad católica está por encima de cualquier barrera, eso es una vivencia real.

Pero también habría que añadir y tener en cuenta, que en ese abanico de distintos períodos de tiempo, y también de contrastes de culturas a nivel mundial, existen otras vertientes filosóficas unitarias e uniformes. Gracias a las facilidades de la técnica y de los mass media, se ha creado un clima que es común a todo el mundo. La televisión va ganando terreno, poco a poco, y llega hasta los rincones más pobres del globo terráqueo y así va emitiendo determinadas corrientes ideológicas que llegan hasta rincones realmente insólitos. El debate actual es siempre unilateral y en una sola vertiente uniforme; y lo recibe todo el mundo en un mismo grado, de modo que va invadiendo y dominando las inteligencias. Pero, a pesar de esto, actualmente se está configurando una especie de revolución filosófica, cada vez más potente, orientada hacia el inconformismo y a la búsqueda de una cultura y una fisonomía propias. Y eso nos demuestra que esa uniformidad de cultura, que parecía llegar a todos los rincones del mundo a pesar de su enorme radio de acción no penetra en lo más profundo de la humanidad, no afecta a lo más profundo e íntimo del hombre. Y ahí precisamente es donde se encuentra la complicada, y en muchos aspectos también importante, misión de la Iglesia.

¿Que quiere decir exactamente con esto?

Que las convicciones y las formas de conducta que aconseja la Iglesia son mucho más profundas que los diversos giros y modos de hablar, y las conductas que los medios de comunicación propagan. Hay muchas cosas -el manejo de un ordenador, todo lo relacionado con el automóvil, la utilización de una cinta continua, la construcción de un rascacielos, etcétera- todo eso son cosas que avanzan progresivamente y siempre de la misma forma. Van progresando siempre con las mismas leyes técnicas y alguna que otra variante. Pero lo que consigue se reduce a crear diferentes niveles de vida. La ocupación y el quehacer exterior son, efectivamente, iguales en todas partes, Pero eso no quiere decir que, porque coincidan en hacer las mismas cosas, los hombres se entiendan mejor entre ellos. No significa que haya respeto mutuo, ni que vivan en paz. Estas cualidades responden a las convicciones religiosas y éticas del hombre, y a la formación de la conciencia del individuo. Y eso es competencia de la Iglesia. La formación del hombre en su interior, que apenas se ve por fuera, es mucho más difícil y también mucho más importante para la solidaridad de la humanidad y la salvaguarda de la dignidad humana. Se comprende, por tanto, que formar una comunidad de fe, formar una conciencia colectiva, sea algo esencial para la sociedad, pues si no, tampoco se reflejará en el exterior. De ahí la importancia de que en la liturgia, y en la vida de la Iglesia en general, sea materialmente palpable esa comunión interior por encima de cualquier frontera culturas.

¿Existe en el seno de la Iglesia algún grupo o frente divergente, o incluso algún tipo de corriente teológica?

Siempre hay corrientes que cruzan la tierra. Citaré, para empezar, la reflexión de la teología de la liberación que ha tenido eco, prácticamente en los cinco continentes, en algunos, por cierto, bien encendida. El núcleo principal de ese pensamiento teológico es que el cristianismo debe repercutir también en la existencia del hombre en la tierra. Además de conseguir libertad para las conciencias debe tratar de hacer valer sus derechos sociales. Esta forma de pensar empleada sólo unilateralmente hace que, por lo general, el hombre interprete su cristianismo como un medio o instrumento de transformación política del mundo. A partir de ese planteamiento se fue forjando la idea de que las religiones no eran más que simples instrumentos para conseguir la libertad o la paz, o para la conservación de la Creación; por lo tanto, las religiones se deberían expresar en resultados políticos concretos y justificarse por algún fin político. Esta temática variaba según las situaciones políticas de los países, pero consiguió extenderse por todo el orbe. Ahora se está implantando con bastante vigor en Asia, y también en África con mucho éxito. Por cierto que incluso ha afectado al mundo islámico. Actualmente están intentando hacer una interpretación del Corán según la teología de la liberación. Esta ideología es todavía una cuestión marginal, como puede suponerse, pero ha tenido un papel bastante significativo en el movimiento terrorista islámico, explicando que el Islam es un movimiento de liberación -por ejemplo- contra Israel.

La idea de liberación -si es que podemos citar la libertad como titular de una nueva espiritualidad de nuestro siglo- se ha amalgamado con otra ideología, la del feminismo. Actualmente se considera a la mujer como un ser oprimido; así que la liberación de la mujer sirve de centro nuclear para cualquier actividad de liberación. Y ahora, resulta que a una teología de liberación política le ha tomado la delantera otra liberación antropológica. Además, no se conforman con pensar en un simple cambio de papeles, se ha llegado mucho más lejos que eso, y su objetivo es liberar al hombre de su biología. El fenómeno de la sexualidad que en su forma histórica siempre se ha llamado "engendrar", ahora se caracteriza por la reivindicación de algunos de los aspectos de la sexualidad, que, finalmente, ha acabado en una revuelta contra los procesos biológicos del hombre. La palabra "natural" no debe pronunciarse para nada; es mejor que el hombre pueda modelarse a su gusto, tiene que liberarse de cualquier proceso de su ser: el hombre tiene que hacerse a sí mismo según lo que él quiera, sólo de ese modo será "libre" y liberado. Todo esto, en el fondo, disimula una insurrección del hombre ante la realidad de haber sido creado, y que -como ser biológico- lleva impresa en su ser. Se opone a ser criatura. El hombre tiene que ser su propio creador, versión moderna de aquél "seréis como dioses"; tiene que ser como Dios.

El tercer fenómeno que se observa en todo este mundo cada vez más uniforme es la búsqueda de la propia identidad cultural, expresada por el concepto de "inculturación". Un nuevo despertar de viejas culturas, tras la desaparición de la ola marxista, es la nueva corriente que está fluyendo con bastante potencia en Latinoamérica. La "teología india" trata de resucitar la religión y la cultura precolombinas, convencida de que así podrá liberarse de la extranjerización europea que actualmente le desborda. Y ahí se da cierta conexión con el feminismo, que nos parece interesante. Ponen de relieve el culto a Dios, a la madre tierra y, sobre todo, a lo femenino. Eso refuerza las tendencias del feminismo americano-europeo que no se conforma con hacer afirmaciones antropológicas, sino que quiere formar un nuevo concepto de Dios, porque el concepto patriarcal de Dios se proyecta en la conciencia y eso hace que el mismo concepto afiance la opresión de la mujer. El elemento cósmico (la madre tierra, etc) de este renacimiento de antiguas religiones, hacen clara alusión a las tendencias del New Age, que aspira a la amalgama de todas las religiones y al nuevo sincretismo del hombre con el cosmos. Pero, volviendo a la "inculturación", ésta existe también en cierto modo en África y en Asia, pero sobre todo en la India. Aquí cabría preguntarse, ¿en qué medida se pueden utilizar las culturas como ornamento de las distintas religiones?, y ¿son sólo adornos?, ¿no son también visiones de la totalidad?, ¿qué es "cultura" exactamente?. Son cuestiones y cometidos muy interesantes.

Podría citar un par de temas más todavía, también en torno a la tierra. Uno de ellos es el de la ecología. La idea ecologista surgió cuando fuimos conscientes de que nuestra relación con el medio no podía continuar como hasta ahora. Algunos sintieron cierta vergüenza de

que el hombre se manifieste como hombre exactamente, y explote la Creación, a otros seres vivos y otras cosas por el estilo. Se puede practicar la ecología cristianamente, a partir de la fe en la Creación que marca las pautas a las leyes humanas y establece las proporciones de la libertad; o también se puede trabajar en un ecologismo anticristiano a partir del New Age y la divinidad del cosmos. Y el segundo tema que querría destacar es una corriente relativista que está tomando mucha fuerza. Su origen procede de diversas raíces. Al hombre moderno con su consabido escepticismo científico le parece poco democrático, intolerante e incluso

incluso inaceptable, que nosotros digamos "estoy en posesión de la verdad", o "eso no es verdad, es sólo parte de la verdad". Y precisamente en esa vida que se dice democrática y tolerante se plantea la cuestión, ahora candente, de si podremos seguir adelante con nuestro cristianismo. En la India han sabido compaginarlo con su tradición religiosa, con lo que es propio de ella: la búsqueda de Dios en lo inefable. Conforme a esto, todo lo que se refiera a la religión es sólo reflejo, estímulo, reflexión de lo que, propiamente, ha llegado a manifestarse del todo. La auténtica religión no puede existir nunca. Según esto, Cristo fue seguramente una gran y extraordinaria figura pero que hay que retener -por así decir- en la propia conciencia, para que ahí se manifieste como también se manifiesta a otros. O sea que, también aquí, se ha unido la moral del mundo democrático y tolerante con una importante tradición cultural. Pero, ¿qué importancia o qué riesgo puede tener esa moral universal, en la Iglesia católica? En la opinión pública actual, produce cierto escándalo que se siga presentando la fe cristiana como única religión verdadera, y que se diga que Cristo es algo más que una gran figura y la religión algo más que un conjunto de estímulos.

A mí me parece que cuando alguien se pregunta "después de todo, ¿en qué medida se puede hablar de la verdad?", o "¿cómo se podría adaptar el cristianismo al conjunto de religiones?", es porque ahí está latente otra visión distinta de la vida. El centro de ese debate se halla hoy en día en la India, pero también se ventila mucho en la "teología india" de Sudamérica. Y, dada nuestra conciencia relativista, también está muy presente en Norteamérica y en Europa.

Y qué hay de esas corrientes en el interior de la Iglesia, consideradas reaccionarias por algunos, Como un fundamentalismo católico.

Viendo los actuales sucesos y el continuo riesgo que corre ante tanta inseguridad, llega un momento en el que al hombre le parece que le han usurpado su patria espiritual, que le han dejado sin fundamentos. Y entonces se produce una reacción, primero, de autodefensa, y luego, contra todo lo moderno que a él le parece hostil a la religión o, al menos, contrario a la fe. Yo a esto añadiría que, de todos modos, esa palabra clave, fundamentalismo, como se emplea en nuestros días, sirve también de tapadera a otras realidades muy distintas y, por tanto, convendría explicarlo un poco más. El concepto de fundamentalismo radica en el protestantismo del siglo XIX. La exégesis histórico-crítica de la Biblia que tuvo lugar como consecuencia de la ilustración, suprimió el carácter de incontestable que, hasta entonces, había tenido y había sido uno de los principios protestantes más importantes para la interpretación de las Escrituras. De pronto, el principio "sólo la Escritura" dejó de tener valor de inequívoco. Al carecer del Magisterio, aquello se convirtió en un riesgo fatal para la comunidad de creyentes protestantes. Pero, además, coincidió con la aparición de la teoría de la evolución que no sólo cuestionaba la narración bíblica y la fe en la Creación, sino que, además, hacía pensar que Dios sobraba. Aquel "fundamento" desaparecía totalmente. La estricta literalidad quedó establecida como primer principio para la exégesis de la Biblia. El sentido literal de la Biblia era irrevocable. Esa teoría, además de contradecir su interpretación histórico-crítica, se oponía también al Magisterio católico que tampoco admitía una interpretación literal. Y ese fue el origen del "fundamentalismo". Las "sectas" protestantes fundamentalistas se apuntan grandes éxitos en sus misiones de Sudamérica y Filipinas. Porque el hombre de nuestros días encuentra en esas sectas una fe sencilla y la seguridad que había perdido. Mientras que, para nosotros, el "fundamentalismo" se ha convertido en un tópico universal que sirve de tapadera a toda suerte de imágenes hostiles al mundo.

Y siguiendo con este tema, ¿qué corrientes fundamentalistas le parecen positivas y cuáles serían cuestionables, o patológicas como decía antes?

Digásmolo así: un elemento, común a todas esas corrientes que nosotros llamamos

fundamentalistas, es su afán por encontrar una fe segura y sencilla. Esto en sí mismo no es malo, todo lo contrario porque la fe -como tantas veces se nos repite en el Nuevo Testamento- se dirige a los sencillos, a los pequeños, a los que no son capaces de captar complicadas sutilezas académicas. Si en nuestra vida actual pesa tanto la falta de seguridad, las dudas, y la ausencia de fe en la verdad conocida, desde luego no vivimos de acuerdo con el modelo de vida que la Biblia nos propone. Pero ese deseo de seguridad y de sencillez, del que hablábamos, puede ser peligroso y acabar en un puro fanatismo y en estrechez de miras. Cuando las razones de la fe son dudosas también se falsea la fe. Y entonces se convierte en una idea partidista que ya nada tiene que ver con el dirigirse confiadamente a un Dios vivo, causa de nuestra vida. Entonces se producen formas patológicas de religiosidad, como, por ejemplo, esas búsquedas de apariciones con mensajes del más allá y otras cosas por el estilo. Los teólogos, en vez de referirse con superficialidad a los fundamentalismos cada día más extendidos, deberían detenerse a reflexionar sobre qué parte de culpa puedan tener ellos de que tantas personas huyan hacia otras formas de religiosidad más estricta y, a veces, incluso perjudiciales para el hombre. Si continuamos cuestionándolo todo, sin dar las respuestas positivas de la fe, no podremos evitar Una gran huída.

¿Dónde está la Iglesia más sana? ¿Hay algún lugar concreto para un nuevo catolicismo? No me atrevería a señalar ninguno. Creo que no. Pero, en algunas islas todavía mantienen la Tradición como en sus principios. Y hay también lugares, donde no han sufrido una crisis grave y que ahora presentan un renacimiento de la fe, con un eco sorprendente. De todas formas, la fe siempre está amenazada en todas partes, eso pertenece a su propia esencia. Como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y miembro de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, tiene una gran visión de conjunto. Si tratáramos de mostrar la situación mundial de la Iglesia sólo con unas ráfagas de luz, difícilmente haríamos justicia a todos los problemas, pero nos serviría para tener una idea general sobre diferentes temas. ¿Podríamos acercarnos a algunos países en ese marco general, primero de Europa, empezando por ejemplo por Italia? La Iglesia tiene un sello particular en cada región, desde la Iglesia ilustrada del norte del país, hasta la Iglesia popular y tradicional del sur. Seguramente existe una polarización entre progresistas y conservadores, y además está la gran influencia cada vez mayor de los movimientos laicistas.

Lógicamente Italia tampoco ha escapado a esa polarización, pero, por lo que yo he podido observar, es más suave que, por ejemplo, en Alemania. En Italia la teología también adoptó posturas críticas, acentuadas además a su manera. La escisión de los demócratas cristianos, ya consumada, no sólo remite a diferentes escuelas políticas en el catolicismo italiano, sino que ahí pueden entreverse también las profundas tensiones teológicas. Pero la unión del catolicismo italiano con el Papado y con el Magisterio del Papa aquí es muy vinculante, y eso es lo que por encima de las tensiones existentes, mantiene fuertemente unidos a los católicos italianos.

El catolicismo del sur de Italia es, en efecto, completamente distinto al del norte. Es más sentimental, más folklórico, más popular, y muy singularizado por la tradición de sus procesiones. Y en el norte, se podría decir que es más racionalista y marcado con el mismo sello de los países Centroeuropeos. Y también es cierto que en la teología, como dije antes, no faltan ciertas críticas de envergadura y bastante preocupantes, incluso en las universidades pontificias. Pero no ha habido confrontaciones como las que han tenido lugar en algunos países más al norte; aquí seguimos intentando alcanzar un acuerdo, llegar a un entendimiento hablando entre nosotros. Y todos sabemos que el Magisterio del Papa es el punto esencial de referencia para toda orientación dentro de la Iglesia.

El número de personas que frecuentan la Iglesia es, por supuesto, mucho mayor en Italia que en otros países europeos, Y exactamente lo mismo sucede con el número de vocaciones. Todos los italianos tienen conciencia, aunque sea remota, de que son católicos. Incluso miembros de partidos políticos de izquierdas, incluso los antiguos comunistas. Es frecuente ver que, llegado un momento, ellos también se sienten católicos, aunque eso influya poco o nada en su pensamiento y en su conducta. Es una característica de la identidad del pueblo italiano y de su cultura, y tiene más fuerza de la que, por ejemplo, podría tener en Alemania.

Insisto en que hay ciertas críticas que opinan que la Iglesia italiana, ya algo cansada, ahora

se inclina más hacia los Proyectos culturales.

Italia, como es natural, no ha sido excluida de ese conocido cansancio, y también se ha buscado sus propios subterfugios. Pero en Italia también hay cantidad de parroquias que están llenas de animación y de vida, con muchas actividades para laicos. No será algo tan ordenado, tan bien organizado como en Alemania, pero en mi opinión, son mucho más espontáneos y mucho más ocurrentes en sus iniciativas. En la diócesis de Roma, por ejemplo, actualmente hay muchas más vocaciones sacerdotales que hace cincuenta años.

El derrumbamiento del sistema político, ¿no ha estremecido a la Iglesia italiana?

En Italia es difícil detectar estremecimientos. Se derrumba un sistema político, y no pasa nada. Pero sí, es cierto, la Conferencia episcopal italiana se ha visto obligada a modificar su actitud política. Justo en los últimos años de Democracia Cristiana se insistía mucho en la necesidad de la unidad política entre los católicos, y uno de los principales objetivos era que, en el ámbito político, los católicos se mostraran unidos al ejercer sus respectivas responsabilidades políticas. La democracia cristiana se vino abajo, pero eso no impidió que el objetivo de la Conferencia episcopal italiana siguiera vigente. Ahora se apunta más bien a una neutralidad política, y su nuevo objetivo es que todos los políticos actúen como cristianos en su respectiva responsabilidad política, por encima de cualquier frontera partidista, es decir, desde todos los partidos, de forma "transversal" como dicen aquí, todos unánimemente, en armonía, siempre que se trate de cuestiones éticas fundamentales. Por lo tanto, el fin es formar un nuevo consenso entre partidos políticos para las cuestiones éticas.

Que usted apoyaría ...

Sí. Si se lograra, a mí me parecería muy bien que se llegara a una unidad en lo esencial, por encima de cualquier partido.

¿Unidad, también con los comunistas?

En cualquier caso, algo así podría haber con el PDS post-comunista. En cambio la "Riformazione comunista" siempre seguirá con los principios marxistas, como es natural. Seguramente en Italia no pasará lo mismo que en Alemania, y las iniciativas populares de la Iglesia no adquirirán demasiada importancia. Sin embargo, esas iniciativas, ¿no están enfocadas más bien hacia algunas cuestiones sociales que interesan al cristianismo, y no hacia cuestiones dogmáticas? ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué preocupa más a un italiano? Habría que empezar por señalar que muchos conatos de iniciativas populares en la Iglesia de Bélgica y Francia no han tenido prácticamente ningún eco, y al parecer, en Estados Unidos tampoco. Ese es un tema muy propio de los alemanes. Por cierto, que en Bélgica tuvieron que preguntar a la Iglesia alemana cómo plantear esas iniciativas para que resultaran más interesantes. En otros países no sé lo que habrán hecho, pero, en mi opinión, aquí, en Italia, nadie entendería la distinción entre un mensaje conminatorio y un mensaje de alegría, pues todo el mundo sabe y entiende que también en el Evangelio se nos recuerda continuamente el juicio, precisamente para reforzarnos frente a nuestras debilidades. Y ese término confuso de fraternidad de la Iglesia tampoco dice nada; aquí todo el mundo es consciente de que los hermanos no siempre son modelo de convivencia pacífica. Y que el celibato dé lugar a problemas y a tragedias humanas también se sabe, como es de todos conocido que tampoco el matrimonio es cosa fácil. Pero el celibato se sigue tratando como parte de la cultura católica, y además, sólo se habla de la dimensión de sus fracasos, que, evidentemente, nunca se silencian. Y podríamos continuar así con otras muchas cosas. En Italia, su Iglesia no ha tenido una grave escisión, pero el país está dividido entre cattolici y laici. A estos últimos se les conoce, sobre todo, como defensores de una filosofía del Estado y de una concepción de la vida, que tiene su mejor expresión histórica en la Revolución francesa. Y los masones, que como laicos ejemplares participaron de forma esencial en la fundación del Estado nacional Italiano, se consideran a sí mismos una especie de marchamo de esa visión de un mundo laicista. Luego, a partir de la segunda guerra mundial, a esa polémica entre los dos mundos -católico y laicista- se añadió la alternativa comunista. Ahora, la cuestión principal es saber cómo hallar un equilibrio entre estas tres fuerzas, si conviene o es posible hacer una síntesis de las tres, o cuál de ellas habría que rechazar.

Echemos un vistazo a España.

En España coincidió la crisis final del régimen franquista y la transición a la democracia con la crisis posconciliar, y esto causó una gran conmoción en la Iglesia de España. La Iglesia

hasta aquel momento se encontraba muy identificada con el Estado por una determinada sociedad en un determinado orden social. Cuando ahora se contempla aquella situación aparece como un gran error. Y la Iglesia tuvo que redefinirse nuevamente separada de aquella sociedad. Aquel cambio tan radical produjo, por otra parte, un grave retroceso de vocaciones sacerdotales y religiosas, y produjo, asimismo, ciertas polarizaciones en el campo teológico Y, también teologías muy críticas. Todavía perdura un fuerte componente de catolicismo crítico y de teología crítica. No obstante, hay también nuevas manifestaciones religiosas que están muy en auge, Y que se deben a un catolicismo de después del Concilio que ya está en marcha y que sustituye a la antigua tradición de Iglesia y Estado.

En Francia, según una encuesta del año 1994, el ochenta y tres por ciento de los creyentes se rigen según su propia conciencia, y sólo el uno por ciento de católicos se siente dirigido por la doctrina oficial de la Iglesia.

Francia es la nación más secularizada de Europa en muchos aspectos, es cierto. La autoconciencia del espíritu galo fue siempre un factor muy singular en su Iglesia. No obstante, yo sólo puedo aceptar esas cifras procedentes de una encuesta con interrogantes. Si pensamos en los periódicos *Golia* o *Témoignage chrétien* es innegable que el catolicismo francés también ha tenido sus tensiones y movimientos críticos. Y, por otro lado, Francia también tiene una tradición muy significativa. El movimiento de Lefévre, o el movimiento tradicionalista en el interior de la Iglesia, en ningún sitio han sido tan fuertes como en Francia. Es, sin duda, un país de grandes divergencias. Pero también en Francia aparecen nuevas formas de espiritualidad llenas de animación y de vida, de alegría cristiana, que tal vez carezcan de interés para las estadísticas, pero, sin embargo, humanamente son muy significativas y manifiestan que actualmente se está conformando un nuevo renacimiento, cara al futuro.

En Europa del Este ha tenido lugar el cambio más radical que se ha producido en nuestro tiempo. Tras el fin del comunismo, la Iglesia, que estuvo en la oposición en aquel tiempo, evidentemente tendrá que jugar un nuevo y diferente papel en la futura sociedad.

No estoy enterado de que haya orientaciones teológicas que nosotros podamos considerar reprobables, carezco de datos suficientes a ese respecto. Sabemos que en Hungría, el padre escolapio, Padre Bulány, ha fundado el movimiento Bokor, más o menos en esa línea. Se trata de una comunidad de base que tuvo su origen después de haber vivido las experiencias Y penalidades de tiempos de persecución. Actualmente, mantiene una posición absolutamente pacifista, aunque con manifiestas críticas hacia los ordinarios del lugar, como principal expresión de un nuevo radicalismo cristiano. Todo intento de reconciliación, lamentablemente, ha sido en vano. Por el contrario, se han unido a otras teologías de Occidente de tendencias críticas y antijerárquicas. Sus miembros son libres de pertenecer a la religión que más les agrade, con tal de que el primer mandamiento, el del amor, sea lo más importante para ellos. En Chequia y en Eslovaquia, por otra parte, han aparecido también algunas críticas en el ámbito de los "sacerdotes en clandestinidad", pero no llegan a la categoría de fenómeno destacable. Es fácil comprender que después de haber vivido como Iglesia de los mártires no sea fácil volver a ser una Iglesia establecida, como en la fase vivida anteriormente, así que, se ha producido una forma nueva, muy liberal, de creyentes, que también responde a la nueva sociedad. En cualquier caso han de darse todavía otras muchas posibilidades. Pero hay que decir que, a pesar de tantos años de persecución y de grandes sufrimientos, la fe sigue aún muy arraigada y eso es ahora, precisamente, el mejor antídoto que tienen contra los demás peligros que todavía les acechan.

En Polonia, concretamente, se están produciendo situaciones que hace unos años, nadie hubiera podido imaginar, al menos en Europa. Me refiero a la estrecha unión de la Iglesia con alguna rama política y con algunas personas en particular.

Pero eso, naturalmente, es un problema muy específico que tampoco conozco con detalle. Hay que tener presente que Polonia siempre tiene sobre sus espaldas, el peso de una historia muy agitada y que el principal factor de identidad de su historia política, en las rupturas, cambios y derrumbamientos, siempre ha sido su catolicismo entremezclado, por otra parte, con el patriotismo y el nacionalismo polaco, todo ello de forma muy singular.

Antes de que Polonia existiera como Estado, Polonia existía, y existe ahora, por su Iglesia; el país siempre mantuvo una solidaridad interior, por encima de cualquier frontera, gracias a

la iglesia. La Iglesia se convirtió en un factor político que ahora, lógicamente, hay que enfocar y vivir de otro modo. Los procesos para su clarificación ya están en marcha, pero como es obvio no se pueden solucionar de un día para otro.

Únicamente el catolicismo inglés demuestra estar fuerte. Y al parecer, Inglaterra siempre ha sido el hijo perdido y predilecto de la Iglesia de Roma.

Los anglicanos conservan mucho del catolicismo; Inglaterra ha mantenido una postura intermedia gracias a su anglicanismo. Se separó del catolicismo distanciándose notablemente de Roma. Basta recordar, por ejemplo, al filósofo Hobbes que decía: "Un Estado puede tener religión, pero hay dos clases de ciudadanos que no debe tener: ni ateos ni papistas sujetos a un soberano extranjero". Es decir, que ha habido un gran alejamiento, pero, al mismo tiempo, han estado muy próximos a la tradición católica. En el fuero interno del anglicanismo siempre han existido tendencias que no han querido perder esa tradición, y eso les ha servido para conservar y reforzar la herencia católica. Es curioso observar que siempre se ha dado una división en dos vertientes, una protestante y otra católica, que también ahora, en su actual crisis, se sigue observando. Ahora hay una situación nueva que se debe a dos circunstancias muy diferentes: una, motivada por su principio de decidir por mayoría las cuestiones doctrinales, y la otra, debido al traspaso de la decisión sobre cuestiones doctrinales a cada Iglesia nacional. Ambas cosas son una contradicción, pues la doctrina es verdadera o no es verdadera, es decir, su autenticidad no puede depender de una mayoría de votos, ni de una decisión de la Iglesia de cada nación. Lo que actualmente acontece respecto a la objeción a la ordenación de mujeres y con las conversiones al catolicismo, debemos entenderlo desde esos dos puntos de vista. Pero es que, además, a la Iglesia nacional no le gustaría perder su elemento católico. Y por eso, conscientemente, acoge también a los obispos que no estén de acuerdo con la ordenación de la mujer; están convencidos de que de esa forma se podrá conservar, en el seno del anglicanismo, buena parte de catolicismo.

En Sudamérica se adhieren millones de adeptos a las nuevas sectas evangélicas, hay masas de creyentes católicos. En Brasil, el mayor país católico del mundo, hay verdaderas batallas campales, que incluso llegan a manos, entre los católicos y los sectarios. ¿Esto se debe a los fracasos de la teología de la liberación, o por el contrario, lo fomentan desde Roma para evitar que esa teología siga evolucionando?

Eso tiene diagnósticos muy diferentes y nosotros no tenemos suficientes datos de experiencias. Muchos dicen que la teología de la liberación no ha conseguido ganarse al estrato social que más le interesaba, es decir, ganarse a los más pobres. Justo los más pobres huyeron de esa teología, porque no se sintieron atraídos por unas promesas intelectuales que nada les decían, mientras que, por el contrario, sentían la falta de calor y del consuelo propios de la religión. Por eso se refugiaron en las sectas. Lógicamente, los simpatizantes de la teología de la liberación lo niegan. Pero hay gran parte de verdad en ello. Para los más pobres, precisamente, aquel panorama de un mundo mejor que les prometían, quedaba demasiado lejos, así que, continuaron en la misma línea impresa en el fondo de su ser, y se interesaron más por la religión del momento. Y en aquel ámbito se dio una gran concurrencia de sectas ofreciendo aquellos elementos que no encontraban en una comunidad religiosa que se había politizado.

Y aún hay otra recriminación que hacer, pero en dirección contraria, y es que las sectas atraen a sus adeptos por dinero, ganándose a la gente con medios poco limpios, que aún habría que aclarar. Pero de todos modos eso no explica la gran afluencia a las sectas. En esta gran carrera, los primeros puestos corren a cargo de las sectas carismáticas y pentecostales, o sea de la Iglesia de Pentecostés. Pero hay también otras muchas, llamadas fundamentalistas, que, a su manera, son sectas con una fe sólida, si es que se puede hablar así. A las corrientes carismáticas y pentecostales les interesa más la espontaneidad, les gustan más los contactos directos de la comunidad con su Iglesia, es decir, quieren menos teoría y más práctica, buscan la alegría inmediata de la fe. Mientras que la corriente fundamentalista parece creer que la clave de la seguridad en la fe consiste en la negación de lo mundano.

En cualquier caso habría que decir que las sectas son relativamente inconstantes. Hay grandes movimientos migratorios entre las sectas, y el cambio de una secta a otra también es muy frecuente, pero eso realmente suele ser, casi siempre, el paso previo para abandonar la religión. Estos procesos están muy relacionados, lógicamente, con los

cambios de reestructuración sociológica y con los cambios urbanos. Ahora es frecuente que los hombres dejen sus tierras para ir a vivir a grandes ciudades de población masificada, donde no encuentran facilidades para vivir su propia religión. Se reúnen, entonces, en grupos, según sus creencias, y de ese modo hallan un espacio para su religión, encuentran su patria espiritual. Es decir, que los orígenes de las sectas son muy diversos y, por tanto, no se puede hacer un diagnóstico a la ligera de ninguna de ellas.

Un gran número de obispos de Estados Unidos se dispone a protestar próximamente contra la Iglesia de Roma, enviando escritos polémicos, uno tras otro.

No es un número demasiado alto, son treinta obispos a lo sumo, Y yo he hablado con uno de sus principales promotores que con gran energía me dijo que se les había interpretado mal; "somos buenos católicos, fieles al Papa" me decía, "y lo único que queremos es introducir nuevos métodos". Leí con atención los citados documentos y pude responderle que estaba de acuerdo en una larga lista de sus propuestas, pero que sobre algunas otras cosas, me gustaría pensarlo un poco más. Yo diría que en Conferencia episcopal americana no hay una actitud abiertamente antiromana. Sus obispos están muy esparcidos por todo el país, como debe ser, y entre todos ellos hay -efectivamente- algún obispo algo extremista. Pero después de lo que yo he visto en estos últimos quince años, tengo la impresión de que las relaciones entre Roma y la Conferencia episcopal americana, han mejorado sensiblemente. La relación con nosotros de esa Conferencia, en su conjunto, es muy correcta. Esa conferencia formada por gente de mucha capacidad intelectual y religiosa, son muy buenos pastores de almas, y, precisamente, suponen una importante aportación de la evolución doctrinal para toda la Iglesia universal. Todos los años nos reunimos dos veces, aquí en Roma, para un Presidium y nuestras relaciones son excelentes.

¿Cree entonces que la Iglesia de Norteamérica podrá sacar partido de ese nuevo resurgimiento religioso, que le ha parecido observar en ese país?

Efectivamente, eso creo. Aunque, ciertamente, en su catolicismo se hayan dado algunos casos muy singulares Y haya habido muchas defecciones, no debemos exagerar, Porque también tienen mucha gente joven con inquietud religiosa, que han visto en la Iglesia católica un lugar donde dirigirse y ven al Papa como punto de referencia y auténtico líder religioso. Todo eso se ha ido consolidando en estos quince años, y su actual evolución es muy positiva. No solamente porque haya conversiones de sacerdotes anglicanos y también hayan mejorado mucho nuestras relaciones con los evangélicos que antes eran los críticos más acerbos de la Iglesia católica. En las dos Conferencias de El Cairo y Pekín hubo una especial aproximación entre evangélicos y católicos, por el simple hecho de que vieron y comprobaron que los católicos no éramos una amenaza para la Biblia a causa del gobierno del Papa, como ellos habían creído hasta entonces, sino que éramos precisamente una garantía para que la Biblia se tomara en serio. Estos nuevos acercamientos, desde luego, no conducen a una rápida asociación con ellos, pero han hecho posible que los americanos vieran el catolicismo como otra posibilidad "americana".

¿Con qué vibra más la nueva religiosidad en Estados Unidos?

Depende de varios factores que ahora no debo analizar, porque no conozco mucho Estados Unidos. Pero hay una seria voluntad de moralidad y un gran deseo de religión. Y a eso hay que añadir una fuerte protesta frente a la prepotente cultura de los medios de comunicación. Algo que ya dijera Hillary Clinton: "apagad los televisores, no lo sigáis tolerando". Esto significa exactamente que, en efecto, hay mucha gente que no está dispuesta a seguir tolerando que se les obligue a aceptar esa cultura.

En África, los católicos negros se sienten tratados por Roma como si fueran sus hijastros y esperan ser revalorizados. La Iglesia tiene problemas en ese continente por la incorporación de los ritos africanos y por las características propias de su cultura; si se puede celebra la Misa con acompañamiento de tambores y danzas, o si está permitida la bigamia, etc. Algunos afirman convencidos, "yo soy un buen católico Y mis tres mujeres también". Y ahora hay, además, algunos contactos con el islamismo, más atractivo para el pueblo africano, porque piensan que ahí podría ser más fácil la integración de sus propias tradiciones.

África es el continente de la esperanza, como suele decirse, pero también tiene graves problemas y tensiones. Es vergonzoso para nosotros contemplar que países católicos, como Ruanda y Burundi, son escenario de crueles atrocidades. Todos deberíamos

reflexionar sobre esto y sobre qué podríamos hacer nosotros, los católicos, para . que en esa sociedad se viva el Evangelio con más eficacia

Tras el Sínodo africano -pero también en otras muchas ocasiones, que hemos tenido, de poder hablar con los obispos africanos- yo no he sacado la conclusión de que África se sintiera lejos de Roma, Los africanos están orgullosos de pertenecer a algo tan grande e importante como es la Iglesia católica, y de pertenecer a ella igual que los demás, y de que un obispo o cardenal africano sea igual que otro italiano, español o americano. Y la fidelidad a Roma, su amor al Papa y su interés por todo lo católico, les sale realmente del fondo del corazón. Cuando hablamos sobre alguna cuestión o sobre alguna polémica teológico, los obispos africanos nos suelen decir: "cuando se propasa alguien, suelen ser los teólogos europeos, no los africanos". Tal vez eso sea simplificar demasiado, pero hay que reconocer que las crítica negativas, efectivamente, casi siempre proceden de países europeos. Eso no supone, claro está, que ellos no tengan problemas; también existen los problemas. Pero no se puede decir que en la teología africana haya una predisposición contraria a Roma.

En su pregunta ha abordado dos temas muy importantes que son los dos aspectos de la "inculturización": matrimonio y liturgia. En Europa solemos hablar de poligamia bajo un punto de vista que no es totalmente correcto. Porque el problema no es sentimental, es un seno problema patrimonial y Social. ¿Cómo se les puede asegurar la vida a esas mujeres? ¿Cuál sería su nueva situación en la Sociedad? Ellos no se casan por amor, se casan por tribus, es un intercambio de patrimonios. Los problemas no proceden de los afectos, los problemas, en realidad, son: qué puede hacer una mujer que ya no tiene un hombre y por tanto no pertenece a nadie, cómo encontrarle un lugar seguro en una sociedad como esa. Es un problema de estructura social, y por eso la cuestión consiste en encontrar nuevas estructuras que admitan la monogamia como célula principal de las nuevas formas sociales. Muchos de los obispos africanos son muy optimistas a este respecto, pero yo no puedo opinar sobre ese tema en particular.

En cuanto a la liturgia, se han dado ya tantas libertades, que las costumbres y sentimientos africanos también pueden encontrar un lugar apropiado. Pero, de todos modos, es importante no hacer demasiados excesos con la liturgia cristiana y tratar de conservar su sobriedad. Muchos africanos lo han comprendido muy bien. Son de nuestra misma opinión en el sentido de que piensan que no es necesario empezar la "inculturización" precisamente por la celebración de la Eucaristía.

El Islam se está introduciendo en África con bastante fuerza, y también con muchos medios económicos. Se presenta como la religión más importante para los africanos. Los africanos deben dejar sus religiones tribales, y para eso el Islam les dice: "nosotros somos la principal religión en África, porque nuestra doctrina no es complicada y nuestra moral os conviene". Esa reflexión cae bien sólo en parte, pero no en general. África todavía no ha olvidado que el Islam fue uno de los pioneros en el tráfico de esclavos y no tuvo demasiadas consideraciones con los negros. Y más aún, el Islam no anuncia ninguna "inculturización" . El islamismo es árabe y un converso al islamismo debe aceptar esa forma de vida sin más "inculturización". Por eso el Islam tiene el problema -que también tiene la Iglesia- de poder ser un fenómeno o social, por así, y, so capa de islamismo, todo continúa siendo lo mismo, cubierto sólo por un tenue velo sobre las mismas formas y costumbres de la vida pagana. En África, la religión sigue ligada a sus atavismos Y, durante algún tiempo, serán difíciles de superar.

Asia. Un pacífico espacio a punto de convertirse, en el próximo milenio, en algo muy importante política y económicamente. ¿Esto, qué consecuencias puede tener para la Iglesia?

Es difícil de predecir. En Asia, hasta el momento la Iglesia no ha tenido mucho éxito, excepto en Filipinas. Esto no quiere decir que para ellos el cristianismo no sea importante. El cristianismo en Asia, poco a poco, está transformando las distintas religiones existentes y empieza a tomar forma en su sociedad de mil modos diferentes. En Japón hay muy pocos católicos y su número ofrece pocas variaciones. Pero los japoneses se interesan mucho por las costumbres y la cultura católicas. En Japón, el cristianismo existe como una realidad social. Quizá no sea un fenómeno permanente, pero está tomando cuerpo dentro de su sociedad.

La participación del catolicismo en la India es muy escasa, pero el neohinduismo que actualmente se impone y gana en significado por todo el mundo, ha incorporado, en su

forma más liberal, muchos elementos del cristianismo. Y China, donde su mínimo porcentaje de cristianos casi ha desaparecido, sigue cerrada ante nosotros, pero aún conserva una gran fuerza espiritual. El simple hecho de que el Ejército Rojo persiga a esa minoría, nos demuestra que su presencia se hace notar y que tienen una gran fuerza. Pero me parece totalmente imprevisible qué consecuencias puedan tener esas nuevas estructuras y el nuevo relieve de Asia, a nivel mundial.

Esa persecución contra los cristianos debe ser otra de las dificultades de la Iglesia. Son, además, distintos tipos de persecuciones. En China, por ejemplo, aunque haya algunos amagos de tolerancia, lo cierto es que hay una fuerte oposición al cristianismo, sobre todo en los lugares donde intentan ser más fieles al Papa. Pero esa misma oposición no sólo tiene lugar en China, existe también en otros muchos países. El destino de la Iglesia parece ser el de sufrir continuas persecuciones, a veces bajo los distintos regímenes, y siempre siendo objeto de muchas controversias. La primera amenaza, cada vez mayor, que sufre actualmente la Iglesia es la nueva concepción del mundo que presenta al cristianismo como intolerante y a la fe católica como demasiado anticuada, pasada de moda e incompatible con la modernidad, y, por lo tanto, se la somete a presión. Este es un peligro bastante serio en mi opinión, aunque de momento no se observe con mucha nitidez. Pero existe esa opresión de la sociedad que quiere que la Iglesia se acople a las ideas tipo standard predominantes en el mundo.

¿Eso es una persecución contra los cristianos? Entonces, ¿qué diferencia hay entre ser perseguidos en China, o por un régimen dictatorial, o por el islamismo, o sufrir torturas, o en ser menospreciados en Occidente?

Utilizar aquí el término de "persecución contra los cristianos" no tiene sentido, como es natural pero hay distintos ámbitos de la vida -y no pocos- donde hace falta mucho valor para confesar a Cristo. Sobre todo existe el riesgo de hacer una adaptación amable del cristianismo, para que ser cristiano resulte fácil en contraposición a fundamentalismo, que no tiene una línea de pensamiento muy marcada. Ahora aumenta el riesgo de dictaduras de la opinión pública, de formas de pensar que pueden discriminar al que no estuviera conforme con ellas, y podría haber mucha gente buena que no se atrevería a declararse no-conformista. De haber una nueva dictadura anticristiana en el futuro sería, sin duda alguna, mucho más sutil que lo que hemos conocido hasta ahora. En apariencia, seguramente admitiría la religión, pero sin que la religión pudiera intervenir ni en la forma de conducta ni en el modo de pensar.

3. La situación en Alemania

En ningún otro país hay tanta intranquilidad, desasosiego, y tanta pérdida de la fe como en Alemania y los países de habla alemana. La Iglesia alemana es la más rica del mundo y, sin embargo, tiene menos influencia en el mundo que las Iglesias pobres de los países pobres. Las continuas protestas contra el Papa y la Curia romana nunca han sido tan fuertes como ahora desde el Primer Concilio Vaticano del siglo pasado. ¿Qué está sucediendo? ¿Su país natal le preocupa y le produce dolor?

Veo con mucha preocupación las escisiones en el interior de la Iglesia y la decadencia de la fe que se extiende por todas partes. Hay unos cuantos círculos modernos para los que todas las reformas habidas hasta el momento son insuficientes, y lo demuestran haciendo una fuerte oposición a este pontificado y a la doctrina pontificia. Pero, además, a los otros, digamos, buenos católicos también les parece que la Iglesia, en su conjunto, resulta incómoda. Ya no se encuentran a gusto en ella, sufren porque la Iglesia ya no es un lugar de paz y tranquilidad donde poder refugiarse, ahora es un lugar de continua controversia, donde no se sienten seguros y, por tanto, también protestan. Y esa escisión en el interior de la Iglesia, ese malestar común dentro de la Iglesia, que conduce a un dolor también común, debería intranquilizarnos a todos. El envejecimiento de la Iglesia, cada vez más visible, es alarmante; se asemeja un poco a algunas de las actuales comunidades religiosas que, antiguamente, en su momento, tuvieron épocas de esplendor, pero ahora parecen encaminadas hacia su ruina.

Parte de la población exige una separación de la Iglesia y el Estado más contundente. Ahora se debate la supresión del concepto de Dios en las leyes fundamentales, así como de los días festivos, la profanación del domingo, la abolición de los impuestos para la

Iglesia, etc. La presencia de crucifijos en las escuelas han sido motivo de un conflicto constitucional.

Habría que plantearse nuevamente esta cuestión, para que mejorasen las relaciones entre Iglesia y Estado. Mientras perdure un consenso social que permita que los valores fundamentales del cristianismo ocupen un lugar en la legislación, todavía puede tener sentido un mayor acercamiento en la relación entre Estado, sociedad e Iglesia, para que se respete la libertad de la religión. Pero si no existe esa convicción, es imposible que haya una sólida interdependencia institucional. Por eso yo, en el fondo, no soy contrario a buscar otros modelos de separación más contundentes, de acuerdo con determinadas situaciones. Después de la primera guerra mundial, a la Iglesia le hizo bien tener que deshacer el sistema que entonces había de unión Iglesia y Estado. A la Iglesia nunca le han convenido las uniones demasiado fuertes. Por eso, a mí me parece que los obispos alemanes deberían reflexionar y ser más realistas, y ver qué posibilidades hay de establecer una nueva relación entre la Iglesia y el Estado, respaldada por convicciones reales, para que diera fruto, y así nosotros Pudiéramos mantener, por derecho propio, en algunas posiciones que ahora no tenemos. Un estudio de este tipo sería muy interesante y necesario.

Esos puntos concretos que me ha citado antes, tienen respuestas muy diferentes. A mí me parece especialmente importante mantener a Dios en la Constitución, no sacarle de ahí, porque es algo más que una confesión cristiana. Si suprimiéramos la idea de una dimensión superior, de un ser superior por encima de todos nosotros, tendríamos que sustituirla por alguna ideología, porque, si no, poco a poco todo se iría desintegrando. Un teólogo tan crítico como Bultmann, dijo en una ocasión: "Un Estado no cristiano es posible, pero un Estado ateo no". En principio, creo que tiene razón. Si no existiera una dimensión superior a nosotros, sólo nos quedaría un régimen arbitrario que es la ruina del hombre. Y respecto a lo demás, impuestos, etc., son temas que sería muy conveniente pararse a reflexionar. Esta cuestión es bastante explosiva, ¿cuál sería su respuesta?

Creo que no sabría responder. En mi opinión, el sistema alemán de impuestos para la Iglesia está globalmente bien considerado por un amplio consenso, porque aún se reconoce a la Iglesia su prestación social. Tal vez, en un futuro, haya que buscar algún otro modo más parecido al sistema italiano, que, por una parte, tiene una tasa bastante inferior, y por otra, respeta la libertad del contribuyente, cosa que a mí me parece muy importante. En Italia todo el mundo paga una tasa sobre sus ingresos -de un 0,8 por ciento creo que es para fines culturales, no lucrativos, etc., y que los católicos destinan a la Iglesia. Pero pueden elegir a qué quieren destinarlo. Después, de hecho, casi todo el mundo elige a la Iglesia católica, pero, eso sí, es una elección libre.

¿Qué opinión le merece el juicio de Karlsruhe, acerca de los crucifijos en las escuelas? Me indignó, por supuesto. Porque para empezar, mi opinión, se basaron en unos fundamentos bastante dudosos. Y porque estaba, y sigo estando, convencido de que todavía tenemos una gran comunidad cristiana, para la que esos signos, los crucifijos en las escuelas, tienen un significado realmente importante. Y también sentí gran indignación en el sentido de que me parece que se debe respetar el consenso de la mayoría. Aquél fue un juicio antidemocrático basado solamente en unos puntos de vista muy dudosos e insostenibles. Y después, por la reacción posterior al juicio se vio, y ha quedado bien claro, que en nuestro país se tiene conciencia de ser católicos. Sólo se diferencian algunos Länder. En la Conferencia episcopal, los obispos de Baviera tenían opiniones diversas a las de los obispos de Mecklenburg-Vorpommern. Hace tiempo que allí no hay crucifijos, como tampoco en otras muchas zonas del norte de Alemania. Pero eso mismo nos demuestra que no es una cuestión dogmática. Por lo tanto, me parece absolutamente indignante que nos dejáramos arrebatar con facilidad esos y otros signos de la fe católica. Sobre todo con la Constitución de Baviera -que no se ha puesto en discusión, que yo sepa- que sostiene que el fundamento de la educación es la religión cristiana.

Es decir que el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, diría: "Dejad los crucifijos en las escuelas".

sí.

¿Por qué abundan fácilmente en Alemania esos contrastes? ¿Qué país es el nuestro que lo mismo tiene un gran espíritu que carece de él? Tal vez nos falta algo, aunque lo compensemos con nuestra eficacia. Grillparzer dijo en una ocasión, que Dios: "no era una

realidad para Alemania. Nosotros le contemplamos como obra nuestra, en vez de vernos a nosotros como obra suya".

Yo pienso que no deberíamos destacar tanto el hecho de ser alemanes. Porque Otros países como Francia, España, Italia o incluso Gran Bretaña, tienen también movimientos anticristianos, por así decir, y muchos problemas internos en sus Iglesias. Alemania, como es lógico, tiene que cargar con el peso de su propia historia, que de 1933 a 1945 fue especialmente difícil. Ahora tendríamos que preguntarnos con seriedad qué le aconteció a nuestro pueblo, para que pudiera suceder aquello.

Las virtudes y los defectos de los alemanes están estrechamente relacionados. Somos un pueblo que valora mucho la disciplina, el rendimiento, el trabajo, la puntualidad y, por eso, gracias a todo ello, hemos conseguido una vez más ser la potencia económica más fuerte y tener el sistema monetario más estabilizado de Europa. Pero, por ese camino, uno puede deslizarse fácilmente hacia una autoestima muy exagerada, y caer en una opinión unilateral sobre el rendimiento, el trabajo y la producción que solamente valore la autorrealización y la disciplina, atrofiando con ello otras muchas dimensiones de la existencia humana. Esto podría conducirnos de nuevo a sentir cierto orgullo frente a otras naciones, y así podríamos incluso llegar a pensar que únicamente lo alemán es realmente bueno, porque lo demás son "chapuzas" y otras cosas por el estilo. Esta tentación de autojustificarnos y autovalorarnos unilateralmente en los parámetros del rendimiento, es, sin duda, muy propia de Alemania, sobre todo de la historia reciente de Alemania, y hemos de tenerlo en cuenta respecto a los jóvenes alemanes.

Y, evidentemente, no sólo afecta a los jóvenes de Alemania. Stephan Zweig intentó explicar el carácter y la religiosidad de Alemania a través de las figuras de Erasmo de Rotterdam y de Lutero. Porque, dejó escrito, "rara vez se dan en el destino del universo un contraste de personalidad tan

perfecto como Erasmo y Lutero". Ahí se encuentran la Conciliación frente al fanatismo, la razón frente a la pasión, la cultura frente a la fuerza primitiva, la burguesía frente al nacionalismo, la evolución frente a la revolución. En Lutero estaba, "el demagogo, el acento fanático en todo"- El resentimiento acumulado de todo un pueblo, había llegado a manos de estos dos hombres superdotados, pero fanáticos y discordantes, "la conciencia nacional alemana, ávida de hacer frente a clérigos y revolucionarios, llena de odio al clero, de odio a lo extranjero y a las apagadas cenizas sociales y religiosas".

Alemania a lo largo de estos siglos de Reforma, qué duda cabe, ha adquirido una fisonomía propia que en cierto grado incluso ha condicionado su historia futura. Esta contraposición de Erasmo y Lutero me parece muy interesante, pero también un poco manejada a nuestro antojo. No debemos olvidar que Erasmo era especialmente reservado para manifestar posiciones definitivas, excepto que estaba interiormente muy apartado de Lutero, pero -y esto desde el lado católico se le ha reprochado mucho- no tenía un carácter muy definido. Erasmo intentaba apartarse -hoy diríamos, académicamente de un pronunciamiento claro, lo cual era, en el fondo, imposible, porque era desentenderse de sí mismo y del drama de ser hombre. Por lo tanto, ni Erasmo no era de carácter muy luminoso, ni Lutero era de carácter sombrío; ambos tenían problemas. Nosotros deberíamos cuestionarnos ahora qué indecisiones se han introducido en el carácter alemán a partir de la Reforma, pero, para ser justos, también deberíamos preguntarnos: "¿qué tenemos de problemático nosotros debido al catolicismo?" Yo creo que, por eso, Alemania tiene una particular responsabilidad en las conversaciones ecuménicas. No tenemos por qué ocultar lo negativo que -junto a lo positivo- gracias a Lutero se ha introducido en la historia de Alemania, ni tampoco significa que por eso debamos justificarnos o defendemos unilateralmente.

Al parecer, las actuales discrepancias en la Iglesia no se deben tanto al contenido de la fe o a las exigencias de la religión. Curiosamente tampoco se deben a temas sociales, como la pobreza, la miseria o la explotación. Alguna vez Usted ha expresado su temor de que muchos querrían que la Iglesia se sumara a lo que se opina cada día, al aburguesamiento del hombre moderno que se hunde en el aburrimiento.

Creo que, efectivamente, esa es una opinión muy generalizada en nuestros días. Pero habría que añadir algo más, y señalar que la Iglesia, en sus debates internos, se ha quedado atascada en un par de temas, olvidando y descuidando un poco los grandes retos de nuestro tiempo. Cuando se va a alguna reunión diocesana o algo semejante, se sabe siempre cuáles serán las preguntas que se van a formular: el celibato, la ordenación de la

mujer y el matrimonio de los divorciados. Estas preguntas son seguras. Sin embargo, también hay otras cuestiones permanentes que son de gran preocupación para la Iglesia. Y casi nunca se toman en consideración, como es, por ejemplo, que haya un ochenta por ciento de no-cristianos, ansiosos del Evangelio o que ven en el Evangelio algo definitivo en la vida. Por tanto, en vez de seguir ocupados con nuestros propios problemas, deberíamos detenemos a reflexionar seriamente en los problemas ajenos: "¿qué podríamos hacer, como cristianos, Para explicar nuestra fe a los demás y ayudarles a creer?".

Ante la conciencia de la Iglesia, al menos ante la de Alemania, se presenta una tremenda decadencia. Sin embargo, nosotros sólo nos miramos y nos ocupamos de nosotros mismos, pretendemos lavar nuestras heridas y construir una Iglesia hermosa. Pero apenas nos damos cuenta de que la Iglesia no está aquí porque sí; la iglesia posee la Palabra y tiene algo que decir al mundo, a ese mundo al que pertenece y al que tiene algo que dar. Nos olvidamos de nuestro cometido.

Pero, ¿no se trata en el Vaticano la evolución alemana con cierta negligencia? Da la impresión de que esa decadencia tan llamativa no baste para que se den cuenta de lo que ocurre.

Es cierto, en el Vaticano se habla poco alemán. Predominan las lenguas románicas, y mucho también la lengua inglesa; la lengua alemana, en cambio, se queda un poco alejada del campo de observación. Pero, en Roma, por otra parte, tampoco se tiene una visión global de lo alemán y de los alemanes. Desde Roma es algo difícil percibir la situación específica de Alemania, porque las noticias, casi siempre, llegan ilustradas con teorías, muy académicas, pero nada fáciles de comprender para los que vivimos en un universo de culturas muy diferentes. Yo creo que nuestro diálogo con Alemania tartamudea un poco. Quiero decir, que deberíamos reaccionar con más rapidez, porque siempre tiene algo singular. Pero, sobre todo, lo mejor sería reforzar mucho más nuestro diálogo con los obispos alemanes.

¿Es importante la actual crisis de la Iglesia? ¿Es éste el mayor desafío desde sus comienzos? ¿Y qué significa la crisis de la Iglesia para el mundo? Usted mismo nos ha advertido que la extinción de la Iglesia produciría una destrucción espiritual de incalculables dimensiones.

Con respecto a lo primero, no sabría qué responder. Creo que es uno de los desafíos de mayor magnitud. Pero en la antigua Iglesia hubo otros dos grandes retos. El primero debido a la "gnosis", que produjo una progresiva y lenta deformación en el interior de la Iglesia y en el culto, con la creencia en otras ideologías, mitos e imágenes, que progresivamente fueron debilitando la fuerza de toda la Iglesia sin que apenas se notara. Cuando nosotros leemos esa parte de la historia, nos parece que, por un lado, estaban los gnósticos y, por otro, los Padres de la Iglesia; pero no fue así, todos estaban implicados en aquello, y, por eso se necesitó mucho tiempo para poder aclarar las cosas. También hubo un intento de suprimir el Antiguo Testamento, fácilmente inteligible y que, además, era atractivo, para ceñirse únicamente a la lectura de San Pablo. Es decir, siempre han existido movimientos hacia nuevos hallazgos, algunos de ellos de mucha complejidad exterior. Pero, por encima de todo, ha existido desde el principio un Magisterio central que intervenía eficazmente. Hubo que examinar aquel conflicto, palmo a palmo, para poder llegar a su clarificación. De no haber sido así, el cristianismo hubiera podido acabar de forma muy diferente, y aquella grave crisis acaeció justo al inicio de la cristiandad, cuando aún no tenía su forma definitiva. Otra segunda crisis importante, que tal vez no fuera tan grave como la anterior, pero que también supuso un gran desafío para la Iglesia, fue el arrianismo. Los emperadores establecieron el arrianismo durante un tiempo por ser algo más fácil de entender para la mentalidad que predominaba en aquellos tiempos. El modelo que presentaban era éste: hay un Dios y también está Cristo, que es un ser divino. De ese modo, cualquiera lo podía entender. Los políticos enseguida se proclamaron arrianos para favorecer su rápida expansión. Y los obispos también cambiaron de opinión y se hicieron arrianos uno tras otro, Conferencia tras Conferencia, como diríamos ahora. Al final, todo el universo germano acabó siendo arriano, de manera que el antiguo mundo, el de los romanos, era católico, y el nuevo mundo, el de los germanos, era arriano. Así parecía que era más fácil saber cuál sería el rumbo que se seguirla en el futuro. Y otra crisis diferente, pero también muy grave, fue la del siglo XVI, aunque no llegara a afectar a las raíces, pues 1ª común adhesión al símbolo de la fe, todavía perdura. Sin embargo, la confusión en el interior de la Iglesia fue

enorme y produjo una serie de reformas que llegaron a una división radical. Visto desde esa perspectiva, lo que nos está tocando vivir ahora, tal vez no sea el mayor desafío desde los comienzos de la historia, pero éste, en cambio, sí puede afectar las raíces.

4. Las causas de la decadencia

¿Cómo es posible que la crisis de la Iglesia se haya agudizado tanto? Permítame que, de entrada, le pregunte cuáles han sido las causas que habría que buscar seguramente, en el exterior de la Iglesia.

Desde la Ilustración existe un movimiento que considera la Iglesia demasiado anticuada. Esta cuestión se fue haciendo más radical con el progresivo desarrollo del pensamiento moderno. Luego, en el siglo XIX se originaron algunos movimientos en dirección contraria, pero también mantuvieron la línea ya trazada y aquello continuó adelante. La pauta que había que seguir era que todo fuera verificable científicamente y de esa forma se produjo -esto lo expresa muy bien Bultmann- una imposición del, así llamado, concepto moderno de mundo, que fue aprobado como un valor altamente dogmático y que excluía la intervención de Dios, de los milagros, y de la Revelación. El hombre podía tener religión si quería, pero eso era algo solamente subjetivo y, por tanto, no podía tener relación con un contenido objetivo, común, vinculante y dogmático; cualquier dogma era considerado una contradicción para la razón humana. A pesar de estos vientos contrarios de la historia, la Iglesia se ha mantenido haciéndoles frente, y así continuará siempre.

En cualquier caso, la posición radical de la Ilustración se muestra aquí muy parcial, ya que una religión reducida a pura subjetividad no tiene fuerza formativa, sino que el sujeto se confirma a sí mismo. Lo que las ciencias naturales limitan a puro racionalismo, en el fondo, tampoco puede dar respuesta a todas las cuestiones. Las preguntas: "de dónde venimos", "qué soy yo", "cómo he de vivir", "para qué estoy aquí", son cuestiones que pertenecen a una esfera distinta del racionalismo, y no se pueden contestar ni desde la mera subjetividad, ni desde un puro irracionalismo. Como consecuencia de ese modo de pensar, la Iglesia dejó de ser, temporalmente, una forma de vida para toda la sociedad; la Edad Media había acabado, al menos, durante un tiempo previsible. Y la Iglesia pasó a ser un movimiento complementario -cuando no contrario- a la nueva concepción del mundo que entonces predominaba. Sin embargo, también se ha ido acreditando, al mismo tiempo, su necesidad y su justificación en la historia.

Ya a finales de la Ilustración, antes de la Revolución Francesa, se decía: "ahora el Papa -Dalai Lama de la cristiandad- deberá desaparecer, para que pueda dar comienzo la nueva era de la razón". Y, efectivamente, el Papa se ocultó por algún tiempo en el exilio francés. Pero, en el siglo XIX, el pontificado se hizo más fuerte de lo que nunca había sido, y el cristianismo en el siglo XIX, no tuvo ni la fuerza, ni la forma del medievo, pero tuvo, en cambio, nuevo impulso y mucha más influencia que antes, en la sociedad. Por tanto, había dos corrientes simultáneas aunque independientes, intentando unificarse. La nueva situación del mundo hizo que la confesión de la fe resultara más difícil y que su manifestación -por la misma razón- se hiciera más personal, pero, a pesar de todo, el cristianismo no se quedó atrás, como una anticuada.

Los hombres comparan a la Iglesia con otros competidores, y los ponderan y buscan refugio en ellos. Tal vez por eso para las generaciones anteriores, fuera más fácil conservar la fe; su religión ya estaba probada y era digna de ser acogida, no había nada que cuestionar. Ahora se han creado, en este sentido ciertas reservas. Se ha creado como una especie de dogma del mundo moderno, pensar que la Iglesia se basa, sobre todo, en el poder y la opresión. Con tanto hombre ilustrado y con el Estado secularizados, consecuentemente, su estrella ha empezado a extinguirse.

Yo a eso diría dos cosas. La primera, que precisamente en los sistemas totalitarios es donde la Iglesia ha demostrado que no se deja conformar a una sola concepción del mundo, y se establece como polo contrario y como comunidad universal, como una fuerza contraria a la opresión. En el siglo XX se ha demostrado, de forma hasta ahora desconocida, que precisamente esa vinculación colectiva que es la Iglesia, crea una fuerza antagónica frente a cualquier mecanismo opresor y frente al uniformismo político y económico universal; más aún, da libertad a los hombres y es para ellos una última barrera

contra la opresión. Los mártires siempre han sido un ejemplo claro para todos de cómo resistir. Que la Iglesia es elemento de libertad se comprueba fácilmente tanto en Europa del Este como en China, tanto en Sudamérica como en África. Y es elemento de libertad porque, justamente, su forma colectiva también encierra un compromiso solidario. Si a partir de ahí, me opongo firmemente contra una dictadura, ya no sólo lo hago en nombre propio, sino desde una fuerza interior que trasciende a mi propio yo y a mi subjetividad.

Ahora, la segunda parte de su pregunta. Se suele tener la idea de que todo lo que subsiste remite, en el fondo, a una relación de poder Y esa ideología corrompe a la humanidad y también destruye a la Iglesia. Citaré un ejemplo concreto: si contempláramos la Iglesia solamente desde la perspectiva del poder, el que no ostente un cargo en ella, estaría oprimido, por así decir. En ese sentido, la ordenación de la mujer, por ejemplo, sería una cuestión imperiosa, puesto que todo el mundo tiene derecho al poder. Yo creo que esta ideología recelosa, que en el fondo siempre gira en torno al poder, no sólo destruye la solidaridad y la cohesión en la iglesia, sino en la vida humana en general, y, además, da una visión falsa de la iglesia, como si el poder fuera un fin para la Iglesia. Como si el poder fuera la única categoría para explicar el mundo y la comunidad que vive en él.

En la Iglesia no estamos para asociarnos y ejercer un poder. Si pertenecer a la iglesia tiene algún sentido, es sólo porque la Iglesia nos da la vida eterna, es decir, la auténtica vida.

Todo lo demás es secundario. De no ser así, cualquier "poder" en ella la convertiría en una simple asociación y en un absurdo teatro. Hay que dar de lado ya esa ideal del poder y ese reduccionismo de la Iglesia, que aún perdura como consecuencia de un recelo de orientación marxista.

La iglesia ha establecido un buen número de prohibiciones, es como un código de la circulación que ordenara la velocidad de nuestras vidas. Pero nuestro estilo de vida nos va señalando los cruces con un "tú puedes. dale más gas". En este vértigo nuestro, la felicidad parece algo fácil Y rápido de conseguir, mientras que en la religión, la felicidad es una especie de ensoñación libre de sufrimientos, de encantamiento místico espiritual Tal vez por eso, la Iglesia recibe tantas críticas y no puede aprovechar las oportunidades espirituales que ahora se presentan. Porque la Iglesia hace reclamaciones, habla de pecado, de sufrimiento y de justicia. Sólo un ejemplo curioso acerca de esto: Al Estado se le exige leyes más severas contra tantas extralimitaciones que son una continua amenaza para la seguridad de la sociedad, mientras que respecto a la Iglesia -cuyas leyes son morales- sucede lo contrario, y se le exigen leyes más suaves.

En la actual concepción del mundo, esas ideas de autonomía y antiautoritarias, son muy frecuentes. Predominan tanto como el concepto de poder. Ambos conceptos se han convertido en dos categorías que cuentan mucho para el hombre. Y una consecuencia de esto es que, si el sujeto autónomo es el que tiene la última palabra, entonces, también puede quererlo todo. Y quiere de la vida lo máximo que se pueda obtener de ella. A mí, esto me parece uno de los más graves problemas de la existencia actual. Dicen "la vida es breve y complicada, tengo que conseguir todo lo que pueda de ella", y "eso no me lo podrá impedir nadie". Y se sigue pensando "tengo que volcarme en mi propia vida, tengo que realizarme", y "nadie me convencerá de lo contrario". "Si alguien interviene en mi vida incomodándome, es enemigo de mi propio yo".

En el fondo de los documentos de El Cairo y Pekín (en la Conferencia sobre población y desarrollo, y en la Conferencia sobre la mujer, de las Naciones Unidas), se percibe esta concepción del mundo. Se concibe al hombre de un mundo puramente individualista, el hombre sólo es él mismo. Al hombre le han suprimido una relación que le pertenece y que necesita para llegar a ser él mismo. Ese derecho sobre sí mismo de ser su última instancia, y ese otro derecho a hacerse dueño de tanto como pueda en la vida -sea del modo que sea- y a que nadie pueda impedirselo, es propio del sentido de la vida que actualmente se ofrece a los hombres. Estando así las cosas, es natural que el "tú no puedes hacer eso" -hay reglas a las cuales todos debemos someternos- sea una ingerencia en mi vida, se convierte en una agresión contra la que hay que estar bien armado. Y aquí es donde encontramos la cuestión fundamental que hay que debatir: ¿cómo es feliz el hombre?, ¿qué tiene que hacer exactamente con su vida?, ¿es cierto que sólo él puede ser su propia norma para poder ser feliz?

No hace mucho comentaba a unos amigos que aquí cerca, en Frascati, suelen podar las viñas y, justamente por eso, la vid da sus frutos, porque se hace esa poda una vez al año.

En el Evangelio de San Juan, en el capítulo 15, se utiliza esa escena como una parábola de la existencia humana y de la comunidad de la Iglesia. Cuando no se tiene el coraje para podar, sólo crecen hojas. Y referido a la Iglesia: entonces sólo crecen papeles, de ahí ya no sale vida. Pues, repitémonos las palabras de Cristo que vienen a decirnos que cuando nos creemos dueños de nosotros mismos y con poder para juzgarlo todo, nos destruimos. porque no estamos en una isla con nuestro propio yo, no nos hemos creado a nosotros mismos; hemos sido creados y creados para el amor, para la entrega, para la renuncia, sabiendo negarnos a nosotros mismos. Sólo si nos damos, sólo si perdemos la propia vida -como dijera Cristo- tendremos vida.

Esa posibilidad que se presenta a la libertad del hombre es fundamental y debe decidirse libremente. Pero hay que dejar bien claro que vivir sólo de derechos no es una buena receta para la vida. Negarse al sufrimiento, negarse a ser criatura, equivale a negarse a estar sometido a unas normas, y eso, al final de todo, es la negación del amor y la causa de la ruina del hombre. Cuando el hombre sabe someter sus derechos, y se deja podar, es cuando puede madurar y dar fruto.

Actualmente es frecuente observar que la gente joven cada vez se siente menos exigida. Eso explica, en parte, que se marchen y su interés por ciertas sectas de exigencias muy radicales y a corto plazo; primero, porque quieren estar a buen seguro, quieren ocultarse en alguna parte, pero, al mismo tiempo, porque quieren sentirse exigidos. En el interior más recóndito del hombre se esconde un deseo que sólo él conoce bien: "tengo que exigirme más y formarme bien para saber darme a los demás y saber perder".

La discrepancia entre fe y sociedad también procede de que la sociedad quiere poner a prueba la plausibilidad -la utilidad- en nuestros días, de la Iglesia, de la historia de la Iglesia y de su doctrina. Pero, ¿esas cosas se pueden probar?

Si lo que se busca es realmente una explicación razonable de la fe, eso no sería hacer pruebas. Eso forma parte del mensaje del cristianismo desde el principio. La fe sólo podía penetrar y extenderse por el mundo si era fácil de entender, si era un mensaje que, posteriormente, pudiera ser explicado por otras gentes. Pablo lo hizo, y no sólo a los judíos en la sinagoga. Habló también a los llamados temerosos de Dios, a los timoratos, habló a los gentiles que reconocían al Dios verdadero en el monoteísmo de Israel. Y al hablarles les razonó con argumentos que el judaísmo -y aquel paganismo monoteísta influido por el judaísmo- sólo llegaría a ser plenamente consecuente si llegaba hasta Cristo. Un cometido importante del cristianismo es dar siempre respuestas no sólo razonables, sino sustanciales. En cualquier caso, si el concepto de utilidad no se entiende en toda su amplitud, y sólo interesan algunas cosas del cristianismo que sean "útiles" para nuestra actual forma de vida y para nuestras costumbres, entonces estaríamos transmitiendo un cristianismo empobrecido y que ha perdido valor.

5. Los defectos de la iglesia

El Cardenal König explicaba la situación actual en el mundo con las siguientes palabras: "Lo que ha conducido al mundo a desunirse de la Iglesia, ha sido una evolución de siglos. Es una discrepancia creciente entre el estado de la conciencia del hombre moderno y la doctrina cristiana". Y más adelante. añadía el Cardenal: "La propia Iglesia debería ser crítica y, antes que nada, preguntarse qué parte de culpa puede tener en las interferencias que se dan en su modo de comunicarse, para remediarlo".

Las interferencias en la comunicación, que comenta el Cardenal König, son totalmente evidentes, y pienso que también nosotros tenemos parte de culpa. Todavía no hemos encontrado la forma de expresarnos, para dirigirnos a las conciencias en el momento actual. Más tarde hablaremos de algunos conceptos como, por ejemplo, pecado original, redención, expiación, pecado, etcétera, que son palabras que expresan la verdad, pero que, a la mayoría de los hombres, en el lenguaje actual no les dicen absolutamente nada. Deberían recuperar su sentido y volver a ser comunicables gracias a nuestro esfuerzo, ésa es nuestra tarea. Pero eso sólo lo conseguiremos, viviéndolo bien nosotros en nuestro interior. Esos conceptos se nos harán también más inteligibles, y los podremos transmitir mejor si personalmente les damos nueva vida. Pero a esto habría que añadir que el cristianismo, de todas formas, nunca ha sido fácil de comunicar. Dice cosas para que se propaguen a toda la humanidad pero que sólo se pueden entender si entramos por el

camino común. Son dos requisitos: uno, vivir bien el cristianismo para conocerlo y entenderlo mejor, y, después, exponerlo de forma convincente, a través de un cauce común para todos.

La imagen de la Iglesia en la opinión pública es, por diversas razones, la de una autoridad intimidatoria, anquilosada. ¿Por qué es tan exigente la función de la Iglesia? Siendo como es pastora de un gran rebaño ¿no debería ser más maternal con respecto a las almas? Cuando habla la Iglesia, mucha gente sólo conserva en la memoria alguna prohibición moral -casi siempre relacionada con la sexualidad- y, por eso, les parece que la Iglesia sólo se ocupa de juzgar y de restringir la vida. Tal vez se haya dicho demasiado, y demasiadas veces, en unos tonos que no siempre la relacionaban suficientemente con la verdad y con el amor. Pero también depende mucho de la selección que hagan los medios de comunicación, para su posterior difusión. Las prohibiciones tienen interés como aviso, como advertencias dentro de un contexto y con un contenido tangible. Si la Iglesia sólo hablara de Dios, de Jesucristo, o de temas puntuales de la fe, no llegaría a utilizar el lenguaje secular y no se llegaría a oír nada de lo que dijera, De modo que- cabría preguntarse si, en vez de quejarse de los medios, la Iglesia no podría dosificar mejor su propia exposición ante la opinión pública. Dentro del núcleo propiamente dicho de la vida de la fe, las cosas singulares pueden anunciarse referidas unas a otras, y entonces las prohibiciones también tienen su importancia, mayor y más positivo, dentro de esa totalidad. Anunciarlas de la forma más pública y abierta posible siempre desfigura las proporciones, creo yo. La Iglesia tendría que reflexionar sobre cómo hallar la fórmula más conveniente para que, al hablar de fe a distintos colectivos, el mundo reciba su discurso completo y no sólo parte de sus manifestaciones.

La opinión pública tiene la impresión de que la Iglesia sólo reacciona, se aplica con tesón y reprende con severidad, en lo referente a los mandamientos divinos, y que en lo demás, simplemente confía que Dios no permitirá que la Iglesia se venga abajo. La Iglesia está rodeada de una dinámica que no es capaz de cambiar su lógica, e insiste, a pesar de todo, en sus propias afirmaciones. Por eso sus actuaciones no son demasiado radicales, sigue entumecida, amurallada dentro de su fortaleza. Y su mensaje queda en pura retórica. Esa impresión que dice, varía mucho según las diferentes culturas de las naciones. En tiempos de opresión bajo un régimen comunista, no sólo los creyentes, sino los no creyentes, o también la gente en búsqueda de la fe -como fue, por ejemplo, el caso de Václav Havel- han tenido una impresión muy diferente. Ellos realmente percibieron que la Iglesia anunciaba un mensaje de libertad. Que era una energía que también llegaba a los no creyentes y que les inspiraba la confianza de saber que los poderes totalitarios nunca llegan a dominar todo.

En África, donde la Iglesia sufre continuos enfrentamientos con el Estado, por la corrupción que suele ser el principal problema de los Estados africanos, nunca ha predominado esa impresión de que la Iglesia permanezca impertérrita en sus propias afirmaciones, sino que es una gran fuerza dinámica, absolutamente presente en todo; que sale en defensa del Tercer mundo; que emprende muchas iniciativas con ese fin; que esas iniciativas no se limitan a un simple y determinado tipo de colaboración material para ayudar al desarrollo, sino que incluye un intercambio de otras muchas cosas. También en Sudamérica la perspectiva es otra. Se tiene la impresión de que la Iglesia es una realidad viva y dinámica, o no, según cómo se la reciba. Si en Alemania, en Centroeuropa, por ejemplo, sólo se ve a la Iglesia como contraria al progreso y autodefendiéndose, creo que es debido a que ahí, precisamente, se da una autodefensa ante las objeciones que plantea la Iglesia cuando no permite muchas de las cosas que se aceptan simplemente porque resultan cómodas.

"No os adaptéis al mundo" amonestaba el Papa. Pero, ¿no se ha adaptado ya la propia Iglesia? Parece tener mucho apego a la seguridad que le da su patrimonio,- invierte mucho dinero, tiempo y energía en la conservación de sus inmuebles. ¿No sería mejor que fuera algo más clara y explicara dónde reside su fortuna?

En eso le daría la razón. La inercia es un hecho importante también en la Iglesia. Y, en consecuencia, la Iglesia tiende a defender sus bienes, las posesiones adquiridas. Pero esa facultad que tiene de autodecisión y autorreducción, no ha evolucionado convenientemente. Esto a nosotros, también nos afecta en Alemania. Tenemos más instituciones eclesiales de las que podemos atender con ánimo eclesial. Esto supone un descrédito para la Iglesia que se aferra a esos sistemas institucionales, aunque ahí ya no quede nada suyo. Y con eso se

va dando la impresión de que en un hospital o una escuela, por ejemplo, hay gente que sin tener nada que ver con ella, se compromete en una institución eclesial, sólo porque la Iglesia es su propietaria y tiene la voz cantante. Habría que hacer un examen de conciencia sobre todas estas cosas. Desgraciadamente, siempre ha sido así en la historia; cuando la Iglesia no era capaz de renunciar a los bienes temporales, se los quitaban de todos modos, y eso contribuía a su salvación.

Pero, de vez en cuando, no ha sido así; estoy pensando en la separación de Iglesia y Estado en Francia, durante el Pontificado de Pío X, es decir, a principios de este siglo. En esa ocasión, la Iglesia, recibió una oferta para poder conservar sus posesiones que, al mismo tiempo, requería una revisión general de todas ellas por parte de las altas esferas del Estado. Y Pío X explicó, además, que el bien de la Iglesia era mucho más importante que sus bienes. Abandonábamos nuestros bienes, para defender nuestro bien. No deberíamos perder esto de vista, porque es importante.

Cardenal Ratzinger, yo me pregunto, por qué la Iglesia no transmite mejor la fe a los que no tenemos ni idea, a los analfabetos, y por qué no nos habla con más frecuencia de lo más importante del catolicismo, de la libertad de pensamiento, de la reconciliación y la misericordia. También echo de menos sus ritos tradicionales, sus costumbres, sus fiestas, que con tanto orgullo y tanta sabiduría ha celebrado durante dos mil años. En un libro de Isaac Singer leí la descripción de la tradicional fiesta judía de los Tabernáculos. El rabino salmodió las oraciones de la mesa y pronunció una prédica. Una interpretación de la Torá como aquella no se había oído nunca y aquello enardeció a los judíos. El rabino desveló algunos santos misterios. Por la tarde al final de todo, extendieron un mantel de fiesta sobre la mesa y sobre ella colocaron un trozo de pan y una jarra de vino, y un poco más allá, una copa. Según la impresión de todos los participantes, la fiesta de los Tabernáculos había convertido aquella vivienda en casa de Dios. Nuestros encuentros, los de los cristianos, más bien recuerdan una fiesta burguesa, con un plato frío de fiambres y cervezas.

Aquí aparece de nuevo el tema de la fusión o amalgama de cristianismo y sociedad, y la mezcla de las costumbres cristianas con las de las fiestas populares que ya habíamos visto. Pero relacionado con este tema, me gustaría referirme a otro aspecto. Seguramente el rabino no diría nada nuevo, pero el ambiente de fe y de rito festivo que se produce, siempre es nuevo y siempre se hace presente de forma nueva.

En nuestra liturgia hay una tendencia que a mí me parece equivocada, y que consiste en la "enculturación" de la liturgia que se quiere introducir en el mundo moderno: "tiene que ser más breve; tiene que desaparecer lo que parezca ininteligible; convendría transcribirlo todo a un lenguaje más popular". Con todo eso, se está entendiendo mal el verdadero sentido y lo fundamental de la esencia de la liturgia y las fiestas litúrgicas. Porque en liturgia no hay que entender las cosas de forma racional, se entienden de múltiples formas, todas ellas con significado propio, e incorporándolas a una fiesta, que no es inventada por una comisión, sino que existe desde hace siglos muy lejanos, desde la eternidad.

Cuando el judaísmo perdió el Templo, empezaron a celebrar sus fiestas y ritos en las sinagogas, y los ritos de las grandes fiestas también se empezaron a celebrar en las casas de los creyentes. Esos ritos dependen de formas determinadas de vida y, por tanto, no pueden comprenderse superficialmente, sino en su contexto y con la exposición de la historia de la fe; sólo en ese marco pueden interpretarse, y no aisladamente. El sacerdote no es un "Showman" al que se le ocurra algo que luego comunica a los demás. Al contrario, tiene que ser muy mal "showman", tiene que desaparecer, porque él está en representación de alguien, no actúa en nombre propio.

La liturgia, como es natural, debe ser inteligible. Es muy importante que se lea y se interprete bien la Palabra de Dios. Pero entender debidamente la Palabra de Dios requiere otra clase de comprensión. No es una novedad que deba ser estudiada por diversas comisiones. De ser así, se reduciría a algo que se realiza conforme a las reuniones de las comisiones de estudio en Roma, en Tréveris o en París. Por el contrario, tiene que conservar siempre todo, su continuidad, manteniendo las últimas indicaciones, para que a través de ella yo pueda encontrarme con lo eterno en una misma comunidad festiva a lo largo de los siglos; eso es muy diferente a algo planifica por un comité o una comisión de festejos.

Creo que ahí ha habido una especie de clericalismo, a partir del cual se entiende un poco la petición de la ordenación de la mujer. Porque, ahí al sacerdote, a la persona del sacerdote,

se le otorga una importancia desmedida, es decir, se espera de él que haga todo perfecto, que lo presente todo muy bien, etc. Porque, con esa mentalidad, el centro de la celebración es realmente el sacerdote. En consecuencia, cabe preguntarse "¿por qué concretamente él?,,. Cuando, por el contrario, el sacerdote sabe desaparecer personalmente, y reconocerse sólo como mera representación, entonces ya no queda nada circunscrito exclusivamente a él por el esmero con que cumple sus deberes; su persona, entonces, queda en un plano secundario, que permite que algo mucho más importante que él pueda hacer su aparición. Sólo así nos damos cuenta claramente de que la Tradición no es manipulable, y podemos admirarla en todo su peso y en toda su fuerza. Su belleza y su grandeza se diluyen en el conjunto de la ceremonia, aunque no se observe en detalles concretos. Porque el centro de todo es -ciertamente- la Palabra que ahí se va a proclamar e interpretar.

¿No convendría reactivar el antiguo rito, para contrarrestar tanto afán de igualdad y tanta desilusión?

Con eso no solucionaríamos nada. En mi opinión, son muchos más los que hablan en favor del antiguo rito que los que realmente lo desean. Ahora es bastante imprevisible predecir, si se diera el caso, los riesgos que llevaría consigo o qué cosas resultarían ahora inadmisibles. Cuando a una comunidad de fieles le dicen que aquello, que hasta entonces había sido verdadero y sagrado, en realidad, era sólo una majadería y, por tanto, se debe omitir, después, no parece muy conveniente decirle que es mejor volver a revivirlo. Porque entonces, lógicamente le plantearía la pregunta: "en ese caso, ¿qué debernos creer de todo esto?, ¿Omitirán mañana lo que se permite hoy?>. No obstante, como dije antes, el simple retorno a la antigüedad, no sería una solución. En los últimos treinta años nuestra cultura ha cambiado tan radicalmente, que una liturgia celebrada en latín causaría extrañeza y sería difícil de aceptar para muchos. Lo que realmente necesitamos es una nueva educación litúrgica, sobre todo de los sacerdotes. Habría que insistir y explicar muy claramente que en la ciencia litúrgica no se producen continuamente modelos nuevos, como es costumbre hacer en la industria del automóvil. La liturgia está para ser incorporada a fiestas y a ferias litúrgicas y preparar al hombre para esos misterios. Deberíamos aprender de la Iglesia oriental, y también de todas las religiones del mundo, donde todos saben que la liturgia no está para descubrir nuevos textos y ritos, sino que perdura, precisamente, porque no se deja manipular. La juventud actual es muy sensible a esto. Existen muchos centros donde la liturgia se respeta y se vive sin aspavientos, que atraen a muchos aunque no entiendan todas y cada una de las palabras. Necesitaríamos más centros que sigan esa línea. Pero, desgraciadamente, mientras la tolerancia para lo que son pasatiempos es casi ilimitada, la tolerancia para la antigua liturgia es casi inexistente. Y eso es indicio de que no andamos por buen camino.

¿Puede saberse cuándo empezó la crisis de la Iglesia? ¿Tiene esta crisis su origen en fallos anteriores? ¿Ha hecho acopio la Iglesia de demasiadas cargas y ahora le están pasando la cuenta?

La historia tiene una continuidad y nosotros, lógicamente, no podemos escapar de ella. Así como en la historia de Alemania ha habido cosas buenas y cosas malas que la generación actual debe sobrellevar, en la historia de la Iglesia sucede lo mismo. Y por eso es bueno preguntarse ¿qué cosas ha habido en la Iglesia que ahora nos pesen más, cuáles fueron los errores que ahora debemos reconocer y afrontar? Pero, junto a todo eso, también está siempre la novedad de la generación presente.

La actual crisis tiene raíces en el pasado, pero yo no exageraría buscando causas y razones muy antiguas. Las nuevas coyunturas históricas también conducen a muchos altibajos. Como ejemplo me gusta recordar lo siguiente: cuando hizo su aparición el liberalismo político, en el interior de la Iglesia hubo, consecuentemente, una discusión sobre el modernismo que Pío X dirigió con gran agudeza. Después de la primera guerra mundial, aquello desapareció repentinamente. Actualmente, hay muchos que dicen que entonces se discutió demasiado sobre aquel terna, en vez de sofocarlo inmediatamente. Pero la realidad es que se vio la primera guerra mundial como el fracaso del liberalismo y que, a partir de entonces, se eclipsó como fuerza espiritual. Y con ello, inesperadamente se dio origen a una nueva toma de conciencia, no sólo entre los católicos, sino también en la cristiandad evangélica. Harnack, gran maestro liberal de la teología, se retiró; Karl Barth con su nueva y radical religiosidad ocupó su lugar; Erik Peterson, gran exégeta protestante e historiador, se

convirtió al catolicismo. En la Iglesia evangélica se origina un nuevo movimiento litúrgico, mientras que la antigua teología liberal había sido marcadamente contraria al culto. Todo esto quiere decir que las generaciones de entonces ya no se interesaban por los problemas del modernismo. Esto se comprueba perfectamente en la autobiografía de Romano Guardini, cuando cuenta que él, que era estudiante durante esa fase del liberalismo, acabó en un consciente pronunciamiento antiliberal.

Después de la segunda guerra mundial la situación duró algún tiempo todavía, pero enseguida se formó el Estado del bienestar, que, llegó mucho más lejos que la bella época. Surgió así una especie de neoliberalismo, y, de pronto, reapareció aquel cristianismo algo anticuado, desfasado y anacrónico tal como era antes de la primera guerra mundial.

Las crisis aparecen con los distintos cambios de época de la historia, y así hemos de contemplarlas. Hasta cierto punto puedo darle la razón a Karl Marx que dijo que la constitución ideológica de una época también es siempre reflejo de toda su estructura económica y social.

¿Es posible que en el actual proceso de decadencia de la Iglesia esté funcionando cierta autopurificación?

Hay fuerzas purificadoras funcionando, estoy convencido de ello. Pero no, por eso, podemos pensar que la pérdida de la fe, el agotamiento de la fe, sean en sí mismos un proceso de purificación. La situación actual es una oportunidad para la purificación, pero cada cual lo utilizará de un modo diferente. Y con esto volvemos de nuevo a la cuestión anterior sobre las posesiones y las instituciones eclesiales. Esa podría ser una buena purificación. Pero, por atravesar una fase de decadencia no se llega, automáticamente, a la purificación.

Medir los éxitos de la Iglesia es bastante difícil, al menos con criterios políticos o económicos, porque no hay cifras del negocio, ni de sus miembros. Sin embargo, Jesucristo aconsejaba a los suyos que administraran los bienes que el Señor les había confiado. Más aún, tenían que guardarlos bien y aumentarlos con métodos, por cierto, poco ortodoxos. La primera pregunta sería ¿cómo hemos de interpretar las parábolas? Porque aunque Jesucristo en esta historia hablara de bancos, de hacer negocios con el dinero para que produjera ganancias, eso no puede interpretarse como que aconsejara un método económico. Y la historia del administrador infiel -parábola especialmente difícil- cuando dice "bien, éste al menos encontró una solución, sed prudentes como él fue prudente", eso tampoco significa que haya que interpretar las parábolas como ejemplos a poner en práctica. Lo que, en cambio, sí quiere decir es que hay que estar bien despiertos y ser prudentes, y que hay que aprovechar las oportunidades porque también nos han sido confiadas la imaginación y la creatividad. Pero, sobre todo, significa que ser sólo buen creyente, decir "yo soy piadoso, me salvaré a mi manera y los demás que hagan lo que quieran", eso no es suficiente. La fe es un don recibido para transmitirlo a los demás, y no ha sido debidamente acogida si se piensa que es sólo para uno mismo. El cristianismo interiormente bien vivido está marcado por una dinámica que nos lleva a compartirlo. He hallado algo que puedo hacer y no puedo conformarme con decir "esto me basta". Porque en ese mismo instante destruiría el bien hallado. Es como cuando se recibe una gran alegría: existe la necesidad de contarla enseguida, de compartirla con alguien, porque si no, no es una alegría completa. Y esa es exactamente la dinámica de dar a los demás una parte del mensaje que Cristo dio a los suyos; además del esfuerzo, la imaginación y la audacia e, incluso el riesgo de perder nosotros algo en ello. Por eso, no podemos quedarnos tranquilos y pensar "bueno, no se trata de una promesa concreta, los éxitos los da Dios, Cumplimos con lo nuestro, si vienen otros o no, ya se verá". En el interior de la Iglesia, siempre debe estar presente esa intranquilidad: ha recibido un don destinado a toda la humanidad.

Pero además están las palabras del Señor: "Os envío como a corderos entre lobos", y también, "seréis perseguidos". Y eso significa, exactamente, que se nos está anticipando que nuestras obras siempre estarán relacionadas con el destino del mismo Jesucristo. A mí me parece que la cristiandad debería vivir con esta tensión en todo momento. No es razonable que haya una autosatisfacción en el sentido de "bueno, ya hemos conseguido lo nuestro, no podemos hacer nada más", porque nuestra tarea se renueva constantemente: hemos de ser buenos administradores, como usureros -que esa fue la expresión empleada

por Jesucristo- aunque no lleguemos a tocar el éxito con las manos.

6. El canon de las críticas

Cardenal Ratzinger, al hablar de las críticas a la Iglesia, me decía que había una especie de "canon" de preguntas: la ordenación de la mujer, los preservativos, el celibato, el matrimonio de los divorciados. Estas preguntas puntuales datan del año 1984. Las iniciativas populares de la Iglesia, del año 1995, en Austria, Alemania y Suiza, han demostrado que este tipo de preguntas siguen sin respuesta. Se sigue dando vueltas siempre sobre lo mismo, indefinidamente. Tal vez fuera bueno hacer alguna aclaración al respecto. Yo creo que hay muchos que no saben lo que dicen cuando hablan del papado o del sacerdocio; no conocen el significado exacto de esos conceptos.

Primero aclararla que esas preguntas, efectivamente, son auténticas. Pero, si las tratáramos aquí, una a una, como cuestiones o temas singulares de la cristiandad, nos extenderíamos mucho. Referente a esos temas, hay una consideración muy sencilla, en dirección contraria, (formulada por Johann Baptist Metz en un artículo sobre las iniciativas populares de la Iglesia) que dice lo siguiente: esas cuestiones ya están resueltas en la cristiandad evangélica, Los cristianos evangélicos hicieron lo contrario que nosotros, y eso, ahora nos permite comprobar que con ello -como es evidente- no han logrado solucionar el problema de la cristiandad en nuestro mundo de hoy. Por lo tanto, la problemática de la cristiandad, el esfuerzo de ser cristiano ahora sigue siendo tan dramático como antes. Metz se preguntaba -si no recuerdo mal- por qué íbamos a hacer nosotros un duplicado de lo que han hecho los protestantes. Saber que ya existe una experiencia evidente, que el cristianismo no fracasa precisamente por eso, por cuestiones como esas, es magnífico. Ha quedado demostrado que las soluciones que han empleado para esos temas no han hecho más atractivo el Evangelio, ni más fácil ser cristiano, ni tampoco han conseguido un consenso para mantener más unida a la Iglesia. Tener esto muy claro de una vez por todas, me parece muy importante, porque esas cuestiones no son, en absoluto, las que pueden dañar a la Iglesia.

7. El dogma de la infalibilidad

En ese caso, permítame que abordemos el tema por el que los protestantes cortaron por lo sano: el dogma de la infalibilidad. ¿Qué dice ese dogma exactamente? ¿Se ha comprendido o traducido correctamente que cada vez que habla el Papa lo que dice es, automáticamente, santo y verdadero? Quiero formularle esta pregunta al iniciar este capítulo sobre las críticas, porque este es un asunto que, por diferentes razones, preocupa mucho a todo el mundo

Al formular la pregunta, se ha formulado también el error. Ese dogma no significa que todo lo que diga el Papa sea infalible. Significa, exactamente, que en el cristianismo, en la fe católica en todo caso, hay una última instancia para tomar decisiones. Significa que el Papa tiene autoridad para decidir, con carácter vinculante, en las cuestiones esenciales, y que nosotros, en definitiva, podemos tener la certeza de que la herencia de Cristo se ha interpretado correctamente. Esa vinculación está presente, de un modo u otro en todas las comunidades de creyentes, aunque no esté referida al Papa.

La Iglesia ortodoxa también sabe que las decisiones del Concilio son infalibles, en el sentido de que ahí también hay una certeza de que se trata de la herencia de Cristo correctamente interpretada; esto pertenece a nuestra fe común. No necesitamos rebuscar y espigar en la Biblia cada cosa nueva, porque la iglesia tiene esta facultad de darnos una certeza común. Lo que nos diferencia de los ortodoxos es que el cristianismo romano, además del Concilio ecuménico, disfruta de otra instancia suprema para cerciorarse, que es el sucesor de Pedro que nos da la garantía de esa certeza. El Papa, lógicamente también está sujeto a ciertas condiciones -que a él le obligan en grado sumo- para garantizar que no se trata de una decisión suya, de su conciencia subjetiva, sino que se ha tomado conforme a la conciencia de la Tradición.

De todas formas, ha costado mucho tiempo encontrar esa solución.

Se celebraron muchos Concilios antes de adoptar una teoría sobre ellos. Los Padres del

Concilio de Nicea, en el año 235, primer Concilio, no sabían qué era exactamente un Concilio, sólo sabían que habían sido convocados por el Emperador. Pero todos tenían muy claro que no hablaban en nombre propio dando su opinión personal (como aconteció en el Concilio de los Apóstoles: "Porque el Espíritu Santo y nosotros hemos decidido", Hech 15, 28), es decir, estaban convencidos de que el Espíritu Santo había decidido con ellos, por ellos. El Concilio de Nicea hablaba de tres sedes primadas en la Iglesia: Roma, Antioquía y Alejandría. Eran las instancias donde cerciorarse de la verdad, las tres concordes con la tradición de San Pedro. Roma y Antioquía eran sedes de los obispos sucesores de San Pedro, mientras que Alejandría había sido sede de Marcos, también de tradición petrina, y, por tanto, admitida en aquel trío.

Los obispos de Roma fueron muy pronto conscientes de su tradición petrina, y de que, junto a aquella responsabilidad, habían recibido la promesa de ayuda para responder a ella. En la crisis del arrianismo esto se hizo evidente al ser Roma la única instancia que pudo hacer frente al Emperador. El obispo de Roma que, naturalmente, debe oír a toda la Iglesia en su conjunto y no crear una nueva fe, tiene una función que está en la línea de la promesa petrina. Después se formuló de una forma inteligible y, de hecho, fue definitiva a partir del año 1870.

Pero cabe todavía destacar que, además de en el interior de la cristiandad católica, también en el exterior hubo siempre el sentimiento de que era necesaria una única autoridad para todo. Y así ha quedado de manifiesto, por ejemplo, en el diálogo con los anglicanos. Los anglicanos están dispuestos, digamos, a aceptar un proceso de revisión de la vinculación a la tradición del primado de Roma, sin reconocer a Pedro, expresamente, en las palabras del Papa. Y parte de la cristiandad evangélica también piensa que la cristiandad debería tener una especie de portavoz expresado en una persona. La Iglesia ortodoxa, por su parte, también escucha voces de crítica y protesta por la desmembración de la Iglesia en las iglesias autocéfalas (iglesias nacionales), en vez de volver al principio petrino, de gran significado para ellos. Todo esto no significa el reconocimiento del dogma romano, pero las convergencias van en aumento.

8. Un mensaje de alegría y no de amenaza

La moral tradicional de la Iglesia católica, según una de las críticas, está basada en el sentimiento de pecado. Es particularmente negativa cuando se trata de valorar los temas sexuales. La Iglesia ha impuesto una serie de cargas que nada tienen que ver con la Revelación. Ahora dicen que la teología cristiana, por explicarlo de alguna manera, ya no se ocupará de los fundamentos del pecado y de la contrición. Se deberían poder buscar nuevas experiencias del misterio religioso más allá de sus normas.

La contraposición del encabezamiento, mensaje de alegría y no de amenaza, me resulta complicado de valorar. Porque el que lea el Evangelio ve enseguida que Jesucristo proclama un mensaje de alegría, aunque nos hable también de un juicio. En el Evangelio hay palabras tremendas sobre el juicio, que incluso podrían producirnos escalofríos. No hay por qué ocultarlo. Pero eso es porque el Señor no parece ver ninguna contradicción entre el anuncio de un tribunal o de un juicio y el de la alegría, sino que da a entender lo contrario. Parece decirnos que hay un juicio, que se hará justicia, en todo caso para los oprimidos, para los injustamente tratados, y eso es motivo de esperanza y, por tanto, un mensaje de alegría. Sólo podrían sentirse amenazados los opresores o los que practiquen la injusticia. Adorno también dijo que sólo podría haber justicia si los muertos resucitasen; para que todo quedara purificado, había que hacer justicia a las injusticias habidas, con carácter retroactivo, por así decir. En alguna parte tiene que haber una sanción para todas las injusticias, tiene que haber una victoria de la justicia o, al menos, eso es lo que todavía esperamos. Cristo -y su juicio no sólo es la victoria sobre el Mal, Cristo es la victoria del Bien y, de hecho, ese es el mensaje de alegría: "Dios es justo y Dios es juez". Ese mensaje de alegría, naturalmente me llama al deber. Si yo sólo lo recibo para mi propia reprobación, al final carecería de significado y me causaría aturdimiento. Nosotros debemos dirigirnos amistosamente a los que padecen la falta de justicia -aunque tengan derecho a ella- sin perder de vista el carácter de ese juicio, y aceptando que nosotros mismos, también estamos subordinados a esas mismas reglas y, por tanto, hemos de intentar no ser de los que practican la injusticia.

Por supuesto, en ese mensaje de justicia se da un elemento de intranquilidad, pero es bueno que se dé. Lo que intento decir es que, al contemplar las injusticias cometidas por ricos y poderosos de la Edad Media, se observa que cuando la hora del juicio se veía cercana, trataban de compensar aquello con limosnas y haciendo obras buenas. Entonces se comprueba que la conciencia del juicio divino también tenía consecuencias en el orden político y social. Existe la conciencia de que "no me puedo ir así de este mundo, tengo que hacer algo para arreglarlo", y eso quiere decir que había una amenaza por encima de todas aquellas riquezas, que, por lo menos, era saludable. Y eso, concretamente, es una ayuda para el hombre.

De todos modos quisiera añadir que por Cristo sabemos que ese Juez no aplica la justicia con mano férrea, sino que nos da su gracia y, por tanto, podemos dirigirnos a él confiadamente. Pero creo importante que cada uno sopesa en esa balanza lo que hace, y sabiendo que se hará justicia, considere que no puede obrar como le apetece, sino que deberá actuar siendo consciente de que ha de presentarse ante un tribunal, sin que esto le lleve a vivir una vida atemorizada o con escrúpulos.

Y me parece que ahí también se ha trazado la línea a seguir por la Iglesia y por la pastoral de la Iglesia. Ella también tiene que poder amenazar a los poderosos, tiene que poder salir al paso de los que "tiran" su vida, de los que la malgastan y destruyen, adoptando una actitud de amenaza precisamente por su bien, por su derecho a un auténtico bienestar y a la propia felicidad. Pero esa actitud no debe convertirse en motivo de miedos o temores; la Iglesia tiene que saber en cada caso a quién se dirige, Porque hay receptores, que son almas casi enfermas, a quienes se les podría inducir fácilmente al miedo. Entonces habría que quitarles ese miedo y animarles, hablándoles con otras palabras, de la gracia y la esperanza que iluminarán sus almas. Pero también hay otros con la piel más gorda, que bien merecerían una buena tunda de palos. Creo que, en el fondo, es lo mismo, el mensaje amenazador es también de alegría, porque nos hace conscientes y nos advierte que el mundo es bueno y siempre vence el bien.

9. Somos el Pueblo de Dios

El concepto "Pueblo de Dios", se utiliza hoy en día, para reclamar una autonomía frente al papel de la Iglesia, con el lema "somos el pueblo y se hace lo que el pueblo diga". Por otra parte, también existe el dicho "la voz del pueblo es la voz de Dios". ¿Cómo explicar entonces este concepto?

Un teólogo y creyente lo primero que oye es lo que dice la Biblia. Nosotros no podemos dar una respuesta por nuestra cuenta a las grandes cuestiones "¿quién es Dios?", "¿qué es Iglesia?", "¿qué la gracia?", etcétera. En el don de la fe existe, precisamente, un precedente. El pueblo de Dios es un concepto bíblico. Y el estudio bíblico nos da la normativa a seguir para utilizarlo. Lo primero y más esencial es que se trata de un concepto para las mentes de antaño, donde el concepto de pueblo tenía muy poco que ver con el moderno de naciones o países, y estaba sobre todo relacionado con tribus y familias.

Para empezar es un concepto de relación. Eso es lo que ha constatado la nueva exégesis. Israel no es pueblo de Dios considerado solamente como nación política. Sólo es pueblo de Dios cuando se vuelve hacia Dios. Sólo es Pueblo de Dios en esa relación, en ese dirigirse a Dios que en Israel consiste en el sometimiento a la Torá (a la Ley). El concepto de pueblo de Dios en el Antiguo Testamento incluye, ante todo, la elección que hace Dios del pueblo de Israel sin méritos propios, no siendo un gran pueblo, siendo poco significativo, tal vez, uno de los pueblos más pequeños, pero lo elige por amor. Ese concepto, entre otras cosas, incluye la aceptación de ese amor que, concretamente, significa sometimiento a la Torá. Sólo es pueblo de Dios con ese sometimiento en relación con Dios.

El concepto de pueblo de Dios en el Nuevo Testamento sólo se refiere (con una o, tal vez, dos excepciones) a Israel, es decir, al pueblo relacionado con la Antigua Alianza, no es un concepto inmediatamente eclesial. De todos modos la Iglesia se entiende como una continuación de Israel, aunque los cristianos no desciendan de Abrahám, y, por tanto, no pertenezcan propiamente a ese pueblo. Pero, según dice el Nuevo Testamento, descienden de Cristo y son también, por eso, hijos de Abrahám. Es decir, es el pueblo de Dios el que es de Cristo. Se podría señalar que el concepto de Torá ha sido sustituido por la persona de

Cristo, y la categoría de pueblo de Dios que no se utiliza para el nuevo pueblo, se vincula a la comunidad de Cristo, y a la vida como Cristo y con Cristo, como dice San Pablo: "procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús" (Fil 2, 5). Pablo describe los "sentimientos de Cristo" con las palabras "se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz". El concepto pueblo de Dios se aplica cristianamente sólo cuando se recoge en su aceptación bíblica. De cualquier otra forma que no sea esa, sólo son utilidades no cristianas que pueden pasarse por alto. Y, en mi opinión, creo que también son producto de la soberbia. Porque, ¿quién puede decir de sí mismo "nosotros somos pueblo de Dios, esos otros no"?

Yo añadiría a esa afirmación, "somos el pueblo", una nueva consideración. De esa afirmación, "somos el pueblo", también se deduce otra, "nosotros decidimos". Si en Alemania, una asociación reuniera a todos sus miembros y dijera: "somos el pueblo y, por tanto, decidimos que esto sea así", todo el mundo se mofaría de ellos. Todos los pueblos tienen sus distintos órganos de decisión, todo el mundo sabe que las leyes federales no se pueden decidir en un concejo municipal, es decir, por medio de un órgano que no representa una totalidad. De igual modo, tampoco puede decir cualquiera, "nosotros somos la Iglesia que decide", sino que todos pertenecemos a un grupo, y todos los grupos pertenecen a una totalidad. Si en un pueblo auténticamente democrático, hubiera distintos grupos que quisieran decidir por la totalidad, se vería como un absoluto absurdo. En ese caso, debería haber un concejo municipal de párrocos y una reunión diocesana para poder decidir sus propios asuntos. No. Los asuntos de la Iglesia no pueden decidirse así.

A la Iglesia le sucede, tal como el Derecho público nos ha preparado (lo cual también tiene significado para la Iglesia), que vive no sólo sincrónicamente sino también diacrónicamente. Esto significa exactamente que todos -incluso los difuntos- vivimos y formamos parte siempre de la totalidad de la Iglesia, pertenecemos siempre a una totalidad de la Iglesia.

Ayer, por ejemplo, en un Estado teníamos la Administración Reagan y hoy tenemos la Administración Clinton, y la siguiente Administración probablemente deshará todo lo realizado por la anterior, porque "ahora comenzamos de nuevo". Pero en la Iglesia no es así. La Iglesia vive su identidad en todas las generaciones, con una identidad que sobrevive a todos los tiempos y cuya mayoría está formada por santos. Cada nueva generación intenta sumarse a esa hilera de santos con su propia aportación. Pero sólo podrá hacerlo, aceptando la continuidad de la Iglesia e incorporándose a ella.

Pero en los Estados también se logra una continuidad que nada tiene que ver con sus Presidentes.

Efectivamente, es un argumento muy convincente. Es cierto que en los Estados no siempre se empieza de nuevo, desde el principio. A todo el mundo le gusta poder continuar con la tradición de su Estado, sujeto a una

Constitución, sin necesidad de empezar a construir desde cero. Y lo que es válido para un Estado, también lo es para la Iglesia, claro está, pero, eso sí, de forma mucho más estricta y mucho más profunda.

Hay algunos movimientos del tipo de "somos el pueblo", que no quieren pertenecer a ese gran rebaño que obedece órdenes, reglas e indicaciones, y, sencillamente, han saltado la valla.

¿Quiere decir en el Estado? Sí, así es. Pero en la Iglesia no se da ese fenómeno. Los movimientos básicamente democráticos nos demuestran que, de hecho, eso no funciona en el Estado. La Unión Soviética tuvo así sus comienzos. Al preparar los distintos concejos, tenían también que decidir las "bases", porque todo el mundo tenía que participar activamente. Y esa supuesta democracia directa, que se contrapuso como democracia popular a una democracia representativa (parlamentaria), en la realidad quedó convertida en una solemne mentira. Y en un concejo eclesial no sería muy diferente.

Ese lema utilizado por muchos, "somos el pueblo", también ha tenido bastante éxito, porque en nuestro pasado, cuando éramos jóvenes, fue también el lema de los movimientos de protesta en la República Democrática de Alemania.

Sí, creo que efectivamente fue así. Pero en aquel caso, todo el pueblo seguía aquel lema. Ahora ese consenso ha desaparecido. Ya sólo es una fuerte protesta, pero aun así, en base a eso, no se puede conducir positivamente a una comunidad.

10. Santo gobierno y fraternidad

¿Por qué la Iglesia de hoy sigue actuando con métodos autoritarios y sigue organizada con estructuras "totalitarias"? En la Iglesia se podrían utilizar otros modelos más democráticos. En una sociedad democrática no se pueden reclamar los derechos humanos y luego dejarlos colgados de una percha. No se puede exigir al prójimo, y recriminar, legislar y obrar con un dedo acusador en alto.

Primero unas palabras con respecto a la jerarquía. La traducción exacta de este concepto, no es precisamente santo gobierno, sino causa santa. La palabra "arkho" puede significar efectivamente las dos cosas, causa y yo mando, pero aquí su verdadero significado es el de "causa santa". Es la fuerza de una causa que se va comunicando y que es santa, y, por eso siempre actúa de nuevo en cada nueva generación de la Iglesia. Esta fuerza no perdura por la mera continuidad de generaciones, sino que procede de esa fuente que siempre se hace presente de nuevo, y que, por medio de los sacramentos, se sigue comunicando a todos. Esto, me parece a mí que, de entrada, ofrece una visión diferente bastante importante, porque al sacerdocio no le corresponde la categoría de gobernante. Al sacerdocio le corresponde, por el contrario, ser instrumento y representante de un nuevo comienzo a cuya disposición se pone. Entender el sacerdocio, el episcopado, el papado como dominio, es tergiversarlo y desfigurarlo.

Por el Evangelio sabemos que los discípulos discutieron por una cuestión de rango, la tentación de dominio propia de la juventud estuvo presente desde el primer momento, y lo sigue estando. No se puede negar que en todas las épocas esté presente esa misma tentación, también en la nuestra. Pero también, y a la vez, está aquel gesto del Señor que lavó los pies a sus discípulos Para prepararles a compartir la mesa con Él, con el mismo Dios. Con ese ademán nos está diciendo "esto es sacerdocio, si no os agrada, no sois sacerdotes". O como también dijo a la madre de los Zebedeos "la condición es beber mi propio cáliz", que es lo mismo que decir: hay que sufrir con Cristo. Si luego estaremos sentados a su derecha o a su izquierda, no lo sabemos. Así que, por lo pronto, lo que sabemos es que ser su discípulo significa beber el cáliz, acabar junto al Señor compartiendo su mismo destino, lavar los pies a los demás, sufrir junto a Él. Éste sería por tanto el primer punto: el origen que da sentido a la jerarquía no es, en ningún caso, el de crear un sistema de dominio, sino el de mantener siempre presente algo que no procede del individuo. Nadie puede por sí mismo perdonar los pecados, nadie puede por sí mismo comunicar el Espíritu Santo, ni puede por sí mismo hacer la transubstanciación del pan en el Cuerpo de Cristo, ni hacerlo presente. Para eso hay que realizar un servicio en el cual la Iglesia no puede autoregularse, sino que vive siempre de acuerdo con su origen primero. Y una segunda observación: la palabra fraternidad es muy bonita, pero no deberíamos olvidar su doble sentido. La primera pareja de hermanos que ha existido en la historia, según cuenta la Biblia, fueron Caín y Abel, y uno mató al otro. Pero esa situación ha acontecido en más lugares que en la historia religiosa. La mitología del origen de Roma nos habla de Rómulo y Remo. Empezó también con dos hermanos, y uno mató al otro. Es decir que el hecho de ser hermanos no significa, automáticamente, que sean un modelo de amor y equidad. Así como la paternidad se puede convertir en tiranía, en la historia también tenemos innumerables ejemplos de fraternidad negativa. La fraternidad tiene también que ser, diríamos, redimida, y para eso hay que acercarla a la Cruz, para que ahí tome su verdadera forma.

Y ahora tratemos acerca de las cuestiones prácticas. Es posible que en la Iglesia haya actualmente demasiada decisión y demasiado gobierno. En realidad, según su naturaleza, tiene una función que consiste sólo en servir para que se celebren los sacramentos, para hacer que Cristo pueda estar siempre presente y para que se proclame la Palabra de Dios. Todo lo demás está supeditado a esto. No tendría por qué haber una función de gobierno permanente, pues debería ser suficiente con obedecer lo que está establecido desde el principio y renovar nuestra vinculación a Cristo. El titular de un cargo debería estar, no para darse a conocer y para cambiar las cosas, sino para servir de conductor o canal para los demás, ocultándose a sí mismo, pero de eso ya hemos hablado. Sobre todo, debería ser el primero en obedecer sin protestar "querría decir tal cosa", sino preguntando qué dice Cristo y cuál es nuestra fe, y, luego, viviendo sometido a ella. Y, en segundo lugar, debería ser también un buen servidor, siempre a disposición de los demás, de forma que, en ese seguimiento de Cristo, estuviera permanentemente dispuesto a lavarles los pies. En San

Agustín puede apreciarse muy bien esto; ya hemos hablado de ello: siempre estaba ocupado con menudencias, dedicado al lavatorio de pies y dispuesto a malgastar su preciosa vida por los demás, pero sabía que con eso no la malgastaba. Ésta sería la auténtica imagen del sacerdote. Cuando se vive así, rectamente, ser sacerdote no puede significar que, al fin, se ha alcanzado un puesto de mando, significa que se ha renunciado a un proyecto de vida para darse al servicio de los demás.

Forma parte también de esta tarea, y cito nuevamente a San Agustín, "corregir, reprender y sufrir disgustos".

Agustín explicaba en un sermón lo siguiente: "Tú quieres vivir mal, tú quieres hundirte. Pero yo no puedo quererlo. Yo debo reprenderte, aunque no te guste". Y entonces utilizaba el ejemplo de aquel padre que sufría la enfermedad del sueño, cuyo hijo continuamente le despertaba porque ése era el único modo de curarle. El padre entonces decía "déjame dormir, estoy agotado". Y el hijo respondía "no, no puedo dejar que duermas". "Y ésa es", proseguía Agustín, "la función de un obispo". No puedo consentir que sigáis durmiendo. Ya sé que os gustaría continuar dormidos, pero eso es precisamente lo que no puedo permitir. Y, en ese sentido, es como la Iglesia puede también alzar su dedo índice y hacer advertencias. Pero haciendo siempre patente que lo que quiere no es fastidiar a los hombres, sino mostrarles que está inquieta por su propio bien: "no puedo dejaros dormir porque ese sueño sería mortal". Pero en el ejercicio de esa autoridad tiene también que sobrellevar el peso del sufrimiento de Cristo. Nosotros decimos, con una visión puramente humana "Cristo ha dado testimonio de haber sufrido". Y la Iglesia también tiene que dar ese testimonio. Por eso la Iglesia, cuando tiene mártires y confesores de la fe, se hace más digna de crédito. Cuando la Iglesia se vuelve cómoda, pierde credibilidad.

11. El celibato

Bien. Nada hay que enfade más a la gente, que la vieja cuestión sobre el celibato. Aunque sólo afecte a una mínima fracción de la Iglesia ¿por qué existe el celibato?

Va muy unido a unas palabras de Cristo. Hay algunos, -dice-, que renuncian al matrimonio por el Reino de los Cielos y ofrecen toda su existencia en testimonio del Reino de los Cielos. La iglesia llegó muy pronto a la convicción de que ser sacerdote significaba dar testimonio de ese Reino de los Cielos. En el Antiguo Testamento, el sacerdote tenía una situación paralela, aunque de otra naturaleza, que sirve de objetiva analogía. Israel se instala en el país. Las once tribus recibieron su propia tierra, su territorio. Sólo la tribu de Leví, la tribu de los sacerdotes, no recibió ninguna tierra, no recibió ninguna herencia; su herencia era sólo Dios. Esto significaba, en la práctica, que sus miembros tenían que vivir de las ofrendas del culto, y no de la explotación de las tierras como las otras tribus. Su característica fundamental es que no tenían ninguna propiedad. En el Salmo 16 se dice: "Tú eres mi copa, y la porción de mi herencia. Tú eres quien garantiza mi suerte". Dios es mi heredad. Esta figura del Antiguo Testamento que deja a la tribu de los sacerdotes sin territorio y que, podría decirse, sólo vive de Dios, y, por tanto, sólo referida a Dios, se tradujo más adelante como unas palabras de Jesús que venían a decir que, en la vida del sacerdote, su tierra es Dios.

Actualmente nos resulta difícil entender el carácter de esta renuncia, porque la proporción de matrimonios y de hijos ha sufrido un gran cambio. Morir sin descendencia, era considerado antiguamente como vivir inútilmente, "he trazado las huellas de mi vida, pero no he dejado mi rastro; de haber tenidos hijos, habría sobrevivido en ellos, hubiera quedado mi inmortalidad reflejada en mi descendencia". Por eso, era casi condición de vida permanecer en el mundo de los vivos, dejando descendencia.

La renuncia al matrimonio y a una familia habría que contemplarla bajo este punto de vista, "renuncio a algo normal e importante para los demás, renuncio a traer nuevas vidas al árbol de la vida, para vivir con la confianza de que sólo Dios es mi heredad, y contribuir así a que los demás crean en la existencia del Reino de los Cielos", "Así, no sólo con palabras, sino con mi propia existencia, daré testimonio de Jesucristo y de su Evangelio, entregaré mi vida para que Dios disponga de ella".

El celibato, por tanto, tiene doble sentido, uno cristológico y otro apostólico. No se trata de ahorrar tiempo -Como no soy padre de familia, dispongo de más tiempo-, aunque sea verdad, eso sería una visión demasiado primitiva y pragmática. De lo que se trata es de una

existencia humana, que lo deja todo por Dios, y esto, exactamente, quiere decir que entrega lo que a los demás les parece normal y condición de vida, un aliciente para la existencia humana.

Por otra parte, no es un dogma. ¿Se trata acaso de una deliberación actualizada cada día: de elegir una forma de vida de celibato o no celibato?

En efecto, no es un dogma. Es una costumbre de vida que, desde muy temprano, se fue formando en el interior de la iglesia por muy buenas razones bíblicas. Recientes investigaciones han demostrado que el celibato se remonta a tiempos muy remotos -como hemos sabido por las fuentes del derecho- hasta el siglo II. En la Iglesia oriental, el celibato también estuvo muy extendido desde tiempos muy lejanos donde nosotros no podemos llegar. En Oriente hubo un cambio en este aspecto en el siglo VII. No obstante, tanto antes como después de ese siglo, los monjes de Oriente siempre han considerado muy importante el celibato tanto para los sacerdotes comunes como para su jerarquía.

No es un dogma, es una costumbre de vida que creció en el seno de la Iglesia y que, naturalmente, lleva consigo el riesgo de que pueda desaparecer. Siendo tan atacada, puede haber caídas. Yo creo que lo que la gente de ahora tiene contra el celibato es que ven a muchos sacerdotes que, en efecto, en su interior no están muy de acuerdo, y entonces les parece una hipocresía que lo vivan mal o que se pasen la vida sufriendo y que ...

... les destruya la vida ...

Cuanta menos fe haya más caídas habrá. Y con eso se consigue que, además, el celibato pierda prestigio y no se le reconozca todo lo que tiene de positivo. Es muy importante saber y tener clara la idea de que los tiempos de crisis del celibato coinciden siempre con tiempos de crisis del matrimonio. Actualmente, no sólo se ven grietas en el celibato, el matrimonio, como fundamento de nuestra sociedad, cada vez es más frágil. En las legislaciones de los estados occidentales, se ofrecen con cierta frecuencia otras alternativas que se ponen al mismo nivel, para después poder disolverlas legalmente con más facilidad. Y una cosa más, el esfuerzo por vivir realmente bien el matrimonio, tampoco es pequeño. Es decir, que si se aboliera el celibato, pasaríamos, en la práctica, a la separación de matrimonios de sacerdotes, y tendríamos un nuevo problema añadido. La Iglesia evangélica sabe mucho de eso.

Nosotros lo que podemos comprobar con todo esto es que las altas formas de vida que se dan en la existencia humana conllevan también grandes riesgos.

La consecuencia que podemos sacar no es decir "así no podemos seguir". No. Lo que hemos de hacer esforzarnos en aumentar nuestra fe. Y también tenemos que tener más cuidado a la hora de hacer la selección de los candidatos al sacerdocio. Porque sería lamentable que alguno fuera cargado con algún problema y, sin decírselo a nadie, pensara "preferiría no seguir adelante hacia el sacerdocio". O que pensara, por ejemplo, "me gustan demasiado las chicas, pero ya lo arreglaré". Ese no es buen comienzo. El candidato al sacerdocio tiene que contemplar la fe como la única fuerza en su vida; debe saber que sólo vivirá de la fe. Sólo así, el celibato podrá ser el testimonio que edifique a los hombres y además anime a los casados a vivir bien su matrimonio. Ambas instituciones van estrechamente entrelazadas. Cuando una fidelidad no es posible, la otra tampoco lo es; una lealtad fundamento la otra.

¿Es simple suposición eso que ha dicho de que la crisis del celibato coincide con la crisis del matrimonio?

Es algo evidente. Cuando el hombre tiene que tomar una decisión vital y definitiva sobre alguna cuestión íntima, siempre se plantea las mismas preguntas: ¿es bueno decidir ahora a los, digamos, veinticinco años, algo para toda la vida?" Y, sobre todo, "¿esto será conveniente para mí?", "¿podré hacer esto y realizarme, madurar, o será mejor esperar otras posibilidades?". Y yendo más al fondo aún, la cuestión se presenta así: "¿es propio del hombre decidir algo definitivo en el ámbito más íntimo de su existencia?", "¿podrá el hombre mantener una decisión definitiva toda la vida?". Yo daría estas dos respuestas con respecto al matrimonio: una, podrá si, de verdad, está fuertemente anclado en la fe; y dos, podrá si lucha por alcanzar la plenitud del amor y de la madurez humana. Y todo lo que el hombre realice fuera del matrimonio monógamo está por debajo de él.

Pero si las cifras de las rupturas del celibato son exactas, se puede decir que, de facto, el celibato hace tiempo que ha fracasado. Por eso le repito la pregunta: ¿Es tal vez una deliberación actualizada cada día, en el sentido de ser una elección libre?

En cualquier caso ha de ser de libre elección. Más aún, antes de la ordenación hay que afirmar bajo juramento que se hace libremente y porque se quiere. A mí siempre me molesta mucho que se diga que nuestro celibato es obligatorio y que se nos ha impuesto. Se vive el celibato desde el principio, por una palabra dada. Pero, ya dije antes que habría que poner más atención durante la preparación al sacerdocio, para que esa palabra sea seriamente dada. Éste es el primer punto. Y el segundo es que, donde hay fe, y en la medida en que una iglesia viva de esa fe, es seguro que surgen esas decisiones.

Yo creo que, en el fondo, suprimiendo esa condición no mejoraría nada, lo único que se conseguiría es disimular un poco una auténtica crisis de fe. Para la Iglesia, indudablemente, que haya algunos, pocos o muchos, que viven una doble vida es una tragedia.

Desgraciadamente, no es la primera vez que ocurre. En la baja Edad Media hubo una situación similar causada por la Reforma. Fue un proceso muy doloroso que ahora nos debería hacer reflexionar, pensando también en el sufrimiento de muchos hombres por este motivo. En cualquier caso -y ese ha sido el resultado obtenido en el último Sínodo de obispos- la mayoría de los pastores de la Iglesia están plenamente convencidos de que el verdadero problema es una crisis de fe, y no el de la llamada falta de adaptación. Así no se logran más ni mejores sacerdotes, sólo sirve para disimular una crisis de fe, y para sugerir, al mismo tiempo, soluciones demasiado superficiales.

Pero, una vez más, con respecto a mi anterior pregunta, ¿cree que llegará el día en el que los sacerdotes puedan elegir libremente su vida de célibe o no célibe?

Ya le había entendido. Pero quería dejar muy claro que, según lo que cada sacerdote decide libremente antes de su ordenación, eso que algunos llaman celibato forzoso no existe. Sólo se puede ser admitido al sacerdocio voluntariamente. Y aquí cabe preguntarse "¿y qué relación tienen el sacerdocio y el celibato?", "decidirse por el celibato, ¿no es rebajar el sacerdocio?" Creo que antes de seguir adelante con este tema deberíamos remitirnos nuevamente a la Iglesia ortodoxa y a la evangélica. La cristiandad evangélica tiene un concepto muy diferente del ministerio. Para ellos, es una función, una misión de servicio, que procede de la propia comunidad, pero, sin el sentido de sacramento, no es sacerdocio en sentido estricto. Y en la Iglesia ortodoxa tienen, por un lado, la forma de plenitud sacerdotal, que son los monjes sacerdotes y son los únicos que pueden ser obispos. Y Por otro lado, los "Leutpriester" (sacerdotes o clérigos públicos), que si quieren pueden casarse, pero deberá ser antes de su ordenación y no podrán ejercer la cura de almas, solamente ocuparse de los servicios del culto. Ésta es otra concepción diferente del sacerdocio. Pero nosotros pensamos que cualquiera que desee ser sacerdote tiene que serlo de la misma forma que lo es un obispo, sin que existan esas diferencias.

Son costumbres en la vida de la Iglesia que, aunque estén muy bien cimentadas y fundamentadas, no hay por qué contemplarlas como totalmente absolutas. La Iglesia se cuestionará con toda seguridad muchas cosas, una y otra vez, como acaba de suceder en los dos últimos sínodos. pero, partiendo siempre de la historia de la cristiandad de occidente, y por todo lo que subyace en el fondo de esta cuestión, creo que la Iglesia no debe pensar que si se decidiera a solucionar esa "desadaptación" saldría ganando; saldría perjudicada con toda seguridad.

Entonces, se podría decir que no cree que algún día en la Iglesia católica haya sacerdotes casados.

Al menos en un tiempo previsible. Y, para ser enteramente sincero, le diré que, actualmente, ya hay sacerdotes casados que proceden de la Iglesia anglicana o de otras comunidades cristianas; son conversos que se han acercado a nosotros. Es decir, que en casos excepcionales es posible, pero claro está, son eso, casos excepcionales. Y creo que lo seguirán siendo también en el futuro.

¿Y no sería mejor que la Iglesia suprimiera el celibato, para evitar que hubiera tan pocos sacerdotes?

No creo que ese argumento sea muy acertado. La cuestión del número de vocaciones al sacerdocio abarca muchos aspectos. Tiene bastante que ver, por ejemplo, con el número de hijos que hay actualmente. Si el promedio de natalidad ahora es de 1,5 hijos por matrimonio, lógicamente, la posibilidad de vocaciones sacerdotales que pueda haber es muy diferente a la que había en otros tiempos, cuando las familias acostumbraban a ser numerosas. Y, por otra parte, en las familias, ahora predominan otras expectativas.

Tenemos la experiencia, por ejemplo, de que una de las dificultades más frecuentes e

importantes que hay en la vocación sacerdotal son los propios padres. Ellos tienen otros planes distintos para sus hijos. Ese es el primer punto. Y un segundo punto es que el número de cristianos practicantes es mucho menor y, consecuentemente, el número de candidatos también se ha reducido notablemente. No obstante, en proporción al número de hijos y de cristianos que participan en la Iglesia, el número de vocaciones no se ha reducido tanto. Para ser exactos hay que tener en cuenta esa proporción. Por eso lo primero de todo sería preguntarse "¿hay creyentes?". Y, a continuación, "¿surgen de ahí vocaciones de sacerdotes?".

12. Los anticonceptivos

Señor Cardenal, muchos creyentes no entienden la postura de la Iglesia con respecto a los anticonceptivos. ¿Entiende que no lo entiendan?

Sí. Claro que lo entiendo, porque es un tema algo complicado. Con las tribulaciones del mundo actual, por las proporciones de las viviendas y por otras muchas razones, en principio, parece razonable que el número de hijos no sea muy alto. Pero, por esa misma razón, no se puede plantear este asunto desde la casuística individual, sino que hemos de considerarlo conociendo primero cuáles son las intenciones de la Iglesia a este respecto. Yo creo que hay tres grandes opciones fundamentales para el hombre en torno a este problema. Una es el cambio de actitud que la humanidad debe adoptar con respecto al número de hijos y que ha de ser una actitud radicalmente positiva. El cambio de enfoque en este ámbito ha sido considerable. Antes, hasta el siglo XIX, los hijos eran considerados, incluso en las capas sociales más sencillas, como una bendición de Dios; en cambio, ahora se ven como una carga que "ocupará mi sitio en el día de mañana", o "mi espacio vital peligra", etcétera. Ésta sería una primera intención de la Iglesia, recobrar la primitiva -la auténtica- forma de enfocar este tema: cada hijo, un nuevo ser, es una bendición. Dando vida, también se recibe vida, y salir de sí mismo y adherirse a la bendición de la Creación es esencialmente bueno para el hombre.

La segunda es que, ante la actual situación -hasta ahora desconocida- de separación entre la sexualidad y la reproducción, hemos de volver cuanto antes a recordar y a recuperar el nexo íntimo que existe entre ambas realidades.

Pero hay representantes de la generación del 68, o de la generación actual, que dicen haber vivido experiencias asombrosas. Rainer Langhans dice haber investigado en su comuna lo que él llama "sexualidad orgásmica", y explica que con la píldora, se separa la sexualidad de su parte espiritual y la gente se queda en una especie de callejón sin salida". Langhans se lamenta que ya nadie se da, no hay entrega mutua". Según su valoración, "lo supremo" de la sexualidad es la "paternidad" a la que él llama "colaborar en los planes divinos".

Lo que ahí se produce son dos realidades totalmente separadas. En la famosa obra de Aldous Huxley sobre el mundo del futuro, *Un mundo feliz*, una novela muy bien fundamentada y con una visión muy lúcida sobre la tragedia que esperaba a la humanidad en el mundo futuro, Huxley separaba la sexualidad de la reproducción. Los niños, en esa novela, realmente se planificaban y se reproducían en un laboratorio. Aquello fue una deliberada caricatura, pero, como toda caricatura, contenía cierto parecido con la realidad: los niños se podían producir de acuerdo con una planificación previa, porque eso estaba sujeto al control de la razón. Y así el hombre se destruye a sí mismo. Con ese sistema, se despoja a los niños, por anticipado, de su propio proyecto de vida, además de convertirlos en un producto donde el hombre quiere verse reflejado. Y la sexualidad se convierte así, en algo intercambiable

De ese modo, por supuesto, desaparece la relación varón-mujer; y ya estamos viendo cómo ha evolucionado todo esto.

En la cuestión de los anticonceptivos, la Iglesia quiere ayudar al hombre con esas tres opciones fundamentales. porque la tercera opción, a ese respecto, es considerar, una vez más, que los graves problemas morales nunca se pueden solucionar por medio de la técnica o de la química; los problemas morales sólo se solucionan moralmente, es decir, cambiando el modo de vida. Y yo diría que éste es -también con independencia de los anticonceptivos- uno de nuestros mayores peligros. Porque, actualmente, queremos dominar cualquier situación en la que se encuentre el hombre con ayuda de la técnica y,

hemos olvidado, que en la humanidad siempre ha habido problemas humanos que no se han podido solucionar con esos sistemas, sino con la firme decisión de dar un giro al estilo de vida. Yo insisto en que, en esta cuestión de los anticonceptivos, lo primero de todo es reflexionar sobre estas tres alternativas esenciales para el hombre, y donde la Iglesia está librando una batalla en su ayuda. Y, después, es importante también poner más de relieve qué sentido tienen las objeciones de la Iglesia, porque, tal vez, no siempre se formulen con mucho acierto, pero ahí se ponen en juego los caminos que llevan la existencia humana hasta la vida eterna.

Queda aún una pregunta por hacer. Cuando un matrimonio con varios hijos vive la continencia periódica, ¿está faltando a esa actitud positiva hacia los hijos?

No. Claro que no. Eso nunca debería suceder.

Pero, tal vez se sientan incómodos, como si estuvieran cometiendo un pecado, si no

En ese caso, yo les aconsejaría que consultaran a su director espiritual, que pidieran consejo al sacerdote, porque esas cosas no se pueden dilucidar en abstracto.

13. El aborto

La Iglesia, el Papa, se oponen siempre con mucha vehemencia a cualquier medida "que de una u otra forma promueva el aborto, la esterilización y también la anticoncepción". Esos hechos lesionan la dignidad del hombre como imagen de Dios y socavan el fundamento de la sociedad. De lo que se trata, básicamente, es de la protección de la vida. Pero, en ese caso, ¿por qué insiste tanto la Iglesia en defender la pena de muerte "sin excluirla", como un "derecho del Estado", como dice el Catecismo?

Cuando la pena de muerte es legal, lo que se hace es castigar a un sujeto que ha cometido un delito comprobado de extrema gravedad, y que, además, pueda ser un peligro para la paz social; es decir, se castiga a un culpable. En un aborto, en cambio, se aplica la pena de muerte a una persona absolutamente inocente. Son dos cosas totalmente diferentes que no admiten comparación.

Lo que ocurre es que muchos ven al niño no nacido como a un injusto agresor que "va a disminuir mi espacio vital", "se entremeterá en mí vida", y al que, por tanto, hay que castigar como a un injusto agresor. Pero ese es el punto de vista de los que, como comentábamos antes, no ven al niño como una creación de Dios, no lo ven creado a imagen de Dios y con derecho a la vida, todavía no ha nacido y ya lo ven como a un enemigo o a un inoportuno sobre el que se puede disponer. Pienso que esto sucede porque no se es consciente de que un hijo concebido ya es un ser, ya es un individuo.

El hijo ya se diferencia y se distingue de la madre aunque necesite todavía la protección de su vientre-, y ya es persona, es un ser humano que requiere ser tratado como tal. Si olvidamos este principio, que el hombre en cuanto hombre está bajo la protección de Dios y no a merced de nuestro arbitrio, si olvidamos esto, estamos olvidando el verdadero fundamento de los derechos humanos.

Pero, cuando alguien decide la interrupción de un embarazo por serios motivos de conciencia, ¿se puede decir que está conspirando contra la vida?

Es difícil saber qué culpabilidad tiene una persona singular y no se puede, por tanto, hacer un pronunciamiento en abstracto. Pero, el hecho como tal -a una situación así también se puede llegar por presiones humanas-, es que, para arreglar una situación conflictiva, se decide matar a un ser humano. Y eso nunca arregla un conflicto. Todos sabemos por los psicólogos con qué fuerza se graba eso en el alma de la madre; ella sabe que tenía un ser humano en su vientre y que era su hijo, del que, tal vez ahora, pudiera estar muy orgullosa. La sociedad tiene que poner más medios para hallar otras posibilidades que solucionen esas situaciones, para que desaparezcan las presiones a esas madres en ciernes y se fomente de nuevo el amor a la infancia.

14. El matrimonio de los divorciados

Sólo algunos católicos particularmente fieles, divorciados que luego se casan civilmente en matrimonio no reconocido por la Iglesia, cumplen con la excomunión que les afecta por este motivo. Esto no parece muy justo, es una humillación, incluso parece anticristiano. En el año 1972 usted decía: "El matrimonio es sacramento ... eso no excluye que la Comunión de

los santos de la Iglesia también abarque a los hombres que, reconociendo esta doctrina y estos principios de vida, estén en una particular situación de emergencia que requiera una especial comunión con el Cuerpo de Cristo".

Debo empezar precisando que las personas casadas civilmente no están excomulgadas formalmente. Las excomuniones son una medida penitencial; significa una limitación en la pertenencia a la Iglesia. Pero esas sanciones de la Iglesia no se les imponen a ellos, aunque salte a la vista, por supuesto, que su núcleo central les afecta, puesto que no pueden acercarse a comulgar. Pero, como decía, no están excomulgados en sentido estricto. Esas personas siguen siendo miembros de la Iglesia que, por una determinada circunstancia de su vida, no están en condiciones de recibir la comunión. No cabe duda de que esto es un peso más, en este mundo nuestro en el que, precisamente, el número de matrimonios deshechos parece ir en aumento.

Pero yo pienso que ese peso se puede sobrellevar algo mejor, si se tiene en cuenta que hay otros muchos que tampoco pueden ir a comulgar. Este hecho, últimamente, se ha convertido en un problema mayor, porque se ha hecho de la comunión una especie de rito social, de modo que, el que no participe de ella queda significado de alguna forma. Las cosas se juzgarían de distinto modo si volviera a ser manifiesto que hay otros que también se dicen: "así no puedo comulgar", "tengo sobre la conciencia algo que me impide acercarme a comulgar", y si, como dijo San Pablo, ahí se reconociera el Cuerpo de Cristo. Eso por un lado. Y, por otro, que esas personas tengan conciencia de que, a pesar de todo, la Iglesia les acoge y sufre con ellas.

Eso más bien parece un deseo piadoso.

Pero eso, como es natural, debería ser evidente en la vida de una comunidad. Por otra parte cuando se acepta esa renuncia a la comunión, también se está haciendo algo bueno por la Iglesia y por la humanidad, pues se da testimonio de la unidad del matrimonio. Y pienso que, además, con eso se consigue algo muy importante, como es reconocer que se debe cambiar de conducta, y entonces el sufrimiento y la renuncia también pueden ser positivos. Y, por último, también es muy positivo volver a recordar qué es la Misa, La Eucaristía está llena de significado, da fruto, aunque no siempre se pueda ir a comulgar. O sea, que este asunto sigue siendo delicado y difícil, pero cuando se pongan en orden todas estas ideas yo creo que resultará más llevadero.

Cuando el sacerdote recita las palabras, "Benditos los invitados a la cena del Señor", los otros deben sentirse malditos.

Esto, desgraciadamente, ha quedado poco claro debido a una traducción incorrecta. Porque esas palabras no se refieren directamente a la Eucaristía. Han sido tomadas del Apocalipsis y hacen referencia a una invitación al banquete de bodas definitivo, representado en la Eucaristía. El que no pueda acercarse en el momento de la comunión, no debe, por eso, sentirse excluido del banquete de bodas de la eternidad. Lo que importa es hacer un continuo examen de conciencia y pensar si se está preparado para acercarse al banquete eterno -si eso sucediera ahora- y para ir a comulgar en ese momento. Con ese llamamiento se exhorta al que no estuviera en condiciones, a reflexionar que él también será invitado a ese banquete nupcial, como todos los demás. Y, tal vez, sea mejor acogido por haber sufrido mucho.

Esta cuestión, ¿se volverá a discutir de nuevo, o se ha dado ya por zanjada?

Ya está decidida en lo fundamental, pero, de hecho, puede haber todavía alguna otra cuestión o pregunta singular. Podría suceder, por ejemplo, que en un futuro se pudiera comprobar con posterioridad, gracias a alguna verificación extrajudicial, que el primer matrimonio había sido nulo. Esto, en la práctica de la cura de almas, podría suceder, en algún caso. Y es posible, puede pensarse que haya cambios jurídicos de esa índole que descomplicarían mucho algunas cosas. Pero el principio fundamental es definitivo, es decir, que el matrimonio es indisoluble, y que el que abandona un matrimonio válido y menosprecia el sacramento para volver a contraer matrimonio no puede comulgar. Éste es un principio fundamental definitivo.

Casi siempre se insiste en los mismos puntos. Por ejemplo, ¿qué cosas de la antigua Tradición debe conservar la Iglesia, y cuáles podría desechar? Y, ¿cómo se decide esto?, ¿existe algún listado con una línea divisoria: a la derecha, lo que vale para siempre y, a la izquierda, lo que se puede renovar?

No. No es tan fácil como eso, por supuesto. La misma Tradición contiene muchas cosas

que no son de igual importancia. Antes, en teología se hablaba de distintos grados de evidencia, y no era tan equivocado. Actualmente, muchos creen que deberíamos volver a esa costumbre. Cuando se habla de la jerarquía de las verdades, lo que se quiere decir es que no todas tienen la misma importancia, es decir, que no todas son esenciales, pues lo que las grandes resoluciones conciliares declaran es lo mismo que ya está dicho en el Credo, único camino y, por tanto, parte esencial de la Iglesia, que pertenece a su identidad más íntima. Y luego hay, además, distintas ramificaciones que proceden de un gran árbol, y que están íntimamente en relación con él, pero que no tienen la misma importancia. La Iglesia tiene sus señas de identidad para reconocer las cosas, es decir, la Iglesia no es inamovible, se identifica con todo lo viviente, pero permaneciendo siempre fiel a sí misma a medida que evoluciona.

15. La ordenación de la mujer

La respuesta a otra de esas grandes cuestiones, la de la ordenación de la mujer, fue una rotunda negativa, "presentada por el Magisterio de forma infalible". En otoño de 1995 el Papa lo volvió a confirmar: "Nosotros no tenemos derecho a cambiar eso", decía en su declaración. Da la impresión de que el argumento histórico aparece siempre. Pero si se tomara eso tan en serio, entonces no habría podido haber un Pablo, pues decía que lo nuevo debería abolir las cosas santas de la antigüedad. Y Pablo aportó muchas novedades. La gente se pregunta, ¿cuándo acabaremos con esas normas fijas? ¿cuando se introducirán las novedades? Yeso de remitirse tanto a la historia, ¿no será una especie de fetichismo incompatible con la libertad de los cristianos?

Aquí habría que hacer un par de precisiones. La primera sería decir que San Pablo hizo cosas nuevas en nombre de Cristo, nunca en nombre propio. Y exhortaba, además, clara y explícitamente, que si alguno que hubiera dado por válida la Revelación del Antiguo Testamento y luego, arbitrariamente, cambiaba algo de ella, ese tal, actuaba mal. Lo nuevo existía porque había sido establecido por Dios en Jesucristo. Y Pablo, servidor de lo nuevo, sabía bien que aquello no era un descubrimiento suyo, pues tenía su origen en Jesucristo. Él había adquirido un compromiso, y era muy exigente consigo mismo en su cumplimiento. Si recordamos su narración de la última Cena, expresamente dice: "Yo mismo he recibido lo que os he revelado", y luego seguía explicando que él se sentía comprometido con lo que el Señor hizo en aquella última, ocho y, después, le había sido confiado por la Tradición. O también si recordamos la narración de la Resurrección, donde de nuevo dice: "Yo lo he recibido así y también he tenido un encuentro con él. Así es como lo aprendemos nosotros, así es como lo aprendemos todos nosotros; y el que no lo aprenda de esa forma, se aleja de Cristo". Pablo distinguía muy bien lo nuevo, que tenía su origen en Cristo, y su compromiso con él, que era lo que le legitimaba para hacer cosas nuevas. Éste era el primer punto que yo quería precisar.

Y el segundo es que, de hecho, lo que no haya sido establecido por el Señor y la Tradición apostólica sufre siempre continuos cambios en todos los ámbitos, ahora también. Así que, lo que deberíamos preguntarnos es: ¿eso procede del Señor o no?, ¿cómo podemos saber eso?". La confirmación del Papa a la respuesta que nosotros -la Congregación para la Doctrina de la Fe- redactamos para el tema de la ordenación de mujeres, no significa que el Papa haya emitido un dogma o precepto infalible. Lo que hizo el Papa fue confirmar nuevamente que la Iglesia -los obispos de todo tiempo y lugar- así lo han visto y así lo mantienen. El Concilio Vaticano II dice: "lo que los obispos exponen como doctrina definitiva en los casos de fe y de costumbres, de forma unánime durante un largo tiempo, es infalible". Es la manifestación de un compromiso que no había sido adquirido por ellos mismos. Nuestra respuesta se remite exactamente a ese pasaje del Concilio (*Lumen gentium*, 25). No se trata, por tanto, como ya dije antes, de una expresión de la infalibilidad del Papa, se trata de la obligatoriedad de continuar en la Tradición. Y la continuidad en los orígenes de las cosas, es algo especialmente importante. Nunca se ha dado algo por supuesto. Durante algún tiempo, hubo religiones muy antiguas que tuvieron sacerdotisas y también las hubo en algunas sectas de orientaciones gnósticas. Recientemente, un investigador italiano ha descubierto que en los siglos V y VI, en el sur de Italia, hubo grupos de sacerdotisas, y que los obispos y el Papa se opusieron mediante medidas terminantes y enérgicas. La Tradición no nos viene de nuestro medio ambiente, nos llega de lo más

profundo del cristianismo.

Y añadiré, además, una información reciente que parece de interés. Es un diagnóstico realizado por una de las feministas católicas más conocedoras de este tema, Elisabeth Schüssler-Fiorenza. Esta mujer alemana es una importante exégeta, estudió exégesis en Münster, allí se casó con un italoamericano de Florencia y actualmente es profesora de universidad en Estados Unidos. Durante mucho tiempo ha luchado con energía a favor de la ordenación de la mujer, pero ahora ha concluido que eso era un objetivo equivocado. La experiencia de sacerdotes femeninos en la Iglesia anglicana ha dado como resultado que ordination is not a solution, la ordenación no es una solución, "no es lo que buscábamos". Y explica por qué. Dice: "ordination is subordination", la ordenación es subordinación, adaptación, sometimiento, y eso es precisamente lo que no queremos". Es un diagnóstico totalmente acertado.

Ingresar en un ordo supone siempre entrar en una relación de adaptación y sometimiento.

"En nuestro movimiento de liberación -dice la señora Schüssler-Fiorenza-, no queremos entrar ni en un ordo ni en un subordo, no queremos subordinación, lo que queremos precisamente es vencer ese mismo fenómeno. El objetivo de nuestra lucha no debe ser la ordenación de la mujer, -continúa diciendo-, sería una equivocación; nuestro objetivo ha de ser suspender totalmente las ordenaciones y conseguir que la Iglesia sea una sociedad igualitario en la que haya una sola shifting leadership, un liderazgo intercambiable". La señora Schüssler-Fiorenza se ha dado claramente cuenta de que las razones por las que estaba luchando en favor de la ordenación de la mujer eran, en realidad, la "liberación hacia el sometimiento"; en eso tiene razón. Eso es lo que verdaderamente hay en el fondo de esa cuestión. ¿Qué es exactamente el sacerdocio? ¿Es un sacramento o se trata de que haya un liderazgo intercambiable, donde nadie pueda retener el "poder" durante mucho tiempo? Creo que las próximas discusiones acerca de este asunto discurrirán en esa línea.

Todas las cuestiones que hemos abordado hasta el momento vuelven a ser planteadas de vez en cuando a lo largo de los años, con más o menos eco, por parte de la población.

¿Qué juicio le merecen movimientos como las iniciativas populares de la Iglesia en Alemania?

Eso ya está respondido en parte al hablar de la situación de la Iglesia en Alemania y en otros países. Los comentarios hechos por Metz a ese respecto me parecieron muy objetivos. Si no me equivoco, creo que Metz ha puesto el dedo en la llaga al decir que eso es querer curar los síntomas, dejando a un lado el núcleo central de la crisis de la Iglesia, algo que -con palabras quizá poco afortunadas- ha denominado "la crisis de Dios". En sus comentarios ha puesto de relieve el punto más decisivo de ese asunto. Cuando antes hablábamos de un moderno consenso contrario a la fe, yo lo citaba cuando decía que Dios, aunque existiera, ya no contaba para nada. Cuando se vive así, la Iglesia se convierte en una especie de club que tiene que buscar algo en sustitución de lo que fueron sus fines y su sentido de las cosas. Y entonces, todo lo que no pueda explicarse sin Dios, molesta. Y se deja de lado para poder continuar. Metz aclaraba -hablo fiado de mi memoria-, que la mayoría de los postulados de las iniciativas populares ya se han llevado a cabo en la Iglesia protestante. Y es evidente que a pesar de eso no han quedado al margen de la crisis. Por tanto, nosotros ahora nos planteamos la pregunta -más o menos- de por qué vamos a ser nosotros una copia de la cristiandad evangélica. y yo sólo puedo estar de acuerdo con este razonamiento.

Aquí se ha formado una especie de civilización cristiana occidental-liberal, que es como una fe secularizada, donde todo viene a ser uniforme. Esta cultura que, frecuentemente, tiene poco que ver con la esencia del cristianismo -en este caso, del catolicismo-, cada vez parece tener más atractivo. Al parece, el Magisterio de la Iglesia apenas tiene nada que objetar a esta filosofía, que representa de modo particular Eugen Drewermann.

La ola de Drewermann ya está decayendo. Lo que él expone es sólo una variante de la cultura general de una fe secularizada, como antes me comentaba. Yo diría que no se quiere abandonar la religión, pero que tampoco se quiere que la religión reclame sus derechos sobre el hombre. De la religión se busca lo misterioso, pero ahorrándose el esfuerzo de la fe. Las múltiples formas de esta nueva religión, de esta nueva religiosidad y su filosofía, se encuentran estrechamente unidas, en gran parte bajo el lema de New Age: una especie de asociación mística con el fin de divinizar el universo, al que se dirigen con diversas técnicas. Creen que así pueden vivir de forma suprema la religión, pero

manteniendo al mismo tiempo una visión científica del mundo. Frente a eso, la fe cristiana parece complicada; indudablemente, exige bastante esfuerzo. Pero, gracias a Dios, precisamente en nuestro siglo no han faltado pensadores cristianos, ni formas de vida cristiana realmente ejemplares. Ahí es donde se hace patente la fe cristiana, y se hará evidente también que con ella se logra la plenitud del ser humano. Por eso hay en las jóvenes generaciones tantas manifestaciones en favor de una vida cristiana, aunque esto no se perciba de manera masiva.

El mundo no parece olvidar fácilmente ese "canon" de las críticas que veíamos antes. Siendo así, ¿qué se puede hacer? ¿No se podrían frenar todas esas preguntas? ¿Cómo podrían liberarse de ellas?

Me parece de todos modos que no serán tan apremiantes cuando se deje de ver a la Iglesia como una meta final, como un fin propio y un lugar de acceso a un poder; cuando, gracias a una fe recia, el celibato se vuelva a vivir de forma decidida; cuando se considere la vida eterna como el fin último del cristianismo y no se considere al cristianismo como un grupo que busca ejercer el poder. Yo estoy convencido de que algún día llegará un cambio espiritual crucial, y todas esas cuestiones, ahora, apremiantes perderán su interés con la misma rapidez con que la obtuvieron. Porque, en realidad, esas no son las verdaderas cuestiones del hombre.

Capítulo III: en los umbrales de una nueva época

- 1. Dos mil años de historia de la salvación. ¿Sin redención?**
- 2. Catarsis: la época de transición y sus duras pruebas**
- 3. Una "nueva primavera para el espíritu humano" en el tercer milenio**
- 4. Iglesia, estado y sociedad**
- 5. Ecumenismo y unidad**
- 6. El Islamismo**
- 7. El Judaísmo**
- 8. ¿Un nuevo Concilio?**
- 9. El futuro de la Iglesia y la Iglesia del futuro**
- 10. La visión de una nueva Iglesia**
- 11. "Puro, puro, puro": la revolución espiritual**
- 12. Nuevas oportunidades para el mundo mediante la Iglesia**
- 13. La verdadera historia del mundo. La plenitud de los tiempos**

Hace dos mil años se proclamó la historia de la salvación, y desde hace dos mil años existe una Iglesia que, como sucesora de Cristo, se hace responsable del nuevo ser humano, de la paz, la justicia y el amor al prójimo. Justo al acabar el segundo milenio después de Cristo, el balance parece más negativo que nunca. El escritor americano Louis Begley ha denominado al siglo XX como "requiem satánico". Es un infierno de asesinatos y homicidios, de masacres y crímenes violentos, un compendio de atrocidades.

En el siglo XX se ha matado a más hombres que nunca. A este siglo le corresponden el holocausto y la bomba atómica. Durante un tiempo se pensó que, después de la segunda guerra mundial, habría una época de paz. Se pensaba que el holocausto nos había demostrado a lo que podía llegar el racismo. Pero después del año 1945 hubo un período de tensiones que desembocó en más guerras de las que nunca ha habido. Y en la Europa de los años 90 hay guerra, y una guerra de religiones, y la hambruna, los destierros, el racismo, la criminalidad, el predominio del mal va aumentando en el mundo. Sin embargo, al final de este milenio también se registran grandes transformaciones, muy positivas: el final del despotismo del Estado en los países comunistas, la caída del telón de acero en Centroeuropa, la disposición a mantener conversaciones de acercamiento en zonas críticas del Oriente Medio.

Cardenal Ratzinger, muchos se plantean serias dudas y se cuestionan, después de todo esto, la eficacia de Dios y la de los hombres sobre el mundo. ¿El mundo está de verdad redimido? Estos años después de Cristo, ¿pueden llamarse, de verdad, de salvación? Sus palabras constituyen un cúmulo de observaciones y preguntas, pero la pregunta fundamental del conjunto sería ésta: ¿el cristianismo ha traído la salvación, ha traído la

Redención, o todo ha sido en vano? ¿No será que el cristianismo ha perdido toda su fuerza?

Creo que habría que empezar diciendo que la salvación, la salvación que procede de Dios, no es algo cuantitativo ni puede añadirse a otros sumandos. Los conocimientos técnicos que tiene la humanidad tal vez puedan detenerse ocasionalmente, pero siempre van en la línea de un continuo avance. El ámbito cuantitativo es medible, puede concretarse en mayor o menor medida. Pero cuando el hombre da un paso adelante en el bien, no se puede cuantificar, porque cada vez es un nuevo hombre y, por tanto, con cada nuevo hombre empieza en cierto sentido otra nueva historia.

Es importante resaltar esa distinción. La bondad del hombre, vamos a expresarle así, no es cuantificable. De ahí que no se pueda deducir que el cristianismo, que en el año cero comenzó siendo como un grano de mostaza, deba acabar siendo un erguido y robusto árbol, y que todo el mundo pueda contemplar cómo ha ido mejorando de siglo en siglo. Es un árbol que puede derribarse y cortarse; porque la Redención ha sido confiada a la libertad del hombre, y Dios nunca privará al hombre de su libertad.

La Ilustración sostenía la idea de que el proceso civilizador debía introducir a la humanidad en la verdad, la belleza y el bien casi de forma imperativa, para que siguiera mejorando.

Consecuentemente, pensando en el futuro, los actos de barbarie eran inconcebibles.

Se trata de ese carácter de aventura, por llamarlo así, de la Redención, que siempre remite a la libertad. Pues la Redención no ha sido decretada ni impuesta al hombre, ni tampoco está cimentada sobre una base estable, la Redención se apoya en el frágil recipiente de la libertad humana. Cuando el ser humano cree haber llegado a una escala superior, debe contar siempre con que todo puede desplomarse y venirse de nuevo abajo. En eso consisten, creo yo, las polémicas que se han planteado frente a Jesús. ¿La Redención está cimentada sobre algún aspecto del mundo cuantificable, medible, en el sentido de poder decir, "todos han recibido su pan, ya no habrá más hambre,,? ¿.0 bien la Redención es algo muy diferente? Porque si está ligada a la libertad, si no ha sido impuesta al hombre bajo ningún aspecto, sino ofrecida a su libertad, por esa misma razón es, hasta cierto punto, también destruible.

Hemos de considerar, además, que el cristianismo ha sido siempre una siembra de amor.

Si analizáramos todo lo acaecido en la historia gracias al cristianismo, comprobaríamos que, realmente, es bastante considerable. Goethe dijo: "respetemos lo que tenemos bajo nosotros". Por el cristianismo surgió la atención a los enfermos, la protección a los más débiles y una gran organización del amor. Gracias al cristianismo ciertamente, se extendió el respeto a los hombres en cualquier situación. Es interesante saber, por ejemplo, que cuando el emperador Constantino reconoció el cristianismo, se sintió obligado, desde el primer momento, a introducir cambios en las leyes dominicales y a preocuparse de que los esclavos también pudieran disfrutar de sus derechos.

O también recuerdo, por ejemplo, a Atanasio -gran obispo alejandrino del siglo IV- que describía cómo se enfrentó, él mismo, a gentes de todas las razas con el cuchillo en la mano hasta que, finalmente, los cristianos le inspiraron un sentimiento de paz. Estas cosas no son fruto de la estructura de un reino político, y como vemos hoy en día, también pueden venirse abajo.

Donde el hombre se aparta de la fe, los horrores del paganismo se presentan de nuevo con reforzada potencia. Yo creo, y eso puede comprobarse, que Dios ha irrumpido en la historia de una forma mucho más suave de lo que nos hubiera gustado. Pero así es su respuesta a la libertad. Y si nosotros deseamos y aprobamos que Dios respete la libertad, debemos respetar y amar la suavidad de sus manos.

Antes, el cristianismo no estaba extendido universalmente como lo está ahora. Pero su expansión no ha estado siempre acompañada de santidad

Esa expansión cuantitativa del cristianismo -con el imprescindible crecimiento del número de fieles- no siempre conlleva una mejora del mundo, porque, de hecho, no todos los que se dicen cristianos lo son realmente. El cristianismo repercute, indirectamente, en la configuración del mundo a través de los hombres, a través de su libertad. Pero el cristianismo en sí, no es un nuevo y organizado sistema político-social para acabar con el mal.

Con respecto a si ha habido Redención o no ha habido Redención, ¿qué significado tiene la existencia del mal en el mundo?

El mal tiene poder y está en los caminos de la libertad del hombre, configurando sus propias estructuras. Porque, evidentemente, hay formas del mal que presionan al hombre y pueden bloquear su libertad, llegando, incluso, a levantar un muro que impida la irrupción de Dios en el mundo. Pero Dios no venció al mal en Cristo en el sentido de que éste ya no pudiera volver a tentar a la libertad del hombre, sino brindándonos la posibilidad -sin obligarnos- de tomarnos de su mano para enderezar nuestros caminos.

¿Con eso quiere decir que Dios tiene poco poder sobre este mundo?

En cualquier caso, no ha querido ejercer su poder como a nosotros nos hubiera gustado.

Lógicamente, en este Weltgeist, en este espíritu de la época, yo también me haría esa pregunta que usted me hace: "¿por qué sigue impotente?", "¿por qué reina tan débilmente, crucificado, como un fracasado?". Sin embargo, es evidente que quiere reinar así, ese es el poder divino. Porque dominar por imposición, con un poder que se ha conseguido y se mantiene por la fuerza, al parecer, no es la forma divina de poder.

Volviendo a la pregunta de antes: esta situación del mundo en el siglo XX, que ha sido calificada como "requiem satánico", ¿no debería asustarnos?

Nosotros, los cristianos, sabemos que el mundo está siempre en manos de Dios. Aun cuando el hombre se alejara de Dios hasta el punto de abocarse a la destrucción al final de los tiempos, Dios volverá a establecer un nuevo comienzo. Nosotros hacemos las cosas con la fe puesta en Dios, para que el hombre no se aleje de Él y el mundo sea, en la medida en que nosotros podamos, una nueva Creación suya, que el hombre pueda vivir una nueva vida como criatura suya.

Pero, por supuesto, también podría hacerse un diagnóstico más pesimista. Podría ocurrir que la ausencia de Dios -Metz lo formuló de un modo un tanto extraño, como la "crisis de Dios"- sea tan fuerte, que el hombre entre moralmente en barrena y tengamos ante nosotros la destrucción del mundo, el apocalipsis, el caos. También se puede contar con esa posibilidad. No debemos excluir un diagnóstico apocalíptico. Pero, incluso entonces, contaríamos con la protección de Dios que acoge a los hombres que le buscan; y el amor siempre es más fuerte que el odio.

"A finales del segundo milenio" -decía Juan Pablo II en cierta ocasión- "la Iglesia ha vuelto a ser Iglesia de los mártires." Y por otra parte, usted, Señor Cardenal, hizo un balance parecido sobre la situación actual: "Si no recuperamos un poco de nuestra identidad cristiana, no seremos capaces de hacer frente a los desafíos de la hora presente"

Pero, como decíamos anteriormente, la Iglesia también irá adquiriendo nuevas formas. Será una Iglesia de minorías, menos identificada con las grandes sociedades, y compuesta por círculos de creyentes plenamente convencidos, con vida interior; y entonces la Iglesia podrá ser mucho más operativo. Podrá ser, con palabras de la Biblia, precisamente, "la sal de la tierra". En esta transformación es nuevamente muy importante que lo constante en el hombre, lo que es esencial para él, no se destruya nunca, y las energías que le sostienen como hombre serán aún más necesarias.

La Iglesia tiene que tener, por una parte, flexibilidad para aceptar los cambios de actitudes y de sistemas en la sociedad, y seguir solucionando sus anteriores obligaciones de un modo nuevo. Pero, por otra, también tiene cada vez mayor necesidad de la lealtad del hombre, para poder sostenerle y ayudarlo a sobrevivir, y a mantener su dignidad. La Iglesia tiene que dejar constancia de esto Y ayudar al hombre, tirando de él hacia arriba, hacia Dios; sólo así recibirá el hombre el vigor y la fortaleza que exige la paz en la tierra.

Hay gente que piensa que la Iglesia a veces actúa de forma que parece incompatible con la Revelación. Un ejemplo de esas "grietas" en la historia del segundo milenio del cristianismo sería lo que el Papa denominó intolerancia en contra los nombre de la religión y complicidad en los delitos derechos humanos. Ahora, la Iglesia habla con cierta frecuencia de sus errores en relación con los judíos, o en relación con la mujer Estas confesiones parecían hasta ahora una pérdida de la propia autoridad. ¿No se debería hablar, incluso con una actitud más abierta todavía, de los fallos que la Iglesia ha tenido a lo largo de la historia?

La sinceridad es una virtud capital para todo, también para saber qué es y qué no es la Iglesia, y para conocernos a nosotros mismos un poco mejor. En este sentido, una decepción -si se puede decir así- producida por no ocultar el lado sombrío de la historia de la Iglesia, también es una muestra de su honradez y de la importancia de la sinceridad. Si una confesión, digámoslo así, si reconocer las propias culpas es propio de la naturaleza del cristiano, porque sólo de ese modo puede ser justo y sincero consigo mismo, lógicamente,

también es propio de la naturaleza de la personalidad colectiva de la Iglesia realizar esa puesta al día, ese reconocimiento de los propios errores. Así que, efectivamente, la Iglesia necesita ese "salmo penitencial" para poder presentarse lealmente ante Dios y ante los hombres.

No obstante, creo muy importante recordar y no pasar por alto que, pese a sus fallos y debilidades, la Iglesia siempre ha proclamado la Palabra de Dios y ha impartido los sacramentos, dejando así constancia de la fuerza y del vigor de la salvación, y haciendo evidente que posee la fuerza capaz de vencer al mal. Y el poder de Dios también se manifiesta en que, cuando el cristianismo parece a Punto de extinguirse y quedar reducido a brasas y cenizas, la fe cristiana florece de nuevo. Me estoy refiriendo, Por ejemplo, al siglo X, cuando el papado era una ruina que hacía pensar que, en Roma, el cristianismo acabaría definitivamente. Y, sin embargo, fue entonces cuando, con la vida monástica, resurgió un dinamismo nuevo para la fe. Es posible que, ahora, en medio de esta decadencia de la Iglesia, el cristianismo perdure sólo como una realidad apenas vivida. Pero la presencia de Cristo en su Iglesia ejerce un dinamismo interior que constantemente la va renovando incluso en lugares inesperados.

El peso de la historia que presiona sobre la Iglesia parece bastante importante. Lo digo, porque con motivo de las celebraciones del Quinto centenario del descubrimiento de América por Colón, se observaron algunos sentimientos críticos hacia las misiones, con tanta fuerza que parecía que habían tenido lugar ayer.

Ahí, por supuesto, había muchos juicios globales que no responden a la verdad de la historia; más bien respondían a las emociones del momento. Yo no pretendo discutir los fallos o errores que pudieron someterse. Pero, precisamente ahora hay nuevos estudios, más profundos, en relación con ese tema; y las nuevas investigaciones dejan al descubierto que la fe -y la Iglesia también- realizó una gran tarea de protección de la cultura frente a aquel aplastamiento brutal de los hombres, debido, sobre todo, a un afán desmedido de posesión por parte de los descubridores. El Papa Pablo III Y sus sucesores intercedieron con firmeza en favor de los derechos de los indígenas y ordenaron los correspondientes ordenamientos jurídicos. La corona española, en concreto el emperador Carlos V, también dictó nuevas leyes, en gran parte irrealizables, pero que honran a la corona española, pues protegían los derechos de los indígenas a los que, expresamente, reconocían como seres humanos y, por tanto, titulares o portadores de derechos humanos. En el siglo de oro de España, los teólogos y los canonistas españoles fueron los que dieron origen a la idea de los derechos humanos. Posteriormente, otros los hicieron suyos, pero para entonces ya habían sido redactados, en España, por Vitoria.

Aquel gran movimiento misionero de franciscanos y dominicos se transformó en un movimiento defensor del hombre. No hablo sólo de Bartolomé de las Casas, sino de otros muchos misioneros, de un gran número de misioneros anónimos. Ahora ha salido a la luz un aspecto muy interesante de la historia de las misiones. Aquellos primeros franciscanos que fueron a Méjico como misioneros aún estaban influenciados por la teología del siglo XIII y predicaban un cristianismo muy sencillo, muy directo y sin que mediara ninguna institución. Pero los indígenas apenas hubieran prestado atención al cristianismo -como vemos que sucedió en Méjico- si no hubiera sido porque percibían en la fe una especial fuerza liberadora. Liberadora también del culto que habían tenido hasta entonces. Méjico fue conquistado porque el pueblo oprimido cerró filas junto a los españoles para poder liberarse de aquel dominio. Todo ello junto da una imagen muy diferente y en la que no existen culpas que perdonar. En la fe había una gran fuerza protectora y liberadora que hizo posible que exista una numerosa población india en Centro y Sudamérica; de no haberla habido, las cosas hubieran sido muy diferentes.

Y, dígame, ¿cómo puede explicar que la rehabilitación de Galileo haya tardado siglos en efectuarse?

Yo diría que aquí más bien se ha rendido homenaje a un tema que ya había prescrito. Nadie se sentía en la necesidad de proceder a una rehabilitación expresa. El caso Galileo fue intencionadamente ensalzado por la Ilustración, como ejemplo concreto del conflicto entre Iglesia y ciencia. Tenía peso propio, históricamente hablando, pero la sobrecarga de tensiones electrizantes y casi míticas no se justificaba. La Ilustración quería hacer de ese asunto el prototipo del comportamiento de la Iglesia frente a la ciencia. Y, de ese modo, el caso de Galileo fue hinchándose para poder poner de relieve la enemistad y la hostilidad de

una Iglesia demasiado anticuada frente a la ciencia. Pero, lentamente, se fue forjando el juicio: "esto no está en el pasado, es algo que va horadando los espíritus y que conviene depurar explícitamente".

Qué habría hecho el mundo sin la Iglesia es una interrogante sin respuesta. Pero no se puede negar que la fe cristiana también ha liberado y cultivado al mundo, por ejemplo, en el desarrollo de los derechos humanos, en la cultura y en la ciencia, en la educación ética. Europa no hubiera sido posible sin esa fecundidad. El periodista judío Franz Oppenheimer escribió: "Las democracias deben su origen al mundo judeo-cristiano de Occidente. La historia de su origen condiciona fundamentalmente nuestro mundo pluralista. También a su origen hemos de agradecer las normas que hasta ahora han aprobado, juzgado y corregido nuestras democracias ". Y usted mismo también ha dicho que la existencia de las democracias tenía algo que ver con la existencia de los valores cristianos.

Yo sólo puedo subrayar eso que ha escrito Oppenheimer. Hoy en día, todos sabemos que el modelo democrático procede de la constitución monástico, que fue pionera con sus capítulos y sus votaciones. La idea de derechos iguales para todos encontró ahí su forma política. También es cierto que antes había habido una democracia griega de donde se tomaron algunas ideas decisivas, pero después del ocaso de los dioses, tenían que ser transmitidas de alguna otra forma. Es un hecho evidente que las dos primeras democracias -la americana y la inglesa- están basadas en una misma conformidad de valores procedente de la fe cristiana, y que sólo pueden funcionar, y funcionan, cuando existe un acuerdo fundamental sobre los valores. De no ser así, se disolverían, se desintegrarían. De ahí se obtiene un balance histórico muy positivo para el cristianismo que desplegó una relación nueva del hombre consigo mismo y con una nueva humanidad. La antigua democracia griega dependía de la seguridad de los dioses. La democracia cristiana de la Edad Moderna dependía de los auténticos valores de la fe obtenidos por la elección de una mayoría. Justo en ese balance del siglo XX que hacía antes, quedaba demostrado que, cuando se suprime el cristianismo, irrumpen de nuevo los poderes del mal que han de ser nuevamente rechazados por el cristianismo. De forma puramente histórica podría decirse que no hay democracia sin fundamentos religiosos.

El Cardenal inglés Newman dijo a propósito del mensaje que la Iglesia trae al mundo: "Sólo por nosotros los cristianos se podrá detener la caída del mundo, porque una red internacional de comunidades cristianas se extiende universalmente. La existencia del mundo está vinculada a la existencia de la Iglesia. Si la Iglesia cayese enferma, el mundo elevaría una protesta por ello".

Esa formulación tal vez resulte demasiado drástica, y, sin embargo, yo diría que, precisamente, la historia de las grandes dictaduras ateas de nuestro siglo -nacional-socialismo y comunismo- ha demostrado que, cuando faltan la fuerza de la Iglesia y el empuje de la fe, el mundo salta en pedazos. El paganismo precristiano aún tenía cierta inocencia y la vinculación a los dioses también encarnaba valores primitivos que ponían límites al mal, ahora si desaparecieran las fuerzas contrarias al mal se produciría un enorme cataclismo.

Ahora podemos decir, basados en la certeza de la experiencia, que, después de haber sido arrancada de cuajo la autoridad moral que representa la fe cristiana, la humanidad se encuentra como un gran barco después de chocar contra un iceberg, dando bandazos y afrontando enormes riesgos para poder sobrevivir.

2. Catarsis: la época de transición y sus duras pruebas

Justo al acabar un siglo el tiempo parece correr más aprisa, como si tuviera algún compromiso secreto. Es como aquel grano de mostaza que seguía pareciendo pequeño, hasta que, poco antes de que llegara la hora, de pronto creció para darse a conocer al mundo. Muchos son los convencidos de que ahora nos encontramos en los orígenes de una nueva sociedad universal que se distinguirá de la actual en cuestiones fundamentales, del mismo modo que el mundo de la revolución industrial se distinguió de su anterior período agrario.

Es algo así como lo que los sociólogos llaman un suceso en la línea divisoria de aguas, como una vuelta del curso actual de un río hacia valores menos significativos para sobrevivir en la nueva época. Estos son tiempos en los que no hay realmente un Hoy, sino

un No-más-como-ayer y un Todavía-menos~que-mañana. ¿Debemos tener alguna actitud fundamental ante esta transición?

Yo también percibo esa aceleración de la historia. Siempre que se hace un descubrimiento, lo que sigue después también transcurre a mucha velocidad. Cuando pienso en los cambios habidos en el mundo en estos últimos treinta años, casi puedo tocar con las manos esa aceleración de la historia y todas sus modificaciones llevadas a cabo. El mundo cambiante está presionando el presente e incluso podría decirse que, en cierto grado, ya está aquí. Y vemos seguir adelante su proceso sin que nosotros hayamos podido siquiera vislumbrar ni su dirección ni lo que pueda venir de ahí.

Sólo se perciben las grandes colectividades. Ahí están la Unión Europea, el mundo islámico, o el intento de crear una conciencia universal para todos a través de las conferencias de la O.N.U. Al mismo tiempo, observamos cómo crece la autoafirmación de lo propio, que cada vez es más obstinada. Uniformidad y división en mutua dependencia. Y en esa uniformidad se va desarrollando, paradójicamente, una creciente irritabilidad de unos contra otros. Pero, de momento, nadie sabría predecir qué forma concreta pueda tomar todo esto. Por eso a mí me parece que, en una situación como la actual, en este mundo de cambios tan rápidos e imprevisibles, la constancia del hombre en lo esencial es cada vez más importante.

Según algunos datos, está empeorando la supervivencia en este planeta. A partir de mitad de los años ochenta, las catástrofes naturales en el mundo han aumentado, en número y en gravedad, dejando claro, además, que no sólo fueron causadas por la naturaleza, sino que la mayoría de ellas fueron originadas por el hombre. Unas veces, interviniendo directamente en un sistema natural, y otras, perdiendo el control sobre sus propios sistemas. Algunos creen que se trata de la ira de Dios. Posiblemente sea una purificación, una catarsis.

Posiblemente haya que hacer pedazos todo lo anterior, para después poder rehacerlo de nuevo. Pero, ¿se requiere tanta danza infernal sobre un volcán, se requiere tanta agitación, tantas furias desatadas y tantos efluvios al final de los tiempos, para este climaterio de la historia universal, y para poder recomenzar de nuevo? ¿Era éste el verdadero sentido del Apocalipsis?

Eso es muy difícil de responder. Lo que nosotros deberíamos hacer es esmerarnos en preparar un nuevo comienzo con las fuerzas de la Creación y de la Redención que ya tenemos. Y también deberíamos liberar, digamos, esa energía que tiene el hombre para luchar y para limitarse a sí mismo. Porque, evidentemente, de ahí es de donde nos vienen todas las fuerzas. De ahí sabe el hombre que él no hace todo lo que puede hacer -podría destruir el mundo y destruirse a sí mismo-, porque, frente a ese "poder hacer" está la medida del "deber hacer" y del "querer hacer". No sólo para reconocer una imposibilidad física, sino para reconocer también la que definimos como imposibilidad moral. La educación en este sentido es, sin duda alguna, fundamental, para que el género humano pueda superar la tentación del árbol prohibido.

La Iglesia debería enseñar al hombre a crecer por sí mismo y saber contrarrestar su fuerza física, con la correspondiente fuerza moral. Y eso no se obtiene de la simple moralidad, como sabemos, es fruto de la unión interior con Dios vivo. La moral tiene fuerza sólo cuando Dios existe como fuerza interior en nuestro ser (Dasein), y no cuando procede de un puro cálculo personal.

Tal vez no quede ya ninguna posibilidad de salvación desde fuera, pero sí desde dentro, la salvación de una conciencia que no esté basada en el ego. Hace poco usted decía: "Tal vez las advertencias bíblicas sobre los cambios perjudiciales en la vida del hombre quisieran decirnos: el estado de nuestro espíritu influye en la naturaleza".

Sí. A mí a veces también me parece ver claramente que es el hombre quien amenaza a la naturaleza con arrebatarse su hálito de vida. Y esa contaminación ambiental exterior que sufrimos también me parece espejo y emanación de la contaminación de nuestro interior, a la que apenas prestamos atención. Yo diría que ese es el gran déficit de los movimientos ecologistas. Arremeten con pasión muy comprensible y justificada contra la contaminación del medio ambiente, mientras tratan la autocontaminación espiritual del hombre como si fuera uno de sus derechos a la libertad. Ahí hay algo erróneo. Eliminamos la contaminación cuantificable, pero no prestamos atención a la contaminación espiritual del hombre -que es parte de la Creación- para poder respirar humanamente, y, en cambio, defendemos lo que, con un concepto falso de libertad, crea la voluntad humana.

Mientras sigamos cultivando en nuestro interior esa caricatura de libertad, es decir, la libertad de la destrucción espiritual, todos los cambios que queramos dirigir hacia el exterior serán ineficaces. Creo que habría que prestar más atención a esto. No sólo la naturaleza tiene leyes, disposiciones y un orden de vida que hemos de seguir si queremos vivir en y de ella. El hombre es criatura y, como tal, tiene también un orden en la Creación. El hombre no puede hacer nada arbitrariamente, por sí mismo. Para poder vivir desde dentro, tiene que reconocerse como criatura y procurar tener en su interior la pureza del ser criatura, algo así como una especie de ecología espiritual, si queremos llamarlo así. Cuando no se entiende este punto central de la ecología, todo lo demás es inútil.

El capítulo 8 de la Carta a los Romanos lo explica muy claramente. Dice que Adán, o sea, el hombre interiormente contaminado, trata a la Creación como a una esclava y la somete, y que la Creación sometida gime por ello. Hoy en día escuchamos a la Creación gemir como nunca. Pablo, además, añade que la Creación espera la presencia del Hijo de Dios para poder respirar, y que sólo respirará cuando se vea sometida a hombres que sean un reflejo de Dios.

Al parecer, con tanto cambio en el mundo, todavía nos esperan nuevas sorpresas, ya no sabemos exactamente qué debemos hacer. La pregunta es si la cristiandad, con el conocimiento básico que tiene, podrá hallar una respuesta correcta a todas estas evoluciones, a resultados tan distintos y a tanta cosa por aclarar.

Efectivamente, ahora tienen que aplicar esos conocimientos básicos en campos nuevos, y eso no se consigue sin esfuerzo, requiere un conjunto de resultados, sufrimientos y experiencias. Pero los puntos de partida esenciales de la cristiandad, ofrecen siempre soluciones que, con la ayuda de nuevas experiencias, después se pueden acabar de concretar. Por eso el cristianismo es una constante forma de pensamiento y de vida, y no una receta que pueda aplicarse a todo. Pero sí nos da una orientación básica y luces para poder llegar a la respuesta conveniente. Siendo conscientes de que el hombre es, antes que nada, imagen de Dios, y respetando el orden de vida explicado en los Diez Mandamientos, ya tenemos la orientación esencial y necesaria para poder establecer las respuestas ante los nuevos problemas. Y esto requiere el esfuerzo de muchos en una búsqueda común de lo más justo y correcto, de lo más auténtico, antes de poder pasar a su aplicación.

3. Una "nueva primavera para el espíritu humano" en el tercer milenio

Al acabar este siglo, muchas de las promesas hechas a la sociedad, se han venido abajo. Por ejemplo el marxismo (Marx: "La religión es el opio del pueblo"), el psicoanálisis (Freud: "La religión es la neurosis de la humanidad"), así como la idea que tienen los sociólogos de que la ética no es más que una instancia moral. A todo eso hay que añadir las nuevas tesis sobre las reformas en las relaciones sexuales, o en la educación, y todo con una nueva concepción de la autoridad. Usted mismo se atrevía a hacer un pronóstico hace diez años: "Lo nuevo aún está por venir". ¿Qué idea tenía entonces de todo lo nuevo?, ¿sabía ya lo que iba a suceder? ¿Quería entonces decir que la cultura de la postmodernidad sobreviviría, una cultura que usted describió como "de autodistanciamiento del primer recuerdo del hombre", que es el "recuerdo de Dios"?

Yo expresaba esa esperanza. Lo que yo entonces quería decir era que los aforismos y las contradicciones de esas teorías también dejaban ver su falsedad interior. Y ese es, ahora, en gran medida, nuestro caso. Estamos atravesando una época de desmitificación de muchas ideologías que sólo eran una explicación económica del mundo dada por Marx, y que, en principio, parecían muy lógicas y convincentes. Incluso llegó a fascinar a muchos, sobre todo, por estar compaginada con una ética, pero que, sencillamente, no contenía la realidad. El hombre, ahí, no tenía explicación. Ahora ya se ha demostrado que la religión, en efecto, es una realidad primigenia en el hombre. Y lo mismo sucede con otras realidades, como, por ejemplo, con la educación antiautoritaria, que ya se ha visto que es inadecuada porque es propio de la naturaleza del hombre necesitar una autoridad. Y lo que yo quería expresar ahí, es mi esperanza de que, con la experiencia de la historia, cuanto antes, se llegue a la autocrítica de esas ideologías. Porque eso nos haría reflexionar y tendríamos una nueva visión de lo cristiano y, entonces, con el nuevo concepto adquirido y con los fragmentos de verdad que hubiera en esas ideologías, lograríamos una nueva

presencia del cristianismo.

De todas formas, ya hemos visto que de los fracasos y de los derrumbamientos no se producen necesariamente nuevas perspectivas positivas. En los países excomunistas, por ejemplo, el continuo empeoramiento de su situación económica y política, no origina desde luego, la regeneración del comunismo, pero tampoco produce un movimiento positivo, en el sentido de decir: "tendríamos que volver a los antiguos valores cristianos". Lo que realmente produce es cansancio en las almas, agotamiento, resignación; y, lógicamente, la desesperanza va en aumento. El renacimiento cristiano no llega por la negación de anteriores ideologías; con eso no se producen necesariamente movimientos hacia actitudes más vitales, más positivas. Simplemente se abre un espacio a la decepción que podría conducir a nuevos fracasos, pero que también puede ofrecer al hombre otra posibilidad: la de sentirse atraído por la fuerza y el vigor del cristianismo, y entonces se produciría una regeneración. Por tanto, como veíamos antes, no se origina como una necesidad por ley natural.

De momento se puede observar que lo puramente científico, la visión racionalista y materialista del mundo, que tanto ha marcado a este siglo, se va agotando y va desapareciendo. ¿Volverá el hombre del tercer milenio a aceptar mitos en su vida? Antiguamente había mitos que servían de velo para ocultar la realidad. ¿Se volverá a los mitos para afrontar las nuevas realidades, para conocer mejor las verdades más Profundas? En el medievo el mundo estaba lleno de signos, nada existía por sí mismo, todo estaba relacionado con el más allá. "El hombre vive de ilusiones", decía el gran filósofo de la historia Johann Huizinga, "y porque todo es ilusión para él, entiende la oscura metafísica". Los mitos despiertan interés por todas partes, eso es querer volver a lo anterior, al cristianismo, es una vuelta a la antigua mitología con la esperanza de encontrar otros modelos de vida y de recobrar las primitivas fuerzas. Pero ahí se esconde mucho romanticismo. Porque cuando no nos satisface el presente, ni podemos volver atrás en la historia, ni podemos recuperar el pasado. En esa evocación de los mitos precristianos, que no se buscan en el cristianismo por encontrarlo demasiado racional o demasiado gastado hay, ante todo, un deseo de huir de las exigencias del cristianismo, buscando el máximo apoyo en lo religioso, pero evitando en todo lo posible cualquier compromiso, eludiendo cualquier vinculación posible.

Yo no digo que en esos mitos no se oculte algo a lo que nosotros podamos recurrir. La humanidad también ha encontrado la verdad en esos mitos, y eso le ha ayudado a buscar otros caminos. Pero si los mitos ya están preparados por nosotros, y los elegimos según nuestras necesidades, entonces no tienen ninguna fuerza. La religión, como su propio nombre indica, no puede existir sin una ligadura. De no existir una disposición al compromiso, al sometimiento, a la verdad ante todo, la religión solamente sería un juego. Antes me ha citado El juego de perlas de cristal. La nueva búsqueda corre el riesgo de no ser suficientemente trascendente, y, entonces, las fuerzas que confiamos recibir no llegarán nunca. Más bien será una especie de sueño en el que los problemas y los poderes reales, que el nuevo mundo trae consigo, no se dejarán dominar ni conducir por caminos rectos. La nostalgia de la religión que ahora existe es la simple necesidad de recibir algo de su fuerza, y, también, el reconocimiento de que la necesitamos porque estamos viviendo de modo precario. Esto es, con toda seguridad, algo positivo, pero aún está demasiado vinculado a la voluntad. La humildad de reconocer una verdad que resulta exigente y que yo no he escogido para mí, sigue ausente.

¿Imagina usted que la humanidad pueda ser testigo de una nueva Ilustración que, con enfoques liberales positivos, reconciliara los extremos e incluyera de nuevo la dimensión de la fe en la vida y en el pensamiento? Tal vez así quedaría dignamente superado en la conciencia humana lo que podríamos llamar el foso de Andrés y se pondría fin a la escisión del hombre. A lo mejor ésta podría ser la visión de una nueva integración, una integración que no renunciaría a Dios.

Un creyente siempre tiene la esperanza de que a un período de oscuridad y desintegración le suceda otro de retorno. Pero un cambio hacia adelante, como expliqué antes, porque nosotros no podemos retrotraernos a períodos anteriores. Usted me hablaba de una nueva integración, exactamente de la posibilidad de una nueva Ilustración que descubriera lo esencial y lo uniera a lo nuevo. En mi opinión, esa es una esperanza que no se vislumbra a corto plazo. Las corrientes de separación de las fuerzas espirituales son aún muy grandes.

Por una parte, está la fascinación de tener un conocimiento integral, y por otra, la previa resignación. Pero también existe un gran temor al compromiso que eso pudiera significar. Yo creo que, de momento, nos encontramos todavía en un largo período de confusión. Pero el cristiano siempre hará lo que deba hacer para que, por encima de esa fragmentación del conocimiento que tanto desintegra la vida, se manifiesten la integridad y la unidad del hombre que proceden de Dios, y vuelvan a unirse, por así decir, todos los caminos. Debemos intentar conseguirlo, aunque yo no albergo la esperanza de que esto se consiga enseguida.

Juan Pablo II habló en su discurso ante las Naciones Unidas en Nueva York, en el año 1995, de los fundamentos de un nuevo orden universal y de una nueva esperanza para el tercer milenio. "Veremos", decía el Papa, "que las lágrimas de este siglo han preparado el fundamento para una nueva primavera del espíritu humano." ¿Qué quiso decir con una "nueva primavera"? ¿Una nueva identidad del hombre?

Esto es todo un capítulo. El Papa abriga la gran esperanza de que a un milenio de divisiones le suceda otro de uniones. Mantiene la tesis de que el primer milenio de la cristiandad fue un milenio de unidad entre todos los cristianos. Aunque hubo cismas, que todos conocemos, se mantuvo la unión entre Oriente y Occidente. El segundo milenio, que estamos acabando, ha sido el de los grandes cismas, pero ahora hemos llegado también a un acuerdo común para buscar la forma de volver a la unidad. Su gran esfuerzo ecuménico está en esta perspectiva histórico-filosófica. El Papa está plenamente convencido de que tanto la declaración afirmativa como el llamamiento al ecumenismo del Vaticano II, se inserta en este movimiento histórico-filosófico.

Este resurgimiento del ecumenismo en el Vaticano II es señal clara de que estamos en vías de una nueva unidad. El Papa cree que los siglos tienen su propia fisonomía; por eso espera que los grandes hundimientos de este siglo y sus lágrimas, como él mismo decía, se apacigüen y se conviertan en un nuevo comienzo. Tenemos que lograr la unidad de la humanidad, la unidad de las religiones y la unidad de los cristianos, para que pueda dar lugar a una época positiva. Hay que tener sueños como éste. Es un sueño que nos anima y nos invita a todos a ponernos en marcha en esa dirección. La inagotable energía con la que se mueve el Papa tiene su origen, precisamente, en esta esperanza suya. Sería lamentable que nosotros nos dejáramos llevar por un simple desaliento o por un cálculo pesimista, en vez de por una ilusión con un contenido altamente positivo y significativo. Sería lamentable que no tuviéramos valor suficiente para caminar en esa dirección. Pero que esta gran ilusión sea pronto una realidad, evidentemente, está sólo en manos de Dios; yo, de momento, no la veo demasiado próxima.

4. Iglesia, estado y sociedad

Con la separación de la Iglesia y del Estado, el siglo XIX veía la fe como algo subjetivo y sólo la entendía como un asunto privado. Muchos creen que el actual y progresivo proceso de secularización es una seria amenaza para la supervivencia de la fe y de la Iglesia. Una vez acabado aquel tiempo en el que el Estado establecía la religión, ¿no podría ser este fin de siglo una nueva ocasión para la fe de la Iglesia? "Es propio de la naturaleza de la Iglesia", aclaraba usted mismo con respecto a esta relación, "estar separada del Estado y que su fe no sea impuesta por el Estado, sino que dependa del libre convencimiento". La idea de la separación de la Iglesia y del Estado se debe al cristianismo. Antes del cristianismo había una identidad entre la constitución política y la religión. En todas las culturas se aceptaba el Estado como algo sagrado y, por tanto, era también el mejor guardián de lo sagrado. Esto ya era así en la prehistoria del cristianismo, en el Antiguo Testamento. En Israel estaba, al principio, entremezclado. Pero, cuando la fe del pueblo de Israel pasó a ser la fe de todos los pueblos, su identificación política se disolvió y se convirtió en un elemento que sobrepasaba las diferencias y separaciones políticas. Y ese fue, en realidad, el punto de confrontación entre el cristianismo y el imperio romano. El Estado había tolerado las religiones privadas pero siempre con la condición de que se reconociera el culto al Estado, la cohesión del cielo de los dioses bajo los auspicios de Roma, y de que se pusiera el máximo énfasis en la religión del Estado. Pero el cristianismo no aceptó esas condiciones; suprimió el carácter sagrado del Estado y,

con ello, cuestionó la construcción fundamental de todo el Imperio romano es decir, del antiguo mundo. Así que, después de todo, esa separación es, en su origen, un legado cristiano al mismo tiempo que un factor determinante para la libertad. El Estado, por tanto, ya no es un poder sagrado, es un orden limitado por una fe que, a su vez, tampoco la proporciona el Estado, sino que es un don de un Dios, que está por encima de él y que, además, es su juez. Eso era algo nuevo y se podía explicar de diversas formas según la situación de cada sociedad. La evolución de ese modelo de separación entre Iglesia y Estado, a partir de la Ilustración, se ha realizado, en este sentido, de forma positiva. Lo negativo ha sido que los tiempos modernos, además de reducir la religión a subjetivismo, volvieron al absolutismo del Estado, que se advierte claramente en Hegel.

El cristianismo, por su parte, nunca quiso ser considerado religión de Estado, al menos al principio; quería distinguirse del Estado. Estaba dispuesto a rogar por el emperador, pero no a ofrecerle sacrificios. Además, había conquistado derechos públicos, es decir, ya no era solamente un sentimiento subjetivo, -"todo es sentimiento", decía Fausto-, sino que había conseguido ser una realidad de la cual podía hablarse abiertamente y que establecía sus propias normas de conducta y, en cierta medida, también obligaba al Estado y a los poderosos de este mundo. En ese sentido, yo creo que el desarrollo de la Edad Moderna trajo consigo lo negativo del subjetivismo, pero también tuvo su lado positivo, que es la combinación de una Iglesia libre en un Estado libre, si se puede hablar así. De ese modo se podía fundamentar la fe libremente y con mayor profundidad, pues había que seguir predicando la Palabra de Dios en público, estando bien preparados para luchar contra el subjetivismo.

Pier Paolo Pasolini vio una oportunidad para la Iglesia que consistía en pasarse al papel de radical oposición. En el verano de 1977, escribió una carta al Papa Pablo VI en la que le decía: "En el marco de una perspectiva radical, o tal vez utópica, o de un período que termina, ahora se puede ver con claridad lo que la Iglesia debería hacer para escapar a un final vergonzoso. La Iglesia debería pasarse a la oposición. Podría concentrar sus fuerzas para luchar -dicho sea de paso, puede volver la vista atrás a una larga tradición de luchas del papado contra el imperio secular- ahora contra un nuevo imperio, el del consumismo que no quiere someterse a ella. Ante semejante insubordinación, la Iglesia podría convertirse en nuevo símbolo de oposición y de rebelión, y volver así a su primitivo origen". Hay mucho de verdadero en eso. El anacronismo de la Iglesia, que, por una parte, significa debilidad -se la empuja para que se aparte-, también puede ser su fortaleza. Los hombres tal vez piensen que, para luchar contra ideologías tan banales como las que ahora predominan en el mundo, necesitamos la sólida oposición de una Iglesia moderna, cuando la Iglesia más bien parece ser antimoderna y oponerse a todo lo que se dice. La Iglesia necesita ejercer un papel de oposición profético, que debería tener el coraje de representar. Aunque al principio parezca lo contrario, su mayor fuerza está, precisamente, en el coraje de la verdad, a pesar de que, impidiendo una arbitrariedad, pueda parecer que la Iglesia se está encerrando en un ghetto.

Pero yo no definiría el cometido de la Iglesia como el de una oposición, en general. Porque la Iglesia siempre está participando en la construcción de algo positivo. Siempre está colaborando de modo constructivo para que todo adquiriera su mejor forma, la más justa. Y tampoco se puede replegar al papel de una oposición sistemática porque la Iglesia sabe lo que tiene que hacer, cuándo tiene que presentar una objeción y cuándo debe colaborar y participar en algo; sabe cuándo puede decir que sí y cuándo debe decir que no, defendiendo su propia naturaleza.

5. Ecumenismo y unidad

Antes comentaba que una ilusión del Papa Juan Pablo II es la unidad de los cristianos al finalizar este milenio. La Iglesia católica romana ha hecho ofertas de apertura, ha planteado diálogos interconfesionales en el plano teológico. En la encíclica publicada en mayo de 1995, "Ut Unum sint", sobre el ecumenismo, el Papa expresa la esperanza de que "en el umbral de un nuevo milenio momento excepcional ..., la unidad entre todos los cristianos crezca hasta alcanzar la plena comunión". Porque, "el cisma contradice manifiestamente la voluntad de Cristo, es una contrariedad para el mundo ... ". ¿Es posible esta unidad de

todos los cristianos? Porque en esa misma encíclica se dice también que se debe evitar absolutamente, "cualquier forma de reduccionismo o de fácil acuerdo".

La cuestión sobre los posibles modelos de unidad es seria y difícil de resolver. Lo primero que habría que hacer sería preguntarse: "¿qué podemos hacer?", "¿qué podemos esperar y qué no debemos esperar?". Y la segunda pregunta sería: "¿y qué es mejor realmente?". Yo no me atrevo a esperar una unidad absoluta en la historia interna de la cristiandad. Porque incluso ahora, que se está llevando a cabo la unificación, se está viendo que siguen produciéndose fraccionamientos. Por un lado, por la constante aparición de sectas, muchas de las cuales ocultan su sincretismo con elementos paganos y no cristianos, pero, sobre todo, por los continuos movimientos espirituales que aparecen en el interior de la Iglesia y que cada vez son mayores. Y, además, también están las iglesias de la Reforma que tienen un cisma, bastante profundo, entre algunos elementos evangélicos y los movimientos modernos (y en el protestantismo alemán, la discusión entre las dos ramas también es evidente). Y también en la Iglesia ortodoxa. Aunque ahí se podría decir que la unidad no es tan importante, porque ellos desean ser autocéfalos. Pero también tienen sus diferencias y, por tanto, como vemos, nos encontramos con que en todas partes está actuando el mismo germen. Con respecto a la propia Iglesia católica, hay también algunas divergencias tan fuertes, que, a veces, da la impresión formal de que haya una Iglesia dentro de otra Iglesia. Hay que considerar esta cuestión bajo esos dos aspectos; por un lado, hay un acercamiento de los cristianos separados, pero, por otro, en el interior de la Iglesia se siguen apreciando movimientos de desunión. Por eso no conviene abrigar demasiadas esperanzas. Lo que realmente importa es que siempre tengamos presente lo esencial. Que cada cual procure huir de sus propias sombras e intente acercarse al auténtico núcleo de la fe. De momento, si no surgen más movimientos de desunión en el interior de la iglesia, y si entendemos que dentro de la separación también podemos estar unidos en muchos aspectos, ya hemos conseguido mucho. Yo no creo que se pueda llegar, pronto a grandes "uniones confesionales". Pero, me parece más importante que eso, que sintamos respeto mutuo, que nos amemos mutuamente, que nos reconozcamos cristianos e intentemos dar al mundo un testimonio conjunto en lo esencial, tanto para una recta conformación del orden secular, como en respuesta a las grandes cuestiones acerca de Dios y del hombre, de dónde viene y a dónde va.

6. El Islamismo

Cierto romanticismo ha creado una imagen de Oriente y del Islam que no siempre responde a la realidad. No obstante, no se puede negar que el Islam se distingue especialmente por su forma de juzgar los principios de la sociedad occidental. La posición del individuo o la igualdad del hombre y la mujer se valoran de forma muy diferente en Oriente y en Occidente. El terrorismo islámico desacredita de nuevo al Islam, y en Europa crece el miedo a los homicidios fanáticos. Nadie se atrevería a negar que es muy necesario un mejor conocimiento y comprensión entre las culturas. Pero, ¿en qué fundamentos se podrían basar?

Esta es una pregunta muy difícil. Pero yo diría que aquí también conviene empezar aclarando que el Islam no es una realidad uniforme. No cuenta con una autoridad uniforme, y por eso el diálogo con el Islam sólo puede llevarse a cabo con un determinado grupo islámico. Nadie habla en nombre del Islam en conjunto, no tiene una ortodoxia ordenada y común a todos. Y, además, se presenta con diversas variaciones, además de dividirse en chiítas y sunitas, claro está. Hay, por una parte, un Islam "noble", representado, por ejemplo, por el rey de Marruecos, y un Islam extremista, terrorista, que tampoco deberíamos identificar con todo el conjunto islámico, porque no sería justo.

El Islam, efectivamente, tiene estructuras para la convivencia social, para la política, para la religión, totalmente diferentes. Cuando hoy en día se discute en Occidente la posibilidad de establecer facultades de teología islámica, o presentar el Islam como corporación de derecho público, se presupone que todas las religiones están estructuradas de igual forma; que todas se adaptan a un mismo sistema democrático con sus ordenamientos jurídicos y con los espacios libres propios de ese ordenamiento. Pero la esencia misma del Islam lo contradice. Porque el islamismo no admite, en absoluto, esa separación de los ámbitos político y religioso, que, desde el principio, caracteriza al cristianismo. El Corán es una ley

íntegramente religiosa que regula la totalidad de la vida política y social islámica, y de ahí se sigue que todo el ordenamiento de vida, en general, sea como dice el Islam. El Corán marca a la sociedad desde el principio hasta el final. Le da libertad, pero sólo parcial, para que no pueda hacer de ella una meta y diga "bien, ya somos una corporación de derecho público, ya estamos presentes en la sociedad como los católicos y los protestantes". El Islam no ha llegado aún a su punto exacto, es todavía un punto de distanciamiento.

En el ordenamiento vital del Islam hay una totalidad que abarca absolutamente todo, con planteamientos muy distintos a los nuestros. Hay un claro sometimiento de la mujer al hombre, y, en su concepción de la vida, existe un sistema ordenado de derecho penal, que continuamente se contrapone a nuestro concepto de sociedad moderna. A ese respecto interesa distinguir claramente que no se trata de una simple confesión religiosa incluida en los espacios libres de una sociedad pluralista. Si se entiende así, cosa que sucede con cierta frecuencia, se estaría juzgando el Islam como un modelo cristiano disminuido y no según su propia naturaleza. Por eso, evidentemente, el diálogo con el Islam es mucho más complicado que un diálogo en el interior del cristianismo.

Podríamos formular la pregunta en sentido contrario: ¿qué puede decir el consolidado islamismo universal al mundo cristiano?

Esta consolidación islámica es un fenómeno de muchas caras. Para empezar, está en juego el aspecto financiero. El inmenso poder económico conseguido por los países árabes les permite la construcción de enormes mezquitas, y otras muchas maneras de mantener la presencia islámica en las culturas de todo el mundo. Pero eso, claro está, es sólo un factor. El otro es una identidad cada vez más consolidada, una conciencia de sí mismo cada vez más fuerte.

En la situación cultural del siglo XIX y principios del siglo XX, hasta entrados los años sesenta, la superioridad industrial, cultural, política y militar de los países cristianos era tan grande que el islamismo tuvo que dividirse en dos ramas, y el cristianismo -o al menos las civilizaciones fundadas en el cristianismo- quedó como el gran poder vencedor de la historia universal. Pero entonces tuvo lugar la grave crisis moral del mundo occidental en la que también se encontraba el mundo cristiano. Ante la profunda contradicción moral del mundo occidental y su confusión interior, y ante la reaparición del poder económico en los países árabes, el alma islámica despertó: "nosotros también valemos algo", "nuestra identidad vale más que otras", "nuestra religión se mantiene firme, mientras que de la vuestra ya no queda nada".

Este es el sentimiento del mundo islámico: "los países occidentales no tienen mensaje moral, lo único que pueden ofrecer al mundo es un know how"; "la religión cristiana ha abdicado, ya no le queda nada de auténtica religión"; "los cristianos no tienen moral ni tienen fe, sólo les quedan restos de ideas de una Ilustración moderna"; "nosotros, en cambio, tenemos una religión firme y segura".

El islamismo tiene la convicción de que su religión es la más fuerte, que tiene recursos para resistir y perdurar en el mundo. El Islam cree tener algo que decir al mundo: "sí, nosotros somos la fuerza esencial de la religión". Se ha acabado la charlatanería anterior y ahora se presenta al mundo con seguridad y arrogancia. Y eso ha originado un nuevo empuje, ha despertado un fuerte e intenso deseo m. Y su fuerza consiste en que: "nosotros tenemos un ininterrumpido mensaje moral desde los profetas y podemos decir al mundo cómo se ha de vivir; los cristianos no pueden decirlo". Por tanto, nosotros ahora debemos ocuparnos de esa energía del Islam, que ha fascinado a muchos, incluso en círculos académicos.

7. El Judaísmo

Vamos ahora al tema más importante de aquella larga lista que hicimos. Durante mucho tiempo se ha creído que el conflicto entre el judaísmo y el cristianismo estaba planteado en las entrañas de la religión. Pero ahora el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe católica comprueba que: "La estrella señala a Jerusalén. Se extingue y luce nuevamente en la Palabra de Dios, en las Sagradas Escrituras de Israel. " ¿Qué quiere decir con esto?

¿Es algo así como una relación radicalmente nueva con el judaísmo?

Indudablemente, nuestras relaciones con el judaísmo tienen que ser otras, pero eso ya está también en marcha. Todavía no se han eliminado las diferencias, más bien al contrario, en cierto modo, tal vez ahora las notemos más que antes. Pero hemos de vivirlas basándonos

en un profundo respeto mutuo y en nuestra unión interior. Y en eso sólo estamos a medio camino. Me refiero concretamente a que, siendo el Antiguo Testamento parte de la Biblia cristiana, siempre ha habido un parentesco entre el judaísmo y el cristianismo. Pero, precisamente, eso mismo ha sido un punto de escisión, pues los judíos creían que nosotros nos habíamos apoderado de su Biblia, aunque no la viviéramos bien. Ellos eran los auténticos propietarios. Y en el cristianismo, por el contrario, siempre ha existido un sentimiento de que los judíos no leían bien el Antiguo Testamento, porque sólo se lee bien si se está abierto y se da entrada a Jesucristo. Ellos se cerraron interiormente en sí mismos, digamos, y continuaron su propia dirección. Y el cristianismo, en muchas ocasiones, ha utilizado la posesión del Antiguo Testamento en contra de los judíos, argumentando, "vosotros tenéis la Biblia, pero no la utilizáis bien, tenéis que dar un paso más".

A partir del siglo II después de Cristo, surgieron algunos movimientos espirituales en el cristianismo que intentaban prescindir totalmente del Antiguo Testamento, o, al menos, reducir mucho su significado. Aunque esa actitud nunca ha sido la del Magisterio de la Iglesia, lo cierto es que, a lo largo de la historia, el Antiguo Testamento fue perdiendo valor entre los cristianos. Si sólo se lee la antigua ley o alguna de sus historias -en parte bastante inhumanas-, lógicamente se puede pensar: "¿es esta mi Biblia?", y con pensamientos como éste o parecidos, se fue dando pie a una opinión antijudáica. Y cuando los cristianos de la Edad Moderna se apagaron de la interpretación alegórico con la que los Padres de la Iglesia habían "cristianizado" el Antiguo Testamento, lógicamente volvió a darse un desconocimiento del libro, con el resultado final de que nosotros, ahora, deberíamos intentar leerlo de nuevo con atención.

Para que ellos caminen en la dirección de la fe que nosotros vivimos, tendríamos que compartir mejor ese patrimonio común de la historia de Abrahán -que es punto de separación al tiempo que punto de unión entre nosotros-, respetando que los judíos no lean el Antiguo Testamento con los ojos puestos en Cristo, sino en la promesa del que aún ha de venir. Y, por otra parte, nosotros esperamos que los judíos comprendan que cuando nosotros leemos el Antiguo Testamento, lo leemos bajo una luz distinta a la suya, pero en la misma fe de Abrahán, y que, por tanto, podemos ayudarnos mutuamente.

¿Por qué tardó tanto el Vaticano en reconocer el Estado de Israel?

La fundación del Estado de Israel después de la segunda guerra mundial se debió a una resolución de las Naciones Unidas y al derecho que el pueblo judío poseía de tener su propio Estado en su propia tierra. Pero, como es sabido, la situación de sus fronteras era bastante discutible; un gran número de árabes abandonaron el nuevo Estado y ahora viven refugiados en otros Estados en una situación extremadamente problemática y jurídicamente poco clara. En casos como estos, el Vaticano siempre espera a que las relaciones jurídicas evolucionen. Algo parecido sucedió, por ejemplo, con las zonas del este de Alemania. El Vaticano esperó a que la Ostpolitik, la política del régimen de Willy Brandt, aclarara las cuestiones conflictivas entre Polonia y Alemania, para crear allí nuevas diócesis; con la República Democrática de Alemania las relaciones diplomáticas hubieran sido imposibles. En Israel existía, además, el problema de Jerusalén. Era muy dudoso que la Ciudad Santa pudiera ser la capital de tres religiones, de tres Estados, cada uno de ellos fuertemente marcado por su propia religión. Pareció más conveniente esperar a que las cosas se aclarasen. Y también era conveniente asegurar un entendimiento más claro acerca de la situación jurídica de los cristianos y de sus correspondientes organizaciones.

La Iglesia admite con facilidad que Jesús era judío. Pero entonces, ¿no sería mejor que, en vez de decir "Y Dios se hizo hombre" se dijera "y Dios se hizo judío."? ¿La fe cristiana no debería reconocer al judaísmo en su propio mensaje histórico?

Es importante recordar que Jesucristo era judío. Y añadiré algo más. En tiempos de los nazis yo iba todavía a la escuela y me correspondió vivir una época en la que predominaba la tendencia a hablar de "cristianos alemanes". Con eso se quería dar a entender que Cristo era de raza aria: si era galileo, no era judío. En nuestras clases de religión y en las predicaciones se nos decía lo contrario, había interés en subrayar: "eso no es cierto; Cristo era hijo de Abrahán, hijo de David, era judío, forma, parte de la promesa y forma parte de nuestra fe"

Qué duda cabe que se trata de un elemento muy importante de unión entre judíos y cristianos. Por eso, también es importante esa otra expresión: "y Dios se hizo hombre". El Nuevo Testamento contiene dos árboles genealógicos de Jesucristo muy interesantes. El

de San Mateo empieza en Abrahán y nos muestra a Jesucristo hijo de Abrahán, hijo de David y, por tanto, como cumplimiento de la promesa hecha a Israel. Y el árbol genealógico de San Lucas, que empieza en Adán, nos muestra a Jesucristo, ante todo, como hombre. Que Jesús se hizo hombre y vivió y murió por todos los hombres, es una cuestión particularmente importante. Eso hace que la promesa del legado de la fe de Abrahán tenga significado para toda la humanidad. Por eso es muy importante y significativa aquella primitiva frase: "Jesús se hizo hombre". Y finalmente, también hay que reconocer que Jesús, como judío, fue fiel a la ley, pero también la transgredió dando una nueva y más fiel interpretación a todo el legado de la fe. Éste es el punto realmente conflictivo. Respecto a esto se están manteniendo diálogos de gran interés. Me refiero, sobre todo, a un precioso libro del rabino americano Jakob Neusner, que hace un comentario muy correcto sobre el Sermón de la Montaña. Destaca las contraposiciones de aquel sermón, pero lo hace tratándolas con mucho amor y respeto, para acabar, finalmente, poniendo de relieve la respuesta afirmativa a aquel Dios vivo. No debemos rechazar ninguna de esas contraposiciones. Sería elegir el peor camino, pues los caminos que conducen a la verdad nunca son de paz. Las contrariedades existen, están ahí. Y nosotros, debemos aprender a buscar, precisamente en cada contradicción, el amor y la paz.

El holocausto no tuvo lugar en plena Edad Media de la Iglesia, sino cuando la Iglesia ya se había apoderado definitivamente de los corazones de los hombres. Por eso debemos reflexionar y preguntarnos una y otra vez, cómo pudo tener lugar aquella catástrofe en suelo cristiano. No está lejos la hora en que aquí, en Europa, haya menos católicos que judíos había antes de la guerra y cuyas muertes no debemos olvidar

Tiene razón al recordar ese episodio como un grave y oscuro capítulo de la historia. Pero es bueno también recordar que el holocausto no fue debido a los cristianos ni se llevó a cabo en nombre de Cristo: aquello se produjo por un movimiento anticristiano y como paso previo al exterminio del cristianismo. Yo viví aquella época siendo aún niño. Por entonces se insistía mucho en la existencia de un cristianismo-judaizante, y en una judaización de todo lo germano debido al cristianismo, más concretamente relacionado con la Iglesia católica. El palacio arzobispal de Munich también sufrió la llamada "noche de los cristales". El lema empleado por los agresores decía: "después de los judíos, los amigos de los judíos".

Todavía se puede leer en las propias fuentes -en el Stürmer, por ejemplo- que el cristianismo, en su forma católica sobre todo, era visto como un intento de intervención del poder judío que buscaba la "judaización" de la raza germana, como se decía entonces, y que, para vencer totalmente aquel judaísmo, algún día habría que deshacerse también del cristianismo; sólo así se podría dar paso a un, digamos, cristianismo positivo de Hitler.

La circunstancia de que la persecución de Hitler a los judíos también tuviera carácter anticristiano es muy significativa y no debemos silenciarla. Pero eso, desde luego, no cambia nada del hecho de que los responsables de todo aquello fueran, sin embargo, hombres que habían recibido el bautismo. Aunque las SS fuera una organización criminal atea, y entre ellos apenas hubiera cristianos creyentes, lo cierto es que, de todos modos, eran hombres que habían sido bautizados. Es innegable que el antisemitismo tenía muy bien preparado el terreno. Ya había un antisemitismo cristiano en Francia, Austria, Prusia y en todos los países, y hubiera podido brotar igualmente de cualquiera de todas esas raíces. Esto, de hecho, debe ser continuo motivo de examen de conciencia.

¿Siguen siendo los judíos, la cuestión principal para el futuro del mundo, como lo fueron en la Biblia?

No sé muy bien a qué lugar de la Biblia hace referencia con su pregunta. En cualquier caso, los judíos aparecen siempre como los primeros portadores de la promesa -Y por tanto como el pueblo que vivió la fase más fundamental de la historia bíblica- y, sin duda alguna, siempre se encuentran en el punto central de la historia universal. Siendo un pueblo tan pequeño se podría pensar que no es muy importante. Pero lo cierto es que en todas las épocas de la historia, y en la nuestra de modo especial, se ha demostrado que las grandes decisiones de la historia del mundo tienen siempre alguna relación con los judíos. Algo pasa con este pueblo.

8. ¿Un nuevo concilio?

Fuera del Vaticano, hace tiempo que se dice que hay un nuevo Concilio en ciernes. Se necesitan nuevos mensajes de salvación, y por todas partes se habla de nuevos dogmas de fe. ¿Necesita la Iglesia un tercer Concilio Vaticano para aclarar más sus indicaciones? Yo diría que en un futuro próximo, no. Podría relatarle una pequeña historia. El Cardenal Cordeiro, de Pakistán, me contó con ocasión de una asamblea sinodal que alguien le había comentado al Cardenal Döpfner que veía necesario un Concilio Vaticano III. Y Döpfner, entonces, con una pronta reacción de enfado, alzó las dos manos y dijo: "Not in my lifetime!", ¡no, mientras yo viva! Tenía suficiente con la experiencia de un Concilio. Döpfner estaba convencido de que las experiencias conciliares son interesantes sólo después de transcurrido largo tiempo y cuando están muy distanciados.

De hecho, un Concilio es un acontecimiento de la Iglesia atractivo y renovador, como bien puede apreciarse, pero que requiere mucha dedicación de tiempo para poder llevarlo a cabo. Todavía no hemos superado el Concilio Vaticano II. Un tercer Concilio no sería la mejor receta para acabar de poner todo en práctica.

En cambio, me parece que sí debería haber Sínodos episcopales con más frecuencia. A mí me parecen instrumentos más adecuados, y a una escala también más realista. Se trata de una reunión de unos doscientos obispos de todos los lugares del mundo, que presentan sus respectivas conclusiones y que, una vez reunidos, tratan entre todos de estudiar y determinar las modificaciones necesarias en cada situación. Un Concilio ecuménico es de proporciones gigantescas y, por tanto, casi imposible de organizar. Hay que coordinar a tres mil o cuatro mil obispos. Todo transcurre a base de grandes cifras y casi nunca se llega a mantener una conversación eficaz, un intercambio de ideas real y efectivo. Esto supone que, para llegar a las conclusiones finales más convenientes y saludables, deben estar previamente ya muy preparadas. Un Concilio no es un Deus ex machina, donde rápidamente sale una decisión que parece oportuna, y luego todo sigue su ritmo regular. En un Concilio sólo se puede estudiar las conclusiones que ya estaban previstas y reorganizarlas como convenga. Así que, lo primero de todo, requiere tener mucha paciencia durante todo su desarrollo, mucha paciencia para la estructuración del tiempo que se necesita para tratar todas las cuestiones antes de que sean fundidas en las conclusiones y en los textos finales.

Yo no creo que en un Concilio se pueda lograr algo semejante a un remedio milagroso. Más bien, al contrario, suele producir crisis que, naturalmente, sirven para buscar soluciones concretas a las cosas. Actualmente, aún estamos ocupados en las reformas del Concilio Vaticano II.

9. El futuro de la Iglesia y la Iglesia del futuro

Señor Cardenal ¿le queda todavía al pontificado de este siglo alguna indicación por hacer cara al futuro de la Iglesia? ¿Algo parecido a una reforma, por poner un ejemplo? En caso afirmativo, ¿cuál le parece que podría ser?

Yo pienso que, por parte del Papa, podemos esperar todavía una larga lista de asuntos. Al Papa le interesan mucho las cuestiones sobre la unidad de los cristianos y el diálogo entre las religiones; estos son dos grandes temas para él, y, por supuesto, toda la problemática que se plantea en el ámbito de la ética social y de la política. Pero, antes que nada, le interesa mucho el ámbito del propio Evangelio que debe predicarse constantemente y que, cuando sólo se tiene ante los ojos los productos que la publicidad ofrece continuamente, podría quedar ensombrecido con facilidad.

Los planes más próximos que tenemos son un Sínodo panamericano y otro asiático. Van a ser dos acontecimientos importantes, creo yo. Si el Papa, conociendo las diferencias de las dos Américas, convoca un Sínodo panamericano es porque quiere que esos dos grandes continentes, a pesar de sus diferencias, encuentren la forma de complementarse; que sepan rectificar lo que sea necesario para obtener una fuerza común para continuar la evangelización. Ahí estarán presentes las diversas problemáticas de las culturas latinoamericanas, la cuestión de la pobreza, el problema de las culturas antiguas y el debate sobre su propia identidad cultural, así como la búsqueda de un acomodo de estas culturas con la anglosajona y norteamericana en el catolicismo, de modo que, juntas, puedan recorrer un mismo camino. A mí me parece que esto será un gran acontecimiento.

En el Sínodo asiático se planteará la cuestión del desarrollo del cristianismo en el contexto de las religiones asiáticas: cómo aunar las fuerzas de esas religiones con la de la religión cristiana en este fin de milenio. En mi opinión, estos dos sínodos se llevarán buena parte de nuestro trabajo.

Ahora mismo tenemos el programa de la preparación del año 2000 durante tres años, tal como el Papa ha proclamado: un año cristológico, en el que hay que poner la figura de Cristo en el centro de todo, un año dedicado al Espíritu Santo y un año dedicado a Dios Padre. Serán tres años para tener especialmente presente la fe en Dios y que estarán muy vinculados a una honda conmemoración del bautismo y a la profunda reflexión sobre la eucaristía. Después, todo desembocará finalmente en el año 2000, con un encuentro de toda las comunidades cristianas, y otro encuentro con las comunidades judía e islámica, es decir, con las religiones monoteístas. Este programa -los dos Sínodos continentales y los tres años de preparación para el año 2000, que tienen como punto central a Dios, a Dios trino, más los encuentros con todos los que creen en Dios- creo que es un programa que aborda temas realmente relevantes para el mundo.

En el año 1970, usted pronunció una conferencia sobre "Fe y futuro", hablando de una Iglesia futura que tendría nuevos oficios. Dijo algo así como que los cristianos adultos en la fe podrían ser ordenados sacerdotes.

Yo, en aquella época, ya había previsto que la Iglesia podría empequeñecerse, por así decir. Me parecía que, tal vez, algún día, se convertiría en una Iglesia de minorías y, por tanto, no estaría integrada en los espacios en los que subsisten las grandes organizaciones, sino que tendría que conformarse y reducirse a algún espacio más modesto. Y también pensaba que, además de los sacerdotes preparados para ser ordenados desde su juventud, también podrían ser llamados a esa vocación hombres formados profesionalmente para cumplir diferentes oficios. Yo creo que llevaba razón con respecto a que la Iglesia, poco a poco, debe hacerse a la idea de estar en una situación minoritaria, y que su actual posición en la sociedad ya no es la que tenía antes. Y también creo que tenía razón en pensar que las ordenaciones de varones procedentes de otras profesiones irían incrementándose.

Pero, quién es el *vir probatus*, quiénes y cuántos serán los hombres probados que, procediendo de otros oficios puedan estar disponibles, esa ya es otra cuestión. Pero hay que decir que en la antigua iglesia ya había experiencia del *vir probatus*, cuando aún no existían los seminarios de sacerdotes. Eran hombres que habían ejercido un oficio y que eran llamados al sacerdocio, y que, en cualquier caso, a partir del siglo II o III renunciaban acto seguido al matrimonio. Ahora queda abierto para su estudio qué nuevas formas y oficios puedan surgir. Sin embargo, la irremplazabilidad del sacerdocio, y la profunda correspondencia interna que existe entre celibato y sacerdocio, permanecerán siempre igual.

¿Podría producirse en el interior de la Iglesia una nueva cultura después de la desaparición de una generación? ¿Podrán darse otras formas de vida eclesial dentro de la Iglesia?

Yo cuento con ello. Todo cambio cultural importante produce nuevas formas de vida en la Iglesia y nuevas culturas de la fe. Piense, por ejemplo, en el románico, en el gótico, en el renacimiento, en el barroco y en el rococó, en la cultura de la Iglesia en el siglo XIX, y en las distintas formas de vida eclesial que surgieron con los nuevos movimientos. Lo sucedido actualmente, después del Concilio Vaticano II, también se podría definir como una cultura revolucionaria, si pensamos en el falso exceso de celo que desamuebló las iglesias, y en el clero y las órdenes religiosas que cambiaron de cara. Ahora muchos lamentan esas precipitaciones. Pero en una Iglesia viva siempre se darán nuevas formas de expresión, estoy seguro de eso. Ahora mismo, ese movimiento sigue todavía en marcha. Todavía -como sucede siempre en todo proceso de lucha- hay que separar el grano de la paja, como dijo el Apóstol: "No extingáis el Espíritu ... Examinad todo. Retened lo bueno,.. (1 Tes 5, 19-21)

¿Piensa que el papado seguirá siendo como es ahora?

En su núcleo central, seguirá siendo igual. Es decir, siempre se necesitará un hombre que sea el sucesor de San Pedro, y la persona titular de la última responsabilidad, en apoyo de la colegialidad. Tener un principio personal para que todo no se esconda en el anonimato, y que esté representado en la persona del párroco, o del obispo, que son la expresión de la unidad en el conjunto de la Iglesia, es propio de la naturaleza del cristianismo. Eso permanecerá siempre igual, así quedó definido en los Concilios Vaticano I y II, como

responsabilidad del Magisterio para la unidad de la iglesia, de su fe y de su ordenamiento moral. Pueden cambiar las formas de llevar esto a cabo, si las comunidades hasta ahora separadas se incorporasen a la unidad con el Papa. Por lo pronto, el pontificado de nuestro actual Papa, con todos sus viajes alrededor del mundo, ya es completamente diferente al del Papa Pío XII. Pero yo no puedo adelantar nada, ni tampoco quiero hacerlo con respecto a las variaciones que pueda haber en el futuro. Nosotros no podemos prever qué puede pasar en el futuro.

¿Serían posibles nuevos descubrimientos teológicos que produjeran cambios sensibles en la Iglesia e hicieran la fe más comprensible o, por el contrario, más difícil aún de aceptar? Todo es posible. En este siglo hemos tenido descubrimientos teológicos de hombres como Lubac, Congar, Danielou, Rahner, Balthasar y otros. Y a partir de ahí se han abierto nuevas perspectivas a la teología, sin las cuales el Concilio Vaticano II no hubiera sido factible. La fe es de dimensiones tan profundas que siempre puede esconder algún aspecto nuevo. Y como ya hemos visto en este mismo siglo, esos descubrimientos también pueden acarrear otros problemas, por ejemplo, con el avance del método crítico-histórico, con la irrupción de las ciencias humanas en la teología, etcétera. Tenemos que contar con ese tipo de acontecimientos. La fe, desde luego, puede hacerse más difícil aún, pero también puede hacerse más fácil, más accesible.

Uno de los nuevos problemas podría ser la constante pregunta por parte de la teología de cómo se fundamenta que Dios sólo se haya encarnado en la persona de Jesucristo y no en otras figuras divinas, como las asiáticas, por ejemplo. ¿Cómo puede ser que una sola persona represente la verdad absoluta en el proceso histórico?

Primero habría que decir que no existen paralelos en la historia de las religiones con la fe cristiana en la divinidad de Jesús de Nazaret hecho hombre. La figura que más puede aproximarse, la divinidad hindú Krishna -venerada como "Avatara" (descenso de dios) de Vishnu aparece en la historia de las religiones indias con distintas variantes; pero siempre concebida de una manera muy diferente a nuestra fe cristiana en la unidad de Dios con un determinado hombre histórico, a través del cual atrae a sí a toda la humanidad. La fe cristiana está incluida en la fe judía en un Dios creador del universo que hace historia con los hombres, que se une a su historia, y en ella obra irrevocablemente para el bien de todos. Por eso, no puede haber una elección entre Cristo y Krishna, o cualquier otra figura religiosa. Sólo existe la elección entre un Dios que se presenta a sí mismo como el Dios único e inconfundible de todo el universo y que se compromete con los hombres hasta tomar forma corporal, o elegir otras religiones donde la divinidad aparece representada por diversas imágenes o figuras, ninguna de ellas definitiva sino que, simplemente, el hombre se relaciona a través de esas imágenes con lo inefable. Es una forma muy diferente de entender la verdad, Dios, el universo, el hombre. El cristiano puede encontrar en esas imágenes de religiones universales una aproximación hacia el cristianismo. Y en otras religiones puede incluso ver la acción de Dios sobre los hombres, para enderezarles al buen camino. Pero ese Dios es siempre el mismo Dios, es el Dios de Jesucristo.

Ya se están vislumbrando buena parte de las nuevas cuestiones y peligros para la Iglesia. Antes hablábamos, por ejemplo, de las acusaciones de fundamentalismo por parte de los que afirman que la Iglesia se opone a una sociedad democrática, impide la libertad de opinión y de religión, y trabaja en la construcción de un Estado teocrático. El contenido esencial de la fe bíblica va menguando, poco a poco. Se duda de la Crucifixión, de la Ascensión o de la Redención que son sólo los puntos de vista de los discípulos, porque, en realidad, no hubo un Sermón de la Montaña. Y se solicita, por tanto, la disolución de la Iglesia en favor de una religiosidad postcristiana.

Pero a todo eso se opone la fuerza de la fe de millones de creyentes que, hoy en día, encuentran en la iglesia su camino para ser hombres de bien. En las grandes dictaduras de nuestro siglo se ha dicho insistentemente, y con grandes gestos, que la fe cristiana había muerto y que sólo perseveraban en ella los ignorantes y obcecados. Después de la caída de esos poderes, observamos que los creyentes proscritos han sido un auténtico testimonio para la humanidad y los que prepararon el camino para un nuevo resurgimiento. La fe cristiana tiene mucho más futuro que esas ideologías que la invitan a autoanularse.

Al Papa se le reprocha con frecuencia querer volver al pasado, pasando por alto las conclusiones del último Concilio. Sin embargo, Juan Pablo II nos anima ahora a "la mejor preparación para el año 2000", que sería "una aplicación más fiel del Magisterio del Vaticano II en la vida de cada uno y en la vida de la Iglesia".

Siempre se ha dicho que el Vaticano II es un acontecimiento clave para el Papa. Participó en él siendo un joven obispo y creo recordar que fue nombrado arzobispo durante el Concilio. Su participación en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia y el mundo, fue muy constructiva. Su gran experiencia conciliar se centra en la elaboración de ese texto, para el que estaba muy bien preparado por su propio pensamiento filosófico. Ese documento, que es el texto más dinámico y avanzado del Concilio, se ha convertido en una especie de máxima de su propia vida. El Papa está profundamente convencido del providencial significado del Concilio Vaticano II, cree que el Espíritu Santo ha dado nuevos cometidos a la Iglesia, desde el cambio litúrgico en el mundo, a la libertad de religión, al diálogo entre las religiones o con los judíos, y los contactos con el mundo moderno. Me resulta difícil imaginar a nadie que haya intervenido e influido tanto como él en el Concilio Vaticano II, y aplicado a todas las indicaciones del Concilio a su propia vida personal. Así que, esa afirmación de que pretenda hacer algo en una dirección que no haya sido dada por el Concilio, me parece totalmente absurda. El Papa está absolutamente convencido de que el católico tiene necesidad de vivir la trascendencia y el singular significado de estos tres años que él mismo ha configurado y quiere vivir. Y, como es natural, también observa que hay algunas interpretaciones del Concilio que no son correctas, que son diferentes. Y por eso aconseja seguir su Magisterio "lo más fielmente posible", pero, naturalmente, con una fidelidad, al mismo tiempo, dinámica. Nuestra forma de hacer no puede estar determinada por lo que nosotros quisiéramos que el Concilio hubiera dicho, sino exactamente por lo que el Concilio ha dicho.

¿No necesitará la Tradición de la fe otro tono distinto, que suene de distinta forma?

Viendo el cansancio que predomina entre los cristianos, al menos aquí en Europa, sí, me parece que efectivamente debería sonar de otro modo. Le contaré una breve anécdota de un sacerdote ortodoxo que, en una ocasión, me decía: "yo me esfuerzo mucho, pero la gente no me escucha", "o no vienen o se duermen", "seguramente es porque yo no sé decir las cosas". Me pareció una reacción ejemplar para otros muchos que también tienen esa experiencia. Lo que verdaderamente importa es que el predicador tenga relación directa con la Sagrada Escritura, con Cristo vivo a través de la Palabra, y que al mismo tiempo sea un hombre que esté y viva en nuestro tiempo, que no huya de él, que asimile la fe en su propia vida. De ese modo, lo que salga de su interior cuando hable, tendrá un sonido nuevo, sonará de distinta forma.

¿Se ha previsto ya algo para contrarrestar en el Tercer mundo el "provincialismo europeo", como usted mismo dijo en cierta ocasión? ¿El futuro de la Iglesia podría ser africano o asiático o norteamericano, menos europeo en todo caso)

Seguramente. Porque los resultados, puestos en cifras, se van trasladando de Europa a otros continentes. La conciencia cultural de los otros continentes se va afianzando cada vez más. Hay un moderado paralelismo con lo que hablábamos sobre el Islam. Así como en el Islam surgió un nuevo orgullo debido a la crisis cultural europea y norteamericana, esa misma crisis también provocó que otros universos culturales tomaran conciencia de sí y se sintieran orgullosos de sus respectivos pasados culturales: "nosotros también tenemos algo nuevo y enriquecedor que aportar". Entre los africanos se ha despertado una nueva conciencia de que ellos aún están en camino, están aprendiendo, pero que eso no es óbice para tener también algo que ofrecer, sobre todo, por la frescura de su fe, realmente admirable, y por la pasión que les sale de su interior. Son conscientes de que en su legado cultural hay tesoros aún desconocidos. Y esa misma conciencia se observa también en Sudamérica y en Asia. Podría decirse, por tanto, con certeza, que en la iglesia se observan muchas culturas diversas que configurarán su futuro, fundamentalmente, con las aportaciones de otros continentes.

La idea de que un obispo africano o sudamericano pudiera llegar a la Santa Sede a dejado de parecernos extraña.

Efectivamente. En el colegio cardenalicio es fácil imaginar que se elija a un africano o, al menos, a alguno de un país no europeo. Otra cosa es cómo aceptaría la cristiandad

européa esa elección. Porque lo cierto es que, a pesar de todas las manifestaciones en favor de la igualdad de razas y de condena a la discriminación racial, sin embargo, hay cierta conciencia crítica que suele aparecer en algún momento crucial. Pero los cardenales -y esto lo sé con seguridad- sólo se plantearían quién es la persona más idónea, sin importarles ni el color de la piel ni su país de origen.

¿Es posible que haya algún tipo de reforma en los dogmas o en los sacramentos, que cambien o se formulen de otra manera, porque la lógica de la Iglesia también haya cambiado?

Un "dogma" definido en una manifestación de la fe, no puede ser después falso ni equivocado, al contrario de lo que sucede en la ciencia, que considera evidente un descubrimiento, pero, más adelante, en relación con nuevos hallazgos, puede modificarlo y rectificar su significado. La verdad sigue siendo verdad siempre. Pero sí pueden surgir nuevas perspectivas que le den una nueva luz. Los sacramentos también seguirán siendo los mismos, pues los siete responden a la lógica de la vida humana; sin embargo, con el paso del tiempo, tal vez se puedan cumplir de otra manera. Hace sólo cien años, los hombres piadosos sólo iban a confesar y a comulgar tres o cuatro veces al año.

Actualmente, la comunión diaria es frecuente. El sacramento de la penitencia es el que más cambios ha sufrido en el transcurso de la historia. Ni la teología sacramentaria del Concilio de Trento (1545-1563), ni la doctrina sobre la gracia (¡el debate sobre la justificación en la Reforma!) son falsas, no pueden serlo, pero sí han sufrido una evolución. Así que, la invariabilidad y la flexibilidad, como puede comprobarse a lo largo de la historia, van perfectamente unidas.

Al empezar el tercer milenio se presagia una nueva religiosidad. Está inspirada en contenidos y facetas muy diversas de las grandes culturas, con elementos budistas, ateos, o con el culto a la naturaleza. ¿Esto podría tener éxito también en la Iglesia, bien sea por las nuevas corrientes del mundo, o bien a partir de nuevas religiones?

En la Iglesia católica ya se está dando el diálogo con otras religiones. Todos estamos convencidos, me parece a mí, de que siempre se puede aprender algo de la mística asiática, por ejemplo, y que en las grandes tradiciones místicas se presentan posibilidades de encuentros que en la teología positiva no son tan evidentes. El legado del Maestro Eckhart, la mística femenina del medievo o, sobre todo, la gran mística española, tiene un significado esencial en el actual diálogo entre religiones. Se trata de entender lo común de lo místico (teología negativa) con un nuevo significado, pero sin olvidar la distinción existente entre la mística budista y la mística cristiana. Ya está demostrado que en los contenidos del mito y de la filosofía religiosa asiática hay elementos totalmente nuevos que pueden afluir al pensamiento teológico, aunque sus resultados no sean muy convincentes. Pero, desde luego, ahí existen otras posibilidades y oportunidades para el pensamiento teológico y para la actual forma de vida religiosa.

Durante casi mil quinientos años, en el entorno cristiano había una especie de respaldo a la transmisión de la fe y a la educación cristiana. Pero, actualmente, ya no existe tal respaldo ni en las escuelas, ni en los medios de comunicación, ni en la sociedad. Los valores de la Iglesia y los del mundo moderno cada vez se distancian más. En el futuro, ¿qué éxito pueden tener esos proyectos de vida y de salvación que ofrece la Iglesia?

Tiene razón en decir que es muy necesario tener un entorno cristiano. Yo lo expresaría de la siguiente forma. No se puede ser sólo cristiano; ser cristiano significa tener un camino común. Incluso un ermitaño está en ese camino que comparte con muchos otros. Por eso debe ser preocupación de la Iglesia crear esas comunidades. Las culturas sociales europeas y norteamericanas han dejado de crearlas. Y eso nos remite a su pregunta: "¿cómo podrá sobrevivir la Iglesia en una sociedad tan descristianizada?". La Iglesia tiene que crear otras comunidades nuevas para hacer el camino, y luego las comunidades, por su parte, tendrán que apoyarse y ayudarse mutuamente a vivir mejor la fe en esas nuevas formas de vida.

El ambiente cristiano no llega al amplio campo de la sociedad en general, ya no existe ese ambiente en ella. Por eso, los cristianos tienen que apoyarse mutuamente. Y esto explica también la existencia de tantas formas nuevas, la aparición de tantos "movimientos" de distinta especie, que ofrecen precisamente eso que se está buscando: un camino común. Ahora hay una inagotable renovación de catecumenados que, sobre todo, ofrecen la posibilidad de que los cristianos puedan encontrarse y conocerse. Dicho en otras palabras,

si en la totalidad de la sociedad no se encuentra un entorno cristiano -como tampoco lo hubo en los cuatro o cinco primeros siglos de la historia- la Iglesia entonces deberá crear sus propias células donde los cristianos puedan ampararse, ayudarse y acompañarse, es decir, el gran espacio de la Iglesia en la vida se tendrá que convertir en espacios más pequeños.

¿Cómo le parece que debería ser el modelo alternativo a esa Iglesia popular que, evidentemente, ya no está tan presente en Europa? ¿Cómo deberían ser esas comunidades? ¿Podrían existir en Alemania como una especie de "kibuzz" cristianos? ¿Por qué no? Pero eso ya se verá. Yo creo que sería un error proponer ahora un modelo de la Iglesia del mañana, más o menos acabado, que, al parecer, será más minoritaria que en la actualidad. Sin embargo, sí pienso que el día de mañana habrá muchos hombres que se apoyen en ella, que, por decirlo de alguna manera, vivirán más con la Iglesia, tal vez sin que se vea exteriormente, pero que en su interior sí vivirán con la Iglesia. A pesar de los grandes cambios esperados, en mi opinión, la célula principal para la vida comunitaria seguirá siendo la Parroquia. Aunque, probablemente, no se pueda mantener el actual sistema parroquias, que es todavía joven, pues data de hace poco tiempo. Habrá que aprender a caminar uno junto a otro, y eso, sin duda alguna, supone un enriquecimiento. ¿Con qué rapidez sucederá esto en la historia?. Dependerá, seguramente, de que haya grupos con un carisma determinado debido a la personalidad de su fundador, y de que se mantengan unidos recorriendo juntos un camino espiritual específico. El intercambio de experiencias entre la parroquia y cada uno de esos "movimientos" será muy necesario, porque cada movimiento tendrá que estar unido a la parroquia para no verse convertido en secta, y la parroquia necesitará de esos "movimientos" para no quedarse entumecida. Actualmente, en las órdenes religiosas se han creado otras formas de vida en medio del mundo. Cualquiera que lo desee puede comprobar, y se asombrará de ello, la diversidad de formas de vida cristiana totalmente nuevas ya existentes, y seguramente en medio de todas ellas podría entreverse la Iglesia de mañana.

11. "Puro, puro, puro": la revolución espiritual

La Iglesia de nuestros días, parece demasiado burocrática, cautelosa, con muchos proyectos humanos. ¿No cree que necesita más intuición frente a los excesos de la razón? ¿No debería recuperar la contemplación y largos tiempos dedicados a la búsqueda de valores espirituales? El anterior cardenal de París, Cardenal Veuillot, decía en una ocasión: "Todo tiene que ser puro, puro, puro. Lo que realmente necesitamos es una revolución espiritual". ¿Y no es también cierto que la Iglesia tendrá descendencia sólo si es pura, virginal?

En su pregunta ya se encierra, de alguna manera, la respuesta. Yo he repetido frecuentemente que creo que tenemos demasiada burocracia. cualquier caso, necesitamos simplificar en todos los campos. Los asuntos no deberían recorrer tantos despachos, porque más importante que eso sería tener un contacto personal. Algunas veces, los temas no llegan a conocerse a fondo, sólo se conocen racionalmente. Y, por mucho que el cristianismo hable de la razón y la utilice para todo, en la percepción de la realidad hay otras dimensiones que también son muy necesarias. Antes hemos hablado del diálogo con otras religiones, y también de la mística, en la que la dimensión del silencio, del recogimiento interior, es especialmente necesaria en este mundo tan trepidante como el nuestro. Hay una frase muy conocida de Karl Rahner: "El cristiano del futuro, será místico o no será". Yo no diría tanto, porque el hombre seguirá siendo siempre igual, seguiremos teniendo los mismos defectos. No creo que sea tan fácil ser un místico. Pero lo que sí hay de cierto en ese pensamiento es que el cristianismo estaría condenado a la asfixia si no nos ejercitamos un poco más en la vida interior, buscando la fe en lo más hondo de nuestra propia vida, que es donde se halla, para que nos ilumine y nos reconforte. El activismo y la formación intelectual no son suficientes. Es muy importante la reflexión en la sencillez y la profundidad de los sentimientos, y, también, en las formas de percepción de la realidad extra o supra-rationales.

Ese recuerdo de lo espiritual, ¿no significa también que habría que pensar más en la sencillez de la fe, que responde mejor a los principios fundamentales del cristianismo? Es cierto. A veces la fe parece tan complicada que se piensa que sólo la pueden dominar

los eruditos. La exégesis nos ha dejado mucho de positivo, pero también ha dado pie a que se formara la idea de que el hombre no puede leer la Biblia porque es demasiado complicada. Hay que saber que la lectura de la Biblia deja siempre algo a cada uno de sus lectores y que está escrita para los más sencillos. En el seno de la teología de la liberación se ha originado un movimiento que habla de su interpretación popular, y yo estoy de acuerdo con eso. Según ellos, la Biblia pertenece al pueblo y, por tanto, ellos son sus mejores intérpretes. En el fondo tienen razón, la Biblia es para los más sencillos. Ellos no necesitan saber los matices críticos; entienden lo fundamental, de qué trata. Los profundos conocimientos de la teología, por supuesto, no son superfluos, es más, en los diálogos entre las culturas universales son incluso muy necesarios. Pero no deben ensombrecer la sencillez de la fe que es la que nos sitúa ante Dios, ante un Dios que se me aproxima porque se ha hecho hombre.

¿Puede concebirse que después de una pérdida cuantitativa de creyentes, que ya no sienten interés por el cristianismo, pueda haber una cristiandad cualitativa que conserve y concentre el contenido de la fe? El Cardenal Lustiger dice que la cultura contemporánea no será el final de la religión ni, por tanto, del cristianismo. Sugiere otros planes y proyectos que llevan a pensar en nuevos comienzos. "La humanidad vivirá sólo si quiere" -según Lustiger- "pues se halla en todo momento ante el tribunal de los más jóvenes. Pero, la misma libertad que se tiene ahora y que permite incluso destruir el propio planeta, se tiene también para ser cristiano, si se quiere. Ahora, -dice el Cardenal-, nos encontramos ante los comienzos de la era de los cristianos". ¿Comparte esta opinión?

Yo no me atrevería a decir que nos encontramos ante la era de los cristianos. Porque, ¿qué es, exactamente, la era de los cristianos? En lo que sí puedo estar conforme es en que el cristianismo siempre tiene la posibilidad de recomenzar. En alguna ocasión he escrito que el cristianismo es al mismo tiempo, como un grano de mostaza y árbol, es Viernes Santo y Domingo de Pascua al mismo tiempo. Nosotros nunca consideramos el Viernes Santo en pasado, porque lo tenemos siempre presente, y la Iglesia tampoco llega a ser un árbol completo, terminado, porque de ser así, en algún momento se secaría y habría que talarlo; pero no es así, siempre está en la situación del grano de mostaza. En ese sentido, estoy de acuerdo con él; siempre nos hallamos ante un nuevo comienzo, y eso mismo conlleva las esperanzas de todo comienzo. El cometido de creer desde y en la libertad y como manifestación de libertad, frente a un mundo deteriorado, también comporta una esperanza, la esperanza de poder seguir proclamando una expresión cristiana. Efectivamente, una era de cristianismo cuantitativamente reducido puede aportar mucha vitalidad a ese cristianismo más consciente. En ese sentido, podríamos estar ante una especie de era cristiana. Pero yo no me atrevería a hacer pronósticos sobre el tiempo que pueda tardar en llegar, ni si será un proceso lento o rápido. En cualquier caso, lo que sí quisiera destacar de todo esto es que: "en el cristianismo siempre hay un nuevo comienzo". Ahora, en nuestro tiempo, ya se están dando y los seguirá habiendo siempre. Y, además, generarán nuevas y sólidas estructuras para el cristianismo.

Hace años expresó su esperanza de que en la Iglesia se produjera una especie de "lunes de Pentecostés". Hay grupos de jóvenes con una decisión firme en favor de la fe de su Iglesia, con una "catolicidad indivisible". ¿Se necesitan más cristianos valientes orgullosos de serio? También dijo en otra ocasión que la Iglesia no necesita más reformadores, sino más santos que, desde la vitalidad de su fe, descubran un nuevo e irrenunciable compromiso cristiano.

Vamos primero a ver la relación de esos dos términos: reformadores y santos. Un santo ya es un reformador, en el sentido de que vivifica y purifica la Iglesia. Pero, generalmente, por reformador se entiende gente que realiza cambios estructurales y que se mueve, por así decir, en el ámbito de las estructuras. Y yo a esto diría que, de momento, no necesitamos reformadores como esos para nada. Lo que necesitamos en realidad, son hombres cautivados por el cristianismo en lo más íntimo de su interior y que lo vivan como una gran dicha y con esperanza, y, por eso, también lo amen. Y nosotros, a estos, los llamamos santos.

Los santos han sido los auténticos reformadores de la Iglesia. Ellos, en su momento, la hicieron más sencilla y abrieron el acceso a la fe a muchos otros. Sólo tenemos que recordar a Benito, que a finales de la Edad Antigua creó un estilo de vida que hizo que el cristianismo superara la época de la invasión bárbara. O pensemos en Francisco en

Domingo, que, en la edad en que la Iglesia era feudal y estaba entumecida, desencadenaron una auténtica movilización de masas con los nuevos bríos de un movimiento evangélico que vivía la pobreza del Evangelio, su sencillez y su alegría. O recordemos el siglo XVI. El Concilio de Trento fue muy importante, pero su eficacia en la reforma católica se debe a grandes santos como Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo y otros muchos que, habiendo sido tocados en su interior por la fe, la vivieron con originalidad, cada uno a su modo, y le dieron forma. Y, por ahí, se introdujeron unas reformas muy necesarias y saludables. Por eso diría también que las reformas tampoco ahora llegarán por medio de los foros y los sínodos -que son justos y mucha veces muy necesarios-, las reformas vendrán por esas personalidades sólidamente convencidas, que nosotros llamamos santos.

12. Nuevas oportunidades para el mundo mediante la Iglesia

El Papa, en su Carta apostólica con motivo del cambio de milenio, destaca que "la Iglesia ... con su silencio, querría ser un techo para toda la humanidad". A mi me parece muy importante lo siguiente: en el estado actual, de falta de conocimiento y de indecisión, se requieren consejeros dignos de crédito, pero, más que a ciertas personalidades, se necesitarían instituciones que fueran como instancias superiores que no se tambalearan en tiempos estremecedores. Esta sociedad abierta, que nosotros en el fondo quisiéramos conservar, cada vez nos exige más. Nos deja desamparados frente a un exceso de ofertas y de posibilidades cada vez más impositivas, frente a libertades que con frecuencia son poco útiles o perjudiciales, y sin que nosotros podamos dominarlas. Para no perder esas oportunidades que nos ofrece una sociedad abierta, y al mismo tiempo para protegernos de ser conducidos hasta una dictadura, habría que asegurar la democracia con algunos subsistemas cerrados, es decir, con otros modelos de mayor solidez y discernimiento que no se basaran en la opinión de cada día ni en arbitrarias votaciones.

En esa pregunta ha abordado cuál es la situación de la Iglesia en el orden de libertades de la sociedad, qué valor tiene en esa situación, dónde está establecida, qué puede significar eso para ella. Pienso que en su pregunta ha expuesto algo muy importante. La Iglesia no es una organización más entre otras muchas, ni tampoco una especie de Estado entre Estados, configurada con las mismas reglas de juego democrático que todos lo demás. La Iglesia es otra cosa, es una fuerza espiritual. Tiene su forma social y de organización, pero en lo esencial es una fuente que produce y suministra una fuerza que el Estado no puede obtener por sí mismo. Hay una frase de Böckenförde que se ha hecho famosa: "la sociedad democrática vive de unas fuerzas que ella misma no puede generar", que es lo mismo que antes daba a entender, aludiendo a algún sistema para su protección.

Eso, en mi opinión, también sería entrar en una cuestión que ahora no vamos a tratar, la democracia en la Iglesia. Además, si se piensa que la Iglesia debe ser una imitación del Estado, es porque se desconoce su naturaleza. Pues, como sabemos, la propia democracia, digamos, es un osado intento de regular rectamente lo definitivo según el principio de mayoría, solamente en un margen concreto de cosas humanas. Sería absurdo querer extender eso a cuestiones sobre la verdad y el bien, y también sería absurdo que, por eso, tal vez tuviera que someterse una gran minoría y se originara una especie de oligarquía, de dominio de un sólo grupo. La propia democracia reclama realidades complementarias que den sentido a sus mecanismos y que estén formadas de modo que correspondan a su propio cometido interior.

Para la Iglesia es muy importante que no se la considere primariamente como un organismo autónomo que ofrece una amplia prestación de servicios, sino que vive lealmente, dinámicamente, de algo que no hace ella misma, y así podrá dar a la humanidad lo que ésta nunca podría obtener por propia deliberación. La Iglesia no puede dar órdenes al mundo, pero tiene respuestas a la confusión y a la desorientación en el mundo. Con esas imágenes bíblicas de la "sal de la tierra", de la luz del mundo, se da a entender que la Iglesia tiene función de representación. La "sal de la tierra" presupone que no toda la tierra es sal. La Iglesia tiene, como Iglesia, una función para un todo, dentro de un todo, y no es la simple copia de otra cosa, ni siquiera de un Estado. Todo esto tiene que estar presente en su vida. Tiene que ser consciente de lo específico de su mensaje, y estar, como la luz de Dios, en el

devenir del mundo, manteniéndose libre y abierta para que al mundo lo llegue el aire que necesita para respirar.

¿No debería la Iglesia, como fuerza integradora, reforzar su oposición al poder, a la dictadura de las modas y a ese sistema capitalista de la sociedad que desde hace tiempo muestra incalculables deficiencias? ¿No debería la Iglesia ser casi vanguardista y dedicar más esfuerzos a proteger la Creación? Ésa sería la orientación propia de una institución que se alimenta de una Tradición y de una sabiduría, por detrás y por encima de las cuales está el mismo Dios.

Con eso volvemos a la cuestión de, en qué medida debería la Iglesia estar abierta a las novedades y prevenir la esclerosis que le produciría cerrarse como un erizo sobre sí misma. En qué medida debe caminar junto a la modernidad donde se encuentra el punto exacto a partir del cual deba tener el coraje de hacer objeciones, o una oposición profética, creo que fueron sus palabras. Y, a partir de aquí se origina la segunda cuestión: "¿quién o qué es exactamente Iglesia?".

Indudablemente, todos aquellos que hablan en nombre de la Iglesia, incluido el Magisterio en sus diferentes grados, también deben tener el valor de protestar cuando lo consideren necesario. Pero tampoco debemos perder de vista la afirmación: "Nosotros somos Iglesia" en su sentido auténtico. Ser Iglesia no es sólo tener cargos, ni es sólo ser el Magisterio. Esta afirmación solamente puede ser eficiente y digna de crédito para el mundo, cuando realmente es así, de deseo y de hecho, y no se reduce a una aclaración doctrinal que quede recogida en un simple documento de Roma o en unas Cartas pastorales, sino que, efectivamente, es la palabra de una multitud que se expresa con una misma voz, la de una Iglesia viva. Por eso, me parece especialmente importante que, más que protestar como quien da órdenes o consignas desde arriba, sean los propios cristianos los que hagan, entre todos, esa tarea de resistencia.

El Magisterio de la Iglesia es eficiente y es fidedigno en sus manifestaciones sólo si se hace presente y se vive en el conjunto de la Iglesia. Y también, en sentido contrario, las comunidades vivas de la Iglesia necesitan el aliento que les asegura su identidad y mediante el cual reciben el estímulo para vivir lo que realmente son. Cuando decimos: "la Iglesia tiene que ser la fuerza para resistir", hemos de pensar que esa fuerza debería ser un esfuerzo conjunto de todos los cristianos, no sólo del Magisterio, porque hacer ese discernimiento: "no todo lo moderno es malo, ni todo lo moderno es bueno", es una facultad muy importante, me parece a mí, sin la cual la Iglesia no podría manifestar con justicia ni su palabra ni su ministerio.

Me gustaría tocar también el tema del momento actual en el sistema económico de Occidente. ¿Le parece que ese sistema, preocupado sólo por la importancia del mercado, sobrevivirá los próximos diez años tal como ahora es?

Yo entiendo muy poco de la situación económica en el mundo. Pero me parece evidente para todos que no podrá durar tanto tiempo. Para empezar, existe la contradicción de la deuda de los Estados que viven en situaciones paradójicas, gastando dinero y siendo garantes del dinero por una parte, y, por otra, están en bancarrota debido a las cifras de la deuda. También está la deuda Norte - Sur. Todo esto manifiesta que estamos viviendo en un proceso que es una auténtica red de ficciones y de contradicciones que, evidentemente, no puede continuar igual por mucho tiempo, pero es imposible para mí prever cuánto será. En la primavera de 1996, en Norteamérica se ha vivido una extraña situación cuando el Estado, de pronto, dejó de ser solvente, tuvieron que cerrar las oficinas públicas y se vieron obligados a enviar a los funcionarios de vacaciones, lo cual constituyó un conflicto bastante notable, porque el Estado es el responsable de que las cosas marchen bien. Ese incidente ha demostrado de una forma bastante drástica que nuestro sistema tiene fallos importantes y requiere esfuerzo para hallar los elementos que haya que corregir. Pero me gustaría añadir a esto, que no encontrarán tales elementos si no anteponen una actitud de renuncia común por parte de todos. Porque esas correcciones tan necesarias no se consiguen dictando disposiciones ni dando órdenes de gobierno. Esa es la prueba más dura para las sociedades. Todos hemos de aprender que, en la vida, no se puede tener todo cuanto se desea, y deberíamos estar dispuestos a bajar un escalón, al menos, del nivel que hayamos adquirido. Tenemos que abandonar esa actitud de defensa de nuestros derechos y nuestras reivindicaciones. Y, para ese cambio, es necesario que también cambiemos en nuestro interior, que sepamos renunciar a ciertas cosas pensando en los demás, en el futuro, y eso

es una verdadera prueba para nuestro actual sistema.

Cardenal Ratzinger, ¿se conoce ya la valoración histórica de este pontificado? ¿Qué puede significar el fin de este período tanto para la Iglesia como para el mundo? ¿Acabará con este Papa algo más que una era? ¿Acabará con Juan Pablo II el Viejo mundo de Occidente que ha personificado de modo tan magistral?

Vuelve a preguntarme sobre la perspectiva del futuro y yo, en esa cuestión, soy particularmente prudente. Juan Pablo II, al ser un Papa venido de Polonia, inició un gran cambio en el panorama que había. En Polonia, la frontera de Occidente se encuentra muy adentrada en la zona oriental. El horizonte, por tanto, se abrió con dimensiones orientales. Por otra parte, Juan Pablo II ha pisado en sus largos viajes tierras y espacios de Oriente, que han sido de gran importancia para la vida eclesial. Pero también creo que, además, esas tierras orientales harán valer mucho más su enorme peso histórico. Lo digo, no sólo porque crea que el maravilloso arte -junto al románico, gótico, renacentista, barroco, etcétera- de la antigua Iglesia seguirá siendo admirado por toda la humanidad, lo digo pensando también en las formas de pensamiento y de vida que ofrecen, con los grandes santos que se abrieron al cristianismo y le dieron fuerza y vigor, haciendo que el hombre fuera más hombre. La humanidad no dejará que esos elementos esenciales se pierdan, y los integrará en los nuevos horizontes.

13. La verdadera historia del mundo. La plenitud de los tiempos

En la Carta apostólica "Tertio millennio adveniente" dirigida a los obispos, sacerdotes y creyentes, como preparación al año jubilar del 2000, el Papa habla de la plenitud de los tiempos. En ella dice que el concepto de tiempo en el cristianismo tiene "un significado especial". Con la venida de Cristo empezó el "fin de los tiempos", las últimas horas. Y empieza, entonces, "el tiempo de la Iglesia, que durará hasta su segunda venida". ¿Cómo se interpreta esto? ¿Se ha escrito ya el final del drama, estamos ya agotados?

Lo que el Papa utiliza al comenzar esa Carta es un pasaje bíblico. El concepto "plenitud de los tiempos" es de San Pablo. Y la idea de que este es "el fin de los tiempos", que es la última fase de la historia, está muy clara en la Biblia. El evangelio de San Lucas también se extiende ampliamente sobre esa fase final, cuando dice: "Jerusalén será destruida por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones". (Lc 21,24)

Los Padres de la Iglesia hicieron suyas esas palabras, equiparando la historia a una vida humana que pasa por seis fases diferentes. La historia de la humanidad también Parece haber entrado en la sexta y última fase de su edad. Esta idea no cambió hasta la Edad Moderna. Pero en el Renacimiento se abrió paso una nueva idea: "esto empieza a ir bien, lo que ha habido hasta ahora no era la sexta edad, era una Edad Media, ahora es cuando nos adentramos en la historia y cuando los grandes avances tendrán lugar". A ello se unió al descubrimiento de que los espacios de tiempo en el universo eran mucho más grandes de lo que se había creído. Es decir, descubrieron que el universo y la historia de la humanidad no han durado 6000 años, sino un tiempo incalculable. Así que, el concepto "fin de los tiempos" desapareció, y el tiempo empezó a pasar siendo, digamos, incalculable.

Pero esa visión bíblica y de los Padres, de que en el fondo de todo subyace un esquema temporal que corresponde a seis edades, y cada una de ellas correspondería aproximadamente a mil años, habría que considerarla nuevamente bajo el punto de vista de nuestra cultura actual. Deberíamos estudiar e interpretar nuevamente, en este contexto, la idea fundamental de la Biblia, de que la historia entra en su fase última y definitiva con la venida de Cristo. Yo diría que el rápido progreso en el mundo, sobre todo, durante las últimas décadas, con tanta agitación en su historia, ha permitido que se vuelva a forjar esa idea de que se vislumbra un próximo desenlace del tiempo. Y, por otra parte, como el cristianismo desde el principio quería unificar el mundo, y tenía como meta la separación de Iglesia y Estado, e introdujo cierta autonomía con la anulación de un mundo deficado, ahora se puede entender mejor que el hombre empezara a creer que, efectivamente, había dado comienzo una nueva y definitiva fase de la historia. Esta fase, ciertamente, existe, pero nos acerca al fin de la historia no por la suma de sus milenios, sino porque es una historia que está en camino, y Cristo, por explicarlo de alguna forma, inició su etapa final, atrayendo hacia sí un mundo que se había alejado de Dios.

El Papa con sus palabras se refería a eso; Cristo es la señal definitiva en la historia del mundo, es principio y fin en la incertidumbre de los caminos -siempre dramáticos- de la historia. Dirigiéndonos a Cristo, nos dirigimos a un fin. Un fin que no es de destrucción, es una plenitud donde la historia alcanza su totalidad interior.

En esa misma Carta apostólica antes citada, el Papa también concreta que el año 2000 no es para la Iglesia una simple fecha, sin más significado que el hecho de cambiar no sólo de siglo, sino de milenio, sino que es un "año de gracia del Señor". ¿Tendremos alguna aparición especial? ¿Nos llegará esa gracia de una forma patente? El año jubilar también ha de ser un año de justicia social, un año de remisión de los pecados y de indulgencia por todos los pecados, un año de reconciliación entre enemigos, un año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental. ¿Ha previsto la Iglesia algo más? La Iglesia "no puede cruzar el umbral del nuevo milenio sin exhortar a sus hijos al arrepentimiento y a la purificación de sus errores, infidelidades, incoherencias y retrasos". Me parece importante aclarar enseguida cuál es el significado de esta fecha y cuál no. Porque, de entrada, hay que rechazar cualquier expectativa de cosas de magia o de misterio. Porque no significa que vayamos a vivir un gran acontecimiento cósmico, cultural, o religioso. Hay que ser razonablemente sensato para entender que la fecha en sí, es casi una casualidad. Dionisio el Exiguo, al contar los años del nacimiento de Cristo, se basó en nuestros modos de contar el tiempo, equivocándose en un par de años; de forma que, en realidad, Jesucristo nació siete años antes de Cristo. Es decir, que los 2000 años hubieran tenido que haberse celebrado ya. Por eso no debemos dar ningún significado singular a ese año concreto.

Pero la historia ha reconocido ese hecho.....

Esa datación empezó a funcionar así y nosotros ahora vivimos con ella. Pero no está así establecida ni por una necesidad metafísica, ni siquiera histórica. Ese sería el primer punto: hay que hacer desaparecer cualquier idea mágica de esa fecha. Y la cuestión siguiente sería: entonces, ¿qué es exactamente? Y el Papa responde con mucha razón: "es una fecha conmemorativa". Es una fecha que nos trae a la memoria, nos recuerda, el nacimiento de Cristo, que fue un momento tan decisivo y significativo para la historia, al menos para la mayoría, que ha quedado constituida en fecha de referencia para toda la humanidad. O sea, que es un recuerdo de algo que ya pasó, pero nos lo recuerda no sólo en pasado, sino como recordatorio íntimo del mismo Jesucristo en presente; es un recuerdo que nos concierne a todos. Y como fecha conmemorativa y como recordatorio del presente -no sólo del pasado- y también del futuro, es al mismo tiempo una oportunidad y un reto para dirigirnos y comprometernos con él.

El Papa invita a la humanidad, o al menos a toda la cristiandad, a que esa conmemoración nos ayude a una renovación interior personal mediante la celebración de esos tres años, que ya hemos explicados antes, poniendo especial empeño en profundizar en lo más íntimo de nuestra memoria, y buscar en ella ese conocimiento de la verdad que se esconde en nuestro interior. Es decir, el Papa nos señala un camino para que esa conmemoración nos alcance las fuerzas necesarias para el presente y para el futuro.

El segundo punto consiste en que ahí se recoge una figura del Antiguo Testamento que es el jubileo, que se celebraba cada cuarenta y nueve años, es decir, cada siete veces siete años, para dar comienzo a una nueva historia. En esos años se anulaba todo régimen de propiedad para poder empezar de nuevo y, con eso, también se lograba una nueva distribución universal y un retorno a los orígenes. El Papa ha pensado que si nosotros hemos de celebrar un jubileo en ese sentido, si debemos intentar volver a los orígenes, el año 2000 podría ser una buena fecha para celebrarlo, volviendo a nuestro primitivo origen, que es Jesucristo. Con esta imagen del Antiguo Testamento se plantea también un reto: saldar las viejas deudas y liberarnos del peso de nuestro frío sistema económico y de otras muchas cosas, e intentar recomenzar de nuevo.

Por lo tanto, no se trata de un poder cósmico que vaya a desplomarse sobre nosotros, sino que más bien se trata de una oportunidad para una tarea que ha de hacer nuestra memoria o desde nuestra memoria. Yo diría que deberíamos ser más objetivos en la reflexión de esta conmemoración. Pero al intentar ser realistas, no restarle significado, sino trata de entender cuáles son sus exigencias, y cumplirlas lo mejor que podamos, para que así sea para nosotros un auténtico recomienzo.

Pero el Papa va muy lejos en su visión de este cambio de milenio. Dice, por ejemplo,

"purifícaos, haced penitencia", y en su último viaje a Australia también dijo que habría que ir al desierto para esperar allí la nueva venida del Señor.

No conozco ese texto, pero estoy seguro de que no ha querido decir que se espere la venida del Señor en el año 2000. Entre otras cosas sería contradecir las palabras del Señor que dijo que no conocíamos ni el día ni la hora. El Señor viene con toda certeza cuando le abrimos nuestro corazón y nuestra memoria y, en ese sentido, siempre tenemos una nueva venida de Cristo para hacerse presente en la historia. Pero, para esa cuestión de cuándo acontecerá su segunda y definitiva venida en la historia, cuándo entrará de nuevo en ella para tomarla en sus manos, no tenemos respuesta, ni tampoco podemos calcular el tiempo. Lo único que podemos y queremos hacer es prepararle el camino para que venga a nuestro tiempo, abriéndole nuestro interior. Y en ese sentido se podrían interpretar las palabras del Papa: "ir al desierto". Algunos, podrán vivirlas al pie de la letra, claro está. Pero, en general significan que, en nuestro tiempo, en este mundo nuestro tan sobrecargado, hemos de esforzarnos por desprendernos, liberarnos de todo en nuestro interior, y estar vigilantes y contritos, porque sin eso, no podrá haber un nuevo comienzo.

Los sociólogos, los futurólogos, los críticos culturales se afanan febrilmente buscando una nueva interpretación y una nueva concepción de este tiempo que se nos presenta. Ya hemos pasado por el modernismo, el postmodernismo, incluso por el postpostmodernismo, de modo que es difícil poder colocar otro nuevo "post". Tal vez esa fiebre se deba al desconocimiento de lo que va a venir después, o tal vez se deba al deseo de encontrar un nuevo concepto para el tiempo que está por llegar. ¿Cómo lo definiríamos? ¿Podría hacernos alguna sugerencia?

No puedo hacer ninguna sugerencia sobre este asunto. Siempre he sido contrario a hablar de la Edad Moderna o del postmodernismo. Son clasificaciones hechas con demasiada rapidez. Porque eso sólo se puede ver, y se puede hacer, cuando hay cierta distancia en el tiempo. En el Renacimiento se formuló el nuevo concepto de "Edad Media", con el que se quería decir que aquello debía acabarse a partir de entonces, y así le dieron forma de período de tiempo, mientras se calificaban a sí mismos de algo nuevo que había que mantener. Con el aceleramiento de la historia, ahora también se está consumando un cambio radical que nada tiene que ver con lo conocido en los últimos cuatrocientos o quinientos años de la Edad Moderna, eso se ve claramente. Pero estas divisiones de tiempo esencialmente características de occidente, tal vez tengan que concebirse de otra forma. Porque, aunque se establezcan paralelos, las historias de la India y China no pueden incorporarse a nuestros períodos de tiempo. Jaspers ya advirtió que en todas las culturas del mundo se conoce el llamado "umbral del tiempo". De todos modos, yo no veo la necesidad de inventar nombres para algo que aún desconocemos. Al contrario, me parece que deberíamos estar vigilantes ante los cambios radicales, y preparar los elementos necesarios para manejarlos cuando llegue el momento. Deberíamos asegurarnos de que el tiempo venidero, que hace que el que era nuevo hasta ahora pase a ser viejo, sea y perdure no sólo como tiempo del hombre, sino como tiempo de Dios.

Me queda una última pregunta para terminar. Cardenal Ratzinger, ¿cuál es la verdadera historia del mundo? Y también, ¿qué es lo que realmente quiere Dios de nosotros? En cierta ocasión usted escribió: "La historia está marcada por una polémica entre el amor y la incapacidad de amar, esa desolación de las almas, propia de los hombres que sólo reconocen valores y realidades cuantificables ... Esta destrucción de la capacidad de amar produce un aburrimiento mortal. Es un veneno para el hombre. Cuando se impone, destruye al hombre y al mundo con él"

Me remitía a San Agustín, una vez más, que recurre a la tradición catequística cristiana anterior presentando la historia como un conflicto entre dos ciudades, dos tipos de ciudades. Goethe también hizo suya esa idea y decía que la totalidad de la historia era una lucha entre la fe y la falta de fe. Agustín lo había visto de otro modo y dijo que era: "la lucha entre dos amores, entre el amor a Dios hasta la renuncia a sí mismo y el amor propio hasta la negación de Dios". También explicaba la historia como un drama, como la lucha de un amor de dos especies. Yo he intentado precisar un poco más esas ideas, diciendo que el movimiento contrario al amor no es precisamente otro amor, no merece el nombre de amor, sino el de negación del amor. La historia en conjunto es la lucha entre el amor y la incapacidad de amar, entre el amor y la negación del amor. No sabemos lo que podría

acontecer si la inclinación del hombre a la independencia se decidiera a pronunciar: "yo no quiero amar, porque me haría dependiente y eso se opone a mi libertad".

Amar significa, de hecho, depender de algo que tal vez me puedan quitar y, por tanto, es añadir el riesgo de un sufrimiento a mi vida. Ahí radica, manifestada o no, la no aceptación del amor: "no quiero amar, porque no quiero sufrir ese riesgo, ni ver limitada mi independencia, ni verme privado de mi disponibilidad y acabar siendo nada, prefiero no amar". Mientras que el pronunciamiento de Cristo es muy diferente. Es un, "sí al amor, porque ese riesgo de sufrir y de perder la independencia sólo por amor, hace volver al hombre a sí mismo y que sea como debe ser".

Yo creo que el auténtico drama de la historia es que, siempre, en todos los frentes, al final se contraponen el mismo planteamiento: un sí o un no al amor.

¿Y Dios qué quiere exactamente de nosotros?

Dios quiere que le amemos, que seamos imagen y semejanza suya. Porque, como dice San Juan, Él es Amor, y quiere que sus criaturas se asemejen a Él, y que desde su libertad le amen y sean como Él, y le pertenezcan, para que así resplandezca su Amor.